
3 1761 08695660 4

716

OBRAS COMPLETAS

DE

DON JUAN IGNACIO GONZÁLEZ DEL CASTILLO

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

BIBLIOTECA SELECTA DE CLÁSICOS ESPAÑOLES

OBRAS COMPLETAS

DE

DON JUAN IGNACIO GONZÁLEZ DEL CASTILLO

TOMO SEGUNDO



MADRID: 1914
LIBRERÍA DE LOS SUC. DE HERNANDO
IMPRESORES Y LIBREROS
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
Arenal, 11.

EL LIBERAL

SAINETE

5

PERSONAS

Don Blas, tutor de
Clara.
Don Pedro, hermano de don Blas.
Don Narciso, amante de Clara.
Doña Felipa, directora de Clara.
Un notario.
Un criado.

EL LIBERAL

Casa de don Blas. Salen DON PEDRO y DON BLAS.

BLAS. En fin; ¿has visto y oído
todos los chistes y gracias
de mi Clarita?

PEDRO. ¿Es, acaso,
la primera vez?

BLAS. ¡Qué cara!
¡Qué pelo! ¡Qué tallecito!
¡Vaya; si a todos encanta!

PEDRO. ¡Seguramente!

BLAS. Yo pienso
que ya es tiempo de casarla.

PEDRO. No hay duda.

BLAS. Pero ya sabes
que su madre doña Eufrasia,
satisfecha de mi celo,
me la dejó encomendada.

PEDRO. ¿Y por qué me dices eso?

BLAS. Porque fuera una ignorancia
que yo plantara la viña

y otro me la vendimiara.
PEDRO. Eso es decir que tú intentas
casarte con la muchacha.
BLAS. Cabalito.
PEDRO. Pues, hermano;
yo no he de adularte en nada;
tu edad no es para subir
al tálamo.
BLAS. Calla, calla;
que soy capaz de subir
a la montaña más alta.
¿Yo viejo? Pues di: ¿no tengo
dos muelas todavía sanas?
¿No están firmes mis rodillas?
¿No tengo sobre la calva
doce pelos, que se encrespan
en dándoles con pomada?
Además, que aunque uno sea
talludito, si se enlaza
con una joven, al punto
endereza uno la espalda,
el pellejo se le estira
y se retoca la estampa.
PEDRO. Yo no disputo ese punto,
porque tienes otras faltas
mucho peores.
BLAS. Di cuáles.
PEDRO. Tus celos y tu extremada
codicia.
BLAS. Por lo que hace
a la codicia, te engañas;
que no merece ese nombre.

PEDRO. ¿Pues cómo quieres llamarla?
BLAS. Economía.
PEDRO. Está bien;
pero de la extravagancia
de tus celos, ¿qué dirás?
BLAS. Eres un simplón de marca.
Soy celoso, sí señor;
pero con mi vigilancia,
seguro está me la pegue
la más sutil gaditana.
PEDRO. Mira, Blas, que devaneas;
no tengas tal confianza,
pues la más tonta, si quiere,
en la frente nos la clava.
BLAS. ¿Clavarla? ¡Sí! Ya he mandado
a la Isla por un aya
para Clarita; y me envían
una matrona tan casta,
que dicen habrá formado
diez Lucrecias de otras tantas
calaverillas.
PEDRO. Cuidado;
que también duermen las guardas,
y con ellas...
BLAS. Nada digas;
porque ya tengo tomadas
mis medidas. Lo primero,
quiero poner esta casa
como un castillo; cerrar
los balcones y ventanas,
y abrir sólo claraboyas
junto al techo.

PEDRO. Si la casa
no es tuya, ¿cómo pretendes
de esa suerte trastornarla?
BLAS. Si no es mía, puede ser
que ya lo sea mañana.
PEDRO. ¿Conque la quieres comprar?
Yo sé que el dueño no trata
de venderla; y, aunque fuese,
nunca ustedes se ajustaran.
BLAS. Nada menos. Don Narciso
es un mozo de bizarras
cualidades; y yo espero
que no tendrá repugnancia
en vendérmela, bajando
la mitad de lo que valga.
PEDRO. ¿Y cuándo tratas de ajuste?
BLAS. Yo le mandé esta mañana
un recado, y ya vendrá;
mas antes le diré a Clara
se encierre en su gabinete,
porque don Narciso anda
rondándole los balcones
y dándole serenatas.
Hasta ver yo las paredes
cuarenta varas más altas,
no tendré sosiego. Adiós. *(Vase.)*
PEDRO. Mi hermano está loco; vaya.
Él sueña sólo delicias,
y yo sé que la muchacha
lo aborrece. ¡Que no pueda
impedir yo la desgracia
de esta joven infeliz!

Si se encontrara una traza...
(Sale don Narciso.)
Pero don Narciso, amigo;
mi hermano saldrá a esta sala
dentro de un instante.

NARCISO. Ya;
sin duda con doña Clara
estará hablando.

PEDRO. Así es;
mas vuestra inquietud me espanta.
¿Qué tenéis que a todas partes
volvéis los ojos?

NARCISO. Estaba
distraído.

PEDRO. Enamorado,
diréis mejor. Yo apostara
mil pesos contra el brillante
de esa mano, a que os encanta
la Clarita.

NARCISO. Habéis ganado;
ya sois dueño de la alhaja. *(Dándosela.)*

PEDRO. Si es chanza...

NARCISO. La resistencia
será un agravio; tomadla.

PEDRO. Pues, señor; yo os agradezco
el favor.

NARCISO. No me deis gracias.

PEDRO. Pues ya que habéis descubierto
vuestra afición, deseara
me hablaseis con claridad.
¿Tendréis, señor, tolerancia
para ver a la más linda,

la más graciosa muchacha
en poder de un vejancón
que con sus extravagancias
eternamente la aflija?
Sólo vos podéis sacarla
de tan evidente riesgo;
pues, aunque la empresa es ardua,
amor, riqueza y astucia
dificultades allanan.

NARCISO. ¡Ay amigo! ¡Qué suspiros
cada momento me arranca
la suerte de esa inocente!
Desde el día que sus gracias
cautivaron mi albedrío,
he procurado expresarla
mi pasión; pero don Blas
ha inutilizado cuantas
estratagemas mi amante
sutileza me dictaba.
Sin embargo; varias veces
que la he visto a la ventana,
le he debido siempre algunas
amorosas ojeadas.

PEDRO. Pues ánimo, y a buscar
arbitrios.

NARCISO. La suerte acaba
de proporcionarme uno.

PEDRO. ¿Cuál es?

NARCISO. El tener ganada
al aya que vuestro hermano
espera.

PEDRO. ¿Cómo?

NARCISO. A mi casa
llegó a preguntar por él.
Yo la hice entrar; y una caja
guarnecida de brillantes
la obligó a escuchar mis ansias.

PEDRO. ¿Y dónde está?

NARCISO. Allá la dejo.

PEDRO. Pues yo también voy a hablarla.
Mi hermano sale. Hasta luego. *(Vase.)*

NARCISO. Usté alienta mi esperanza.

BLAS. *(Saliendo.)* ¡Cuánto me alegro de veros!;
porque tengo cierta gracia
que suplicaros.

NARCISO. Señor;
sólo serviros aguarda
mi amistad.

BLAS. Vuestra bondad
y magnificencia es tanta
que no temo molestaros.

NARCISO. Decid, pues : ¿de qué se trata?

BLAS. A eso voy. Yo solicito
que me vendáis vuestra casa,
para emprender varias obras
que no debo aventurarlas
en ajena finca.

NARCISO. Es cierto
que me causa repugnancia
deshacerme de los bienes
de mi padre, que Dios haya;
pero un amigo merece
cualquier sacrificio.

BLAS. Gracias,

señor don Narciso. ¿Y cuánto
pedís? Con conciencia; vaya.

NARCISO. Yo quiero perder un tercio
de lo en que está avaluada.
Dadme cuarenta mil pesos.

BLAS. ¡Jesús y qué exorbitancia!
Eso, amigo, es tiranía.
Con diez mil pesos se paga.

NARCISO. Eso también es burlarse.
Más bien os la regalara
en ese caso.

BLAS. ¡Qué fuera
que os diera esa extravagancia!

NARCISO. Hagamos un trato. Ahora
he pensado una humorada,
que celebraréis.

BLAS. ¿Cuál es?

NARCISO. Os reiréis a carcajadas;
pero yo por un capricho
tiro a talegas la plata.

BLAS. Bien; explicaos.

NARCISO. Todos dicen
que vuestra pupila Clara
es ciertamente un prodigio
de talentos y de gracias.

BLAS. Pero ¿qué tiene que ver
mi pupila con la casa?

NARCISO. ¿Qué tiene? Que os la regalo
si..., ¡qué diablo de humorada!... *(Se ríe.)*

BLAS. ¿Qué significa ese si?

NARCISO. ... si me concedéis la gracia
de que converse con ella

doce minutos. Se trata
de que mil pesos, lo menos,
me cueste cada palabra.

BLAS. Ciertamente, don Narciso,
que es loca, y aun temeraria
la proposición. ¡Un hombre
de mi honor y circunstancias
cometer esa bajeza!
Andad; andad; que no hay nada
de lo dicho.

NARCISO. Sosegaos;
que no pretendo una infamia.

BLAS. ¿Qué intentáis?

NARCISO. Que estéis delante.

BLAS. ¡Oh! Ya es otra la demanda.

NARCISO. Observad nuestras acciones;
pues a mí sólo me basta
que se sepa cuánto aprecio
el mérito de una dama.

BLAS. Por mi fe que sois muy raro;
y convengo en la humorada
tan sólo por castigaros.
Yo voy a llamar a Clara;
vos firmadme en mi escritorio
una cesión de la casa.

NARCISO. Al instante. *(Vase.)*

BLAS. ¡Qué babosa,
y qué simple es esta casta
de pisaverdes! ¡Clarita!

CLARA. *(Saliendo.)*
¿Qué manda usted?

BLAS. Ven, intacta

palomita; ven, hermosa
chuchería de mi alma.

CLARA. ¿Qué me quiere usted?

BLAS. Ya sabes
que dentro de una semana
serás dichosa en mis brazos.

CLARA. Yo vivo en esa esperanza (1).

BLAS. Pues oye lo que te manda
tu futuro esposo. Ahora
vendrá don Narciso Lara,
y hablará contigo un rato;
yo no debo escuchar nada;
pero sí puedo observar
tus acciones; y así, Clara,
mientras dure la consulta
has de estar como una estatua,
mirándome de hito en hito
y sin responder palabra.

CLARA. ¿Pero qué dirá de mí?

BLAS. Diga cuanto le dé gana.
¿Qué te importa? Mas ya viene;
ponte aquí; vuelve la cara;
cuenta...
(La coloca en medio del teatro con la cara vuelta hacia la izquierda, donde habrá una mesa.)

NARCISO. *(Saliendo.)* Don Blas; ved si está
en buena forma.

BLAS. Me agrada.
Ea, pues; también Clarita

(1) Falta un verso en todos los ejemplares consultados.

en debida forma aguarda. *(Saca el reloj.)*
Ved esta muestra: las siete
y diez minutos señala;
póngola sobre la mesa.
Ahora, moved las quijadas;
porque, en cumpliéndose el plazo,
toco yo la retirada.

NARCISO. Los momentos son preciosos,
amabilísima Clara;
y así os digo que mi pecho
por vos arde en dulces llamas.
Esto supuesto, decidme,
por premio de tantas ansias,
si admitís mis rendimientos;
hablad sólo una palabra;
responded, mi bien.

BLAS. ¡Qué gusto!
Don Narciso le regala
perfectamente el oído;
diez minutos sólo faltan.

NARCISO. ¿No me respondéis? ¿Qué es esto?
¿Qué significa tan rara
tibieza? Mas ya comprendo
de vuestro desdén la causa.
Ese caduco os violenta
y me priva de la grata
dulzura de vuestra voz.
Ya no tengo tolerancia.
¡Señor don Blas!

BLAS. ¿Qué queréis?

NARCISO. Se acabó el trato.

BLAS. ¡Caramba!

Cuatro minutos lleváis
de peladero de pava,
y ya es mío el primer cuerpo
de la casa. Vaya, vaya;
proseguid. *(Aparte.)* Al pobre hombre
se le avinagra la baba.

NARCISO. *(Más alto.)* ¿Es posible, dueño mío,
que a ese viejo, a ese fantasma,
queráis complacer, a costa
de un pecho que os idolatra?

BLAS. Eso es insultarme, amigo;
y yo, ni por esta casa
ni por todas las del barrio
sufriré tales infamias.

NARCISO. Devolvedme la cesión.

BLAS. ¡Oh! Proseguid; que se pasa
el tiempo.

NARCISO. Mi bien; haced
una seña de que, grata,
me permitís adoraros.

(Clara se mueve, y para disimularlo se rasca la cabeza.)

BLAS. ¿Cómo es eso? ¿Qué te rascas?
¿Así obedeces mi orden?
¡Por vida!...

NARCISO. ¿De qué es la saña?
¿Por qué os alteráis?

BLAS. Porque
yo no la tengo enseñada
a tales descortesías.

NARCISO. La paciencia se me acaba
de escucharos.

BLAS. No, no, amigo;
proseguid, que poco falta.
¡Quién pudiera adelantar
el minutero! ¡Qué rabia!

NARCISO. *(Más alto.)* Vuestra seña ha serenado
mi corazón, dulce Clara;
y así, sabed cómo tengo
sobornada a vuestra aya;
y aun don Pedro lisonjea
mis amantes esperanzas.

BLAS. Ocho minutos: ya es mío
el principal. ¡Qué ganancia
tan segura!

NARCISO. Hoy, dueño mío,
se unirán nuestras dos almas;
y, por tanto, despreciad
las celosas amenazas
de ese estafermo, que intenta
tiranizar tantas gracias.

BLAS. Ello es cierto que me gano
en dos por tres una casa;
mas también estoy echando
el alma por una ijada.

NARCISO. Voy a disponer el modo
de cumpliros la palabra;
y entretanto, dueño mío...

BLAS. Ya se arrima mucho a Clara.
Don Narciso, por cumplido.

NARCISO. ¿Cómo puede ser, si faltan
dos minutos?

BLAS. Vos también
le habéis olido la cara,

y eso no era del ajuste;
conque adiós, y Santas Pascuas.

NARCISO. Tan sólo dos palabritas...

BLAS. Decidlas a la Tarasca.
El trato es trato.

NARCISO. Siquiera...

BLAS. Volved, si queréis, mañana
a decírmelas a mí.

NARCISO. Bésoos los pies, doña Clara. (*Vase.*)

BLAS. Quedamos solos. Ahora
me has de decir, buena maula,
qué indicaba aquella seña.

CLARA. ¿Yo señas? Usted me agravia.

BLAS. Sí, sí; cuando te rascaste.

CLARA. Yo me aparté de la cara
un pelo. ¡Qué buen concepto
le debo a usted! ¡Buena paga
merece el dulce... (*Llorando.*)

BLAS. ¿Qué es dulce?

CLARA. ... amor... (*Llorando.*)

BLAS. Prosigue, mi alma.

CLARA. ... el dulce amor que le tengo!

BLAS. No llores, cotorra amada;
que ya se me fué el enojo.
Límpiate los ojos; vaya.
¿Me quieres mucho?

CLARA. Remucho.

BLAS. ¡Oh, qué vida nos aguarda!
En casándonos, te llamo
pichona de mis entrañas.
Y tú, ¿cómo has de llamarme?

CLARA. Mi esposo.

BLAS. No, no me agrada.
Un nombre diminutivo.
CLARA. Blasito, niño de mi alma.
BLAS. Eso sí; dilo otra vez.
CLARA. Blasito, niño...
BLAS. ¡Qué gracia!
Yo me vuelvo una jalea.
Mas ¿quién entra en esta sala?

Salen DON PEDRO y DOÑA FELIPA.

PEDRO. Aquí, hermano, te presento
a doña Felipa, el aya,
que ahora acaba de llegar.
BLAS. Yo lo celebro; su cara
respira virtud; es propia
para custodiar muchachas.
FELIPA. Señor, la fisonomía
algunas veces engaña;
y así, el mayor testimonio
de quien soy, es esta carta.
BLAS. Veamos, pues. Firma y letra
son de don Alberto Mata.
(Lee.) «La persona que le envío ha disipado los escrúpulos de muchos maridos con su vigilancia y buenos consejos; yo desearé que desvanezca también los vuestros. Nada es más raro que una directora incorruptible. Así es que corren algunas anécdotas que no dan buena opinión de su fidelidad; pero debemos creer que el despecho de los amantes forma estas qui-

meras. En fin; la portadora ha gobernado tres o cuatro mujeres, que han fallecido a los cuatro meses de casadas; algunos dicen que las ha matado de pesar; pero en todo caso, mejor es para un celoso el perder a una mujer que no padecer dolores de cabeza.»

(Representando.)

Este es su estilo; su humor
no puede dejar la chanza.

CLARA. ¿Conque usted me matará
dentro de dos meses? Vaya,
que puedo estar muy contenta.

FELIPA. Usted, por cierto, me agravia.
¿Yo matar a las señoras
que los maridos me encargan?
¿Yo, que soy como la miel?
Déle al Cielo muchas gracias
por haber hallado en mí
quien serene las borrascas
de sus ardientes pasiones
con obras y con palabras.

BLAS. ¡Es excelente mujer!
Debía haber en cada casa
uno de estos cancerberos,
que a los mozos espantara.

PEDRO. Blas; he visto a don Narciso
acechar en la antesala.

BLAS. ¿Por qué le has dejado entrar?

PEDRO. Hombre de sus circunstancias,
que lleva siempre en las manos
los diamantes y la plata,

¿qué candado tocará
que no se vuelva de masa?
Apuesto que quiere hablar
a doña Felipa.

BLAS. Calla;
y ocultémonos allí,
que quiero experimentarla.

PEDRO. Dices bien. ¡Gran pensamiento!
(Aparte.) El miserable se clava.

BLAS. Ven, Clarita.
(Bajo.) Y usted, cumpla
su deber.
(Se ocultan.)

FELIPA. Quedo enterada.

NARCISO. *(Saliendo.)*
¿Se os puede hablar?

FELIPA. ¿Cómo es eso?
¿Un hombre dentro de casa?
Esto exige un pronto arreglo.
¿Qué buscáis?

NARCISO. Yo deseaba
poder hablaros a solas.

FELIPA. Yo no quiero escuchar nada.
Idos al punto.

NARCISO. Esperad;
y no os mostréis tan ingrata
con un hombre...

FELIPA. Que será,
según el aire declara,
uno de esos pisaverdes
que se divierten a espaldas
de los maridos.

NARCISO. Yo soy
de los que dan a las ayas
cien doblones, cada vez
que le franquean la entrada.
(Bajo.) Ya he ganado hoy al Notario.
Haced que hoy mismo se haga
la boda.

FELIPA. Bien. Pues, señor,
vuestras promesas son vanas
conmigo. No soy mujer
que por intereses arma
tales lazos a un marido.

NARCISO. Yo imagino que esta caja
templará vuestro rigor.

FELIPA. Vos sois Satanás, que trata
de tentarme. Retiraos,
o alborotaré la casa.

NARCISO. Ya me voy; pero, por esto,
aun no pierdo la esperanza. *(Vase.)*
(Salen don Blas y don Pedro de donde estaban retirados.)

BLAS. Argos de mi corazón;
virtuosísima Susana,
un abrazo es digno premio
de tan heroica constancia.

FELIPA. Respetad mi honestidad,
y escuchadme. La batalla
que me espera es muy terrible,
porque ese amante dispara
con el oro, munición
que es peor que la metralla;
y así, para que yo pueda

combatir con eficacia,
es preciso que esta noche
os caséis.

BLAS. Pues que se haga.

PEDRO. Yo iré a llamar al Notario. *(Vase.)*

BLAS. Corre, hermanito; despacha.
Doña Felipa; llamadme
a mi dulcísima Clara.

FELIPA. Yo aseguro que muy pronto
te tirarás de las barbas. *(Éntrase.)*

BLAS. Llegó el tiempo, dios Cupido,
en que cubras con tus alas
a don Blas, para que llegue
sin agüeros a tus aras.
Pero ya sale mi esposa.
Sólo el nombre me regala
los oídos y la boca.
Ven acá, paloma blanca.

CLARA. *(Saliendo.)* ¿Qué quiere usted?

BLAS. Declararte
que ya esta noche se acaban
mis desvelos, enlazando
nuestras manos.

CLARA. Prisa tanta
¿por qué ha sido?

BLAS. No te asustes;
que no es alguna desgracia
lo que te espera. El amor
estos pasos adelanta.
Qué, ¿lo sientes?

CLARA. No, señor;
porque usted, al fin, me ama,

y me tratará muy bien.
BLAS. En eso tú no te engañas.
Mira; cuando yo me enfade
no me respondas palabra,
sino vete aproximando
con tus dulces gachonadas;
después me quitas el gorro
de la cabeza; me rascas;
y con un Blasito al canto
me verás como una Pascua.
¿Lo harás así?
CLARA. Sí, señor;
y aun le daré a usté en la espalda
tres palmaditas.
BLAS. Mejor.
CLARA. Y un tirón de oreja.
BLAS. ¡Brava
invención! Pues, de esta suerte,
no habrá muñecos en casa.
Dame un abrazo.
FELIPA. *(Saliendo.)* Señor;
he visto por la ventana
a vuestro hermano, qué viene
con el Notario.
BLAS. Una caja
de Orihuela voy a daros
en albricias.
FELIPA. ¡Linda alhaja!

Salen DON PEDRO, el NOTARIO y DON NARCISO, vestido de negro pobremente, el cual se queda retirado.

NOTARIO. Señor don Blas, a la orden:
todo está corriente; falta
que firméis, para que os echen
las bendiciones.

BLAS. Me agrada.
¡Qué fortuna! Nunca, nunca
he firmado con más gana. *(Firma.)*

FELIPA. Mirad bien al escribiente.

CLARA. ¿Mi amante?

FELIPA. Sí.

NOTARIO. Doña Clara,
firmad aquí.

CLARA. Yo no acierto. *(Firma.)*

NOTARIO. No estéis, señora, turbada.
Don Pedro, como testigo.

PEDRO. Yo firmo con vida y alma.

NOTARIO. Otro testigo será
mi Oficial; no importa nada.
Firmad.

(Mientras firma don Narciso, llama don Pedro aparte a don Blas para que no repare en don Narciso.)

PEDRO. ¡Hermano!

BLAS. ¿Qué quieres?

PEDRO. Es menester que le hagas
un buen regalo al Notario.

BLAS. Ya tengo aquí preparada
media onza.

NOTARIO. Ya está todo.
BLAS. Pues dame tu mano blanca.
(A tiempo que don Blas va a tomar la mano a Clara, don Narciso se adelanta, la toma y se descubre.)
NARCISO. Llegáis tarde, porque ya
tiene esposo doña Clara.
BLAS. ¡Qué miro? ¿Sois don Narciso?
NARCISO. El mismo.
BLAS. ¿Qué zalagarda
es ésta, señor Notario?
NOTARIO. Señor don Blas; las plegarias
de vuestro hermano, los ayes
de don Narciso, y...
BLAS. La plata,
diréis mejor.
NOTARIO. De manera
que la señora lo ama.
BLAS. ¿Y tú qué dices, Clarita?
CLARA. Que ya mi mano está dada.
BLAS. De rabia no estoy en mí.
CRIADO. *(Saliendo.)* Unos músicos acaban
de preguntar por usted.
BLAS. Diles, luego, que se vayan;
que en mi casa no hay saraos.
NARCISO. Pues en la mía se baila;
y si queréis concurrir,
el dote de doña Clara
os lo doy para un vestido.
BLAS. Y bailaré contradanzas,
si es menester.
PEDRO. Yo seré

vuestro padrino.
NARCISO. Mil gracias.
FELIPA. Le doy a usted parabienes.
NARCISO. Vengan todos a mi casa.
CLARA. ¡Feliz suerte!
NARCISO. ¡Dulce día!
BLAS. *(Al criado.)* Trae mi peluca y espada.
TODOS. Y aquí da fin el sainete;
perdonad sus muchas faltas.

FIN

LOS LITERATOS

SAINETE

PERSONAS

Don Pantaleón, boticario.
Don Toribio, abate pedante.
Don Blas, médico.
Don Benito, médico.
Don Juanito, currutaco.
Mariquita, maja.
Doña Beatriz, devota.
Don Pedro, miserable.
Don Mateo, embrollador y rufián.
Don Lorenzo, padre indolente.
Don Jacinto, literato.
Un juez.
Majas.
Currutacos.
Alguaciles que no hablan.

LOS LITERATOS

La escena representa la botica de don Pantaleón, con algunas sillas delante del mostrador. Aparecen DON BENITO y DON BLAS sentados; y sale DON PANTALEÓN de adentro, en cuerpo.

PANT. Señores, ¿de qué se trata?
BLAS. Estábamos disputando
sobre un punto interesante.
PANT. Pero ¿qué es ello? Sepamos.
BLAS. El álcali mineral.
PANT. Sí, señor; alias el natro.
¿Y qué dice usted, don Blas?
BLAS. Que debe el género humano
labrar en medio del mundo
un monumento de mármol
con esta inscripción: *Potenti*
salubri abtatoque natro
quod, salutem reparavit
maximus orbis terrarum
eam columnam, D, P, Q, R
y todo el abecedario.
BENITO. Usted delira.

BLAS. ¿Por qué?
BENITO. Porque quiere que creamos
que puede haber un remedio
universal.
BLAS. ¡Buen reparo!
¿No sabe usted que ha mil siglos
que andamos todos buscando
el elixir de la vida?
BENITO. En cada ciencia hay desbarros.
Los médicos y alquimistas,
en otro siglo, buscaron
unos vida y otros oro;
pero ya, desengañados,
saben que Naturaleza
jamás podrá revelarnos
secretos que inutilicen
sus leyes y sus conatos.
Además, que ese remedio
tiene de fecha más años
que lo que usted quiere darle.
BLAS. ¿Y quién dice lo contrario?
Ya he dicho yo que Noé,
para bien de los humanos,
dió la receta a sus hijos;
que todos ellos la usaron,
y que por eso vivieron
setecientos y más años;
pero que después, quizás
por sus culpas y pecados,
se perdió tan gran secreto
y se fué acortando el plazo
de nuestra vida, hasta que

nuevamente se ha logrado
descubrir este secreto;
y en su virtud confiado,
los convido a merendar,
de aquí a tres siglos, un pavo
en casa de Langostini,
con tres botellas al canto.

PANT. Yo, por mi parte, lo aprecio.
BLAS. Sin cortedad.
BENITO. Lo estimamos.
TORIBIO. *(Saliendo.)*
¡Que esto suceda en el mundo;
que un pedantón, un menguado,
tenga valor de morder
las obras de un literato
como yo!
BENITO. ¿Qué es esto, amigo?
BLAS. ¿De qué nace tanto enfado?
PANT. ¿Qué tiene?
TORIBIO. ¿Qué he de tener?
Que don Jacinto, o don Diablo,
me ha criticado una obra,
que en escribirla he gastado
toda mi vida.
BLAS. ¡Qué infamia!
¿Y qué título? Sepamos.
TORIBIO. «Proyecto crítico-químico-
económico-didáctico,
para viajar por el día
sin gastar siquiera un cuarto.»
PANT. Será un libro muy curioso.
TORIBIO. Como que enseño los varios

disfraces que debe usar
un viajante. En unos casos
aconsejo la esclavina,
en otros un pie de palo;
mas lo seguro es llevar
una demanda en un asno.
Después explico las reglas
para fundir en las manos
los metales, y romper
el hierro de los candados.
En fin; es obra admirable;
y, sobre todo, el tratado
de falsificar las firmas
descubre mi talentazo.

BLAS. Usté es un hombre de pro.

TORIBIO. ¡Y que se atreva un naranjo
a criticarme!

BENITO. Veremos
la contracrisis.

TORIBIO. ¿Yo a un asno
responderle? ¡Ciertamente
que luciera mi trabajo!

BENITO. ¿Pues qué pretende usté hacer?

TORIBIO. ¿Qué pretendo? Soterrarlo
en un calabozo.

TODOS. ¿Cómo?

TORIBIO. Sí, señor; he presentado
tres testigos que aseguran
haberle visto, en un cuarto,
varias pinturas obscenas.

PANT. Muy bien hecho.

BENITO. Su criado

me ha dicho que tiene libros
ocultos en un armario;
conque no es menester más.

BLAS. Y si no, por corolario,
introducirle un papel
entre los suyos, hablando
contra las leyes.

PANT. ¡Famoso
ardid!

TORIBIO. Ya lo he proyectado.
Fuera de eso, ustedes saben
que ese idiota dió al teatro
una comedia en que pinta
los vicios con negros rasgos.
Pues yo, para hacerlo odioso,
señalé a cada retrato
su original, y ya tengo
medio pueblo sublevado;
de manera que a estas horas
habrán presentado un saco
de querellas contra él.

BLAS. Tiene usted talento raro
para estas cosas.

TORIBIO. Que venga
con critiquillas el guapo.

PANT. Callad, que llega.

TORIBIO. Que llegue;
yo me precio de hablar claro.

JACINTO. *(Saliendo.)* ¿De qué se trata, señores?

TORIBIO. Tratamos de sus desbarros.

JACINTO. Muchos tendré, pues los hombres,
de la perfección distamos

largo trecho.
TORIBIO. Usted será
el imperfecto don Asno;
porque yo tengo una borla
que me ha llenado los cascos
de sabiduría; y puedo
presentarme en cualquier acto
con mi muceta, mis guantes
y un bonete como un plato.
Y si usted me apura mucho...
JACINTO. No se sofoque usted tanto;
y advierta que no es la borla
quien hace a los hombres sabios.
BENITO. ¿Cómo es eso?
BLAS. *(Se levanta.)* ¿Qué habla usted?
TORIBIO. Dejen; que yo solo basto.
Señor alcornoque; *nego*
propositionem.
JACINTO. No trato
de charlar.
TORIBIO. *Nego antecedens.*
JACINTO. No me deis esos gritazos.
TORIBIO. *Probo minorem sub sumpta.*
JACINTO. ¡Qué jerigonza!
TORIBIO. ¿Le ataco
de firme?
BLAS. Tírale duro.
TORIBIO. *Distingo mayorem.*
TODOS. ¡Bravo!
TORIBIO. *Substancialiter concedo;*
idealiter negavo,
ham Averroes, Avicena,

rapsis, omnes.

JACINTO. Sosegaos.

LORENZO. *(Saliendo.)* ¿Quién es aquí un don Jacinto,
poeta de tres al cuarto?

TODOS. El señor.

LORENZO. ¿Conque usté, amigo,
sin piedad me ha criticado
en su maldita comedia?

JACINTO. ¡Yo! ¿Cómo?

LORENZO. No hay que negarlo.
Usted me ha pintado en ella
como un padre descuidado.
¿Y por qué? ¿Porque permito
que carguen tanto la mano
mis niñas en el afeite,
que hay día que si no saco
los espejuelos no puedo
conocerlas; porque pago
un maestro de boleras
para que, a fuerza de saltos,
se libren de opilaciones;
porque parece mi estrado
siempre un café, donde pasan
las inocentes el rato,
en medio de una caterva
de *incroyables,* conversando
sobre materias de honor
en un nuevo castellano?
Ea, pues; dígame usted
si hay en esto algo de malo.
Si las dejo que visiten
damas de todos estrados,

es porque no sean Quijotas;
en fin, si van a saraos;
si por las mañanas corren
como toros desmandados
todas las calles y plazas
con mantones estrellados,
sayas de tres baterías,
haciendo alarde del garbo,
son muchachas y desean
pescar un marido al paso;
pues el padre que no quiera
ver en su casa un retablo
de doncellas pollanconas,
ha de hacer lo que yo hago.

TORIBIO. Dice usted bien. Si este hombre
debiera estar enjaulado.

JACINTO. De manera...

LORENZO. Será vana
toda disculpa. Yo parto
a querellarme de usted.

MATEO. *(Saliendo.)*
Yo también; pues me ha tratado
en las tablas de rufián
y estafador.

JACINTO. Yo no hablo
de nadie, más que del vicio.

MATEO. Es usted un mentecato,
pues llama vicio a la industria.
Yo, señores, soy casado;
y, en seis años, mi mujer
me ha dado doce muchachos.
¿Conque cómo podré dar

todos los días abasto
a este escuadrón de quijadas,
si de arbitrios no me valgo?
Mi padre no me dió oficio;
pues, aunque pobre, era hermano
de una Abadesa, y no quiso
hacer a su sangre agravio.
Por esta causa mi casa
es el terreno de cuantos
pisaverdes hacen cocos
a las mocitas del barrio.
Allí escriben sus billetes,
allí reciben recados;
y cuando quieren los niños
hablarse sin sobresalto,
me dan dinero, y al punto
armo en mi sala un fandango.
Entonces vienen las ninfas;
y aunque las madres sean argos,
en empezando a cenar,
a todos los espantajos
que incomodan se les da
opio en el vino; y bailamos
al compás de los ronquidos
de las viejas y pelmazos.
Por estos y otros favores
me quieren, me hacen regalos;
y así, cuando mi mujer
suele fingir un mal parto,
un tabardillo, un insulto,
entra por mi puerta tanto,
que hay chocolate y gallinas

para hartarse todo el año.

TODOS. ¡Famoso arbitrio!

MATEO. También
solicito aficionados
que hagan alguna comedia
en mi casa; y como tantos
gustan de la mezcolanza,
hay quien me ponga en la mano
media onza por entrar
a oler faldas en el patio.

TORIBIO. Bien. Usted busca su vida.
Si digo que es un malvado
este hombre.

MATEO. Yo he de hacer
que se acuerde el bribonazo
de su crítica.

PEDRO. *(Saliendo.)* Lo mismo
le juro por San Macario.

TORIBIO. ¡Bueno! Con eso irá a ver
los birretes colorados.

JACINTO. ¿Yo, por qué?

PEDRO. Porque me pone
de miserable y avaro.

JACINTO. Lo será usted.

PEDRO. No hay tal cosa;
que yo solamente guardo
una exacta economía;
por eso el peso que agarro
lo sepulto donde nunca
vuelve a verse en otras manos.

TORIBIO. ¿Y qué come usted?

PEDRO. Muy bien,

y sin que me cueste un cuarto.
Yo me voy todos los días
a la plaza; y, a dos manos,
voy recogiendo tronchitos,
hojitas de colinabos
y otras verduras, que arroja
quien lo gana sin trabajo.
Me vuelvo a casa; allí enciendo
unas astillitas; hago
una ensalada cocida
con agua y sal, que es un pasmo.
Luz, yo no la necesito,
pues como no hay en mi cuarto
en que tropezar, a obscuras
ando con desembarazo.
Yo jamás rompo la ropa.
Este vestido ha diez años
que en Galicia lo heredé;
y como tengo el cuidado
de zurcirlo, espero en Dios
ir con él amortajado.
Así vivo como un duque.
Todos los días feriados
entro en la Comedia, luego
que el cobrador se ha marchado.
Cuando hay toros, siempre soy
el primero que me planto
en la Plaza, y el postrero
a quien echan los soldados;
de modo que, aunque los tiempos
estén caros o baratos,
yo me divierto, yo como,

y siempre lo mismo gasto.
TORIBIO. Muy bien hecho, porque usted
no tendrá algún mayorazgo.
PEDRO. Ya se ve; pues sólo tengo
repartidas por los barrios
cien casitas, que me rentan
treinta mil pesos al año.
JACINTO. ¡Cien casas, y comer tronchos
como un cerdo! ¡Cielos santos!
¿Qué hombre es éste? ¡Y que se pique
porque le llamen tacaño!
PEDRO. Ya he dicho que es solamente
economía; y en dando
en criticarme, iré a un juez
a quejarme del agravio.
JACINTO. Con tal que gaste en el pleito
algunos pesos, me allano
a sufrir una prisión.
PEDRO. ¡Hola! ¿Qué es eso de gastos?
¿Conque cuestan las querellas?
TORIBIO. Mucha plata y muchos pasos.
PEDRO. ¿Eso tenemos? Pues ya
de lo dicho me retracto.
Satiríceme a su gusto,
y nómbreme en el teatro
si le da gana, que yo
me contento con citarlo
en el tribunal de Dios,
donde no cuesta un ochavo.
TORIBIO. ¿Es posible que tal diga
un hombre rico y honrado?
PEDRO. Y lo afirmo. Si usted compra

papel y tinta... ¡San Marcos
de mi vida! ¿Yo gastar?
¡Jesús, no me tiente el diablo!
Dígame usted miserable,
perro, judío, bellaco
y aun ladrón, como a mi costa
no se alimente un gusano.

BEATRIZ. *(Sale con manto y saya.)*
Ese gusano soy yo;
pero Dios no me ha criado
para ver sobre las tablas
la risa de los profanos.

TORIBIO. Mire usted las consecuencias
de sus dichos y sarcasmos.

JACINTO. ¿Pues qué delito es el mío?

BEATRIZ. Haber dicho en el teatro
que es tan sólo hipocresía
mi virtud. Dios mío, ¿cuándo
respetarán a los justos?
Diga usted: ¿en qué he faltado?
Yo en verano y en invierno
a las once me levanto,
para examinar mejor
mi conciencia con descanso;
dejo al muchacho en la cuna
dando chillidos, y salgo
a sepultarme en la iglesia;
allí, sentada en un banco,
pido a Dios por la que entra
con su rodrigón al lado;
por la que lleva mantón
con parchecitos, zapatos

de color, saya con flecos
y el semblante embarnizado.
A las dos me vuelvo a casa,
y me encuentro renegando
a mi marido. ¿Y por qué?
Porque quiere el mal cristiano
que deje mis devociones
para asistirlo y cuidarlo.
No es posible convertirlo;
reniega, rompe los platos,
tira las sillas; y al fin,
Satanás, que está atizando,
mete la pata; «Soy débil»,
le respondo al bribonazo;
él se emperra, yo me emperro,
y termina en arañarnos.
Entonces me encierro; como
dos pichoncitos; y acabo
dándome una disciplina;
el demás tiempo lo paso
en casa de unas beatas,
refiriendo los desbarros
de las vecinas; y así,
sacamos fruto del trato.

BLAS. ¡Vida ejemplar! ¡Pobre zote!
Confúndase al escucharlo.

TORIBIO. Si ese hombre está ya ardiendo.

BEATRIZ. Yo lo he visto condenado
en una visión que tuve
anoche. Estaba espulgando
la perrita, y me quedé
sumergida en un letargo.

Entonces se me aparece
un espectro, monstruo o diablo,
arrojando horrendas llamas
por los ojos de leopardo.
¡Válgame Dios, qué horroroso!
Tenía los pies de gallo,
boca y narices de mico,
los cabellos encrespados
y unos cuernos retorcidos
de cinco palmos de largo.
Él era corto de vista,
porque traía en la mano
un monóculo mayor
que una sartén. A los lados
llevaba abiertas dos alas
de avestruz, y con el rabo
deshollinaba las vigas
al tenderlo y enroscarlo.
Yo, con valor, le pregunto:
«Di quién eres, o te amarro
con la correa.» Él entonces
me respondió ceceando:
«No se asuste usted, señora;
que soy poeta.» Le amago,
cruje los dientes; le pego
cuatro o cinco correazos;
y, dando un fuerte estallido,
desapareció, dejando
por tres días un olor
como de almizcle, en el barrio.

JACINTO. Señora, por Dios le ruego
que no venga aquí a contarnos

sandeces.
BEATRIZ. ¿Cómo sandeces?
Calvinista, luterano,
incrédulo; el Cielo envíe
sobre su cabeza un rayo;
una víbora le muerda;
un toro le haga pedazos...
¡Qué digo? ¡Jesús! El celo
me cegó... Dios lo haga un santo.
(Salen don Juanito y otros currutacos.)
JUANITO. ¿Adónde está ese bribón
que se atreve a criticarnos
la máquina calzonaria?
(Salen Mariquita y otras majas.)
MARIQ. ¿Quién es ese deslenguado
y endinote, que se atreve
a tomar en boca al barrio
de la Viña?
TORIBIO. ¡Linda gresca!
Señores; ése es el guapo
que ustedes buscan.
MAJA 1.ª ¡So mandria,
salga usted fuera!
CURR. 1.º Este palo
que usted critica, ha de ser
el que le rompa los cascos.
CURR. 2.º Si sale, con las correas
del calzón tengo de ahorcarlo.
MAJAS. ¡So endino, salga usted fuera!
CURR. 1.º Hable usted, so poetastro.
JACINTO. Señores; que mi comedia
a ninguno le hace agravio.

La extravagancia y el vicio
se introduce en los más altos
institutos, y corrompe
las costumbres de un Estado.
Entonces es cuando vibra
sus inexorables dardos
la sátira, sin tirar
a objeto determinado.
Si alguno se siente herido,
no debe culpar al brazo
que dispara; culpe sólo
sus errores; y, sensato,
busque remedio en la enmienda
y ponga un sello en sus labios.

LORENZO. Sea lo que fuere, yo digo
que es usté un desvergonzado.

MATEO. Un hombre que me moteja
y no me da para el plato.

BEATRIZ. Un mal alma.

PEDRO. Un hombrecillo
gastador, estrafalario.

MARIQ. Usté ha emporeado la Viña
con sus versos.

JUANITO. Ha insultado
el currutaquismo.

LORENZO. Al punto
vamos todos a quejarnos.

TODOS. Vamos a un juez.

JUEZ. *(Saliendo.)* La Justicia.

PANT. Señor Juez, ¿tiene usted algo
que mandarme?

JUEZ. Vengo aquí

por un sujeto.
TORIBIO. Ya estamos.
Ese caballero es
al que viene usted buscando.
PEDRO. Ya las pagará usted juntas.
BEATRIZ. Aunque mala, hago milagros.
JUEZ. Afiancen al señor.
JACINTO. Pero, señor Juez, sepamos
por qué es esta tropelía.
JUEZ. No estoy ahora en el caso
de satisfacer a usted,
don Toribio.
JACINTO. Yo me llamo
Jacinto.
JUEZ. ¿Cómo? ¿Pues quién
es don Toribio Lagarto?
JACINTO. El señor.
JUEZ. Pues que lo amarren;
y usted perdóneme el chasco.
TORIBIO. ¿Yo preso? ¿Por qué delito?
JUEZ. Por haber falsificado
algunas firmas.
TORIBIO. Señor;
si fueron unos ensayos
para escribir mi proyecto
de ver Cortes sin un cuarto.
JUEZ. Pues póngale en una nota
ese bello resultado.
LORENZO. Nosotros, de ese poeta
ante usted nos querellamos.
JUEZ. ¿Por qué causa?
LORENZO. Porque ha puesto

una pieza en el teatro,
en que me trata de padre
indolente.

PEDRO. A mí de avaro,
porque encierro los doblones
para que no causen daño.

MATEO. Y a mí de rufián, que es
alcahuete en castellano.

BEATRIZ. ¿Qué diré yo, pues me llama
hipócrita, el temerario,
cuando un ciego está escribiendo
toda mi vida y milagros
en seguidillas boleras?

JUANITO. ¿Qué mucho, si de sus manos
no ha podido libertarse
el gremio de currutacos?

MARIQ. Ni la Viña, con tener
por su Patrón al dios Baco.

TODOS. Todos pedimos justicia.

JUEZ. Señores, vamos despacio.
Yo he visto representar
esa comedia, y no hallo
cosa digna de notarse.
Sus pinceladas y rasgos
ridiculizan el vicio,
sin formar algún retrato
particular; conque así,
no crean a los menguados
que, por denigrar las obras
de un autor digno de aplauso,
procuran hallar motivo
de interrumpir sus trabajos.

TORIBIO. Eso es lo que hacen conmigo.
JUEZ. Por eso quiero premiarlo.
PEDRO. Yo me voy a recoger
mi alimento acostumbrado.
MATEO. Las cinco son, y esta noche
tengo en mi casa fandango.
BEATRIZ. La carne a todos nos pierde;
yo quisiera ser de palo.
TODOS. Y aquí da fin el sainete;
perdonad defectos tantos.

FIN

EL LUGAREÑO EN CÁDIZ

SAINETE

PERSONAS

Don Pánfilo.
Doña Simeona.
Doña Quiteria.
Don Pascual.
Pedro Jiménez.
Una Usía.
Una criada.
Un borracho.
Un tendero.
Un pobre.
Un marinero.
Un ciego.
Un peluquero.
Un calesero.
Un aguador.
Un sargento.

EL LUGAREÑO EN CÁDIZ

La escena se representa en la plaza de San Juan de Dios, con puestos, vendedores, etc. A la izquierda tienda de mercader con TENDERO; el POBRE MENDIGO tendrá delante del pecho dos manos postizas; el SARGENTO y los SOLDADOS estarán paseándose; el CIEGO, a un lado con su guitarra; el CALESERO se paseará con su látigo en la mano; el AGUADOR con su cántaro y vasos.

AGUADOR. Agua; ¿quién la bebe fresca?
CALESERO. ¿Quién quiere un calesín bueno?
CIEGO. *(Cantando.)* «Apenas entró el marido
y advirtió que don Alberto
hablaba con su mujer,
cuando, llamando a su negro,
le mandó ensillar la jaca
y entró respirando fuego.»
(Pregona.) En dos cuartos el curioso
romance de un caballero
natural de la Alpujarra,
que mató por unos celos
a su mujer, a su padre,
a sus dos hijos, al perro,
al gato, al mico y al loro;

sin otros muchos sucesos
que verá el sabio lector.

POBRE. Den limosna, caballeros,
por el toro de San Marcos,
por el gallo de San Pedro,
a este pobre, que ha tres días
que no toma otro alimento
que líquidos; y de hambre
tiene flato en el celebro.

PEDRO. *(Saliendo.)* ¡Válgame Dios, que zuidad
tan jermosa! Aquí hay flamencos,
moros, y otras mil naciones
que al hablar parecen perros.
Pero ¡qué lindas muchachas
he visto! Vaya; si encuentro
en donde comer de balde,
nunca me vuelvo a mi pueblo.

CALESERO. Padrinito, ¿quiere usted
una calesa?

PEDRO. Yo creo
que quiere usted chancearse.

CALESERO. ¿Chancearme? Ni por pienso.
¿La quiere usted?

PEDRO. De manera
que si usted se empeña en ello...

CALESERO. Ya verá usted qué caballo.

PEDRO. ¿Conque el animal es bueno?

CALESERO. Es más ligero que un ave.

PEDRO. Pues, señor, yo no desprecio
los favores.

CALESERO. Pues, padrino,
voy a ponerla al momento.

PEDRO. Oiga usté, amigo, cuidao;
que por mi causa no quiero
que nadie se perjudique.

CALESERO. Calle usted. Si yo deseo
servir siempre a las personas
que lo merecen. Ya vuelvo. *(Vase.)*

PEDRO. ¡Jesús, qué hombre tan garboso!
Mire usted; ¡sin conocerlo
regalarme una calesa
con su caballo! ¡Estoy lelo!
Voy a esperarlo en la esquina.
(Al irse por la derecha sale el peluquero, que tropezando con él lo deja caer y se va.)

PELUQ. Ya son las nueve...

PEDRO. ¡San Telmo
me ampare!

PELUQ. Perdone usted.
¡Cuatro marchantes a un tiempo!
Vaya; no puede cumplir
si no es galgo un peluquero. *(Vase.)*

PEDRO. Me ha roto cinco costillas.
Pero, ¡Jesús; cuál me ha puesto
de harina! ¡Maldito sea!
Éste será tahonero
que andará buscando al macho
por esas calles. Si vuelvo
a encontrarlo...
(El borracho habrá salido por la izquierda; Pedro Jiménez se habrá ido sacudiendo la capa hasta encontrarse con el borracho, y caen al suelo los dos.)

BORRACHO. Con licencia.

PEDRO. ¿Tiene usted los ojos *güeros?*
¡Vaya que está bueno el móo
de pedir paso!

BORRACHO. Silencio;
¿para qué es hablar, si digo
que yo a nadie nada debo? *(Vase.)*

PEDRO. ¿Si andaré siempre rodando
en esta zuidad? Pa esto
no hubiera traído yo
la capa nueva. Si vengo
otra vez, he de venir
todo vestido de cuero.

CALESERO. *(Saliendo.)* Ya está puesta la calesa.

PEDRO. Vaya; yo no sé qué empeño
tiene en servirme. Amiguito,
¿me ha visto usté en algún tiempo?

CALESERO. Yo no me acuerdo.

PEDRO. Ni yo.

CALESERO. Vamos pronto.

PEDRO. Esperaremos
a un amigo, para ver
si tiene en su casa un hueco
donde meter ese mueble.

CALESERO. ¿Qué mueble?

PEDRO. El dicho.

CALESERO. No entiendo.
Diga usted qué.

PEDRO. La calesa.

CALESERO. ¿Para qué?

PEDRO. ¡Pues está bueno!
¿Dónde quiere que la tenga
hasta que me vaya al pueblo?

CALESERO. ¿Cómo tenerla?
PEDRO. Si usted
me la regala, ¿no debo
mantener el animal?
CALESERO. ¿A mí me viene con juegos?
Pues tome usted. *(Le da de varazos.)*
PEDRO. ¡Que me mata!
CALESERO. Por no alborotar, le dejo... *(Vase.)*
PEDRO. ¡Caramba; si estoy aquí
me han de quitar el pellejo!
¡Qué malditísima tierra!
Luego dirán que el dinero
anda tirado; pues yo
tan sólo palos encuentro.
PASCUAL. *(Saliendo.)* Amigo Pedro Jiménez,
¡cuánto de verle me alegro!
¿A qué ha venido usté a Cádiz?
PEDRO. A divertirme, por cierto;
pero me van disgustando
las costumbres de este pueblo.
PASCUAL. ¿Conque se ha casado usted?
PEDRO. ¡Toma! Ya hace mes y medio.
PASCUAL. ¿Y quién es ella?
PEDRO. La Tecla,
hija del tío Divieso,
sobrina de Tres Cascarrias
y nieta de Cuatrovientos,
el sacristán.
PASCUAL. ¿Aquel que es
tan simplote y majadero?
PEDRO. Ese mismo. El otro día,
como estaba el cura enfermo,

le encargó de que en la misa
noticiara a todo el pueblo
de que Juana Pantorrillas
y Anastasio Pocopelo
contraían matrimonio,
y avisase al mismo tiempo
cómo era el viernes siguiente
la vigilia de precepto
a San Simón y San Judas;
mas él lo enredó diciendo:
«El viernes es la vigilia
de Anastasio Pocopelo
y Juana la Pantorrilla,
y celebran casamiento
con San Simón y San Judas.
Si hay quien ponga impedimento
lo avisará; que es tercera
amonestación.»

PASCUAL. ¡Qué exceso
de bestialidad!

PEDRO. Y grande;
pues sí me gana a jumento.

PASCUAL. Si no tiene usted que hacer
daremos cuatro paseos,
y luego iremos a casa.

PEDRO. Vamos, aunque sea al infierno;
mas oiga usted: si descubre
uno de esos tahoneros
con casaca, avise usted,
para subirme en un vuelo
a una ventana.

PASCUAL. Camine,

y deje usted los recelos. *(Vanse.)*
AGUADOR. Agua fresca; ¿quién la bebe?
CIEGO. Libritos del Jubileo.

Salen: DOÑA QUITERIA y DOÑA SIMEONA, con basquiñas y mantillas, muy escurridas, con rosario en la mano; y DON PÁNFILO, de bracero, muy ridículo.

SIMEONA. Sí, hermana Quiteria;
aturdida vengo
de mirar el lujo
que hay en ambos sexos.
¡Ah perverso mundo!
¡Oh pasados tiempos
de bigote y pera,
moño y ferreruelo!
Entonces no había
basquiñas con flecos,
mantones de gasa
con cuatro boleros,
zapatos bordados,
ni atusado el pelo.
QUITERIA. Calla, Simeona;
más no murmuremos.
SIMEONA. Dices bien; ¿qué he dicho?
¡Ay Dios!, me arrepiento;
que en todo nosotras
damos buen ejemplo.
¿No es verdad, don Pánfilo?
PÁNFILO. Eso por supuesto.
QUITERIA. Están muy mudados
del todo los tiempos.

Tampoco sabían
lo que era el bolero,
zorongo, ni el ole
ni otros mil meneos
que alteran a veces
el órgano interno.
Ésta no es envidia;
porque acá sabemos,
cuando llega el caso,
manejar el cuerpo.

SIMEONA. Con tiento, Quiteria;
más no murmuremos,
que en todo nosotras
damos buen ejemplo.
¿No es verdad, don Pánfilo?

PÁNFILO. Eso por supuesto.

SIMEONA. Al Pópulo vamos
a rezar un Credo;
de allí a la Alameda
a tomar el fresco;
después a la Noria
a ver qué hay de nuevo;
pues en el camino
puede que encontremos
alguna buen alma
guiada del cielo
que saque de penas
a este animalejo.

QUITERIA. San Marcos lo haga,
que bien se lo ruego;
pues nosotras siempre
damos buen ejemplo.

¿No es verdad, don Pánfilo?
PÁNFILO. Eso por supuesto.
(Llégase el pobre a don Pánfilo; y, mientras le pide limosna, le mete las manos naturales en la faltriquera.)
POBRE. Virtuosas damas,
nobles caballeros,
socorran al pobre.
QUITERIA. Dios le dé consuelo.
POBRE. Yo espero en ustedes
hallar mi remedio;
y, si no me engaño,
seguro le tengo. *(Sácale el pañuelo.)*
SIMEONA. Dios nos dé qué darle.
¿No son majaderos
los pobres, don Pánfilo?
PÁNFILO. Eso por supuesto.
QUITERIA. Vamos, Simeona;
no se pase el tiempo.
SIMEONA. Bien decís, hermana;
porque los momentos
que no se aprovechan,
sentirlos debemos;
y más siendo santas
por fuera y por dentro.
¿No es verdad, don Pánfilo?
PÁNFILO. Eso por supuesto. *(Vanse.)*
AGUADOR. Agua fresca; ¿quién la bebe?
CIEGO. Romance curioso y nuevo.
MARINERO. *(Saliendo.)* Di, Anastasio: ¿has mariscao alguna cosa?
POBRE. Un pañuelo

que, a cambio de maldiciones,
le he pescado a un estafermo.

MARINERO. Dámelo con disimulo.

POBRE. Tómalo.

MARINERO. No fué mal tiento.
Verás qué pronto lo pongo
en almoneda.

POBRE. Yo vuelvo
a mis clamores. Señores;
por todos los Macabeos,
socorran a este infeliz,
que tiene llenos los dedos
de gavilanes, sin otros
muchos males encubiertos.

Salen PASCUAL y PEDRO.

PASCUAL. Siéntese usté en esa tienda,
mientras que busco un sujeto
en la calle Nueva.

PEDRO. Yo...,
la verdad, le tengo miedo
a este sitio; porque aquí
le dan a los forasteros
tan mal trato...

PASCUAL. No receles;
que doy la vuelta al momento. *(Vase.)*

MARINERO. Amiguito; mire usted
qué hermosísimo pañuelo.

PEDRO. Ciertamente que es pulido.
Ya valdrá su peso y medio.

MARINERO. Pues de balde se lo doy.

PEDRO. No, señor; se lo agradezco;
porque, del otro regalo,
me están doliendo los huesos.

MARINERO. ¿No es dado en ocho reales?

PEDRO. Ése, amigo, es otro cuento.
A ver: vayan seis reales
en calderilla.

MARINERO. No puedo.
Dé usted siete.

PEDRO. No, señor.
Yo me sueno con los dedos.

MARINERO. Venga la plata.

PEDRO. Allá va
el cobre.

AGUADOR. El agua del Puerto.

CIEGO. El *Mercurio;* la *Gaceta.*

POBRE. ¿Quién manda rezar un Credo?

MARINERO. Mande usté, amigo. *(Vase.)*

PEDRO. A más ver;
me lo pondré en el pescuezo.
¡Qué contenta se pondrá
mi mujer! Pero ¡qué veo?
Como un rehilete viene
el maldito tahonero.
Ahora me pone más blanco
que un papel. Yo lo sorteo
con la capa.

PELUQ. *(Sale corriendo, atraviesa la escena, y Pedro lo sortea.)*
La Marquesa
ha de estar hecha un veneno. *(Vase.)*

PEDRO. Vaya; si por las narices

echaba harina. Yo quiero
tomar Iglesia en la tienda.
(Siéntase en el banco de la tienda.)
¿Qué tal si no me meneo?

Salen: la USÍA, con basquiña y mantilla; y la CRIADA, con un niño en los brazos, bien vestido.

USÍA. Ya sabes lo que has de hacer;
y así, al engaño. Tendero,
saque usted de las mejores
medias que tenga, pues vengo
a comprarle seis docenas.
TENDERO. Señora; finas las tengo,
pero son caras.
USÍA. No importa;
que yo no reparo en precios.
PEDRO. Aunque usted perdone, reina,
¿es suyo aquese chicuelo?
CRIADA. No, señor; que es de su padre.
PEDRO. Su madre sabrá lo cierto.
CRIADA. Yo soy soltera, y marido
ando buscando hace tiempo.
PEDRO. Aquí estoy yo.
CRIADA. No me gustan
a mí los hombres tan feos.
PEDRO. Cierto que eres tú bonita,
Tarasca de los infiernos.
USÍA. Queda cerrado el ajuste.
Pero ¡qué es esto? El dinero
se me ha olvidado. Muchacha;
dame el niño y ve corriendo

a casa por un bolsillo,
que está en aquel cajón nuevo
donde guardo los diamantes.

TENDERO. *(Aparte.)* ¿Diamantes dijo? No es bueno
perdamos esta marchanta.
(Alto.) Que se lleve al mismo tiempo
las medias.

USÍA. Gracias. Despacha.

CRIADA. Al instante voy y vuelvo. *(Vase.)*

PEDRO. Parece de buena pasta
el niño.

USÍA. Si está durmiendo.
Crea usted que ni un mal rato
me suele dar. Hasta en esto
es parecido a su padre.

PEDRO. ¿Y quién es?

USÍA. Don Poncio Prieto,
el Vizconde del Timbal.

PEDRO. Título es de mucho estruendo.
¿Y tiene Usía otros hijos?

USÍA. No, señor; mas se me han muerto
catorce, todos varones.

PEDRO. ¡Jesús; cuántos timbaleros!
Si así sigue Useñoría,
aturdirá al Universo.

TENDERO. Si gusta Usía, señora,
entre y tomará un asiento.

USÍA. Se lo estimo. Esta muchacha
ya tarda. Me desespero
con criadas tan pelmazos.

PEDRO. ¿Vivirá Usía en el Puerto?

USÍA. No, señor; aquí a la vuelta;

sino que habrá mes y medio
que vine de Quito, donde
mi esposo obtuvo el Gobierno
del Pico de Chimborazo.

PEDRO. ¡Zape; qué nombre tan hueco!
Sobre que me suena a golpe
de timbal.

USÍA. ¡Me desespero!
¡Qué posma! ¡Si la pillara,
la ahogaría entre mis dedos!
Mas voy a ver si la hallo;
y usté, entretanto que vuelvo,
téngame el niño. Cuidado,
no me le interrumpa el sueño. *(Vase.)*

PEDRO. Ciertamente que es muy buena
la incumbencia. Caballero,
sírvase Su Señoría
de no mearse, o lo estrello
contra las chinas. Dios quiera
que se le seque el garguero;
pues si toca los timbales,
está el asunto completo.

BORRACHO. *(Saliendo.)* ¡Jesús; cuántas luminarias
en toditas partes veo!
¿No le he dicho que me deje?
¡Haya demontre de perro;
que se mete entre las piernas!
¡Arre, chucho; estáte quedo!
¡Achís! *¡Dóminus vobiscum!*
(Tropezando, va a caer encima de Pedro; y éste se levanta acelerado, reservando el niño.)

PEDRO. Poco a poco, gran jumento,
que despertará al Vizconde
del Timbal... Pero ¡qué veo?
¡Si es un niño de cartón!

TENDERO. ¿Qué dice usted? ¿Cómo es eso?

PEDRO. Que por arriba ni abajo
se le descubre el resuello.
¡Fuego; qué astucia!

TENDERO. Ya miro
que una estafa ha sido esto.

PEDRO. ¡Válgame Dios; qué elevado
se quedará usté en oyendo
la música con timbales!

TENDERO. Usté es parte de este enredo.

PEDRO. ¿Yo?

TENDERO. Sí, señor; y ahora mismo
me dará usted mi dinero.

PEDRO. Señor tendero, ¿usted quiere
que yo le estampe en los sesos
a Su Señoría?

TENDERO. Usted
me ha de pagar al momento.

BORRACHO. Si ya he dicho que a ninguno
debo náa, ¿para qué es eso?

PEDRO. Vete con todos los diablos.
(Le da con el niño en la cabeza; el borracho cae, y a las voces salen el Sargento y soldados.)

SARGENTO. Ténganse todos. ¿Qué es esto?

TENDERO. Prendan a ese hombre; pronto.

PEDRO. ¿A mí? ¿Por qué? ¿Pues qué he hecho?

TENDERO. Por encubridor de estafas.

BORRACHO. ¡Manzanilla; que me muero!
SARGENTO. Retiren a ese borracho
ustedes dos. *(Lo retiran.)*

Salen DON PÁNFILO, DOÑA QUITERIA y SIMEONA

SIMEONA. ¿El pañuelo
le han sacado a usted? ¡Qué alma!
SARGENTO. Venga usté al vivaque preso.
PEDRO. ¿Yo preso? ¿Qué tierra es ésta?
¿Si será acaso el infierno?
PASCUAL. *(Saliendo.)* ¿Qué es esto, Pedro Jiménez?
PEDRO. Que me quieren llevar preso
por estafador.
PASCUAL. Yo abono
a ese buen hombre, Sargento.
TENDERO. ¿Usted lo abona?
PASCUAL. Yo sé
su honradez; y desde luego
aseguro que es un falso
testimonio.
QUITERIA. ¿Su pañuelo
no es aquél?
(Don Pánfilo le echa la mano al pañuelo, y los otros gritan.)
PÁNFILO. ¡Perro ladrón,
dame mi prenda!
PEDRO. No quiero;
que me ha costado la plata.
SIMEONA. Señores soldados; presto,
amarren, por caridad,
a ese pícaro ratero.

SARGENTO. Ya no hay remedio; amarradlo.
(Lo amarran.)
PASCUAL. Oiga usted, señor Sargento.
SARGENTO. Yo no soy juez. ¡A la cárcel!
PEDRO. ¡Que viniera yo a este pueblo!...
Ea; mañana me ahorcan,
y éste es un viaje completo.
SIMEONA. Haga usted que me lo guinden;
que yo rezaré seis Credos
por su alma.
PEDRO. La beata
rabia por rezar a muertos.
SARGENTO. Vamos con él al vivaque.
MARINERO. *(Saliendo. Al pobre.)*
Pechuga; toma el dinero.
PEDRO. Señor Sargento; aquél es
el que me vendió el pañuelo.
SARGENTO. ¡Agarradlo! Date al Rey.
MARINERO. Ya estoy dado. Y ¿qué tenemos?
SARGENTO. Picarón; ¿a quién robaste
un pañuelo?
MARINERO. ¿Qué pañuelo?
PEDRO. El que me vendiste a mí.
MARINERO. A ese pobre se lo dieron
de limosna.
SARGENTO. ¿Sí? Agarradle.
POBRE. *(Saca un rejón; y los soldados le rodean.)*
Al que se acerque, le pego
un rejonazo.
SARGENTO. Tiradle.
PEDRO. Vaya; si éste es el infierno.
POBRE. Ya estoy dado.

SARGENTO. Maniatadle;
y este hombre quede suelto.
(Desatan a Pedro.)
PEDRO. ¿Quién me vuelve a mí la honra?
SIMEONA. Yo, hijo mío, se la vuelvo.
Aquí, delante de todos,
le pido a usted, por San Pedro
Nolasco, que me perdone
mi temerario concepto.
¿Cumplo así como cristiana,
don Pánfilo?
PÁNFILO. Por supuesto.
PEDRO. Miren la madre beata
cómo viene haciendo gestos,
y antes estaba rezando
por que me ahorcasen.
SIMEONA. Soberbio,
bruto, animal, ignorante.
¡Vive Dios que si me emperro
soy capaz de darte mil
bofetadas!
PÁNFILO. Por supuesto.
SIMEONA. Pero ¡qué digo? ¡Jesús!
Don Pánfilo; vamos presto
a confesar esta rabia.
QUITERIA. Vamos, Simeona. El Cielo
los haga buenos a todos.
SIMEONA. Amén, amén. Padre nuestro... *(Vase.)*
PEDRO. Ni escrúpulo me quedara
de haberle dado en los sesos
con una chinela mía.
SARGENTO. Vamos al vivaque.

POBRE. Feo;
¿conque al fin te berreaste?
MARINERO. En presidio nos veremos. *(Los llevan.)*
PASCUAL. Vamos a casa.
PEDRO. ¿Quién, yo?
No estoy más en este pueblo.
Desde aquí voy a embarcarme.
¿Éste es Cádiz? Más bien quiero
ser en mi tierra un borrico
que en esta ciudad camello.
PASCUAL. Espere usted.
PEDRO. ¿Qué; si viene
el maldito tahonero?
PELUQ. *(Saliendo.)*
Voy a peinar al Vizconde. *(Vase.)*
PEDRO. Ea; a Paterna o al cielo.
(Corre huyendo delante del peluquero.)
PASCUAL. El pobre se ha vuelto loco.
Quiero seguirlo, pidiendo
a tan discreto auditorio...
TODOS. ...el perdón de nuestros yerros

FIN

EL MAESTRO DE LA TUNA

SAINETE

PERSONAS

Don Juanito.
Antonio, criado.
Curro.
Lora.
Pascuala.
Don Pedro.
Don Pelegrín.
El abate Chiflón.
Vendedora 1.ª
Vendedora 2.ª
Campanela.
Doña Paula.
Don Tadeo.
Cabo.
Soldados.

EL MAESTRO DE LA TUNA

Cuarto de don Juanito, con cuatro sillas; una mesa con botellas, vasos y una guitarra. DON JUANITO aparece con fraque o levita; y por la derecha sale ANTONIO.

JUANITO. ¡Antonio!
ANTONIO. ¡Señor!
JUANITO. ¿Has visto
si salió padre de casa?
ANTONIO. ¡Toma! Habrá su media hora.
JUANITO. Pues trae la ropa; despacha.
Malditos sean los fraques,
el sastre que los hilvana
y el tonto que se los pone.
(Lo va vistiendo de majo el criado.)
¿Cuánto más vale esta cuarta
de chupa, con que se lucen
los fondillos y la espalda?
ANTONIO. Si se va perdiendo el gusto.
JUANITO. Los extranjeros son causa
de que en Cádiz se aniquile
la majeza. Vaya, vaya;
¡es un dolor! Pero a fe

que, como Curro Retranca
siga dándome lecciones,
he de restaurar la casta
de los macarenos.

ANTONIO. ¡Toma!
Señor Curro es una alhaja.
¡Viva; viva la majeza! *(Llaman.)*

JUANITO. Tunante; mira que llaman.

ANTONIO. Voy corriendo. *(Vase.)*

JUANITO. ¿Si será
la Lorilla? ¡Ay, cómo anda
por mí de loca!

ANTONIO. *(Saliendo.)* El maestro.

JUANITO. Que entre, y vete.
(Vase Antonio. Don Juanito se pone la montera y el capote y se planta a lo macareno. Curro sale de majo, con pasos muy graves, y se para a mirar a don Juanito; luego se acerca y le enmienda la postura de la montera.)

CURRO. Camaráa,
esa montera a la ceja. *(Lo hace.)*
Dé usté un paseo; esa cara
más fea; venga usté a mí
a enredarse de palabras.
(Se llega don Juanito a Curro, fingiendo quimera.)

JUANITO. Camaraílla, ¿es conmigo?

CURRO. Estire usté más la estampa,
y arrime usté las narices
a las mías.

JUANITO. O se marcha,

o le endiño. *(Levanta la mano.)*

CURRO. Ponga usted
esa mano engarrotáa.

JUANITO. ¿A que le tomo a usté el molde
del hocico?

CURRO. En esa planta
se mantiene usté un instante;
luego después, con chulada,
va usted bajando la mano
y se rasca usted la nalga.

JUANITO. ¿De este modo?

CURRO. Bien; ahora
hace usted la retirada;
me presenta usté el capote,
y empuña usted la navaja.

JUANITO. ¿De esta suerte?

CURRO. No, señor.
¿No sabe usted la palabra
que se dice en estos casos?

JUANITO. La verdad, no me acordaba.
Hagámoslo a un mismo tiempo.

CURRO. Pues cuidado con no errarla.
(A un mismo tiempo se retiran y se acometen, haciendo ademán de sacar navaja; y luego se separan.)

LOS DOS. ¡Ah, so indino!

CURRO. Lo ha hecho usté
con muchísima la gracia.
Vamos a beber un trago. *(Toma el vaso.)*

JUANITO. Pero, después de esta entrada,
¿qué sigue?

CURRO. Cuando se ofrezca

meterle la mano a un mandria,
entonces le diré a usted
lo que debe hacer.
(Con los vasos en la mano, contoneándose.)

JUANITO. Pues vaya
por toda la gente rubia
de la Viña.

CURRO. Antes de nada,
escupa usté de chisguete.

JUANITO. Allá voy. *(Escupe.)*

CURRO. ¡Si fuera el alma! *(Escupe.)*

JUANITO. Que se te arranque.

LOS DOS. ¡Jesús! *(Beben.)*

ANTONIO. *(Saliendo.)* Señá Lorita, la Gata,
dice que si puede entrar.

JUANITO. Dile que sí; vaya, vaya;
¡si desde que aprendo a majo
andan las mozas que rabian
por mirarme! *(Vase Antonio.)*

LORA. *(Saliendo.)* Buenos días.

JUANITO. Celebro ver esa cara
jermosísima.

LORA. *(Sentándose.)* Se aprecia
la jonjanilla.

CURRO. Palabra.
(Llama aparte a don Juanito.)
Esa mujer está fresca,
y es menester jalearla
con sandunga.

JUANITO. ¿Y qué he de hacer?

CURRO. Ponga usted cuidado, y haga
lo que yo.

(Curro se pone la montera bien; se emboza y se sienta al lado de Lora; don Juanito remeda todas sus acciones, y se sienta al otro lado.)

LORA. ¿Qué paso es éste?
Ea; ¿tenemos fantasmas
que nos asusten?

CURRO. ¡Que vivan
los cuerpos buenos!

LORA. ¡Qué cara!

JUANITO. ¡Vivan los cuerpos que tienen
remuchísima la gracia!

LOS DOS. ¡Ay, zorongo, zorongo, zorongo!

LORA. Don Juanito, ¿aquí se ladra
a dúo?

CURRO. ¡Si ese hociquito
vale muchísima plata!

JUANITO. ¡Huy, hocico de mi negra!

CURRO. ¡Ay cachirulo, qué alma
tienen tus ojos!
(Curro hace como que acerca la cara a la de Lora, y ésta le da un bofetón.)

LORA. Más lejos
el resuello, que me enfada. *(Se levanta.)*

CURRO. ¿Qué es lo que ha hecho esta mujer?

LORA. ¡Aire, que estoy sofocada!

CURRO. Ha lucido usté, Lorita.
Por fin tiene usté esas naguas
y es preciso, ya se ve...
¡Ay, si tuviera usté barbas!...
¡Vaya! Dentro de un cigarro
al punto me la fumaba.

JUANITO. Vamos; esto se acabó.
LORA. ¿Y usté lo consiente?
JUANITO. Calla;
que todo ha sido una broma.
Vaya una uvita, Retranca.
CURRO. Mujer; no diga usté a nadie
lo que ha hecho.
LORA. Tengo larga
la lengüita.
CURRO. ¿A que yo hago
todavía una trastada?
ANTONIO. *(Saliendo.)* Señor; oiga usté.
JUANITO. ¿Qué quieres?
(Hablan aparte.)
ANTONIO. Que llega doña Pascuala.
JUANITO. ¡Mi padre! Escóndete, Lora.
LORA. Dígame usté: ¿soy yo dama
de comedia?
JUANITO. Vamos pronto.
LORA. ¡Qué miedo mete una calva!
(Entra, y cierra la puerta Juanito.)
CURRO. ¡Sobre que ella no chispea!
(Sale doña Pascuala.)
JUANITO. Salero, ¿por esta casa
tanto bueno?
PASCUALA. Fuí a comprar
unas cintas, y en la plaza...
(¡Jesús, que aun estoy temblando!)
... se dieron de puñaladas
dos tunantes. Yo me muero.
Déme usted un poco de agua.
CURRO. Mejor es mixtela.

JUANITO. Sí;
deje usté el miedo. *(Le echa.)*
PASCUALA. ¡Qué ansia! *(Bebe.)*
CURRO. Vaya por mí otra gotita. *(Le echa.)*
PASCUALA. Ya que usted se empeña, vaya. *(Bebe.)*
JUANITO. No, pues yo no he de ser menos.
PASCUALA. ¡Jesús; saldré mareada! *(Bebe.)*
CURRO. Vaya por aquel sujeto
que usted más quiera, mi alma.
PASCUALA. ¡Ay, don Juan; por su salud! *(Bebe.)*
JUANITO. No lo creo, si no acaba
esta fineza.
PASCUALA. Por eso
beberé yo hasta mañana. *(Bebe.)*
JUANITO. ¡Arriba, salero!
CURRO. Bien.
Venga pronto esa tisana;
que aquí tenemos mujer.
PASCUALA. Señor; tenga usted cachaza,
que ahora empezamos.
CURRO. *(Con una rodilla en tierra delante de Pascuala.)* ¡Huy!,
que me van dando ahora ganas
de entrar con usté en compás...
PASCUALA. ¿Sí? Pues ya estoy yo plantada.
CURRO. Ésta sí que es una hembra.
(Pascuala larga la mantilla, se pone en pie, y Curro larga el capote, dando un salto.)
JUANITO. *(Llamando.)* ¡Antoñuelo!
ANTONIO. *(Saliendo.)* ¿Quién me llama?
JUANITO. A ver; toca la vihuela.

ANTONIO. Ya la toco; ¿y qué se baila?
CURRO. El minuete de la Viña.
JUANITO. ¡Vivan los cuerpos con gracia!
(Toca Antonio.)
CURRO. ¡Huy, que me jundo!
(A los primeros pasos da Lora golpes a la puerta, y se para Pascuala.)
LORA. *(Dentro.)* ¡Abra usté,
señor cantarín!
PASCUALA. ¿Quién llama?
JUANITO. No es nadie.
CURRO. Prosiga usted.
(Vuelve a tocar Antonio.)
LORA. *(Dentro.)* ¿Abren la puerta, ¡caramba!,
o la rompo?
PASCUALA. ¿Es esa moza,
acaso, alguna giganta?
CURRO. Déjela usted que pernee.
LORA. *(Dentro.)* ¡Abran ustedes, so mandrias!
PASCUALA. Veremos a esta leona.
(Abre, y sale Lora.)
LORA. Perdone usté, so madama,
que no pensé que era usted
una señora tan alta.
PASCUALA. Ni yo que era usté tan chica.
¡Sobre que me imaginaba
ver salir por esa puerta
lo menos una elefanta!
LORA. ¡Cómo jiede usté a bebida!
PASCUALA. Desde que está usté en la sala,
me he mareado.
LORA. Don Juan,

¿es paño nuevo?
JUANITO. Retranca,
¿qué haremos?
CURRO. Meterlo a broma,
y decir muchas chuladas.
PASCUALA. ¿Acostumbra usté, don Juan,
a guardar tales alhajas?
JUANITO. ¡Curro; mira qué encendidas
se han puesto!
CURRO. ¡Si todo es chanza!
¿Un cuarto para buñuelos
a que ahora mismo se abrazan?
JUANITO. ¡A que no!
CURRO. Vaya que sí;
¿me presta usté un real de plata
para ganar esta apuesta?
PASCUALA. Con mucho gusto. *(Le da una bofetada.)*
CURRO. ¡Canastas!
Lorita, véngueme usted.
PASCUALA. Y me pegó la muchacha.
LORA. Y bien que la pegaré.
PASCUALA. ¿A mí usté?
LORA. Y a otra más alta.
JUANITO. Sosegarse.
PEDRO. *(Saliendo.)* ¿Quién se atreve
a escandalizar mi casa?
CURRO. ¿Es usté el señor don Pedro
de... ya sé... Relinchiurraga?
PEDRO. El mismo soy; ¿qué se ofrece?
CURRO. ¡Válgame Dios; cuántas canas
le han salido a usté! Me acuerdo
que en Cádiz tuvo usté fama

de buen mozo.

PEDRO. Acabe usté,
que estoy de prisa.

CURRO. A mi hermana,
¿la conoce usted?

PEDRO. Yo no.

CURRO. ¿Ni a mi primita Pascuala?

PEDRO. Tampoco.

CURRO. ¡Qué enajenado
que está usted! Vamos, muchachas;
zorongo a este caballero.
Verá usté el non plus.

PEDRO. Se trata
de saber a qué han venido.

CURRO. A quedarse de criadas,
si usté quiere.

PEDRO. No, señor.

CURRO. ¡Si viera usté las puntadas
de mi prima!

PEDRO. ¿Costureras?...
Si me sobran.

CURRO. Pues mi hermana,
¡qué bien que guisa un menudo!

PEDRO. Buen provecho.

CURRO. Si le agarran
al señorito, ¡qué limpio
me lo tendrían!

PEDRO. ¿Se marchan,
o agarro un palo?

LORA. Ven, Curro;
que este señor nos espanta.

PASCUALA. Señores, con su licencia.

CURRO. Dispense; vamos, muchachas,
a dar vueltas a la Noria,
porque me van dando bascas. *(Vanse.)*

PEDRO. ¿Conque usted, caballerito,
con tal gentuza se trata?

JUANITO. ¿Yo, señor?

PEDRO. Tú, tú, bribón.
Pero ¿adónde vas de gala?

JUANITO. A ninguna parte.

PEDRO. ¡Ya!
¿Tú imaginas que me clavas
con esa humildad? Pues no;
que no has de salir de casa
en un mes. ¡Miren el majo
que me he echado yo a la cara!
(Vase y cierra.)

JUANITO. Cerró, quitando las llaves.
¡Por vida!... Lora y Pascuala
me aguardarán en la Noria.
¡A mí encerrarme? La rabia
me está ahogando. ¡Vive Dios
que, si estuviera más baja
la ventanilla sin reja
que cae al patio, me echara
por ir adonde me esperan!
Pero, ¡tate!, ya hallé traza.
Voy a tomar de esa alcoba
unas sábanas; y, atadas,
me descolgaré por ellas.
No faltaba más, ¡naranjas!,
sino que hombres como yo
faltasen a su palabra.

Selva larga; noria con algunos árboles; varias vendedoras de turrón y avellanas, y alguna gente que se pasea. Salen DON PELEGRÍN y el ABATE CHIFLÓN.

VEND. 1.ª Turrón, turrón de Alicante.
VEND. 2.ª A mis ricas avellanas.
CHIFLÓN. Don Pelegrín, ¿cómo en Cádiz?
PELEGRÍN. ¡Abatito de mi alma!
CHIFLÓN. ¿Dónde has estado?
PELEGRÍN. Viajando.
Salí de la triste España,
me fuí derecho a París,
después recorrí la Italia,
tomé postas para Londres,
de allí navegué a Tartaria;
estuve en Persia, en Turquía,
en la Meca, en Transilvania;
he visto el Japón, la China,
Turín, el cabo de Gata,
las islas de Luz, la Rusia,
Cerdeña, la Nueva España,
y habrá cuarenta minutos
que piso la dulce patria.
CHIFLÓN. ¡Cuánto me alegro de verte!
PELEGRÍN. Y tú, Chiflón, ¿en qué gastas
el tiempo?
CHIFLÓN. ¿Yo? En estudiar.
¡Oh amigo! Tengo gran fama
de anticuario. Ayer leí
una Memoria muy larga,
en que probé que Cenobia

tuvo las narices chatas.
(Sale doña Paula, y Chiflón saca un anteojo.)
Echo el monóculo. ¡Toma!;
si es doña Paula Calandria.
Señora; beso sus pies.

PELEGRÍN. *Votre servitor,* madama.

PAULA. Señores; bésoos las manos.
(Cortesía a la francesa.)

CHIFLÓN. Os presento, doña Paula,
a don Pelegrín Rabiche.

PELEGRÍN. *Votre servitor,* madama. *(Cortesía.)*

CHIFLÓN. Ha vïajado ochenta años
por la Europa y por el Asia.

PAULA. Yo celebro conocerlo.

PELEGRÍN. *Votre servitor,* madama. *(Cortesía.)*

CAMP. *(Sale de tuno.)*
¡Ah! ¡Qué gana de beber
me ha dado! Pero no agua.

PAULA. Sentémonos un ratito,
porque vengo estropeada. *(Se sientan.)*
Don Pelegrín, a este lado.

PELEGRÍN. *Votre servitor,* madama. *(Cortesía.)*

CURRO. *(Saliendo.)* ¡Campanela!

CAMP. ¡Señor Curro!

CURRO. Dime: ¿no has visto a tu hermana
la Lorilla?

CAMP. No, señor;
porque yo salí de casa
con mucha sed, y hasta ahora
no he encontrado ningún alma
caritativa.

Curro. Hasta luego.
Camp. Señor Curro, una palabra.
Curro. ¿Qué quieres?
Camp. ¿Me paga usted
los cuatro cuartos de marras
que le presté?
Curro. Tunantón,
¿deshonras la gente blanca
por esa friolera?
Camp. ¿Yo
no podré pedir mi plata
cuando quiera?
Curro. Bien se ve
que te has criado en la playa.
Nájate de aquí, o te arrimo
la punta del pie.
Camp. ¡Caramba;
que ninguno a mí me toca!
Curro. Mira, bocón; no hagas plaza;
si no ven tras el Balón,
te calentaré la cara.
Camp. ¿A mí pegarme?
Curro. Soniche;
vente conmigo. *(Le tira de la capa.)*
Camp. ¡Caramba;
que soy capaz...!
Curro. Habla bajo,
y vente.
Camp. No me da gana.
Juanito. *(Saliendo.)*
¿Qué es eso, Curro?
Curro. Este mona,

que quiere le haga una marca
en el hocico.

JUANITO. ¿Y por qué?

CAMP. Porque debe y no me paga.

JUANITO. ¿Qué te debe?

CAMP. Cuatro cuartos.

JUANITO. Toma medio duro, y calla.

CAMP. ¿Ochenta y cinco cuartazos?
¡Buen gusto tiene mi hermana
en quererlo a usted!

CURRO. ¡Qué indino
te ha criado el Cielo! Marcha;
que por beber te has de ver
con una coroza.

JUANITO. Vaya;
¿dónde está Lora?

CAMP. Señor;
no me diga usté palabra,
que dirán las malas lenguas
que yo...

JUANITO. Chico; ve a buscarla.

CAMP. Vaya, por servirlo a usted;
mas que hable Curro Retranca. *(Vase.)*

JUANITO. ¿Y Pascuala?

CURRO. Se najó
con el peluca de marras;
aquel don Tadeo.

JUANITO. ¡Que
las mujeres sean tan falsas!

CURRO. Camaráa, no hay que fiarse.
¡Ay, que me han hecho más llagas
en el corazón!...

JUANITO. Aquélla
es la mujer de ese mandria
de don Tadeo.

CURRO. ¡Buen pellejo!

JUANITO. Pues esta tarde, ¡caramba!,
la dejo viuda.

CURRO. Despacio;
las cosas quieren cachaza.
Mire usted: todos los hombres
que quisieren tener fama
de jaques, antes de herir
han de hacer mucha algazara,
porque así se luce mucho
y la camorra se agua.

JUANITO. ¿Pero qué he de hacer?

CURRO. Silencio;
y verá usté con la gracia
que alborotamos el mundo.
(Va hacia doña Paula y se quita la montera.)
Señorita; una palabra,
con licencia del señor
y del señor.

PAULA. ¿Pero es tanta
la precisión?

CURRO. Me parece.

PAULA. Ustedes dispensen.

PELEGRÍN. Basta.
Franqueza, como en la China;
que allí todo es confianza.

CHIFLÓN. Los griegos fueron lo mismo;
y hasta la reina Cleopatra

jamás gastó ceremonias
con Marco Antonio.

PAULA. ¿Qué manda?

(Se levanta doña Paula y habla con Curro.)

CURRO. ¿Usted quiere a su marido?

PAULA. La pregunta es excusada.

CURRO. Dígolo porque, según
se pone la circunstancia,
tendrá usted que llorar mucho.

PAULA. ¿Pues qué ha sucedido?

CURRO. Nada.

PAULA. Hable usted con claridad.

CURRO. Mire usté; que se lo matan
si no se enmienda.

PAULA. ¿Y por quién?

CURRO. Por una doña Pascuala,
querida de aquel majito.

PAULA. ¡Ay Dios mío de mi alma!
¿Qué podré hacer?

CURRO. Mire usted:
háblele, por si se ablanda.

PAULA. Llámele.

CURRO. ¡Camaraíta!
(Lo llama con la mano.)
Negocio.

JUANITO. ¿Por qué me llamas?

CURRO. Pues camaráa; esta señora
está (ya se ve) asustada,
como es regular.

PAULA. Señor,
yo le doy a usted palabra
de componer con mi esposo

que no la mire a la cara.

JUANITO. ¿Ya fuiste a charlar?

CURRO. De modo
que, habiendo por medio enaguas,
es mejor la suavidad.

JUANITO. Hombre, tú... Vaya; si es gana,
yo lo remato esta tarde.

PAULA. Duélase usted de mis ansias,
siquiera por ser mujer.

JUANITO. Ya está dicho. *(Quítase la montera.)*

CURRO. Camarada,
¿soy su amigo?

JUANITO. ¿Quién lo duda?

CURRO. ¿Merezco que se me haga
cualquier favor?

JUANITO. Por supuesto.

CURRO. Pues este lance se acaba,
porque se lo pido yo.

JUANITO. Usted, camaráa, se cansa.
Pídame usted lo que guste,
menos eso.

PAULA. ¡Triste Paula;
que viene aquí mi marido
y este hombre me lo mata!

CURRO. *(Bajo.)* Poco rüido; haga usted
que se deje la compaña
mientras entretengo al otro.
¡Camaraílla!

JUANITO. ¡Caramba;
que ahora le meto la mano!
(Curro lo agarra del capotón, y él forcejea para ir adonde viene don Tadeo.)

CURRO. Oiga usted lo que le habla
un hombre.
JUANITO. Suélteme usted.
CURRO. ¿Para qué es dar campanada?

(Salen DON TADEO y DOÑA PASCUALA.

PAULA. Ven conmigo; y usté, niña,
no vuelva, siquiera en chanza,
a darle los buenos días
a mi marido.
TADEO. Repara
que hablas con una señora
de honor.
PASCUALA. ¿Cómo? ¿Así se ultraja
mi estimación?
PAULA. Más valiera
que sola se paseara
y no expusiera a los hombres
a que se pierdan.
TADEO. ¿Qué hablas?
¿Yo perderme? ¿Cómo?
CURRO. Ahora
entre usté; que no habrá nada.
(Corre don Juanito sacando la navaja; doña Paula abraza a su marido, que quiere embestir a don Juanito; don Pelegrín, el Abate y los vendedores quieren sujetar a Curro; y luego se van corriendo.)
JUANITO. ¡So indino!
PASCUALA. ¡Don Juan!...

PAULA. ¡Esposo!
CURRO. ¡Fuera, o les tiendo la capa!
(Salen Lora y Campanela; éste, al ver a don Juanito, atraviesa por medio para ponerse a su lado; y al pasar por delante de Curro, éste le da con la navaja; y cae Campanela.)
CAMP. ¿Quién le ofende a usted, don Juan?
CURRO. Ahora lo verás, so mandria.
CAMP. ¡Que me han matao! *(Cae.)*
LORA. Pillastrón,
¿qué es lo que has hecho?
TODOS. ¡A la Guardia!
CURRO. Lorita; que yo le he dado
sin querer.
JUANITO. Toma, Pascuala.
(Le da la navaja.)
CABO. *(Sale con cuatro soldados.)*
¿Qué es esto?
LORA. Que ese tunante
le ha dado una puñalada
a mi hermano.
CABO. Que lo amarren. *(Lo atan.)*
CURRO. Señor melitar, cachaza.
Oiga usté; que el hombre bueno
tiene dos orejas.
CABO. Vaya;
¿qué dice usted?
CURRO. Que yo vine
a meter paz; y este mandria,
como es tan zaragatero,
se atravesó entre la capa

y el alfiler; ya se ve;
aunque reculé tres varas
por no arañarle, ese indino
tiene tan blanda la panza,
que tan sólo con el aire
se desgració. Vaya, nada.
Si apenillas lo toqué;
sino que hay algunos mandrias
(como usted sabe, mi Cabo)
que de náa se desbaratan.

CAMP. ¡Melitar, que me desangro!

CURRO. Si lo que arrojas, canalla,
es medio duro de vino
que te has bebido.

CABO. A la Guardia
vayan los dos.
(Los soldados llevan a Campanela.)

TADEO. Melitar;
quien fué de todo la causa
es el señor. *(Señalando a don Juanito.)*

CABO. Pues que venga.

JUANITO. Advierta, Cabo de escuadra,
que soy don Juan Capistrano,
y que es infamar mi casa
esta tropelía.

CABO. El traje
lo desmiente; conque vaya,
que yo no conozco a nadie
con montera.

JUANITO. ¿Así se agravia
a un hombre de honor?

PEDRO. *(Saliendo.)* ¿Qué es esto?

¿Cómo tú fuera de casa?
JUANITO. Que me llevan preso, padre.
PEDRO. ¡A ti preso? ¿Por qué causa?
CABO. Por una quimera; y yo,
como el traje me engañaba,
quise llevarlo al vivac.
PEDRO. Hace bien, Cabo de escuadra;
porque ni yo lo conozco
en este traje. Quien falta
a la obediencia de un padre,
ni es noble ni se le guardan
los privilegios debidos
a la virtud; y así, vaya,
sufra ese bochorno en tanto
que hablo al Jefe de la plaza,
a fin de que en un castillo
llore sus extravagancias. *(Vase.)*
CURRO. ¡Caramba; qué padrecito
tiene usted!
JUANITO. Si estoy, de rabia,
por matarme.
LORA. Don Juanito;
ya ve usted lo que le pasa
por andar con petimetras.
PASCUALA. Usté, señora, se engaña;
que si el señor no viniera
de matachín, lo miraran
con respeto.
LORA. Si los polvos
tan sólo tapan las calvas.
PASCUALA. Y sin los polvos, también
se llena el pelo de grasa.

CABO. Vamos al vivaque.

CURRO. En fin;
aunque ha sido desgraciada
esta lección, por lo menos
tendrá usté el gusto mañana
de que le cante algún ciego
al compás de la guitarra.

TODOS. Y aquí da fin el sainete;
perdonad sus muchas faltas.

FIN

LA MAJA RESUELTA

SAINETE

PERSONAS

Inés, querida de
Don Luis, petimetre.
El Marqués de Torregorda.
Don Pedro, padre de Luis.
Doña Ana, novia de Luis.
El Vizconde de Azulejos.
El abate Fortepiano.
Don Tadeo, Oficial.
Don Blas.
Doña Flora.
Doña Leonor.
Pepa, criada.
Dos disfrazados.

LA MAJA RESUELTA

Salón corto. Se descubre a INÉS sentada al tocador, y a PEPA acabándose de peinar.

INÉS. ¡Qué pesada estás! Despacha;
compónme pronto este pelo.
PEPA. ¡Qué viva es usted! Ya está.
¡Jesús; que ha echado usted un genio
inaguantable!
INÉS. No seas... *(Llaman.)*
chilindrinera. Abre presto. *(Vase Pepa.)*
¿Dónde estará don Luisito?
Quiero avïarme. Con eso,
luego que entre por la puerta,
al teatro nos iremos. *(Sale don Luis.)*
Ya pensé que no vinieses.
Siéntate, que en un momento
me visto.
LUIS. ¿Pues dónde vamos?
INÉS. A la Comedia.
LUIS. No puedo
acompañarte esta noche.
INÉS. ¿No puede usted, caballero?

Ea; que cayó negocio.
(Se sienta, echándose aire.)
Pues, señor mío, corriendo
márchese usted; no haga falta
donde le esperan.

LUIS. Si tengo
que responder a unas cartas.

INÉS. ¿Quién le pone impedimentos?
Escriba usted, y dé memorias
de mi parte a esos sujetos.

LUIS. Es posible...

INÉS. No me muela.
¡Qué chinche es el hombre! Presto
márchese usted, que yo aguardo
una visita.

LUIS. No quiero
enfadarme.
(Hace que se va, e Inés se levanta y lo agarra por un brazo, con cólera.)

INÉS. Pues ahora
no se ha de ir, por lo mesmo.
Siéntese usted. ¡No faltaba
sino que hiciera un muñeco
burla de mí, cuando hombrones
de bigotes no la han hecho!

LUIS. Ya estoy sentado. ¿Qué quieres?

INÉS. ¿Qué he de querer? Que lloremos
toda la noche, una vez
que nuestro cariño ha muerto.

LUIS. Vaya; no tengo paciencia
para tolerar...

MARQUÉS. *(Saliendo.)* ¿Qué es esto?

¡Jesús; qué caras tan malas!
Nariz inflada, entrecejo
replegado, color gris,
ojos opacos; no hay medio;
o soy mal fisonomista,
o está muy malo el enfermo.

INÉS. Como que está agonizando
el señor.

MARQUÉS. ¡Jesús; qué tiempo
tan variable! El almanaque
del amor anuncia truenos,
y dolores de cabeza
a maridos y cortejos.
Hoy he reñido también
con mi querida.

INÉS. Lo siento.

MARQUÉS. Todo fué una frïolera.
Veníamos del paseo,
y junto a la nevería
le dió el maldito deseo
de hartarse de mantecados.
Ya ve usted qué desacierto,
querer con estos calores
que se le pasmase el pecho.
Procuré entonces borrarle
aquel loco pensamiento;
pero ni con amenazas,
ni con cariños ni ruegos,
pude apartarle los ojos
de las manos del nevero.
De manera que, aburrido,
volví la esquina, y la dejo

pegada en el quicio, como
celosía de barbero.
Pero vamos; ¿qué es la causa?

LUIS. Antojos y devaneos
de esta señora. Se enfada
porque esta noche no puedo
ir con ella a la Comedia.

MARQUÉS. Ya; si es día de correo...
Además que como es hijo
de familia...

INÉS. No; no es eso.
Si hay dos meses que el señor
manifiesta su despego.
Ya se ve; gallina siempre,
fastidia.

MARQUÉS. Nada es más cierto.
Hay moza que, en encontrando
uno de estos majaderos
que les llenan de doblones
las manos cada momento,
de tal modo se fastidia
de ver siempre, siempre pesos,
que procura un pobrecito
sin ejercicio ni empleo,
sólo para que la libre
de un empacho de dinero.

LUIS. En fin; yo tengo que hacer,
y aquí estoy perdiendo tiempo.

INÉS. ¿Conque usted se ha de salir
con su gusto? Ya lo veo.
Dama reciente prescribe
sus órdenes con imperio.

Vaya usted con Dios; mas cuenta
no se le olvide que tengo
los cascos a la jineta.
Mire usted que, en descubriendo
la guarida, soy capaz...
¡Caramba!; que yo no temo
a la cárcel ni al hospicio;
y por cortar a una el pelo,
sé correr doscientas leguas
y vender hasta los flecos.

MARQUÉS. No hay que sofocarse; vamos.
Basta que esté de por medio
el Marqués de Torregorda.

INÉS. ¿Acaso yo lo detengo?

LUIS. Yo me voy, porque mi padre
me aguarda.

(Vase corriendo. El Marqués corre detrás; lo alcanza cerca de la puerta, y hablan aparte.)

MARQUÉS. Escucha un secreto.
¿Sabe que tienes sarao
en tu casa?

LUIS. No.

MARQUÉS. Bien hecho.
¿Ni sabe lo de la boda
que tu padre te ha propuesto?

LUIS. Tampoco.

MARQUÉS. Lindo.

LUIS. Por Dios,
no lo digas.

MARQUÉS. Ni por pienso.
¿Yo hablar? Seguro. ¿Me prestas

cinco o seis onzas, a premio,
o como quieras?

LUIS. Me coges
en el día sin dinero.

MARQUÉS. Bien, bien, bien.

LUIS. Que Inés no sepa... (*Vase.*)

MARQUÉS. Anda con Dios... ¡Qué molestos
son estos hombres!

INÉS. ¿Qué ha sido
la conferencia?

MARQUÉS. Un enredo.
Como sabe que ayer tarde
tomé cuarenta mil pesos
del cortijo que he vendido,
me pidió con muchos ruegos
que le prestase seis onzas
para obsequiar en el Puerto
a cierto mueble.

INÉS. ¡Qué falso!
¡A mí engañarme! Prometo
que mañana ha de acordarse.

MARQUÉS. La culpa tiene usted de eso;
sí, señora. ¿Quién le manda
dar a estos monos asiento,
habiendo tantos señores
de tomo y lomo?

INÉS. Confieso
que hice mal; pero el amor...

MARQUÉS. El amor es lo de menos.
Ustedes deben buscar
oro y plata; por ejemplo,
un Marqués de Torregorda,

que sólo en arena cuento
un tesoro; y como abraza
mi señorío un gran trecho
de fondo de mar, no sé
ciertamente lo que tengo.

INÉS. Con todo, señor Marqués,
la verdad, no me resuelvo
a olvidarlo hasta que vea
si me agravia.

MARQUÉS. Yo me atrevo
a introducirla esta noche
en el baile.

INÉS. ¿Cómo es eso?

MARQUÉS. ¡Toma! Si tiene sarao
en su casa; y como el viejo
lo quiere casar, concurre
la futura esposa.

INÉS. Presto,
vamos allá.

MARQUÉS. Pero dime,
graciosísimo embeleso:
¿podré tener esperanza
de que me pagues?...

INÉS. Veremos.
Haga méritos.

MARQUÉS. Si quieres,
desde este instante te ofrezco
los de mis antecesores;
pues fueron tan recoletos
que ayunaban treinta días,
cada mes, con agua y viento.

INÉS. Serían camaleones.

MARQUÉS. Eran pobres caballeros;
mas como Naturaleza
nada hace inútil, por eso
casi todos mis mayores
sin intestinos nacieron.

INÉS. Bien; hablaremos despacio.

MARQUÉS. Mira; es tanto mi contento,
que te quiero regalar.
Toma este dulce.

INÉS. Lo aprecio.

MARQUÉS. Aunque lo ves aplastado,
no es nada, sino que suelo
sentarme sobre el faldón,
y ha estado en prensa algún tiempo.

INÉS. Vamos, y me vestiré.

MARQUÉS. Si te parece, cenemos;
no se acabe tarde y vengas
con algún flato.

INÉS. No tengo
ahora gana... *(Vase.)*

MARQUÉS. Esta noche
me acuesto como un pandero;
y si bailo contradanza,
entonces *nula es redentio;*
porque, antes que rompa el día,
como una mina reviento. *(Vase.)*

Salón largo, iluminado y con varios taburetes. Sale DON PEDRO por la izquierda; por la derecha se ponen al bastidor dos criados, con hachas encendidas; y entra DOÑA FLORA con el ABATE, que trae un perrito de faldas.

PEDRO. Señora; bésoos los pies.
FLORA. ¡Jesús!, mi señor don Pedro;
sólo por usté he salido
en tan críticos momentos.
PEDRO. ¿Pues qué ha sucedido?
ABATE. Nada;
que se puso malo el perro,
y se ha celebrado junta
de cirujanos.
FLORA. ¿Y a eso
llama usted nada? ¡Qué bruto!
¿No se acuerda usted que, al tiempo
de darle en mi tocador
la patente de cortejo,
le dije que lo quería
más que a mi marido y menos
que a *Lucerito*?
ABATE. Señora;
perdone usted, que fué un yerro
de *lapsus lingüe*.
PEDRO. Señores;
tomen ustedes asiento.
FLORA. Vaya; estoy descoyuntada
del susto. Ven, mi *Lucero*,
ven a mis brazos. Abate;
hágale usté en un momento

dos parches de tafetán
para las sienes.

ABATE. ¡Me quemo!
¡Quién creyera que un Abáte
que ha espantado con sus *ergos*
toda España, ahora viniese
a parar en enfermero
de animales!

Se presentan los criados con las hachas; y entran: DON TADEO, Oficial, trayendo de bracero a DOÑA LEONOR, y detrás el VIZCONDE DE AZULEJOS.

LEONOR. Buenas noches.
VIZCONDE. Servidor, señor don Pedro.
PEDRO. Señor Vizconde. Madama,
beso sus pies.
VIZCONDE. *(Mirando el reloj.)* En efecto;
es temprano todavía.
Yo me estaba deshaciendo,
pero mi mujer no quiso
exponerse a ser objeto
de la risa, si salía
conmigo sola; y por esto
ha estado dos horas largas
esperando a don Tadeo.
TADEO. Pero pudiera una vez
suplir...
LEONOR. No diga usted eso.
¿No sabe usted ya el papel
tan ridículo que hacemos
al lado de los maridos?

A falta de usted, primero
le pediría prestado
a una amiga su cortejo.

PEDRO. Siéntense ustedes.

VIZCONDE. En tanto
que esto se comienza, hablemos
de noticias.

PEDRO. ¿Leyó usted
el *Monitor?*

VIZCONDE. Si lo tengo
en la bolsa... ¡Ah!, sí; aquí está.

PEDRO. Léalo usté.

VIZCONDE. No lo entiendo.

PEDRO. El Abate lo podrá
traducir; que es un sujeto
muy sabio.

VIZCONDE. Señor Abate.

ABATE. Mande usted.

VIZCONDE. ¿Quiere usté hacernos
el favor de traducir
este *Monitor?*

ABATE. No puedo,
porque tengo que ponerle
un vejigatorio al perro.

FLORA. ¡Ay de mí, que se accidenta
Lucerito! Abate; presto
saque usté el pomo de olor.

ABATE. Si no se alivia, recelo
que me haga echarle una ayuda
a su maldito *Lucero.*

Se presentan los criados con las hachas, y entran DON LUIS, trayendo del bracero a DOÑA ANA, y DON BLAS.

BLAS. Felices noches, señores.
PEDRO. Señor don Blas, yo celebro
la salud de usted; doña Ana,
siéntese usted.
ANA. ¡Qué mareo
me va dando! Don Luisito,
sosténgame usted.
BLAS. ¿Qué es esto,
hija mía?
PEDRO. Doña Anita,
¿qué le ha dado a usted?
LUIS. Corriendo;
¿quién me da un pomo de olor?
ABATE. Aquí tiene usté el del perro.
ANA. No es menester; ya se pasa.
¿Y quién es el bastonero?
VIZCONDE. Ese empleo a mí me toca;
que estoy de non.
ANA. Pues le ruego
que no me saque a bailar
contradanza, porque temo
que el histérico me ahogue.
VIZCONDE. ¿Contradanza? Ni por pienso.
Lo más, algún minuet
con don Lüis.
ANA. Me convengo.
BLAS. Siéntate, hija.
ANA. Don Luis,

no se aparte usté un momento
de mi lado, no me vuelva
el desmayo. *(Se sientan.)*

BLAS. Pronto vuelvo.

PEDRO. ¿Dónde va usted?

BLAS. No me tardo.
Hasta después, caballeros. *(Vase.)*

VIZCONDE. ¿Puedo hablarle dos palabras
a mi mujer, don Tadeo?

TADEO. ¿Quién lo impide?

VIZCONDE. No, señor;
es muy poco miramiento
aproximarse a escuchar
cuando hablan dos en secreto.

Se presentan los criados con las hachas, y entra el MARQUÉS DE TORREGORDA con INÉS del brazo, la que vendrá de tiros largos.

MARQUÉS. Señores, a la obediencia.
Aquí, don Pedro, os presento
a mi prima la Condesa
de Monomotapa.

PEDRO. Beso
los pies de Usía.

INÉS. Yo soy
su servidora.

LUIS. ¡Qué veo?
¿No es Inés? ¿Qué enredo es éste?

MARQUÉS. Hoy ha llegado de Oviedo
por la posta, y me he tomado,
señor, este atrevimiento.

PEDRO. Mi persona y esta casa
están al servicio vuestro.
Siéntese Usía.

MARQUÉS. El señor
es don Pedro Rapacuellos,
riquísimo negociante;
comenzó su giro en tiempo
de los caños, mariscando
hebillas y clavos viejos;
y después enriqueció
siendo director del gremio
de todos los traficantes
de vulgados (1) y cangrejos.

INÉS. Persona de tanta estima
merece un hábito.

PEDRO. Espero
cruzarme pronto.

VIZCONDE. Madama;
el Vizconde de Azulejos
se ofrece a los pies de Usía.

MARQUÉS. El Vizconde es un sujeto
muy noble; tiene en su escudo
seis ratones y un mochuelo,
en memoria de las plagas
de Faraón.

VIZCONDE. Fué mi abuelo;
y del gigante Galafre
vengo a ser tataranieto.

---

(1) Nombre popular, ya anticuado, de ciertos pescados de clase ínfima, como el merlán, pescadilla o merlango, y otros, clasificados por Buffon con el nombre genérico de gados.

INÉS. Me alegro de conocer
tan ilustre caballero.

ABATE. Tomad la perra; que es fuerza
el hacerle el cumplimiento
a la Condesa. Señora,
honre Usía con su aprecio
al abate Fortepiano

MARQUÉS. El señor es un talento
de primer orden; ha escrito
un arte de hacer fideos,
y pronto dará a la prensa
la Historia del Regimiento
de la Posma, en catalán,
y las notas en gallego.

INÉS. Yo anhelo siempre servir
a los sujetos de ingenio.

LEONOR. ¿Adónde va usté?

TADEO. A ofrecerle,
como es justo, mi respeto
a la Condesa. Señora,
yo también, fino, le ofrezco
mi obediencia.

INÉS. Yo le estimo
la fineza.

MARQUÉS. Don Tadeo
es soldado de valor.
Seis veces se ha visto a riesgo
de perder la campanilla;
ha sostenido un bloqueo
de seis malteses, tres sastres
y dos o tres zapateros;
y, en fin, no ha mucho le puso

a la Vizcondesa cerco,
y al punto capituló
en el primer parlamento.

VIZCONDE. Advierta usted que Leonor
echa por los ojos fuego;
y con razón, porque ha sido,
la verdad, mucho desprecio
el abandonarla.

TADEO. (*Vuelve a su asiento.*) Yo
la satisfaré al momento.

MARQUÉS. Luisito; que mi primita
tiene muy vivos deseos
de conocerte.

LUIS. Al instante
voy.

ANA. Estése usté ahora quieto.
(*Le tira de la casaca.*)

LUIS. Es fuerza.

ANA. No vaya usted.

LUIS. Yo no quiero ser grosero.
(*Va adonde está Inés.*)
¿Qué es esto, Inés? ¿A qué vienes?

INÉS. ¡Que pregunte usté a qué vengo!
¡So indino; a ver por mis ojos
sus infamias!

MARQUÉS. Más de quedo,
que pueden oir.

LUIS. Tú tienes
ganas...

INÉS. La gana que tengo
es de cortarle la trenza
a la novia.

MARQUÉS. No tan recio;
por amor de Dios.
LUIS. Mujer,
¿tú quieres perderme?
INÉS. Quiero
que ni siquiera la mires;
porque, en no andando derecho,
contigo y con esa niña
he de aljofifar el suelo.
MARQUÉS. Repórtese usté, Inesita,
que está mi honor de por medio.
PEDRO. Vizconde, que empieza el baile.
VIZCONDE. Todo el mundo a sus asientos.
Don Luis; usted y doña Ana
minuet.
LUIS. Que bailen, primero,
otros.
VIZCONDE. No valen excusas;
vamos, doña Ana.
ANA. Obedezco.
(Se levanta.)
INÉS. Marqués; si baila, se acaba
como entremés el festejo.
MARQUÉS. No, Inesita; deje usted,
que yo haré por componerlo.
Mira, Luisito.
(Se levanta y llama a Luis aparte.)
LUIS. ¿Qué quieres?
MARQUÉS. Que te pierdes y me pierdo
si bailas; porque Inesita
tiene el demonio en el cuerpo
y no puedo sujetarla.

LUIS. Si no fueras un perverso,
un infiel amigo, ahora
no nos viéramos en esto.

MARQUÉS. Si tú me hubieras prestado
las seis onzas...; mas no es tiempo
de quejas, sino de dar
un corte al lance.

VIZCONDE. ¿Qué es esto?
Don Lüis; que esta señora
está esperando en el puesto.

MARQUÉS. Oiga usted, señor Vizconde.
(Lo llama aparte.)
Imagine usté algún medio
para que don Luis no baile,
porque si no, yo recelo
una desgracia.

VIZCONDE. ¿Pues cómo
tiene usted atrevimiento
de impedir lo que dispongo?
Ha de bailar; y, en saliendo,
le daré un pistoletazo.

MARQUÉS. Señor Vizconde, no es eso.

VIZCONDE. No hay que hablar; luego en la calle
he de saltarle los sesos.

MARQUÉS. Escuche usted.

VIZCONDE. *(Alto.)* ¡Vive Dios!...

TODOS. ¿Qué ha sucedido?

VIZCONDE. Silencio;
no es nada. Sentarse todos.

MARQUÉS. Pobre Marqués; dió en el suelo
la Torregorda. Inesita;
ya ve usted que no había medio

para excusarse.

INÉS. Que baile;

que con eso me divierto.

VIZCONDE. Señores músicos; vamos.

ANA. ¿Nos sentamos, o qué hacemos?

VIZCONDE. Toquen ustedes. Si todo

carga sobre el bastonero.

(Comienzan el minuete, y a la primera vuelta se levanta Inés arrebatadamente, y agarrando por los cabellos a don Luis, se lo lleva con precipitación por la puerta. Todos se levantan y quedan suspensos, menos el Marqués, que está como dormido en la silla.)

INÉS. ¡Marcha fuera, so indinote!

LUIS. Detente, mujer...

TODOS. ¿Qué es esto?

PEDRO. ¿Por qué causa la Condesa

ha cometido este exceso

con mi hijo?

ANA. ¡Qué bochorno!

¡Válgame Dios, que me muero!

(Se desmaya; y el Abate corre a ella, con el pomo.)

ABATE. Por si quedase vacante,

voy a socorrerla.

VIZCONDE. ¡Cierto

que ha estado pesado el chasco!

PEDRO. ¡Marqués! ¡Marqués!

MARQUÉS. ¿Qué hay de nuevo?

¿Me toca bailar a mí?

PEDRO. ¡El disimulo está bueno!

¿Es posible que no ha visto
lo que la Condesa ha hecho?

MARQUÉS. Yo no; porque habrá unos días
que, a estas horas, en los sesos
se me carga una neblina
tan espesa, que me duermo.

PEDRO. Pues esa sierpe, o mujer,
asió a don Luis del cabello,
y se lo llevó arrastrando.

MARQUÉS. ¿Sí? Ya todo lo penetro.
Han de saber que mi prima
es sonámbula; y, durmiendo,
baila, se ríe, conversa
y riñe con su cortejo;
conque puede ser que aquí
se durmiese; y, entre sueños,
tomó a don Luis por su amante
y le encapilló los dedos.

VIZCONDE. ¡Qué lindo chasco!

PEDRO. Yo bajo
a ver si acaso los veo.

MARQUÉS. Lo malo es que ella es capaz
de llevárselo hasta Oviedo
sin despertar.

VIZCONDE. Vamos todos,
acompañando a don Pedro.

Salen DON BLAS y dos DISFRAZADOS, que traen a INÉS
y a DON LUIS.

BLAS. Entren ustedes, señores.

PEDRO. Señora, ¿qué ha sido esto?

¿Qué causa ha tenido Usía
para esta acción? ¿Es bien hecho
que una señora Condesa...?

BLAS. ¡Qué Condesa ni embeleco!
Ésta es una picarona
que tiene en sus redes preso
a don Luisito.

PEDRO. ¿Pues cómo,
Marqués, cómo está este enredo?

MARQUÉS. ¡Qué sé yo! Si no Condesa,
es mujer, y puede serlo.

PEDRO. ¿La conoce usted?

BLAS. Yo no;
pero, como al mismo tiempo
que los detuvo el Rondín,
llegaba yo, me dijeron
quién era la tal señora.

PEDRO. ¿Qué respondes; di, perverso?
¿Qué satisfacción darás
a doña Ana?

LUIS. Yo prometo
enmendarme. *(De rodillas.)* Doña Anita,
por sus ojitos le ruego
que me perdone. *(Llorando.)*

ANA. No más.
Calle usted, que me enternezco.
¡Yo le perdono! ¡Jesús!;
que me desmayo...
(Se desmaya en los brazos de don Luis.)

LUIS. Mi dueño.

BLAS. Anita...

INÉS. Preso por mil,

preso por mil y quinientos.
Afuera; verán qué pronto
le quito yo el patitieso.
(Inés embiste a don Luis y a doña Ana, atropellando a doña Flora, que tiene el perro en las faldas. Doña Ana vuelve en sí de repente y se agarra con Inés; todos corren a asegurarla.)

FLORA. ¡Ay mi perrito de mi alma!
ANA. ¡Que me arranca los cabellos!
LUIS. Detente, Inés.
TODOS. Agarradla.
INÉS. ¡Que ahora no fueran de hierro
mis brazos!
MARQUÉS. Esa Condesa,
gavilán se nos ha vuelto.
PEDRO. Váyase usted de mi casa,
o avisaré a un juez, corriendo,
que la ponga en una cárcel.
MARQUÉS. Yo la pondré en un encierro
en Torregorda.
PEDRO. Chitito,
que acá después hablaremos.
Señora, váyase pronto,
antes que haga un escarmiento
con usted.
INÉS. Sí, ya me marcho.
Por fin, yo salgo perdiendo...
Soy pobre; ¿qué se ha de hacer?...
Mi pecado, lo confieso,
es el querer a un ingrato.
Pero solamente siento

que la más encopetada
no está libre de este yerro;
y lo que en mí es un delito,
es en otra pasatiempo... *(Vase.)*

PEDRO. Conque, Marqués, ¿deberé
llamarle a usted embustero?

MARQUÉS. Vaya, vaya; yo pensé
que iba a darme otro epiteto.
¡Toma!; en todas las tertulias
se cruzan los aguaceros
de los mentís, y ninguno
se pone blanco ni prieto.
Sobre que ya en muchas cosas
es mérito no pequeño
saber mentir.

PEDRO. Vaya usted;
que quien piensa así, no quiero
que pise más mis umbrales.

MARQUÉS. Me quedan a mí otros ciento.
Justamente ya en el día
no se estiman los sujetos
por sus talentos ni prendas,
sino por sólo el gracejo
y un poco de bulli, bulli,
con que se emboban los necios;
porque, hoy, por uno que ve
hay cinco mil que están ciegos.
Dixi; pida usté otra cosa,
como no sea dinero.

BLAS. ¡Qué sinvergüenza!

PEDRO. Perdonen
si se concluye el festejo

por esta noche.
FLORA. Yo voy
a curar a mi *Lucero.*
TODOS. Y aquí acaba este sainete;
perdonad sus muchos yerros.

FIN

LOS MAJOS ENVIDIOSOS

SAINETE

PERSONAS

Lora.
Curra.
Carmen.
Nicolasa.
Mariana.
Tía Pepa.
Pepe Lombrijón.
Nicudemos (1).
Perico.
Lorenzo.
Juanillo.
Chamorro.
Mateo.
Esteban.
Miguelillo, el Bicho.
Un gallego.

(1) Este nombre figura así en todos los ejemplares de este sainete, impresos y manuscritos.

LOS MAJOS ENVIDIOSOS

Casa pobre; aparece en medio una mesa chica con un velón encendido; y en sillas de paja, cosiendo junto a la mesa, TÍA PEPA y CARMEN; junto a ésta, PEPE LOMBRIJÓN, con capa y sombrero gacho; al lado de tía Pepa el TÍO NICUDEMOS, con su pipa en la boca.

CARMEN. Se me ha rompido la aguja.
Déme usté el alfiletero.
TÍA. Cuenta que valen muy caras.
PEPE. Vaya, tío Nicudemos;
veamos si ese tabaco
sale fuerte.
NICUD. Él es muy bueno.
(Le da la bolsa.)
Siempre que voy a comprarlo
me lo escoge el estanquero.
CARMEN. No me moleste usté más
con ese humo del infierno.
Aparte usted.
PEPE. No me ha gana.
CARMEN. Hable usted bien, o le pego.
PEPE. ¿A quién? ¿A mí? Ya se ve,

a lo que estaba yo hecho.
CARMEN. Tome usted, so baladrón. *(Le pega.)*
NICUD. Ya basta, niña, de juego;
que todavía no eres
su mujer.
TÍA. Serálo presto.
NICUD. Muy bien; entonces, si quiere,
tírele de los cabellos.
PEPE. ¡Si viera usted cómo rabio
por quitar eso del medio!
Ya tengo en el rinconcito
de mi caja treinta pesos
en plata, que no los toco
aunque no tenga dinero
para ver una corrida
de toros.
NICUD. Eso es bien hecho;
porque en semejantes casos
lo primero es lo primero.
TÍA. ¿Y tiene usted ya vestido
para la boda?
PEPE. Y muy bueno.
Los calzones, de estameña,
llevan un galón, haciendo
ringorrangos en figura
de camarones; y luego
unos cordones con borlas,
que tendrán lo menos, menos,
su libra y media de seda;
el chalequito es de lienzo,
bordado por la solapa
de caracoles, de fleco

azul y verde; la chupa,
de indiana, como diez dedos
me tapará el espinazo;
ella tendrá sus doscientos
botoncitos de metal;
y luego, de cordón negro,
una escama en cada uno;
que estaré, tío Nicudemos,
lo mismo que un pejerrey.
No digo nada, el enredo
que lleva la tal chupita
en los hombros. Vaya, es eso
hablar de la mar; ya ustedes
verán cuál sale su yerno.

CARMEN. ¿Para qué es la vaniá,
si yo estaré casi en cueros?

PEPE. Eso corre por mi cuenta;
porque a la mujer de Alejo
le he pedido ya un vestido
de tafetán, con revuelos
de lama de plata falsa,
y un relicario de aquellos
en que se puede freir
media docena de huevos.

TÍA. Pobrecito; pero quiere
que salgas con lucimiento.

PERICO. (*Saliendo.*) Tengan ustés buenas noches.
Pepillo; escucha un secreto,
con licencia de la casa.

CARMEN. No se lo lleve a bureo,
señor Perico.

PERICO. Señora,

son cosas de mucho tiento
las que tenemos que hablar.

TÍA. Perdone usted, señor Pedro,
que como es novia...

NICUD. Muchacha;
ya te he dicho que no quiero
te metas en los asuntos
de los hombres.

PEPE. Ya está bueno;
esto no vale la pena.
Vamos, ¿qué me traes de nuevo?

PERICO. Hazte un poco más acá.

PEPE. Al despacho; y que sea presto.

PERICO. ¿Sabes el jollín que está
para esta noche dispuesto
en la calle del Molino?

PEPE. Yo no sé náa. ¿Y qué sujetos
levantan allí figura?

PERICO. Nicolás el peluquero,
el hijo del tío Bigotes.

PEPE. ¿Pues ése no estaba preso
porque le llamó tunante
al hijo del tío Conejo?

PERICO. Luego se compuso todo.

PEPE. Es buen muchacho, por cierto.

PERICO. Pues también van Majagranzas,
Sebastián el guitarrero
y Tomasillo Barriga.

PEPE. Ése baila el zapateo
tal cual, si no se sacara
de rabadilla seis dedos
más de lo que es regular.

PERICO. Pero es alegre de genio.
En fin; tienen una cena
que el mismo rey de Marruecos
se chuparía las uñas.
Mira: hay un lomo de puerco,
un buen plato de arencones,
otro también de pimientos
y habichuelas encurtidas;
y por remate del cuento
unas anchoas, que piden
a cada bocado un riego
de Manzanilla.
PEPE. Pues, hombre,
ya les costará dinero.
PERICO. Lo menos a peso duro
por cabeza.
CARMEN. ¡Yo me quemo!
¿Ustedes quieren crecer?
¿Por qué no toman asiento?
PEPE. Carmencita, ya acabamos.
¿Y van mozas?
PERICO. Como cielos;
ya sabes tú que son todos
hombres de gusto.
PEPE. Ya veo.
PERICO. ¿No vienes a divertirte?
PEPE. La verdad; yo no me atrevo.
Desde que pensé en casarme
vivo como un recoleto;
de manera que en dejando
el trabajo, me divierto
con mi novia, mis chiquitas,

cuatro fumáas y *Laus Deo.*

PERICO. De suerte que si lo haces
porque no tienes dinero,
amigos hay que te sirvan.

PEPE. No es por eso, amigo Pedro;
porque, a Dios gracias, me sobran
en el día treinta pesos.

PERICO. Pues préstame un peso duro.

PEPE. En la bolsa sólo tengo
media onza de plata. ¿Sirve?

PERICO. Algo es algo.

PEPE. Toma.

CARMEN. Bueno;
el secreto paró en chasco.

PERICO. ¿Qué es lo que está usted diciendo?
¿A quién he estafado yo?
Vaya, que levante el deo.

NICUD. Muchacha, calla la boca.

TÍA. Si hablamos de otro sujeto.

PEPE. Dime: ¿y tú qué moza llevas?

PERICO. Ahorita pensaba en ello...

PEPE. Lleva a Rosa la Peláa.

PERICO. Si ahora tiene en el pescuezo
seis ventanicas la pobre...

PEPE. Pues lleva a Juana Regüeldos.

PERICO. Ésa tiene un peluquilla
que le arría muchos pesos;
pero la cela de móo
que aun allí escribe el correo.

PEPE. Pues hombre...

PERICO. Si tú quisieras
estaba todo compuesto.

PEPE. ¿Y de qué móo?
PERICO. Tú conoces
cuantas mozas tiene el pueblo.
Si convidaras a dos,
se formaría un cuarteto
que atronara la función.
PEPE. Cabalmente, ahora me acuerdo
de dos mozas, que si fueran
pareciera un basurero
la asamblea.
PERICO. Pues andares.
PEPE. No me tientes, que no quiero.
Si ya yo estoy recogido
a buen vivir.
PERICO. Por lo mesmo.
PEPE. Apuramente, ha venido
de Málaga paño nuevo;
mas no quiero dar de hocicos.
Anda, que ya nos veremos
y me dirás lo que hubo.
PERICO. ¿Conque no vienes?
PEPE. No entro
ya en esas bromas.
PERICO. Pues mira;
como hay San, que más lo siento
por ti que por mí.
PEPE. ¿Por qué?
PERICO. Ya sabes tú que Mateo
y Blasillo son fachendas
hasta no más.
PEPE. Ya me acuerdo
cuando delante de mí

no chistaban.

PERICO. Por lo mesmo
querría yo que tú fueras;
y porque estaban diciendo
en casa de la Currilla
Ciempesos...

PEPE. Di qué dijeron.

PERICO. Que te casabas porque
todas las mozas del pueblo
ya te iban dando esquinazo.

PEPE. ¿Eso han dicho los trastuelos?
¡A mí esquinazo, y hay moza
que ha hecho ya su testamento
para espichar al instante
que me case! ¡A que, si quiero,
se mueren todos de envidia?

PERICO. Hazlo, Pepillo.

PEPE. Esto es hecho.
Carmencita, hasta mañana.

CARMEN. ¿No dije yo que el secreto
tendría mal fin? Mi mantilla,
que quiero tomar el fresco.

PEPE. Mujer; si tengo que hacer...

CARMEN. Si he de saber el misterio
de la salida.

NICUD. Muchacha,
¿quién te ha dao atrevimiento
para seguir a los hombres?

CARMEN. Quiero celarlo; que dentro
de un mes será mi marido
y puede dar un tropiezo.

TÍA. Hace muy bien la muchacha.

NICUD. Yo digo que no es bien hecho.
CARMEN. ¡Caracoles con mi padre!
NICUD. ¡Ah perra! ¿Tú dices eso?
PEPE. No haya más; y echarle a todo
tierra, señor Nicudemus.
CARMEN. La culpa tiene el demonio,
que vino de los infiernos
a meter la pata.
PERICO. ¡Cómo!
¿También me roe usté los huesos?
Agradezca usté a las naguas,
que si no, yo le prometo
que esta noche jedería
la casa.
PEPE. ¿Te callas, Pedro?
PERICO. Por callao; ya tú sabes
que yo en mi vía me meto
con gente de cara lisa.
Adiós; que en la esquina espero. *(Vase.)*
PEPE. Pues yo me voy.
CARMEN. Mire usted
que si se marcha a bureo,
no le vuelvo a hablar jamás.
PEPE. Nadita menos que eso.
Sobre que estoy recogido
como un nacoreta.
CARMEN. ¡Fuego
en cuantos se santifican!
NICUD. Quita la mesa, y entremos
a cenar.
PEPE. Hasta mañana.
TÍA. Señor Pepe; entendimiento.

PEPE. Por Dios, no me digan náa;
que a esa mujer más la quiero
que a mi madre; créalo usted,
que lo digo yo; hasta luego. *(Vase.)*
CARMEN. Por usted lo dejo ir.
NICUD. Vamos adentro, y cenemos... *(Vase.)*
TÍA. ¡Qué gran bestia que es tu padre!
CARMEN. Por Su Merced me contengo.
No sé cómo a usted gustó
un señor tan majadero... *(Vanse.)*

Sala con cornucopias. LORENZO poniendo las velas y encendiéndolas; y JUANILLO arrimando sillas.

JUANILLO. ¿Habrá bastantes silletas?
LORENZO. Si acaso nos sobra tiempo
haré traer los sillones
de Periquillo, el barbero,
que darán ser a la sala.

Salen CHAMORRO con una servilleta debajo de la capa, y un GALLEGO con tres frascos de vino.

CHAM. ¿Adónde se pone esto?
LORENZO. ¿Qué traes, Chamorrillo?
CHAM. El pan;
y los frascos, el gallego.
LORENZO. Juanillo; velos llevando
y ponlos con mucho tiento
sobre la mesa.
JUANILLO. Galicia;
dame esos dos.

GALLEGO. ¿Y el terceiro
es para mí?
JUANILLO. Una majáa... (*Vase.*)
LORENZO. ¿Le has pagado al mandadero?
CHAM. Yo no.
LORENZO. Pues toma el mandado. (*Le paga.*)
JUANILLO. (*Saliendo.*) Dame el otro.
GALLEGO. Por San Pedro,
déixeme que me despida
pegándole cuatro besos. (*Vase.*)
JUANILLO. Márchate de aquí, tunante.
CHAM. ¿Has gastao mucho, Lorenzo?
LORENZO. Hombre, si estoy aturdido.
Lo menos sus nueve pesos
he consumío.
CHAM. Después
recogerás tu dinero.
Lo que has de hacer es cargar
la cuenta; y así podremos
jamar de gorra.
LORENZO. Cabal.
¿Piensas que me mamo el deo?

Salen MATEO y CURRA, de majos.

MATEO. Buenas noches, Lorencillo.
LORENZO. Entra y siéntate, Mateo.
CURRA. ¿Lo ves?
MATEO. ¿Qué?
CURRA. Que en todas partes
hemos de ser los primeros.
MATEO. Así no te aguardarán,

y elegirás el asiento
que te dé la gana.

CURRA. En tanto
tendré el entretenimiento
de ver si acaban las vigas
en oro, en plata o en hierro.

MATEO. ¿Qué cuidao se te da
de estar sola?

CURRA. ¿Y a qué efecto
salgo yo, sino a que vean
esta cara y este cuerpo?

MATEO. Pues mira; mañana mismo
en el balcón te presento
con tu gorro y tu botarga,
y te verá medio pueblo.

CURRA. Ea; que estás como sueles.

MATEO. Poco a poco; ¿cómo suelo
estar yo?

CURRA. Como un vinagre.

MATEO. Pues najeza, si no peto;
que no hay fruta más de sobra
que hombres como caramelos.

Salen PERICO y NICOLASA, de majos.

PERICO. Entre usted sin corteá,
señora, porque aquí semos
todos unos. Asentarse.
Buenas noches, caballeros.

LORENZO. Periquillo, bien venío,
y la compaña.

NICOLASA. ¡Qué fresco

está este baile! Oiga usted;
casi, casi ya me siento
baldada de sólo entrar.

PERICO. No tema usted; que muy presto
sudará.

NICOLASA. Me alegraré;
que tengo pasmo en los huesos.

CURRA. Oyes, ¿quién es ésa?

MATEO. Calla.

CURRA. ¿No lo dices?

MATEO. No empecemos
con preguntas. Ya te he dicho
que, en hablando, me mareo.

Salen MARIANA, peinada; y ESTEBAN, de peluquero.

ESTEBAN. Estoy a los pies de ustedes,
madamas.

MARIANA. Señoras; beso
a ustedes las manos.

LORENZO. ¡Bravo!

PERICO. ¡Hola!; que esto va subiendo
de punto.

NICOLASA. ¡Miren qué trapo!
Relumbrones en el cuerpo,
y en su casa hay tres silletas
desfondadas.

ESTEBAN. ¿Qué estás viendo?

MARIANA. El mal pelaje que tienen
esas mujeres.

ESTEBAN. En eso
verás lo que vale ser

amiga de un peluquero.
MARIANA. ¿Se me ha descompuesto algo
con el aire?
ESTEBAN. Está perfecto,
supongo; que con ninguna
de las señoras que peino,
aunque me lo pagan mucho
y me regalan, me esmero
como contigo... Perdona,
que hay un alfiler mal puesto.
¿De qué se ríen, pichona?
MARIANA. ¡Qué bufonada!
CURRA. ¡Qué pelo
tan rubio y tan abundante!
NICOLASA. Así fuera todo nuestro.
MARIANA. ¿Pues de quién es?
NICOLASA. Muy de usted,
señora; yo así lo creo;
pues al fin le habrá costado
su regalado dinero.
MARIANA. O no.
ESTEBAN. Si todo es envidia.
Que se mueran, y callemos.

Sale MIGUELILLO, el Bicho, con capotón y montera, muy embozado; atraviesa el teatro como reconociendo a las mujeres, y se para en la puerta de la izquierda.

PERICO. ¿Quién será este mono?
NICOLASA. Sobre
que quiere reconocernos.
MATEO. ¡Habráse visto figura!...

CURRA. ¿A que le pego al trastuelo
un sopapo en la montera?

MARIANA. ¡Qué impolítico!

ESTEBAN. El muñeco
me ha hecho gracia.

LORENZO. *(Llega y lo reconoce.)* Miguelillo,
¿a qué son estos misterios?

MIG. No me hables; que esta noche
me importa estar encubierto.

CHAM. ¿Y a qué santo es el tapujo?

MIG. Eso yo me sé mi cuento.

LORENZO. Ven a tocar la guitarra.

MIG. Déjame quieto, Lorenzo.

CHAM. Larga el capotón.
(Le quita el capotón y le trae la guitarra.)

MIG. Chamorro,
no me muelas.

CHAM. Pues yo quiero.

MIG. ¡Qué sangre tienen ustedes!

LORENZO. Vaya; toma el instrumento. *(Se sienta.)*

PEPE. *(Dentro.)* ¡Lorencillo!

LORENZO. ¿Quién me llama?

PEPE. *(Dentro.)* Sácate aunque sea un deo
encendido, con mil diantres.
(Toma una luz y vase.)

MATEO. ¿Es Pepillo el zapatero?

ESTEBAN. Él es.

NICOLASA. ¿Si traerá a la novia?

ESTEBAN. Puede ser. Ya lo veremos.

Salen PEPE y LORA, de maja.

PEPE. Salú y pesetas a cuantos
matrimonios y solteros
honren el cónclave. Amén.
LORENZO. Dios guarde todo lo bueno.
ESTEBAN. Me ha gustado la entradilla.
PEPE. Elige a tu gusto asiento;
que aquí nadie representa
más que un duro.
LORA. Aquí me quedo.
¡Qué seria que está la gente!
PEPE. En unos es el respeto
que a mí me tienen; en otros
es el desalumbramiento
que les causó de repente
la luz de ese firmamento.
LORA. Diga usté: ¿aquella señora
es hija de algún platero?
PEPE. No.
LORA. Pues sin duda han bajado
la plata y oro de precio;
porque la madama trae
como una píldora el cuerpo.
PERICO. Miguelillo, una palabra;
ven a este lado, Mateo,
y hagamos corro.
LOS DOS. ¿Qué hay?
PERICO. ¿No veis qué nuevo salero
se ha encontrado ese aguilucho
de Pepillo el zapatero?

MIG. Por cierto que es brava moza.
MATEO. ¿Y nosotros sufriremos
que, estando aquí la substancia
de la majeza, ese feo
tenga la mejor pareja?
MIG. Dices bien.
PERICO. Pero ¿qué haremos?
MATEO. Peguémosle un chasco.
PERICO. ¿Cómo?
MATEO. Veréis qué buen pensamiento.
NICOLASA. ¿Qué conversación es esa?
PERICO. No te importa a ti.
NICOLASA. Me alegro.
Si tú no me la pagares,
pierda yo el nombre que tengo.
PEPE. ¿Se empieza usté a divertir,
salada mía?
LORA. Agradezco
la ternura.
PEPE. Si es así,
ya lo más tenemos hecho.
LORA. Para divertirme más,
explíqueme usted primero
quiénes son estas señoras.
PEPE. Con mucho gusto, mi dueño.
Esa niña tan peinada
sirvió tres años y medio
a Juanilla la Virloca,
hasta que cierto sujeto
le armó una tienda de seda
y se entroncó en el comercio.
LORA. Ya sé quién es. Ésta tiene

los almacenes adentro;
porque sólo hay en la tienda
dos madejas de hilo negro,
cuatro botes de pomada
y cinco velas de sebo.

MATEO. ¿Qué tal; es buena humorada?

PERICO. Es un grande pensamiento
embromarlo, mientras yo
voy con el soplo.

NICOLASA. ¿Qué es eso?
¿Qué inquietud es ésta?

PERICO. Nada.

NICOLASA. ¿Pues adónde vas?

PERICO. Ya vuelvo. *(Vase.)*

NICOLASA. Anda con Dios; que quizá
no me hallarás en volviendo.

LORA. Ya. ¿Conque aquella señora
padece males añejos
y ha venido a esta ciudad
a mudar temperamento?

PEPE. Y la que está en este lado,
ahora poco estuvo haciendo
ejercicios en la iglesia
de Santa Elena.

LORA. Muy bueno;
y como sea devota,
nunca serán los postreros.
(Llega Mateo y se sienta al lado de Lora.)

PEPE. Alabo la confianza.

MATEO. Si vengo a darte un consejo.
Mira, Pepe; cada día
más y más estás hediendo

a boda; y así, no debes
engañar a los sujetos.

LORA. ¿Qué es eso? ¿Conque el señor
está tratando himeneo
en otra parte?

MATEO. Muchito.

LORA. ¿Y qué responde usté a esto?

PEPE. Que es una pura mentira;
porque en toíto este pueblo
no hay moza que me dé golpe
sino usted.

MIG. Si sé de cierto
que mañana han de tomarte
los dichos.

PEPE. Mira, fideo;
ve a charlar con los de pico
redondo.

CURRA. Señor Mateo,
yo me canso de sufrir.
¿Qué significa este empeño?

MATEO. Vete otra vez a tu sitio.

CURRA. La que quiera tener perros
de oreja, que se levante
y se vaya al Matadero.

LORA. Oiga usted, señora mía;
llévese el suyo al momento,
que acá no necesitamos
de pachones.

ESTEBAN. Perdiguero
lo tiene usté aquí, si gusta.

MARIANA. ¿Quién te mete a ti en enredos
con esa gente?

LORA. So dama
de corralón; tenga freno,
si no pretende que barra
con el erizón el suelo.

PEPE. Caballeros; zafarrancho,
que ya me voy yo poniendo
templaíto.

LORENZO. Poco a poco,
y en mi casa no haya estruendo.

CHAM. En empezando a bailar,
calma todo.

LORENZO. ¿Pues qué hacemos?
Pronto el chandé.

ESTEBAN. No, señor;
eso está muy mal dispuesto;
que habiendo aquí una señora
peinada, es justo empecemos
los dos con un minuet.

MATEO. Dejad los arrastraderos
de pies, y bailen fandango.

PEPE. El zorongo es lo primero.

MIG. Las boleras.

MATEO. El fandango.

PEPE. Que haya zorongo, o me duermo.

PERICO. *(Saliendo.)* ¿Qué bulla es ésta? Ya viene
ahí esa gente.

MATEO. Me alegro.

Salen TÍO NICUDEMOS, CARMEN y TÍA PEPA.

CARMEN. ¿Negará usted, señor Pepe,
lo mismo que estoy yo viendo?

Es usté un falso, un indigno.
LORA. Señor Pepe, ¿qué aguacero
es éste que se descuelga?
PEPE. No se asuste usted por eso;
que pasando la tormenta
se queda el cielo sereno.
CARMEN. ¡Qué fresco que se ha quedado
ese tunante! Estos, estos
son los hombres de hoy en día.
NICUD. Primero le daré a un negro
mi hija.
TÍA. Vaya, señor Pepe;
que no sabe usté el mal tercio
que nos ha hecho.
CARMEN. Y la puerca
que me lo está entreteniendo
debiera mirar...
LORA. Chitito,
y hable usted con más respeto,
si no quiere que a su novio
ninguna le dé un asiento.
¿Por qué no le estampa encima
de las quijadas el jierro,
como se hace con los potros?
Así se conoce el dueño.
CARMEN. Sí; pero usted me lo engríe.
LORA. ¡Yo engreirlo? ¡Si reviento
de risa! Mire usted, mi alma;
si quiere no perder tiempo,
déle usted cuatro dobleces
a su larguirucho cuerpo,
y métaselo en la bolsa;

que nosotros pagaremos
por ver un juego de manos
ridículo, pero bueno.

PEPE. Señá Lorita, por Dios,
no hay que ajarme; que yo vengo
con usté, y ninguna tiene
mando sobre mi pellejo.

CARMEN. ¿Conque no tengo dominio?

PEPE. Y en lo dicho me mantengo.
¿Nos ha dado el señor cura
la manotáa?

CARMEN. ¡Qué gran perro!

PEPE. Acabóse. Señá Lora,
vámonos a tomar viento.

LORA. Si quiere tomarlo, vaya
a darle en la cara un beso
al Hércules; que en mi casa
me abren siempre que yo llego.
Adiós, señores.

MIG. Mi vida,
¿quiere la vaya sirviendo?

MATEO. Yo estoy aquí.

LORA. Nadie salga
de la sala; pues no quiero
que por mí se quede manca
la contradanza de feos.

PEPE. Téngase usted, señá Lora,
que usté ha venido al festejo
conmigo, y no es regular
se vaya sola.

LORA. Mi dueño,
satisfaga usté a esa niña;

dígale que deje el miedo,
que nadie le envidia el novio;
y, si acaso en algún tiempo
se le perdiere, que vaya
recorriendo los fonderos,
y lo hallará con su cuadro
colgado de algún testero. *(Vase.)*

TODOS. ¡Ah, ah, ah! ¡Qué lindo queda!

PEPE. Simplonazos; si son celos
los que lleva esa mujer...
Un par de duros apuesto
a que a la pobre esta noche
le casca un fiato de aquellos
que llaman todos dolor
nifrítico.

TODOS. ¡Qué embustero! *(Se ríen.)*

NICUD. Vámonos, hija.

PEPE. Despacio;
tráete al instante, Lorenzo,
un poco de *chimisturri.*

LORENZO. Voy por él. *(Vase.)*

CARMEN. Si no bebemos...

PEPE. Chitito.

TÍA. No hay que cansarse.

LORENZO. *(Sale con un vaso y un frasco.)*
Toma.

PEPE. Tío Nicudemos.
Usté es hombre de razón;
vaya un traguito.

NICUD. *(Lo prueba.)* Es muy bueno
y abocadito.

PEPE. Hasta ver

el fondo.

CARMEN. Vámonos presto.

PEPE. Dígale usted que se quede
a cenar.

NICUD. Yo lo deseo,
porque el vinillo es muy suave.
Vaya, Carmen, cenaremos
con el señor Pepe.

CARMEN. ¡Un demonio
para él!

LORENZO. Dejen los celos;
que en la mesa pueden darse
satisfacciones.

PEPE. No demos
que decir.

NICUD. Mira, muchacha,
que te lo suplico.

TODOS. Entremos
a cenar.

PEPE. *(De rodillas.)* Vaya, monita
de todos mis pensamientos,
perdona.

TODOS. Perdón, perdón.

CARMEN. A bien que dentro hablaremos.

LORENZO. Señores; que las anchoas
se enfrían.

PEPE. Pues vamos presto.

TODOS. Pidiendo todos, rendidos,
el perdón de nuestros yerros.

FIN

EL MARIDO DESENGAÑADO

SAINETE

PERSONAS

Don Lamberto, marido de Doña Casimira.
Basilia, criada.
Un médico.
Un cirujano.
Un boticario.
Un paje.
Un barbero, majo.

EL MARIDO DESENGAÑADO

Salón con asientos; y sale DON LAMBERTO con bata y gorro tieso, haciendo extremos de aburrido.

LAMBERTO. Por mujer tengo una fiera.
Siempre es un continuo infierno
con ella la casa. No hay
marido en el Universo
que pase más que yo. ¡Ah!
¡Y que haya pícaro perro
que se case, sino antes
ser andante caballero,
en cuyo estado se libra
de los continuos tropiezos
que los que somos casados
por lo regular tenemos!
Tan desesperado estoy,
que no me faltan dos dedos
por darme una puñalada
con un trago y dos torreznos.

BASILIA. *(Saliendo.)* ¡Que haya pícara que quiera
servir a un ama de un genio

tan altivo, poco instable,
tan sin juicio y tan soberbio!
¡Por vida!...

LAMBERTO. Chica, ¿qué tienes?

BASILIA. Que en este propio momento
me dé usted lo que me debe,
porque me marcho.

LAMBERTO. No puedo
por la presente servirte,
porque no tengo dinero.

BASILIA. Buscarlo.

LAMBERTO. Pago tan bien,
que ya en ninguno lo encuentro.

BASILIA. Hurtarlo.

LAMBERTO. ¡Sopla! ¿Y después
que me aprieten el pescuezo?
Pero ven acá. ¿Por qué
te vas tan sin fundamento?

BASILIA. No puedo aguantar al ama.

LAMBERTO. Yo la aguanto; haz tú lo mesmo.

BASILIA. Usted tiene obligación;
y la aguantara usted menos
como tuviera calzones.

LAMBERTO. ¿Pues acaso estoy sin ellos?

BASILIA. Pero es usted...

LAMBERTO. ¿Qué, mujer;
que de oirte los cabellos
se me ponen como leznas?

BASILIA. Un marido sin aliento
para, de una vez, dejarla
despachurrada.

LAMBERTO. Eso es bueno

para la gente ordinaria,
y no para caballeros.

BASILIA. También aquéllos son hombres,
y los demás son muñecos,
pues saben enderezarnos
cada vez que nos torcemos.

LAMBERTO. Acá, el qué dirán nos hace
ser cuanto quieren hacernos;
pero ahora, ¿por qué te quejas
de mi mujer?

BASILIA. ¡Bueno es eso!
¡Si usted la hubiera mirado
hace poco!...

LAMBERTO. ¿Pues qué ha hecho?

BASILIA. Qué sé yo qué ventolera
le vino, que entró corriendo
en la cocina; y, furiosa,
ollas, cazuelas, pucheros,
jícaras, tazas, platillos,
fuentes, platos y barreños,
todo lo ha hecho mil pedazos.

LAMBERTO. ¡Pobre de mí, que me ha muerto
el bolsillo!

BASILIA. Chille usted,
porque el estrago que ha hecho
es dable que a usted le cueste
más de veinte o treinta pesos. *(Vase.)*

LAMBERTO. ¡Ay, pobre vidriado mío!
Ella me destruye. ¡Cielos;
vengadme de ella con darla
cuatrocientos mil diviesos!
Es un dragón, una fiera.

¡Toma, toma, toma, cuerpo!
(Se araña y pellizca.)
Y, supuesto que quisiste
petimetra, aguanta perro.

Sale DOÑA CASIMIRA haciendo ademanes de males.

CASIMIRA. No puedo parar. ¡Qué ansias!
¡Ay, querido don Lamberto,
que me ahogo!
LAMBERTO. *(Aparte.)* Cuanto antes,
Virgen de los Recoletos.
¿Qué tienes, tórtola amada?
CASIMIRA. Yo no sé lo que me tengo;
estoy muy mala.
LAMBERTO. Hija mía,
sosiégate y deja extremos.
Vaya, mona; di, ¿qué tienes?
CASIMIRA. Después de comer me he puesto
muy mala. Me muero, hijo.
LAMBERTO. ¿Y sabes si será presto,
para salir tú de penas
y quedarme yo en el cielo?
CASIMIRA. Lo que te encargo, si falto,
que te acuerdes de mis deudos.
LAMBERTO. Y mucho más de tus deudas
me acordaré largo tiempo,
por las muchas que me dejas
en los libros del comercio.
CASIMIRA. ¡Lo que de salú he quebrado!
LAMBERTO. Mucho más (según entiendo)
has quebrado, en la cocina,

de mis platos y pucheros.
CASIMIRA. Perdona; que tengo lunas.
LAMBERTO. ¿Lunas? Ya; del mal al menos.
Más vale que tú las tengas
que no yo.
CASIMIRA. ¡Ay qué insosiego!
Mientras que paso a mi cuarto,
ponme un asiento aquí en medio.
LAMBERTO. Nací yo para servirte. *(Le pone una silla.)*
Ya hace dos años y medio
que médico y cirujano
te asisten.
CASIMIRA. Harto lo siento.
LAMBERTO. Mucho más lo siento yo,
que las pesetas les suelto.
¡Pero que todos los días
tengas el capricho necio
de que te receten algo!
CASIMIRA. Si estoy mala, ¿qué hago en eso?
Y si buena, de ese modo
para el año me prevengo.
Muda este asiento á otra parte,
porque aquí es mucho el reflejo
de la luz.
LAMBERTO. Vaya a otra parte. *(La muda.)*
CASIMIRA. Ponlo más acá dos dedos.
LAMBERTO. Mira si está aquí bien.
CASIMIRA. No.
LAMBERTO. Pues ve a sentarte al infierno;
que a tanta ridiculez,
se me acabó el sufrimiento.
(Tira la silla.)

CASIMIRA. Oyes; no tires la silla
con tal soberbia y desprecio,
que es de las que traje en dote;
y todos mis muebles quiero
que tú y todos me los traten
con muchísimo respeto.
LAMBERTO. Poco a poco. ¿Conque son
los muebles tuyos?
CASIMIRA. Sí.
LAMBERTO. ¿Pero
tú de quién eres?
CASIMIRA. Yo, tuya.
LAMBERTO. Pues de no tocar ofrezco
a los muebles, por ser tuyos;
pero también te prometo,
por mía, de sacudirte,
cuando hagas por qué, el poleo.
CASIMIRA. ¿A una señora?
LAMBERTO. ¡Pues toma;
que, si hay causa para ello,
no anda entre usías el palo,
que suele cantar el Credo!
CASIMIRA. Pues si tú a tal te atrevieras...
LAMBERTO. Pues si das lugar a ello...
(Se le cae el gorro.)
CASIMIRA. El gorro se te ha caído;
yo te lo pondré.
LAMBERTO. No quiero.
¡Qué inclinación tan perversa
tienen el gorro a ponernos!
CASIMIRA. ¡Eres un vil hombre!
LAMBERTO. ¡Chito!;

y ten por memoria aquello
de, si los muebles son tuyos,
que tú eres mía.

CASIMIRA. ¡Ah perverso!
A pesadumbres me matas,
infame; mas te prometo
que, para que sientas, voy
a caerme muerta corriendo. *(Vase.)*

LAMBERTO. Con boleras y fandango
he de celebrar el duelo.
No te dé cuidado. Hoy
en oponerme resuelvo
a cuanto pasa por ella.
Su mal estoy conociendo
que es ficción, y se lo apoyan
los dos sabios curanderos
que la asisten; mas yo haré
que salten de aquí bien presto.

PAJE. *(Saliendo.)* ¡Señor!

LAMBERTO. ¿Qué traes, Churumbela?

PAJE. Deciros cómo ya dejo
avisado al boticario
que venga cuanto más presto
a verse con usté.

LAMBERTO. ¿A él propio
le diste el recado?

PAJE. A él mesmo;
por más señas, que a una ayuda
estaba estopas poniendo.

LAMBERTO. ¡Dios nos libre del ataque
de cañones tan tremendos!

BASILIA. *(Saliendo.)* ¡Señor!

LAMBERTO. ¿Qué quieres, Basilia?
BASILIA. Afuera aguarda el barbero,
por si quiere usté afeitarse.
LAMBERTO. Ahora me siento revuelto;
que vuelva al anochecer,
que ya estaré más sereno.
BASILIA. Se lo diré.
LAMBERTO. Oye: tu ama,
como tan mala se ha puesto,
es regular se haya echado
la pobrecita.
BASILIA. ¡Qué bueno!
Vaya; es usted un pobre hombre,
y la cree muy de ligero.
Cantando y bailando queda,
por allá fuera, el bolero.
LAMBERTO. ¡Si se iba a morir!
PAJE. De risa.
¡Qué poco sabe usted de eso!
BASILIA. Le engaña a usté en todo. Cuando
al mediodía no hay medio
de que coma, es que se ha echado
antes cuatro o cinco almuerzos.
LAMBERTO. Y a mí no me da, si pido,
unas sopas del puchero;
¡ah bribona!
PAJE. Aun yo sé más.
BASILIA. Yo muchísimo más; pero
¿a mí qué me va o me viene
que a usted lo engañe?
PAJE. A mí menos.
LAMBERTO. A pausas me vais matando;

pero idme los dos diciendo:
¿no se halla enferma?

BASILIA. Es ficción.

LAMBERTO. ¿No guarda dieta?

PAJE. Embeleco.

BASILIA. Para usted de nada prueba.

PAJE. Para usted se está muriendo.

BASILIA. Y así os trae tan engañado.

PAJE. Y así os trae tan sin sosiego.

LOS DOS. Es usté un pobre señor,
y le da a chupar el dedo. *(Vanse.)*

LAMBERTO. ¡Ah infame; yo la daré
a ella a chupar un pimiento
que pique tanto, que le haga
dar cabriolas contra el techo!
¡Qué esto me pase! ¡Por vida!...
(Se pasea furioso.)

Sale el BOTICARIO, de militar, con sombrero, gorro y bastón.

BOTICARIO. ¡Oh, mi señor don Lamberto!
¿Cómo le va?

LAMBERTO. ¡Ay Boticario!
Esto va malo.

BOTICARIO. Remedio;
que en mi botica (a Dios gracias)
para todos males tengo.

LAMBERTO. No tendréis para curar
el mal de que yo padezco.

BOTICARIO. ¿Qué mal es?

LAMBERTO. La mujer loca.

BOTICARIO. Eso es moda en nuestro tiempo;

y se va, de unas en otras,
como peste, difundiendo;
mas ¿para qué me llamáis?

LAMBERTO. Porque preguntaros quiero
qué bebida es la que enviáis
todas las tardes, a efecto
que la tome mi mujer,
y beben los curanderos
también de ella.

BOTICARIO. Es una horchata
tan solamente; lo mesmo
que la de botillería;
y, cierto, me compadezco
al mirar cómo os engañan
vuestra mujercita y ellos.

LAMBERTO. Mi mala mujer diréis;
y cómo a mi costa, ¡cielos!,
refrescan todos. ¡Oh amigo;
y quién encontrara medio
de vengarse de los tres!

BOTICARIO. Es muy fácil, yo lo ofrezco;
dejadlo todo a mi cargo,
y hasta después, don Lamberto,
que ya veréis cómo echamos
de casa a esos curanderos. *(Vase.)*

LAMBERTO. Así fuera a escopetazos;
pero el doctor, según veo,
entra ya. Quiero ponerme
de semblante airado y feo.

Sale el MÉDICO, de militar y con bastón.

MÉDICO. ¡Oh, señor!
LAMBERTO. Dios guarde a usted.
(Se pasea con mucha seriedad.)
MÉDICO. ¡Qué sequedad!
LAMBERTO. ¡Qué jumento!
MÉDICO. Ahora y siempre a vuestros pies
rendidamente me ofrezco.
LAMBERTO. No he menester yo a mis pies
tan inútiles tropiezos.
MÉDICO. ¿Y Madama?
LAMBERTO. No lo sé.
MÉDICO. Es dable esté...
LAMBERTO. En el infierno.
MÉDICO. ¡Hola!; parece que estáis
algo de humor indigesto.
LAMBERTO. ¿Y a usted que le importará
que esté alegre o esté serio?
MÉDICO. Todo eso es chanza; y, así,
dadme un polvo.
LAMBERTO. No lo tengo.
MÉDICO. Me persuado que estáis malo.
¿A ver el pulso?
LAMBERTO. No quiero.
Vaya usté a tomarle a un toro
de los de Colmenar Viejo. *(Vase.)*
MÉDICO. ¡Sopla, tía! No visito
yo semejantes enfermos.
Malorum; el tal señor
parece que hoy tiene entuertos.

(Sale el Cirujano; y se abrazan.)

CIRUJANO. Compañero don Ciriaco...
MÉDICO. Amigo don Timoteo...
CIRUJANO. ¿Te ha dado ya la señora
audiencia, con el aprecio
que sabe su bizarría
en todo favorecernos?
MÉDICO. No, amigo; sólo al señor
encontré aquí, y ¡con qué gesto
y desprecio me ha tratado!
CIRUJANO. ¿Y eso qué importa? En teniendo
nosotros a su mujer
(que es quien lleva el barlovento)
adulada, complacida
y bien satisfecho el cuerpo
de jarabes, al marido
que se lo coman los cuervos.
MÉDICO. Bien dices; mas ella sale;
y, así, sólo procuremos
chuparla lo que se pueda,
que es el fin de nuestro intento.
CASIMIRA. *(Saliendo.)* ¡Cirujano! ¡Mi doctor!
LOS DOS. Señorita; siempre vuestros.
CASIMIRA. Tarde venís hoy.
MÉDICO. Ya ha rato
que yo vine; y por respetos
vuestros no me he vuelto a ir
sin visitaros ni veros.
CIRUJANO. Con razón.
CASIMIRA. ¿Pues qué ha pasado?
MÉDICO. Me ha llenado de desprecios
vuestro marido. Le hallé

con una cara de perro.

CASIMIRA. La que, por lo común, usan
en su casa los más de ellos.

MÉDICO. Y a todo, con secatura,
adustez y menosprecio
me respondió.

CASIMIRA. ¡Oh! Es muy bruto;
un Rodrigón; y lo mesmo,
sin quitarle ni ponerle,
que el macho en que lo trajeron.

CIRUJANO. ¡Buen golpe!

MÉDICO. ¡Viva Madama!

CASIMIRA. Vaya; tomemos asiento;
y vedme el pulso.

(Se sientan. Tómanla el pulso los dos, cada uno de su mano; y al bastidor sale don Lamberto.)

LAMBERTO. Aquí están
los tres juntos. Escuchemos.

CASIMIRA. ¿Qué tal está el pulso?

MÉDICO. Éste
está pidiendo refresco.

CIRUJANO. Y éste, sangría.

LAMBERTO. ¡Si a entrambos
os llevara un aire recio
a deshacer las narices
contra un peñasco del puerto!

CASIMIRA. Pues, señores, como ya
quedamos ayer de acuerdo,
es necesario que ustedes
le vayan ya proponiendo
a mi marido que es fuerza

me envíe a un lugar, a efecto
de tomar aguas.

MÉDICO. Muy bien;
descuidad, que yo prometo
conseguirlo y engañarle.

CIRUJANO. Y yo a lo propio me ofrezco.

LAMBERTO. De modo que eso será
si es que yo engañarme dejo.

CASIMIRA. Por último; de esta forma
fingiré acá que me muero;
y en el lugar no habrá día
de cuantos en él estemos,
que no sea todo bromas,
meriendas y bailoteo.

LAMBERTO. Y yo te iré a hacer el son
con una vara de acebo.
De aquesta clase de enfermas,
maridos, ¡cuántas tendremos!

CIRUJANO. ¡Qué días que nos esperan!

MÉDICO. ¡Qué pollos que comeremos!

LAMBERTO. Si yo he de pagarlos, poco
te relamerás con ellos.
Mas quiero disimular.
Voy, poco a poco, saliendo. *(Sale.)*

MÉDICO. El pariente ha entrado.

CASIMIRA. Ya;
de conversación mudemos.

LAMBERTO. ¿Te has mejorado, parienta?

CASIMIRA. ¡Ay hijo; me estoy muriendo!

LAMBERTO. ¡Si vieras lo que me pesa
de que ya no lo hayas hecho!

MÉDICO. Eso es mala voluntad.

LAMBERTO. ¿Y a usted quién le mete en eso,
ni le ha dado, señor mío,
golilla para este entierro?
Siéntome aquí.

CASIMIRA. (*Recio.*) ¿Aquí? ¿Y a qué?

LAMBERTO. Chito; no me hables tan recio,
porque daré yo una voz
que estremezca al Universo.

CASIMIRA. ¿Y a qué es sentarse aquí? ¿A qué?

LAMBERTO. Porque es mi casa, y yo puedo
estar donde me dé gana;
que me cuesta mi dinero.

MÉDICO. ¡Naranjas!; este marido
ya va en su juicio volviendo,
pues empieza a la mujer
a irla cortando los vuelos.

CASIMIRA. Ya puedes irte a sentar
a otra parte.

LAMBERTO. Yo no quiero.

CASIMIRA. ¡Me corrompes!

LAMBERTO. Tú me apestas.
¡Oh maridos! ¿Qué tendremos,
cuando las más aborrecen
que cerca de ellas estemos?

MÉDICO. Vaya; cesen las discordias,
pues Madama, don Lamberto,
no está para desazones;
y entrambos hemos resuelto
que la envíe usté a un lugar
cerca de aquí.

LAMBERTO. Estoy en eso;
así como en Recogidas,

que no está de aquí muy lejos,
y es donde envían algunos
sus parientas a recreo.

CIRUJANO. Y es fuerza no dilatarlo,
que conviene.

LAMBERTO. Estoy en eso.
¡Poquito la quiero yo
para omitir el hacerlo!

CASIMIRA. ¡Oh! Me será muy sensible
separarme mucho tiempo
de ti, esposo cariñoso
de mi vida.

LAMBERTO. Estoy en eso.
¡Ah falsas! Éstas y mulas
siempre se están compitiendo.

CASIMIRA. ¿Qué respondes, mono amado?
¿Me enviarás, o no?

LAMBERTO. Veremos;
no habrá duda; lo sé todo,
sí señor; ya estoy en eso.

CASIMIRA. ¡Qué torozón!

LAMBERTO. Dios te dé
todo cuanto estás pidiendo.

CASIMIRA. ¡Muchacha!

BASILIA. *(Saliendo.)* ¿Qué manda usted?

CASIMIRA. ¿Es hora ya del refresco?

BASILIA. Sí, señora; y ahora el paje
salió de casa a traerlo
de la botica. Al instante
que esté ya aquí, le entraremos. *(Vase.)*

LAMBERTO. ¡Si bebierais solimán
todos tres!... Mas toleremos;

que me ofreció el boticario
modo de vengarme de ellos.

Sale el BARBERO vestido de majo, con los avíos de afeitar.

BARBERO. Dios guarde a ustedes. Aquí
tiene usted ya, don Lamberto,
al barbero.
LAMBERTO. Y vienes majo.
BARBERO. Si es éste nuestro elemento...
Al barbero que no es majo
se le echa luego del gremio.
LAMBERTO. ¡Qué guitarrones sois! Vaya,
aféitame.
BARBERO. Soy contento.
(Quítase la capa; le pone los paños, bacía, etc.)
LAMBERTO. Supongo traerás el pulso
sosegado.
BARBERO. Muy perfecto.
LAMBERTO. Y no te olerán las manos
a los varios gatuperios
que soléis manejar.
BARBERO. Nada.
Si no hay que hacer un remedio...
LAMBERTO. Pues es mucho; que el país
abunda mucho de enfermos. *(Se baña.)*
CASIMIRA. Maestro; pues son ustedes
la gacetilla del pueblo,
¿qué noticias hay?
BARBERO. Ninguna
he sabido hoy de provecho.

MÉDICO. ¿Qué hay de toros?
BARBERO. ¡Oh!, que habrá
este año muchos y buenos.
CIRUJANO. A mí me gustan.
BARBERO. Pues yo
voy todas las fiestas.
LAMBERTO. Presto;
despacha, que en dar jabón
siempre tardas año y medio.
BARBERO. Ya está; y las navajas vienen
afiladas con esmero.
(Saca la navaja.)
LAMBERTO. Oyes, ¿qué manejo es ése?
¿Traes perlesía, jumento?
BARBERO. No, señor; ésta es la gala.
LAMBERTO. Vaya; despacha, que tengo
que hacer. Mira no me cortes;
ya sabes tengo el pellejo
delicado.
BARBERO. ¡Qué delirio!
Ya esto está acabado.
LAMBERTO. ¡Cuerno!
¡Bruto! ¿No miras qué chirlo
que me has pegado tan fiero?
BARBERO. Perdone usté.
LAMBERTO. ¡Y me has quitado
un cuarterón de pellejo!
BARBERO. Ya hemos despachado.
LAMBERTO. *(Le paga.)* Toma...
ésta y otra que te debo.
BARBERO. Mil gracias; adiós, señores.
LAMBERTO. Media quijada lo menos

me ha cortado este maldito
barbero de los infiernos.

Salen: el PAJE, y BASILIA, con garrafa, salvilla y tres vasos.

BASILIA. La bebida, señorita.
PAJE. Fría viene como un hielo.
CASIMIRA. Idme echando a mí, y después
beban estos caballeros.
CIRUJANO. Pues que gustáis, no replico.
MÉDICO. Pues lo queréis, obedezco.
LAMBERTO. ¡Hola! ¿Conque esa bebida
la pueden malos y buenos
beber?
CIRUJANO. Sí, señor.
MÉDICO. Es cosa
soberana; es un compuesto
de las cosas más selectas
que dejó escritas Galeno,
de la salud.
(Echan en un vaso para ellos.)
LAMBERTO. Y es horchata.
¿Habrá mayor embustero?
Si es así, dame acá, chica,
y beberé yo primero.
Así como así, hace días
que acalorado me siento. *(Toma el vaso.)*
Por esta vez han de ir
a beber a los infiernos;
y toda, toda la horchata
me la he de echar al coleto,
(Bebe.) ¡Qué rica está! La garrafa

dame acá y la apuraremos.
(Tómala y se la bebe toda.)
Se acabó. ¡Qué fuerte chasco
han llevado!

CASIMIRA. Majadero;
me has dejado sin beber
a mí y a estos caballeros.

LAMBERTO. ¿No sabes que en siendo horchata
me gusta mucho en extremo?

CASIMIRA. Mal provecho te haga.

LAMBERTO. A ti,
cuando la bebas, lo mesmo.

Sale el BOTICARIO apresurado y dando voces; y se levantan todos.

BOTICARIO. ¡Ay, señores, qué desgracia!
¡Qué descuido! Apenas puedo
hablar.

LAMBERTO. Señor Boticario,
¿qué pasa?

BOTICARIO. ¡Fatal suceso!
¿Han tomado la bebida
que de mi casa trajeron?

LAMBERTO. Sí, señor; ya la han bebido.

BOTICARIO. ¡Qué lástima! Pues al Cielo
pida perdón de sus culpas
el que la tenga en el cuerpo,
porque dentro de un instante
de repente caerá muerto.

TODOS. ¿Qué decís, hombre? ¿Qué pasa?

BOTICARIO. Es que el mancebo que tengo,

por yerro echó en la bebida
unos polvos de veneno.

LAMBERTO. ¡Ay, que me han envenenado!
¡Agua, aceite; que me han muerto!

TODOS. ¡Qué desgracia! Traed agua.

BASILIA. Ya voy por ella corriendo. *(Vase.)*

CASIMIRA. ¡Ay desdichada de mí!

MÉDICO. Un vomitivo, ¡ligero!

LAMBERTO. Un médico; un confesor.

CIRUJANO. ¡Qué desgracia!
(Sale Basilia con un jarro.)

LAMBERTO. ¡Qué me muero!

BASILIA. Aquí está el agua.

MÉDICO. Bebed,
bebed, y haced mucho esfuerzo
de vomitar.

LAMBERTO. Ya lo hago (1).
De ésta echo por la boca
los livianos casi enteros.

BOTICARIO. ¿Qué decís? ¿Pues la bebida
que ahora mismo aquí trajeron
no la han tomado los tres,
usted y esos caballeros?

CASIMIRA. No, señor; él solamente,
sin que pongáis duda en ello.
Toda, toda la garrafa
se ha bebido.

BOTICARIO. Deteneos;
que de esa forma, señores,
creo que tendrá remedio.

---

(1) Falta un verso en los ejemplares consultados.

TODOS. ¿Qué decís?
CASIMIRA. ¿Pues cómo ha sido?
Aclaradnos el misterio.
BOTICARIO. Que es, el veneno, fingido.
CASIMIRA. ¡Ay! Corazón, respiremos.
BOTICARIO. Yo intenté dar este chasco
a usted y a los curanderos
que diariamente tomáis
los tres juntos el refresco,
para que a usted no la adulen
ni hagan gastar el dinero
tan simple e inútilmente
a mi amigo don Lamberto.
LAMBERTO. ¿Conque no hay veneno?
BOTICARIO. Nada.
LAMBERTO. ¡Qué susto he llevado! Y puesto
que es el mal de mi mujer
sólo imaginario, presto
salgan luego de mi casa
ustedes dos, caballeros,
antes que con este alfanje
pase a los dos a degüello.
CASIMIRA. Tente, esposo.
LOS DOS. Ya nos vamos.
LAMBERTO. Breve; o cabezas al suelo.
CIRUJANO. Y con esta cortesía...
MÉDICO. Y con este cumplimiento...
LOS DOS. Pues ya nos han conocido,
adiós, señor don Lamberto. *(Vanse.)*
LAMBERTO. El tufo del chafarote
los hizo salir ligeros.
CASIMIRA. Y ahora, ¿quién me curará?

LAMBERTO. ¡Qué curar! Fuera embelecos.
Confiesa que es todo engaño,
o mira que te degüello.
CASIMIRA. *(De rodillas.)* Tente, esposo de mi vida;
que ya, arrepentida, quiero
publicar que era mi mal
imaginario, y prometo
no volverte a engañar.
LAMBERTO. Alza,
que ya de todo te absuelvo.
¡Ah maridos!, ojo alerta,
y tomad del caso ejemplo.
BOTICARIO. Por mí lográis este triunfo.
LAMBERTO. El favor os agradezco;
pero, de estas burlas, pocas;
que por poco no me muero.
CASIMIRA. Y yo también.
TODOS. ¡Viva el chasco!
LAMBERTO. Suplicando aquí el INGENIO...
TODOS. Que nos perdone y aplauda
auditorio tan discreto.

FIN

EL MÉDICO POETA

SAINETE

PERSONAS

Don Bruno, médico.
Don Juan, su pasante.
Don Jaime.
Don Pedro.
Doña Elena.
Clara, criada.
Tío Canilla, herrero.
Toribio, gallego.
Silvestre, lacayo.
Currillo, muchacho.

EL MÉDICO POETA

La escena representa el estudio de don Bruno. Algunos estantes de libros; mesa con papeles y escribanía. DON BRUNO, escribiendo, y DON JUAN, de pie.

JUAN. Señor don Bruno, ya son
en punto las diez y media.
¿No vamos a visitar
los enfermos?

BRUNO. Que se mueran;
que esto es primero.

JUAN. Yo creo
que carga usted su conciencia.

BRUNO. ¿Qué conciencia ni qué haca?
No me corte usted la hebra,
pues ve que estoy en lo más
crítico de la comedia.

JUAN. Haga usted lo que gustare.

BRUNO. Mire usted: cincuenta escenas
llevo ya escritas.

JUAN. Sepamos
el título de la pieza.

BRUNO. *Nacimiento, vida y muerte*
de la más fuerte gallega.

JUAN. Ese título, don Bruno,
declara que usted no observa
las unidades.

BRUNO. A mí
me fastidian esas reglas.
¿Dónde hay mayor frialdad
que ver toda la comedia
en una decoración,
y que los lances sucedan
en pocas horas? No, amigo;
lo que gusta a la cazuela
es ver: ahora un palacio;
luego una isla desierta;
aquí nacer tres muchachos;
y en la jornada tercera
verlos salir de ermitaños
con una barba de a tercia.
Esto agrada, y con razón,
porque cualquiera mozuela,
en volviendo a casa, tiene
que contar semana y media.

JUAN. ¿Y quién es esa heroína
de Galicia?

BRUNO. Si la idea
es toda de *casquis*...

JUAN. Siempre
convendría que tuviera
fundamento.

TORIBIO. *(Saliendo.)* Señur amu;
prata para la despensa.

BRUNO. Hombre, has llegado a buen tiempo.
¿Conoces, allá en la tierra,
alguna que se llamase
Dominga, de mucha fuerza?
TORIBIO. Sí, señor; eu conocí
a Domiña de Ferreiras;
una mujer como un pinu
que andaba sus cuatro leguas
con una pipa de vinu
en las custillas.
BRUNO. Halléla.
Mi heroína ha de llamarse
también Dominga Ferreiras.
CLARA. *(Saliendo.)*
Bruto, ¿aún no has ido a la plaza?
TORIBIO. El diñeiru al punto venga.
BRUNO. Espera, y me informarás
de Dominga.
CLARA. ¡Qué paciencia!
¿Pero cuándo ha de traer
la comida?
BRUNO. Cuando pueda.
Y si no, que no se coma;
que primero es la comedia.
CLARA. ¡Yo me pudro!
PEDRO. *(Saliendo.)* Buenos días.
BRUNO. Adiós, Pedro. *(A Toribio.)* Dos pesetas
tienes ahí. Compra y vuelve,
para hablar de la gallega.
TORIBIO. Está muy bien.
CLARA. Ya estoy harta
de sufrir tantas simplezas. *(Vase.)*

PEDRO. ¿Conque te casas, amigo?
BRUNO. Mucho. Con doña Teresa,
hija de don Jaime Alejos.
PEDRO. Es muy buena conveniencia.
BRUNO. Como que trae de dote
lo menos treinta talegas.
PEDRO. Entonces serás un rey.
BRUNO. Dejo al punto las recetas,
y me dedico a escribir
cada día una comedia.
PEDRO. Harás bien; que te da el naipe
para los versos.
BRUNO. ¡Si vieras
qué comedia escribo ahora!
PEDRO. Léeme el principio, siquiera.
BRUNO. Con mucho gusto. Don Juan,
acerque usté la silleta.
Chitón. «Comedia, sin fama,
en siete actos, compuesta
por don Bruno Guacamayo.»
PEDRO. ¿En siete actos?
BRUNO. Es fuerza;
porque la heroína tiene
que andar por mar y por tierra
las siete partes del mundo.
JUAN. ¿No son cuatro?
BRUNO. Si es licencia
poética...
JUAN. Pero es mucho
querer...
BRUNO. Usté es un trompeta.
Lea las composiciones

ya antiguas y ya modernas,
y verá usted cómo el mundo
cómico tiene diversa
Geografía.

JUAN. Me parece...

PEDRO. Don Juan; no sabe usted letra.

BRUNO. Amigo mío; estudiar.

JUAN. Pero no puede...

PEDRO. A la escuela.
No pierdas tiempo; prosigue.

BRUNO. «Personas que hablan en ella:
el rey don Juan el Segundo,
el rey de Argel, Julio César,
el emperador de China,
Dominga, dama gallega,
el cura que la bautiza,
el padrino y la partera...»

PEDRO. Hombre, ¿qué diablos ensartas?
¿Una partera?...

BRUNO. Babieca.
¿No es persona necesaria,
si ha de nacer en la escena
la tal Dominga?

JUAN. Ea; vamos,
siga usted leyendo.

BRUNO. Atiendan:
«un enterrador, cien frailes,
seis cofradías, setenta
pobres del Hospicio, mil
y quinientas cañoneras,
cien navíos de tres puentes...»

ELENA. *(Saliendo.)* Beso su mano.

BRUNO. ¡Que vengan
a interrumpirme! Señora,
diga usted lo que me ordena.

ELENA. Yo tengo que consultarle
cierto asunto, con licencia
de los señores.

BRUNO. Sea breve,
señora, que estoy de priesa.

ELENA. Perdone usted que me siente,
que se me parten las piernas.

BRUNO. ¡Qué sorna! Despache usted.

ELENA. ¿Dónde tengo la cajeta?
Aquí está. Tome usté un polvo;
verá un tabaco de Persia
exquisito, y aliñado
con estiércol de cigüeña.

BRUNO. Yo, señora, no lo gasto.
Despache usted, que me esperan.

ELENA. Yo, don Bruno, desde niña
padezco unas turbulencias
ventriculares tan fuertes,
que me revuelco en la tierra.

BRUNO. Le pondré un reto a la dama,
donde arroje una chinela.

ELENA. En efecto; he consultado
veinte médicos y treinta
cirujanos; pero todas
las opiniones discrepan.
Unos me dicen que tengo
un avispero en las telas
del corazón; otros juzgan
que con la sangre y la flema

se me forma un animal
como una mula manchega;
y ayer me dijo un barbero
que, según todas las señas,
tengo un eclipse en el vientre.

BRUNO. Don Juan, ¡qué famosa idea!
Ponga usted, no se me olvide,
que la dama, en una selva,
para saltar una zanja,
se echó su caballo a cuestas.
¿Qué tal, qué tal?

PEDRO. ¡Cosa grande!
Será peregrina escena.

BRUNO. Prosiga usted, que bien oigo.

ELENA. Por lo tanto, yo quisiera
que usted me desengañase;
porque no tengo paciencia
para sufrir.

BRUNO. Ya comprendo.
¿Qué siente usted con frecuencia?

ELENA. A eso voy. Escuche usted.
Yo siento en la parte interna
del *estófago* unos golpes
tan horrorosos, que suenan
como cuando los soldados
atacan con mucha fuerza
un cañón de treinta y seis;
después este estruendo rueda
por la región inferior
y el corazón se me aprieta.
Entonces siento unas bascas
mortales; la náusea empieza;

hay obstrucción de conductos;
se me eclipsan las potencias;
me da un síncope; deliro;
ningún remedio aprovecha;
no ayuda el clister; no sirven
unturas, baños ni friegas;
y, cuando pienso que voy
a reventar, quedo buena.

BRUNO. Aquel día todo el patio
¡cómo aplaudirá la pieza!
Un mes me estaré, lo menos,
recibiendo enhorabuenas.

ELENA. ¿Qué dice usted de mi mal?

BRUNO. En eso pensaba. *(Aparte.)* Apenas
me acuerdo de una palabra.
(Alto.) ¿Conque, en fin, a usted le aprieta
el dolor de la espaldilla?

ELENA. No he dicho tal.

BRUNO. ¡Qué cabeza
la mía! Ya quedo impuesto.
Lo que usted tiene es postema
en el hígado.

ELENA. ¡Jesús!
¿Qué dice usted? ¡Yo estoy muerta!
¿En el hígado? ¡Qué horror!
¡Ay mísera doña Elena!

BRUNO. ¿Elena se llama usted?
Buen nombre para comedia.

ELENA. Por Dios; déme usté un remedio
para arrojarla.

BRUNO. No tenga
temor, que yo le daré

una admirable receta
para que arroje de un golpe
los intestinos con ella.

ELENA. ¡Yo tiemblo sólo de oirlo!
Mire usted que soy doncella,
por si es del caso. ¡Ay de mí!
Por amor de Dios; que sea
eficaz; que el boticario
todos los botes revuelva.

BRUNO. Vaya, pues : esta bebida
tómela en ayunas. Ea;
tenga usted valor.

ELENA. Don Bruno;
yo vivo en la calle Nueva.

BRUNO. Ya sé la casa. Allá iré.

ELENA. No lo olvide.

BRUNO. Yo iré a verla.

ELENA. Diga usted : ¿podré comer
picantes, o guardo dieta?

BRUNO. Coma usted cuanto quisiere.

ELENA. Cuidadito. *(Vase.)*

BRUNO. Nada tema.
Vaya usted con Dios. ¡Qué posma!
Prosigamos la leyenda.

PEDRO. Dios quiera que no interrumpan.

BRUNO. Al majadero que venga,
le receto cuatro libras
de solimán, y revienta.

JUAN. Prosiga usted.

BRUNO. A eso voy.
Oid : «Jornada primera.
Aparecen siete montes

en el centro de la escena,
y el del medio arrojará
llamaradas, humo y piedras;
terremoto, lluvia y viento;
y entre truenos y centellas,
sale del dicho vesubio
Satanás con las orejas
chamuscadas, y vestido
de currutaco.»

JUAN. ¡Qué bella
decoración!

BRUNO. En poniendo
debajo media docena
de barriles, atacados
de balas, pólvora y piedras,
saldrá volando el actor
sin necesidad de cuerda.

PEDRO. No hay como la propiedad.

JUAN. ¿Mas si el teatro se quema?

BRUNO. Que se queme; mas por eso
pondrán mi nombre en Gaceta
y dirán que supe hacer
a lo vivo una tragedia.

PEDRO. Dices bien.

BRUNO. Pues escuchad,
que Lucifer representa:
«¡Ah del negro pavimento
del abismo, donde afeitan
los barberos de Plutón
tantísima cara fea!
Salid, espíritus negros,
a mi voz. No te detengas,

horroroso Tintimarro;
tú, asqueroso Girapliega,
Conicordio, Casquirrubio,
Cachicanuto...»

CANILLA. *(Saliendo.)* Dios sea
en esta casa. Yo vengo
a ver a usted.

BRUNO. Presto; apriesa
vaya a meterse en la cama
y haga usted las diligencias
del cristiano, y que le pongan
dos cáusticos en las piernas.

CANILLA. Señor, ¿adónde va usted
con tanta metralla? ¡Ea;
que me tiene usted cariño!

BRUNO. ¿No está usted malo?

CANILLA. Ni quiera
la Sábana Santa que
a mi cuerpo ná le duela.

BRUNO. Como tiene usté esa cara
hipocrática, cualquiera
le mandara disponer.

CANILLA. ¿Cara hipocóndrica? Arrea;
¿a que me mete usté ahora
en descrúpulos?

BRUNO. ¡Qué flema!
Prontito. ¿Qué se le ofrece?

CANILLA. No sea usted súpito, prenda.
Vamos; venga usted ahora
a visitar una enferma.

BRUNO. Allá iré luego.

CANILLA. Usted mire

que tiene una pataleta
que no se puede lamer.

BRUNO. ¿Insulto?

CANILLA. Muchas pesetas.

BRUNO. ¿Cuándo le dió?

CANILLA. Escuche usted
toíto el caso. Usted sepa
que Manola la Ronchona
tuvo ayer noche una cena
de cachipolache.

BRUNO. Ya;
¿bebió y se atracó sin rienda?

CANILLA. Yo no sé; pero la probe
comenzó a las tres y media
de la noche a retorcer
el jocico, dando vueltas
como un gusano y poniendo
los gritos en las estrellas.
Yo le dije: «Manolita,
¿dónde te escarabajea?
Habla; demonio», y la probe,
tirando al aire corvetas,
me respondió: «¡Yo me muero!
¡Ay paecito! Una lezna
me soplan por lo más jondo
del estómago; y me llegan
los dolores hasta el mesmo
remate de la paleta
posterior.» La madre, al punto,
medio aturdida, en las piernas
le puso unos aforismos
y le encajó una docena

de rogativas, cada una
más grande que una cubeta.
En fin; con este remedio
le vinieron con tal fuerza
unas fuertes comisiones,
que se iba de vareta.

BRUNO. Muy bien hecho. ¿Y se alivió?

CANILLA. ¡Qué aliviar, si pide iglesia
a tóo trapo! La cara
parece una berenjena.

BRUNO. Márchese usted, que allá voy.

CANILLA. No me muevo tan y mientras
que usted no venga conmigo.

BRUNO. Estoy leyendo una pieza
dramática a los amigos.

CANILLA. Pues al avío; usted lea
su perlática, que yo
estaré en esta silleta.

BRUNO. ¡No hay fuerzas para lidiar
con esta gente!

JUAN. Paciencia,
señor don Bruno.

PEDRO. Prosigue;
que no importa que se muera.

BRUNO. Pues escuchad. Concluída
la invocación, se descuelgan
por cuatro cables muy gordos,
atados a la cazuela,
todos los diablos nombrados,
vestidos de petimetras.

CANILLA. Mire usted; por poco, anoche,
no me llevan con la gresca

del consulto de mi hija;
y si no voy a la tienda
y le pido al Montañés
el abrigo, se me hielan
las injundias, y a esta hora
estoy ya como la enferma.

BRUNO. Calle; y atienda usté, amigo.

CLARA. *(Saliendo.)* Señor; dé usted para especias.

BRUNO. Aguárdate; y de camino
escucharás esta escena.

CLARA. Avise usté en acabando,
que yo no escucho simplezas. *(Vase.)*

BRUNO. ¡Bruta, insensata! ¿Qué sabe
de poesía la muy puerca?
Hoy tengo de despacharla.

CANILLA. Señor doctor; que la enferma
está lïando el petate.

BRUNO. Que se espere o que se muera;
que esto es primero.

PEDRO. Prosigue;
no hagas caso de quimeras.

JAIME. *(Saliendo.)* Señores, muy buenos días.

BRUNO. ¿Hay desgracia como ésta?

PEDRO. No disgustes a tu suegro.

JAIME. ¿Cómo está de esta manera,
sin peinarse?

BRUNO. No ha venido
el peluquero.

JAIME. Son cerca
de las diez.

BRUNO. Siéntese usted,
y escuchará una comedia

que he compuesto.

JAIME. ¿Y los enfermos
que esperen o que perezcan?

BRUNO. Si ya acabo... «Escena quinta.»

SILVESTRE. *(Saliendo.)*
Señor don Bruno; que esperan
en la junta. Venga usted.

BRUNO. Que esperen enhorabuena;
que esto es primero.

CANILLA. Señor;
mire usted que está la enferma
en aquel parasimismo.

BRUNO. No me quiebre la cabeza.
Si se ha muerto, que la entierren;
y si no, tenga paciencia.

SILVESTRE. ¿Qué dice usted?

BRUNO. Que te aguardes,
y oirás una gran comedia.

CURRILLO. *(Saliendo.)* ¡Paire, pairecito mío;
que mi hermanita Manuela
ahora mismito se ha muerto!

CANILLA. ¿Qué dices, cara de peña?
¿Esa noticia me traes?
Señor doctor, ya la enferma
dice que no ha menester
sus medicinas.

BRUNO. ¡Requiezcam! (1).
Me ha excusado un homicidio
con haberse muerto ella.

---

(1) No enmendamos esta palabra porque quizás la escribió así el autor intencionadamente.

CANILLA. ¡Qué caliá tiene usted,
señor méico! Se vea
en Argel con esa bata;
que me parece alma en pena.
BRUNO. No venga usté a sofocarme.
A bien que, cuando se ofrezca
otra vez, llegaré a tiempo.
CANILLA. Antes toítas mis muelas
a la puerta de un barbero
se columpien, que yo vuelva
a llamarle en toa mi vida.
ELENA. *(Saliendo.)*
Señor don Bruno, ¿usted piensa
mofarse de mí? ¿Qué sarta
de disparates es ésta?
BRUNO. ¿Qué es lo que dice, señora?
ELENA. ¿Qué he decirle? Que apenas
el boticario tomó
en la mano la receta,
cuando comenzó a soltar
carcajadas. La caterva
de médicos que allí estaban
acudió al instante a verla.
Entonces todos a un tiempo,
con las quijadas abiertas,
se tiran sobre las sillas
y los ijares se aprietan.
Sólo un viejo, con coraje,
tiró la peluca en tierra
y exclamó: «¡Que la salud
se confíe a tales bestias!»
BRUNO. ¿Cómo, cómo; bestia yo?

¡Habrá mayor insolencia!

JAIME. ¿A ver? Venga ese papel,
que algo entiendo en la materia.
(Lee.) «Récipe: Cinco barriles
de pólvora, y ciento y treinta
demonios hermafroditas,
con otras tantas cigüeñas
infernales. El doctor
don Bruno.» ¡No lo creyera!
Se han burlado con razón,
y aun han tenido modestia
respecto de los dislates
que en este papel se encierran.

BRUNO. ¡Toma! Una equivocación
siempre la tiene cualquiera.

ELENA. ¿Equivocación en cosa
en que tanto se interesa?
¡Insensato! ¿A mí atacarme
de pólvora, cual si fuera
algún mortero de *aplaca?*
Yo le pondré una querella.

CANILLA. ¡Pues si viera usted, señora,
lo que ha hecho conmigo! Ea;
que es la última de toas
las endinidades. Esta
mano me corte el buchí
si el día que yo le vea
por la fragua no le rasco
con un jierro la cabeza.

ELENA. Será muy bien empleado.

BRUNO. Prontito, tomen la puerta.

SILVESTRE. Señor; que espera la junta.

BRUNO. Di que llamen a quien quieran;
que yo no vuelvo a curar,
pues tengo treinta talegas
que me da mi suegro el día
que con su hija Teresa
me despose.
JAIME. Si no trata
de buscar novia y moneda
por otra parte, se engaña.
BRUNO. ¿Qué es esto? ¿Usted se blandea?
JAIME. Sí, señor; porque sería
yo un demente si le diera
la muchacha a un insensato
que su profesión desprecia
por otra que no conoce,
perdiendo de esta manera
reputación e intereses
en una y otra carrera. *(Vase.)*
BRUNO. ¡Ay don Juan, que yo me ahorco!
CANILLA. Muchacho, corre por cuerda;
y todos, por caridad,
jalaremos de las piernas.
PEDRO. Hombre, mira: en escribiendo
cada mes cinco comedias,
te hartas de plata.
BRUNO. Es verdad;
y, así, voy a acabar ésta,
para que la representen.
ELENA. Yo pagaré una docena
de mujeres que la griten.
BRUNO. Y yo pagaré cincuenta
que la aplaudan.

CANILLA. Si usted quiere
gente que chifle con fuerza,
le daré a usted de refuerzo
un batallón de viñeras.
ELENA. Lo admito.
BRUNO. Allá lo veremos.
CANILLA. No haga usted caso, mi reina.
TODOS. Y aquí se acaba el sainete;
perdonad las faltas nuestras.

FIN

LA MUJER CORREGIDA

Y MARIDO DESENGAÑADO

SAINETE

PERSONAS

Don Policarpo, marido de
Doña Petra.
El Conde.......
El Marqués..... Cortejos de doña Petra.
Don Alejandro..
Ciriaco, criado de doña Petra.
Don Anastasio, padre de doña Petra.
Don Pablo, amigo de don Policarpo.

LA MUJER CORREGIDA

Y MARIDO DESENGAÑADO

Sala de la casa de don Policarpo. DOÑA PETRA, acabada de levantarse del lecho; y CIRIACO, por la derecha.

PETRA. ¡Hola!
CIRIACO. Mande usted, señora.
PETRA. ¿Qué hora es ya?
CIRIACO. Las doce y cuarto.
PETRA. ¡Jesús, qué mala me siento!
Desde las tres no he pegado
los ojos. ¡Oye!
CIRIACO. Señora.
PETRA. Tráeme una taza de caldo.
CIRIACO. El amo espera licencia. *(Vase.)*
PETRA. Pase adelante. Este asno,
¿a qué vendrá? Cada día
me fastidia más su trato.
(Sale don Policarpo, con bata y gorro.)
POLIC. Buenos días, doña Petra.
PETRA. Felices, don Policarpo.
POLIC. ¿Cómo has pasado la noche?

PETRA. No muy buena. ¿Y él?
POLIC. Pensando
en mi esposa.
PETRA. *(Con ironía.)* Lo agradezco.
POLIC. Ya se ve; te quiero tanto...
PETRA. Ea; deja necedades.
POLIC. ¿Conque decir que te amo
es necedad?
PETRA. Mira; muda
de conversación, o mando
que no te dejen entrar
por la mañana en mi cuarto.
POLIC. ¡Paciencia! No te indispongas.
Sé que no he de hacerte halagos
hasta que tú me lo mandes.
CIRIACO. *(Saliendo.)* Señora; ya está aquí el caldo.
POLIC. Dame la taza, que quiero
servirla. *(Toma la taza y vase Ciriaco.)*
PETRA. *(Con ironía.)* Vivas mil años.
POLIC. ¡Cómo te adoro, hija mía!
PETRA. Cállate, o te tiro el plato
a la cabeza.
POLIC. ¡Paciencia!
En dos años que llevamos
de matrimonio, tan sólo
cuatro domingos me has dado
licencia de enamorarte.
PETRA. Y me han parecido hartos.
CIRIACO. *(Saliendo.)* El señor Conde. *(Vase.)*
PETRA. Que entre.
POLIC. Dime, niña mía: ¿cuántos
te cortejan en el día?

PETRA. Eso no te importa. Vamos;
apártate veinte varas,
y ponte a enfriar el caldo.
(Se aparta Policarpo a enfriar el caldo.)
CONDE. *(Saliendo.)* Señora; beso sus pies.
PETRA. Señor Conde; aquí a mi lado.
CONDE. ¿Qué es esto? ¿Desaliñada,
descolorida, y opacos
estos dos bellos luceros?
PETRA. Me siento mala.
CONDE. No en vano
mi corazón palpitaba
al pisar estos amados
umbrales. ¡Ah!, qué bien dijo
cierto poeta italiano:
que al poter d' ignota siella
va soggeto il core umano.
POLIC. El señor Conde es ladino.
Hija; mira que está helado.
CONDE. Venga la taza. Permite
(Se arrodilla delante de Petra.)
bella Petra, que mi mano
te ofrezca esta libación
y te diga, con Horacio:
Amor mea viscera torret
ignis per venas vagatur.
POLIC. El tal Conde la tutea
en latín y en italiano.
CIRIACO. *(Saliendo.)* El señor Marqués. *(Vase.)*
PETRA. Que entre.
POLIC. Que se está Usía cansando.
PETRA. Apártate de aquí, bruto.

POLIC. Vaya; es preciso que olamos
los maridos a demonio,
pues nos hacen tantos ascos.

MARQUÉS. *(Saliendo.)* Madama; beso sus pies.
¡Hola Conde! ¡Bello cuadro
por cierto! Mira; concluye,
que tengo que hablar un rato
con Madama.

CONDE. *¿Soto voce?*

MARQUÉS. Cabal. ¡Oh don Policarpo!
¿Cómo va? Bien. Usted siempre
con su gorro almidonado.
Vaya, vaya; tendrá usted
muy fresco y ligero el casco.

POLIC. Se engaña usted; porque tengo
un peso...

MARQUÉS. Ya me hago cargo.
¿Sobre la frente?

POLIC. Es verdad;
y Usía, como habla tanto,
me la carga más.

MARQUÉS. ¡Oh!, mucho;
mil maridos se han quejado
de lo mismo; pero yo
me divierto en calentarlos
con mis chistes.

PETRA. Marquesito,
mude usté al Conde.

MARQUÉS. Volando
larga la taza, y ve a darle
palique a don Policarpo.
(Le quita la taza al Conde, y se arrodilla.)

CONDE. Amigo; dichoso usted,
pues le ha concedido el hado
tal esposa. Ya usté observa
la amistad con que alternamos
los actüales cortejos
de Madama.

POLIC. Yo me espanto
de que ustedes no se maten.

CONDE. Ese estupendo milagro
se le debe a la destreza
de Madama. ¡Si es un pasmo!
Ella ha logrado que reine
la edad de oro en su estrado.

POLIC. Eso es muy cierto. Yo era
un león cuando muchacho,
y ahora soy un cordero.

CONDE. Los hombres han de ser mansos;
pues como dijo el Petrarca,
en el capítulo cuarto :
bisogna che sia il marito
piu bestia que un assinasso.

MARQUÉS. Esta cucharada.

PETRA. No;
ya basta.

CIRIACO. *(Saliendo.)* Don Alejandro. *(Vase.)*

PETRA. Que pase adelante.

MARQUÉS. Bien;
todos nos hemos juntado.

POLIC. No hables mucho, que después
te dará más fuerte el flato.

PETRA. ¿Y qué tienes tú con eso?
A bien que no has de pasarlo.

ALEJAND. *(Saliendo.)* Beso sus pies, señorita.
Caballeros; libre el campo
por tres minutos.

MARQUÉS. ¿Por qué
no has venido más temprano?

ALEJAND. Por lo mismo; usté es un mal
cortejo, que no ha estudiado
la Ordenanza. Pero a bien
que yo conmigo la traigo.
(Saca un libro.)
Escuche usted: *(Lee.)* «Cuando entrare
un cortejo en un estrado,
le deben ceder la dama
los que estuvieren hablando,
para que pueda al oído
saludarla.»

MARQUÉS. Este es un sabio
en la materia.

CONDE. Te cedo
la deidad. Mira, tirano,
lo que la dices. *¡Oh Ciel!...*
sono pure disgraziato.
(Se levanta, y se sienta don Alejandro.)

POLIC. Y dígame usted: ¿se dice
en ese bello tratado
lo que debe hacer también
un marido en este caso?

ALEJAND. Sí, señor. *(Lee.)* «Libro segundo,
capítulo veinticuatro:
Cuando estuvieren dos, tres
o más cortejos sitiando
a la dama, si el marido

está presente al asalto,
cuidará de los bagajes
a gran distancia del campo.»

PETRA. ¿Lo has entendido?

POLIC. Ya sé;
que debo estar acampado
en la cocina.

PETRA. Pues vete.

POLIC. Quiero estar aquí otro rato.

ALEJAND. ¿Cómo, cómo? ¿Usted se opone
a nuestras leyes? Veamos
esta insubordinación
lo que merece. *(Lee.)* «Tratado
de los delitos y penas:
El marido que al mandato
de su esposa se resista,
queriendo escuchar, osado,
los secretos del cortejo,
pagará su desacato
con tres días de destierro
de la mesa y del estrado.»

CONDE. Es muy justo ese castigo.

MARQUÉS. Todavía es moderado.

PETRA. Yo lo confirmo.

CIRIACO. *(Saliendo.)* La sopa.

PETRA. Ínterin que Policarpo
cumple su destierro, ustedes
me acompañarán... *(Vase con Alejandro.)*

CONDE y MARQUÉS. Ya vamos.

POLIC. Pero, señor, ¿qué Ordenanzas
son esas de dos mil diablos?

CONDE. ¿Qué Ordenanzas? Las tareas
de cuarenta currutacos
eruditos, que consagran
sus ratos desocupados
en bien de la Humanidad.
POLIC. Muy bien; pero ¿qué pecado
he cometido?
MARQUÉS. ¡Friolera!
Querer saber los arcanos
del cortejo.
POLIC. ¿Mas no es Petra
mi mujer?
CONDE. En estos casos,
no señor; porque lo es
del que está más inmediato.
POLIC. Eso me suena a injusticia.
MARQUÉS. ¡Pues está bueno el reparo!
Como otras cosas lo son,
y las vemos y callamos.
CONDE. ¡Toma! Ayer, porque don Cosme,
sin llamar, entró en el cuarto
de su mujer, los cortejos
al instante le formaron
consejo de guerra; y fué,
por último, sentenciado
a dormir cuarenta noches
en la despensa.
MARQUÉS. ¡Qué chasco!
POLIC. Mire usted; yo en algún modo
me conformaría, cuando
corriesen algunos días
los cortejos con el gasto

de la casa.

CONDE. Amigo mío;
esa cláusula está en blanco;
conque paciencia y comer
cuando se lo traigan.

MARQUÉS. Vamos,
que está esperando Madama.

LOS DOS. Agur, mi don Policarpo. *(Vanse.)*

Sale CIRIACO con cubierto, platos y mantel, y le pone la mesa.

CIRIACO. La comida.

POLIC. ¡Yo estoy tonto!
¿Por qué, cuando nos casamos,
antes de las bendiciones
no me leyeron de plano
las malditas Ordenanzas?
No sé cómo no me mato
cuando contemplo a estos tres
trogloditas devorando
mi hacienda, y lo que es peor,
siendo plenipotenciarios
de mi gusto. Mira, chico;
tráeme una soga de esparto.

CIRIACO. Venga el dinero.

POLIC. Aun no puedo
ahorcarme, si no lo pago. *(Se sienta.)*
Dime: ¿come ya tu ama?

CIRIACO. Y al señor don Alejandro
le está dando finecitas.

POLIC. ¡Finezas, y yo chupando
los huesos que él ha roído!

¡Ay!, que ya me hubiera ahorcado
si no fuera porque hay muchos
que pasan lo que yo paso.

CONDE. (*Saliendo.*) Amigo; vengo a leerle
una décima que acabo
de componer al asunto
de su destierro.

POLIC. Veamos.

CONDE. «Un marido muy poltrón...»

POLIC. ¿Cómo es eso?

CONDE. Pues muy manso,
muy maduro, muy prudente;
en este sentido hablo.

POLIC. Pero con todo, esa voz
suena mal en castellano.

CONDE. ¡Qué ha de sonar! Yo sé bien
lo que escribo. Usté es un asno
que no lo entiende.

POLIC. Ahora sí
que me he convencido. Vamos;
prosiga usted.

CONDE. La razón
no quiere fuerza.

POLIC. Sigamos.

CONDE. «Un marido muy poltrón,
muy bonazo y muy paciente,
con dos bultos en la frente...»

POLIC. ¿Yo bultos? Usté es el diablo.

CONDE. No quiero yo decir bultos,
sino un poquito elevado
por las entradas del pelo.
Si hubiera un espejo a mano,

viera con qué exactitud
lo voy a usted retratando.

POLIC. Vaya, vaya; siga usted.

CONDE. Soy solo para retratos.
«... con dos bultos en la frente
y un hocico de pachón...»

POLIC. La comparación alabo.

CONDE. Sí, señor; porque usted es
un si es no es afilado
de barba.

POLIC. Ya lo comprendo.

CONDE. ¿Si sabré lo que me hago?
«... por una leve cuestión
suspira el pobre en destierro;
y mientras purga su yerro
lejos del establo amado,
su dulce vaca en el prado
sigue otro amante becerro.»

POLIC. ¿Qué demonios dice usted?

CONDE. Si es un símil adecuado
a las circunstancias. Vaya;
usted no entiende de rasgos
poéticos.

POLIC. ¡Pero eso
toca en desvergüenza!

CONDE. Vamos;
que usté es un drope. Su esposa,
que tiene talentos claros,
sabe aplaudir mis agudas
producciones. ¡Qué pedazo
de animal! ¡Tonto! Merece
habitar en un establo. *(Vase dentro.)*

POLIC. ¡He quedado fresco! Bueno;
después de haberme pintado
tan ridículo, me ha dicho
mil desatinos. Soy asno,
pues lo sufro, y soy un... ¡Cielos!,
ya no puedo pronunciarlo
sin temblar... ¡Ah!, ¿qué dirán
de mí los hombres sensatos?
¿Cómo podré presentarme
en público? ¡Cuántos, cuántos,
mostrándome con el dedo,
dirán : Ése es Policarpo;
ése es el...! ¡Pero qué digo?
¿A qué son discursos vanos?
Pongamos remedio; honor,
aunque algo tarde. ¡Ciriaco!
CIRIACO. Señor.
POLIC. Llámate a mi suegro;
dile que venga volando,
que aquí lo espero. Ea, pues;
(Vase Ciriaco.)
resolución, Policarpo;
ya basta de yugo; basta...
de muchas cosas que callo.
PABLO. *(Saliendo.)*
¿Qué es esto? ¿Come usted solo?
¿Y Madama?
POLIC. Se está holgando
con sus cortejos, aparte.
PABLO. ¡Gran vida!
POLIC. Señor don Pablo;
déme usté un consejo.

PABLO. Bien;
¿sobre qué?
POLIC. Yo, amigo, trato
sujetar a mi mujer.
PABLO. Cierto que el empeño es arduo.
Antes que usted se casara
con ella, tres meses largos
la cortejé, y la conozco
muy a fondo.
POLIC. Es un milagro
mi buena esposa. Yo pienso
que aun andaba gateando
y ya la dichosa niña
se iba tras de los muchachos.
PABLO. La que sale, amigo, mala,
le da quince y falta al diablo.
POLIC. Y bien; diga usté: ¿qué haré
para no ser...?
PABLO. Vamos, vamos,
ya lo entiendo. ¿Usté pretende
que le dé un remedio? Hay varios.
Primeramente encerrarla
bajo de llave en un cuarto
muy seguro.
POLIC. Es mal arbitrio.
PABLO. ¿Mal arbitrio? ¿Por qué es malo?
POLIC. Porque es capaz, con las uñas,
de ir poco a poco limando
las aldabas y cerrojos.
PABLO. ¿Cómo es posible?
POLIC. Don Pablo;
hay mujer que con la baba

derretirá los candados.
PABLO. Pues una vara de fresno.
POLIC. Hay dos cosas en contrario.
La primera, que una vez
que combatí brazo a brazo
con ella, saqué del choque
la cara llena de araños.
La segunda, que las varas
se hacen cuatro mil pedazos,
y ellas salen de una felpa
para ir a buscar un majo.
PABLO. Pues si todo esto no sirve,
echemos por el atajo.
Que vaya a las Recogidas.
POLIC. Malo y remalo, don Pablo.
PABLO. ¿Y por qué?
POLIC. Porque después
de haber un hombre gastado
en alimentarlas, salen
al cabo de uno o dos años
asaltando como lobos
a cuantos hallan al paso.
PABLO. Póngala usté en un convento.
POLIC. Eso es soltarle las manos
para que pueda arruinarme.
PABLO. Pero ¿cómo?
POLIC. Usté es bonazo.
Mire usted; entonces puede
hablar con el escribano,
el jurista, el militar,
el rico y el empleado.
Llorará, suspirará,

dirá que soy un tirano;
y como a una buena cara
nunca faltan abogados,
habrá quien por caridad
me levante al punto un falso
testimonio, y me acomode
en Melilla por diez años.

PABLO. Pues, amigo mío, ahorcarse
y terminan sus trabajos.

POLIC. ¡Ay!, que es el único medio
de librarse un hombre honrado
de estas maulas.

Salen DON ALEJANDRO, el CONDE y el MARQUÉS del brazo de DOÑA PETRA.

CONDE. Dulce Petra;
yo voy bebiendo tus rayos,
como el águila imperial.

POLIC. ¿Qué le parece este cuadro?

PABLO. Pintoresco, ciertamente.

ALEJAND. Aquí está don Policarpo.

MARQUÉS. ¡Pero que usted se casara
con aqueste dromedario!

PETRA. Para marido, Marqués,
es mejor mientras más asno.
Si hubiera querido esposo
de mérito, tuve varios;
pero suele una mujer
llevarse, con ellos, chasco.

POLIC. Pues, mira; desde el instante
haz cuenta que se ha cambiado

la escena. Bruto o no bruto,
me has de respetar.

PETRA. Villano,
¿qué dices? ¿Cómo te atreves
a insultarme?

POLIC. Sí; te mando
que me respetes.

CONDE. ¿A quién
ha de respetar? ¿A un macho
que no penetra la fuerza
y energía de mis altos
y profundos versos? Vaya
a comer, el mentecato,
paja y cebada.

MARQUÉS. Está loco,
y es menester amarrarlo.

ALEJAND. Y si no, vuelva a sufrir
consejo de guerra.

POLIC. A un lado
las chanzas, y hágame el gusto
de irse a la calle volando.

PETRA. ¿Qué dices? ¿De cuándo acá
me hablas así?

MARQUÉS. Este atentado
yo lo debo castigar.

ALEJAND. A mí se me ha hecho este agravio,
que soy el favorecido.

CONDE. El Conde de Calemaco
debe vengar esta afrenta.

MARQUÉS. Yo he de romperle los cascos.

ALEJAND. Yo he de hacer...

CONDE. A mí me toca.

PABLO. Y a mí el molerlos a palos,
si vuelven a hablar palabra.
(Saca la espada.)
PETRA. Pues ¿cómo, señor don Pablo?...
PABLO. Señora; yo con usted
no alterco. Don Policarpo,
que es su marido, pondrá
o no pondrá a sus desbarros
el debido freno. Yo
con estos señores hablo;
con estos hombres ociosos
que emplean sus torpes años
en fomentar la flaqueza
del bello sexo, turbando
la quietud de las familias,
rompiendo los dulces lazos
de muchos fieles esposos,
que fueran afortunados
sin sus asechanzas. Sí;
sólo con ustedes trato.
Si por conocer el genio
dócil, bueno y apocado
de este infeliz, solicitan
sin justicia atropellarlo,
yo en su defensa sabré
a cuchilladas echarlos
por esa escalera. Conque
silencio, y vayan tomando
la puerta, porque al que chiste
le corto al instante un brazo.
MARQUÉS. De manera, caballero,
que nosotros...

CONDE. Sustentamos
nuestro derecho.
PETRA. En mi casa
no manda el señor don Pablo.
POLIC. Pero mando yo.
PETRA. ¿Quién? ¿Tú?
ANAST. *(Saliendo.)* ¿Qué ruido es éste?
PETRA. El malvado
de mi marido, que quiere
matarme.
ANAST. Don Policarpo,
¿qué es esto?
POLIC. Señor; su hija
pretende a usted engañarlo.
Yo lo que quiero es que mude
de conducta.
PETRA. Yo ¿en qué falto?
POLIC. En todo, Petra. Hasta hoy
tan solamente has pensado
en la moda, en el afeite,
en el paseo y teatro.
Pero esto no es lo peor;
esos monos casquivanos
que con nombre de cortejos
ocupan siempre tu estrado,
hieren tu reputación
y hacen que yo sea el blanco
de la sátira del pueblo.
Dirás que lo he tolerado;
es verdad; yo te confieso
que he sido, Petra, muy blando;
pero ya basta; no quiero

sufrir más tus desacatos.
Vete con tu padre.

ANAST. ¡Cómo!

POLIC. Señor mío; yo no hallo
otro remedio, supuesto
que ni amenazas ni halagos
le hacen mella.

ANAST. ¿Conque piensas
no arrepentirte? Bien; vamos.
Veré si tengo más gracia
para serenar tus cascos
que tu marido.

PETRA. Hijo mío,
¿tú me arrojas de tu lado?

POLIC. Ya estoy harto de desprecios.

PETRA. Y si me enmiendo y te pago
con caricias, ¿qué dirás?

POLIC. Estoy ya tan escamado,
que juzgara que era burla
tu cariño.

PETRA. Policarpo,
esposo mío; no pienses
que es mi corazón tan malo.
Yo erré como yerran muchas:
por seducción, por engaño
y por vana imitación;
pero ya los ojos abro;
ya reconozco que tiene
un marido entre sus manos
nuestro destino; y, así,
te suplico, dueño amado,
que me perdones, y fino

me estreches entre tus brazos.
POLIC. ¿Hablas de veras?
PETRA. Sí, hijito.
POLIC. Pues dame, Petra, un abrazo.
Caballeros; a la calle,
que aquí ya se dió de mano
al chichisbeo.
MARQUÉS. ¿Qué importa,
si hallamos a cada paso
colocación?
CONDE. ¡Toma! Están
en el día tan escasos
los cortejos, que ayer tarde
doña Gertrudis Camacho
se vió obligada a admitir
un cortejo tonto, chato
y ceniciento.
PABLO. Pues bien;
quedamos más despejados.
ALEJAND. Doña Petra; usted será
la risa de los estrados... *(Vase.)*
MARQUÉS. Esta noche borraremos
su nombre del diccionario
del buen gusto... *(Vase.)*
CONDE. Adiós, tirana,
y teme el terrible rayo
de mis versos. Ahora mismo
voy a escribir tu epitafio.
PABLO. Le doy a usté el parabién
del buen suceso.
POLIC. Don Pablo,
yo seré siempre su amigo.

ANAST. Hija, la honradez te encargo.
PETRA. Yo prometo proceder
como lo pide mi estado.
POLIC. Y yo estimarte y servirte;
pues de un recíproco halago,
de una mutua fe, procede
la dicha de los casados.
TODOS. Y aquí acaba este sainete;
perdonad defectos tantos.

FIN

LOS NATURALES OPUESTOS

SAINETE

PERSONAS

El tío Lucas.
Benito.
El tío Ambrosio.
Teresa.
Andrea.

LOS NATURALES OPUESTOS

La escena es en la sala del tío Lucas. TERESA con una escoba en la mano, como acabando de barrer.

TERESA. Gracias a Dios que acabé
de hacer todas las haciendas,
para sentarme un ratito.
(Se sienta y da un suspiro muy fuerte.)
¡Ay! ¡Cuál tengo la cabeza
de pensar en mi Benito!
¡Vaya; si no lo creyera;
sin verme ayer el ingrato!...
Casi estoy, de la soberbia,
por decirle que jamás
vuelva a pasar por mis puertas.
(Asómase Benito a la puerta; y, después de mirar a todas partes, va de puntillas a sorprender a Teresa.)

BENITO. La pillé sola. Yo quiero
darle un susto... Me comiera
ese hociquito...

TERESA. ¡Jesús!
¡Ay, que me agarran! *(Se levanta gritando.)*

BENITO. No temas;
si soy yo, tonta; yo soy.
TERESA. ¡Qué gracioso! ¿Así se entra
en las casas? No es mal modo
de pillar a las doncellas
descuidadas.
BENITO. Qué, ¿me riñes?
Carambola; ya no resta
sino que agarres la escoba
y me sacudas con ella.
TERESA. Bien lo merecía usted.
BENITO. ¿Y por qué es esa rabieta?
TERESA. No venir ayer a verme
y hacerme estar a la reja
seis horas... Vaya; me ahorco
si tengo anoche una cuerda.
BENITO. ¿Pero tengo yo la culpa?
¿El tío Lucas no me ordena
que jamás pise su casa?
TERESA. Pero mi madre pleitea
por que vuelvas.
BENITO. ¿Eso hay?
Pues por esa causa mesma
me lo prohibe tu padre.
¿No sabes ya, mi Teresa,
las cosas? Si el tío Lucas
dice que sí, la tía Andrea
dice que no; de este modo
rabian, disputan, pelean,
hasta que sale el garrote
y anda la marimorena.
TERESA. Dices bien; jamás podremos

casarnos, con sus quimeras;
y, así, es mejor que se acabe
nuestro amor.

BENITO. ¡Pues está buena
la salida! Me has dejado
como una estatua... Embustera;
¿para qué me has embobado
con tus cosas? ¿No te acuerdas
de la maldición que echaste
contra el que se arrepintiera?
Pero ya te he conocido;
al fin, al fin eres hembra;
y todas, todas, toditas
al mejor tiempo la pegan.

TERESA. Todo eso es gana de hablar;
porque tú sabes las penas
que he sufrido por tu causa;
¡ojalá que así no fuera!
Sí, ingrato; dos años ha
que estoy por ti como lela;
siempre ando desatinada;
si me dicen: «Echa especias
en la olla», yo le encajo
toda la sal de la orzuela;
si friego, rompo los platos
y desfondo las cazuelas;
si voy a la fuente, estrello
el cantarillo en las piedras
y vuelvo como una sopa;
mi madre rabia y vocea,
y ¿qué sucede?; que llevo
una tollina muy buena.

En fin; toditas las noches,
cuando mi padre se acuesta,
salgo de la cama a gatas,
y aunque truene, hiele o llueva
me pongo como una mona
esperándote en la reja,
donde, de dar cabezadas,
vuelvo con la frente llena
de chichones. *(Llora.)* No sé cómo
yo vivo... ¡Pobre Teresa;
este pago, sí, este pago
mereces por tu simpleza!

BENITO. No llores, no, Teresita;
límpiate los ojos, ea;
mira que ya el corazón
lo tengo como una breva.

TERESA. Eres un falso.

BENITO. ¿Yo falso?
¿Yo, que te adoro, mi perla?
Ni tu madre ni tu padre,
que te han parido, te aprecian
tanto como tu Benito.

TERESA. Ingrato; calla y no mientas.
¿Tú quererme?

BENITO. Qué, ¿lo dudas?
Pues para darte una prueba
voy a romperme ahora mismo
contra el suelo la cabeza.
Mira si te quiero; mira.
(Se da de cabezadas contra el suelo, y Teresa le detiene.)

TERESA. Tente, tente; que me tiembla

el corazón.
BENITO. Pero, dime:
¿has quedado satisfecha?
TERESA. Sí, mi Benito.
BENITO. ¿Y me quieres?
TERESA. Vaya, deja esas tonteras.
BENITO. Dímelo; dímelo, vamos.
TERESA. Si me da mucha vergüenza.
BENITO. Yo me taparé la cara.
(Se tapa la cara con las manos.)
TERESA. Ha de ser con la montera.
BENITO. ¿De este modo?
TERESA. Sí.
BENITO. Pues dilo.
TERESA. Deja que resuelle... Cuenta
que no mires... Yo te quie...
Si se me enreda la lengua...
BENITO. Mira que me ahogo.
TERESA. Estoy
tomando resuello... Ea...
Vaya de esta vez... Te quiero.
BENITO. ¡Ay qué gusto! Deja, deja
que te dé un beso en la punta
del faldellín.
TERESA. No; que llega
mi padre.
BENITO. Pues de este sitio
no me mueve una carreta.

Salen TÍO LUCAS y ANDREA.

LUCAS. Tienes razón; es preciso
nos dejemos de querellas

y disputas, y vivamos
como nos manda la Iglesia.

ANDREA. En ti consiste la paz;
que así es forzoso que pierdas
la envejecida costumbre
de venir de la taberna
como una cuba; pues siempre
nacen de aquí las pendencias.

LUCAS. Me convengo, como tú
no apartes cama ni mesa
por el menor disgustillo.

ANDREA. Por mí prometo la enmienda.

LUCAS. ¿Conque ya no reñiremos?

ANDREA. No, hijo mío; vida nueva.

BENITO. Servidor de usted, tío Lucas.

LUCAS. ¿Qué hay, muchacho?

BENITO. ¡Si usted viera
cómo yo me regocijo
cuando usté y la señá Andrea
están contentos!

LUCAS. Cabal;
como que a ti te interesa.
¿No es verdad?

BENITO. Yo; ya se ve...;
tengo ganas...; y si fuera...;
porque, como dijo el otro...

LUCAS. No ensartes ya más simplezas.
Te casarás.

BENITO. ¡Ay tío Lucas!
Deje usted que en la mollera
le dé un beso, por lo bien
que ha discurrido.

LUCAS. Tronera;
no quiero abrazos ni besos.
¿Y tú qué dices, Teresa?
TERESA. Si usted quiere, yo...
LUCAS. Gazmoña;
explícate claro.
TERESA. Sea.
LUCAS. ¿Qué es sea?
TERESA. Que sí; que sí.
LUCAS. Pues pronto se hará la fiesta.
TERESA y BENITO. ¿Cuándo?
LUCAS. Después de la trilla.
ANDREA. ¿Cómo han de tener paciencia
para esperar tanto?
TERESA. Puede
que, de aquí allá, yo me muera.
LUCAS. Dichosa tú, que a la gloria
con tu palma irás derecha.
ANDREA. Sí, sí; la boda se hará
esta semana que entra.
LUCAS. No se hará, no; que yo tengo
causas para detenerla.
ANDREA. Aquí no hay causas que valgan.
La semana venidera
se han de casar.
LUCAS. No será.
ANDREA. Sí será.
LUCAS. No quiero, Andrea.
ANDREA. Mira que hicimos el trato
de que nunca te sirvieras
de esos quieros.

LUCAS. No te opongas,
y no moveré la lengua.
ANDREA. Pues quiero oponerme; quiero.
LUCAS. ¿Ves cómo enciendes la guerra?
ANDREA. Porque no quieres ceder.
LUCAS. Porque tú eres una terca,
una caprichosa.
ANDREA. ¡Cómo!
¿Yo caprichosa?
BENITO. Prudencia,
señá Andrecita, por Dios.
TERESA. Madre mía...
LUCAS. Es una fiera.
BENITO. Vaya, tío Lucas...
ANDREA. Belitre.
TERESA. Madrecita...
LUCAS. Bachillera;
cállate esa boca.
ANDREA. ¡Cómo!
¿Yo callar cuando tú quieras?
¿Tú hacerme callar? ¿Tú? ¿Tú?
LUCAS. No; la tranca de la puerta.
ANDREA. ¿Tú me amenazas? Pues mira;
aunque me abras la cabeza,
tengo yo de hacer la boda;
que es hija mía Teresa.
LUCAS. Eso es decir que no es mía.
ANDREA. Eso es decir... No pretendas
explicaciones. Benito;
mañana irás a la iglesia.
BENITO. Eso está puesto en razón,
señá Andreíta.

LUCAS. So bestia,
¿conque le das la razón?
Pues mira; toma la puerta
y olvida ya el casamiento.
TERESA. Todo se ha perdido.
ANDREA. Deja;
no te asustes.
LUCAS. Vete pronto.
ANDREA. Pues no ha de irse.
LUCAS. Me empeñas
a que tome un palo, y salga
dando el muchacho corvetas.
BENITO. Poco a poco, tío Lucas,
que a mí nadie me menea
el coleto. ¡Carambola!
Pues no; si agarro una piedra...
LUCAS. ¿Qué has de hacer, di, mocosuelo?
BENITO. Eso, luego, usted lo viera.
TERESA. Vete, Benito.
BENITO. Me voy
porque lo manda Teresa.
¿Garrote a mí? Vaya, vaya,
que ya tío Lucas chochea. (*Vase.*)
ANDREA. ¿No ves como hasta los niños
tu ridiculez motejan?
LUCAS. No me apures, porque mira...
ANDREA. ¿Qué he de ver?

Sale TÍO AMBROSIO con un bolsón de dinero en la mano.

AMBROSIO. Ya están en gresca.
ANDREA. De todas tus amenazas

ahora he de hacer te arrepientas.

TERESA. ¿Pues qué va usté a hacer, señora?

(Vase Andrea muy enfadada, y Teresa detrás.)

LUCAS. ¿Lo ve usted? ¿Ve usted qué fiera?
¿Habrá, compadre, en el mundo
una mujer más soberbia?

AMBROSIO. Casi todas son lo mismo.

LUCAS. No, no tiene compañera.
Si, desde que me casé,
llevo rotas seis docenas
de varas, y cada día
está más tiesa que tiesa.
Vaya; es un león con naguas.

AMBROSIO. Con mucha razón se queja.

LUCAS. Y bien; déme usté un remedio.

ANBROSIO. Compadre; tener paciencia.

(Suena el bolsón como casualmente.)

LUCAS. ¡Hola! ¿Dinero?

AMBROSIO. He cobrado
cien duros de cierta cuenta.

LUCAS. ¡Siempre manejando plata!
No hay hombre en toda la tierra
tan dichoso como usted.
¡Pobre de mí, que me cuesta
el miserable bocado
tolerar las inclemencias
de un verano que me abrasa
y un invierno que me hiela!
Nunca descanso un instante,
y para aumentar mis penas,
me dió Dios una mujer...

¡Pero qué mujer! Si cuentan
que, al nacer ese demonio,
pegó un traquido mi suegra.

AMBROSIO. Le tengo a usted compasión.

LUCAS. Algunas veces me tienta
Barrabás, y quiero ahorcarme.

AMBROSIO. Para librarse usted de ella,
es el camino más corto;
pero debe la prudencia
buscar otros.

LUCAS. ¿Pero cuáles?

AMBROSIO. Yo hiciera por complacerla;
y halagándola...

LUCAS. ¡Ay compadre;
que más la temo risueña
que irritada! Si una vez
me puse a jugar con ella,
y con un chino tamaño
me abrió un jeme de cabeza.

AMBROSIO. ¡Fuego en sus caricias!

LUCAS. Nunca
la taimada a mí se acerca,
porque me dice que huelo
a vinagre y ajos. ¡Puerca!
¿Por qué no buscó un Marqués
que le oliese a hierbabuena?

AMBROSIO. Esa cruz es insufrible.

LUCAS. Compadre; si usted quisiera,
hoy me atrevía a largarla.

AMBROSIO. Mándeme usted con franqueza.

LUCAS. Usted no ignora, compadre,
que se compone mi hacienda

de esta casa con sus muebles,
y una viña, no maleja.
Ya usted ha probado el vino...

AMBROSIO. ¡Oh!, no hay en toda esta tierra
un Ojo de Gallo igual.

LUCAS. Pues bien, compadre; si entra
en ajuste, se la vendo.

AMBROSIO. ¿Y qué hará usted con venderla?

LUCAS. Tomar las de Villadiego,
y marcharme donde Andrea
no vuelva a saber de mí.

AMBROSIO. Mas antes, compadre, es fuerza
reflexionarlo mejor.

LUCAS. Ya estoy resuelto. Usted vea
si necesita la viña;
si no, haré mis diligencias.

AMBROSIO. De suerte que, en ese caso,
nadie como yo desea
servirle a usted. ¿Cuánto vale?

LUCAS. Me costó ciento y cuarenta
pesos fuertes. Déme usted
los ciento de esa talega,
y dejemos regateos.

AMBROSIO. El dinero es mi respuesta.
(Le da la talega.)
Voy a extender la escritura,
y vuelvo al punto con ella
para que la firme usted. *(Vase.)*

LUCAS. Usted vuelva cuando quiera.
Esto es hecho. Hagamos, Lucas,
una hombrada. Ya es vergüenza
sufrir tanto. A correr mundo;

que estas manos tienen fuerzas
para empuñar una azada.
Mas la pobre de Teresa,
¿qué hará sin mí? ¡Pobre niña!
Ojalá que yo no fuera
su padre. Pero ¡qué digo?
Ya la dejo casadera.
Pronto hallará su remedio;
y si no, tenga paciencia,
que otras muchas a sus padres
no los conocen siquiera.

TERESA. *(Apresurada.)* Padrecito, corra usted.
¡Ay, por Dios, no se detenga!

LUCAS. ¿Qué ha sucedido, muchacha?

TERESA. ¡Mi madre! ¡Jesús..., me tiemblan
las carnes!...

LUCAS. ¿De qué es el susto?

TERESA. Jamás la vi más soberbia.
Dos soplamocos me ha dado
porque dije en su presencia
que era usted mi padre.

LUCAS. Ya.
Quizá no querrá que mientas.
Todo se puede creer
de esa vil.

TERESA. Pues aun más queda;
porque ha roto Su Merced:
el espejo, la limeta,
tres tazas, y cuatro platos
que estaban sobre la mesa.

LUCAS. Ya no puedo sufrir más.
Esconderé en la alacena

este dinero, y verá... *(Da vueltas.)*

TERESA. ¿Qué busca usted con tal priesa?

LUCAS. Busco la vara.

TERESA. Por Dios,
que me da la pataleta.

LUCAS. No llores.

TERESA. ¡Ay madrecita!...
Déjela usted.

LUCAS. Tú no vengas,
porque... *(Amenazándola.)*

TERESA. ¡No, por Dios, por Dios!

LUCAS. No grites.

TERESA. Como una muerta
me estaré.

LUCAS. ¡Mujer malvada!
Le he de romper la cabeza. *(Vase.)*

TERESA. Esto es hecho... ¡Pobrecita!
Ya me quedaré doncella
para siempre... ¡Ay mi Benito!
Como contigo no sea,
no he de casarme con otro;
mas voy a ver... ¡Ay qué gresca!
Yo me espeluzno de miedo...
Mi madrastra da carreras,
y mi padre con la vara
le zurra por la trasera...
¡Ay, que me da, que me da;
que me muero!

BENITO. *(Saliendo.)* Mi Teresa,
¿qué tienes? ¿Por qué das gritos?

TERESA. ¡Ay Benito; que le pega
mi padre a mi madre!

BENITO. ¡Malo!;
que nuestras bodas se enredan.

TERESA. ¿Sabes qué temo, Benito?
Que te falte la paciencia
y te enamores de otra.

BENITO. No, Teresita; no temas.
Te juro milenta veces
por el alma de mi abuela,
la tía Pancha, y por el alma
de mi padre, el tío Corneta,
que, a no casarme contigo,
al momento me echo a cuestas
la capucha de monago,
y me voy por esas tierras.

TERESA. ¿Y me llevarás contigo?

BENITO. ¿Cómo es posible, Teresa,
si entonces he de hacer voto
de bestialidad?

TERESA. Me quiebras
el corazón con tus cosas. *(Llorando.)*

BENITO. Tú también me lo atraviesas.

TERESA. Mi padre tiene la culpa
de toditas nuestras penas.

BENITO. Mal haya sea tu padre
y toda su parentela,
que son de casta de gatos.

TERESA. Mira no salga y te vea;
que está furioso.

BENITO. Y que salga;
yo quiero morir; que venga.

TERESA. ¡Ay qué desesperación!
¡Virgen Santa! Vete apriesa.

BENITO. No me he de ir; que me mate
si quisiere.

TERESA. Tente; espera.

BENITO. Mas que me rompan los cascos,
de aquí nadie me menea.
(Se tira sobre una silla, que se vuelca con él.)

TERESA. ¡Ay mi Benito!

AMBROSIO. *(Saliendo.)* ¿Qué es esto?

BENITO. ¡Caramba; cómo calienta
el suelo!

TERESA. ¿Te has lastimado?

BENITO. Me he partido la paleta
del espinazo.

AMBROSIO. Muchacho,
¿qué tienes que tanto tiemblas?

TERESA. ¡Ay, señor Ambrosio; ya
nuestra boda está deshecha,
porque mi padre no quiere!

AMBROSIO. ¿Fué por eso la quimera?

TERESA. Sí, señor.

AMBROSIO. No hay que afligirse;
yo lo compondré; sosiega.

BENITO. Por Dios, señor Escribano;
mire usted que si Teresa
no es mi mujer, o me meto
a soldado, o tiro piedras
por las calles, y quizás
os tocará alguna de ellas...

AMBROSIO. Hombre; no te precipites,
que te casarás.

BENITO. Pues ea;
¿qué hacemos? ¿Le doy la mano?

Diga usted cómo se empieza
este negocio.

TERESA. ¿Quié usted
que le dé una liga en prenda?

BENITO. Y si es menester testigos,
a bien que Pedro Cigüeñas
lo sabe todo.

AMBROSIO. Dejad;
que Lucas se vendrá a buenas.
Idos los dos, y esperadme
en casa de tía Manuela.

TERESA. Pues vamos, Benito.

BENITO. Vamos;
mas, señor Ambrosio, cuenta
que si no me pierdo.

AMBROSIO. Calla.

BENITO. Yo he de hacer una que sea
muy sonada.

TERESA. Ven, Benito.

BENITO. Mire usted que, aunque no tenga
bastantes barbas...

AMBROSIO. Ya digo
que te vayas; no seas bestia.
(Los echa a empujones.)
Me causan estos muchachos
compasión; y, como pueda,
hoy he de hacer que se acaben
todas estas turbulencias.

Sale ANDREA, muy contenta con el bolsillo de Lucas; y, al ver a AMBROSIO, lo esconde.

ANDREA. ¡Carambola, qué bolsón!
¡Válgame Dios lo que pesa!
¿De dónde lo habrá sacado?
AMBROSIO. Buenos días, señá Andrea.
ANDREA. Téngalos usted muy buenos.
Ahora iba, en una carrera,
a buscar a usted.
AMBROSIO. Pues mande;
que estoy pronto a complacerla.
ANDREA. Usted, señor Escribano,
es testigo de la guerra
que me ha declarado Lucas.
AMBROSIO. No hay nadie que no lo sepa.
Bien se murmura en el pueblo.
ANDREA. Pues, señor, ya estoy resuelta
a separarme de un hombre
que sin cesar me atormenta.
AMBROSIO. Lo mismo ha resuelto Lucas.
ANDREA. Yo me alegro que así sea,
porque con eso podré
lograr más bien mis ideas.
AMBROSIO. Y bien, ¿qué piensa usté hacer?
ANDREA. Escuche usted; yo quisiera
que formara usté un proceso
para descasarme.
AMBROSIO. Es necia
pretensión.
ANDREA. ¿Pero por qué?

AMBROSIO. ¿Pues no ve usted, señá Andrea,
que es necesario alegar
razones de mucha fuerza?
ANDREA. Una tengo yo.
AMBROSIO. ¿Y cuál es?
ANDREA. Este bolsón.
AMBROSIO. Ésa, ésa
es la razón poderosa
que en cualquier pleito se alega;
¿mas de dónde lo ha sacado?
(Aparte.) Mi bolsa es.
ANDREA. Una felpa
me ha costado.
AMBROSIO. ¿Cómo así?
ANDREA. Cuando entró, echando centellas,
para tenderme la vara,
observé que en la alacena
guardó una cosa; después
que me cargó bien de leña,
empezó a envolver su ropa
con una manta. Yo, mientras,
fuí de puntillas; busqué,
y hallé dentro de una cesta
este bolsón, que sin duda
me lo deparó mi estrella
para vengarme.
AMBROSIO. Y bien, ¿cuándo
empiezo las diligencias?
ANDREA. Hoy mismo.
AMBROSIO. ¿Tan presto?
ANDREA. Sí;
porque si esto no se abrevia,

vendrá Lucas con caricias;
y yo, que no soy de piedra,
me pongo a pique de dar
con el propósito en tierra.
Pero él tose; yo me voy
un rato aquí junto. Cuenta,
señor Ambrosio, que estoy
rabiando por verme suelta. *(Vase.)*

AMBROSIO. Descuide usted. ¡Qué locura!
Aquí es menester cautela
para ponerlos en paz
y ver si, acaso, escarmientan.

LUCAS. *(Sale, desesperado.)*
¡Indigna, mujer traidora,
pícara, infame, perversa!

AMBROSIO. Compadre, ¿qué tiene usted?

LUCAS. ¿Dónde está? Si yo la viera...
Si la encontrara...

AMBROSIO. ¿Qué es esto?
¿Por qué motivo patea?

LUCAS. ¡La he de matar; vive Dios!

AMBROSIO. La cólera a usted lo ciega.

LUCAS. ¿No me ha de cegar, compadre,
si me miro a la hora de ésta
sin viñas y sin dinero?

AMBROSIO. ¿Pues cómo ha sido?

LUCAS. Esa perra
me ha robado los cien duros.

AMBROSIO. Por fin ha sabido, diestra,
impedirle a usted el viaje.

LUCAS. ¿Impedir? Si no me fuera
mañana mismo, mañana,

el pueblo entero me viera,
sin ser Sábado de Gloria,
columpiándome a la puerta.

AMBROSIO. Pero bien; ¿con qué dinero
piensa usted irse?

LUCAS. Aun me queda
esta casa que vender.

AMBROSIO. *(Aparte.)* Vaya, perdió la chaveta.

LUCAS. Compadrito; usté es el paño
de mis lágrimas. Siquiera
por ser la postrera vez
que le causaré molestia,
le suplico que me compre
la casa por la tercera
parte del valor. Así
le dé Dios a usted potencia
para enviudar, ya que a mí
Su Majestad me la niega.

AMBROSIO. De manera, que si es poco...

LUCAS. Ello es una bagatela:
cien ducados son no más.

AMBROSIO. Pues siendo así, ya está hecha
la compra. Firme usté aquí;
y en este blanco que queda,
una cláusula pondré
en que se exprese la venta
de la casa. Aquí hay tintero.

LUCAS. ¡Jesús, y cómo me tiembla
la mano! ¡Qué garabatos!

AMBROSIO. Basta sólo que se entienda.
Bien está. Voy a mi casa
por dinero. *(Vase.)*

LUCAS. En hora buena.
Mañana pienso dejar
el país... Mas ¿a qué tierras
me iré? ¿Cómo buscaré
la vida? Si me admitieran
de Donado en un convento,
me quitaba de faenas
y aseguraba la torta;
pero, casado, es quimera.
TERESA. *(Sale, apresurada.)*
Padre, padre, ¿usted no sabe
lo que en el pueblo se cuenta?
LUCAS. Dímelo tú, y lo sabré.
TERESA. Pues, señor; corre la nueva
de que madre ha puesto un pleito
en que pide, a toda priesa,
descasamiento.
LUCAS. ¿De dónde
lo sabes?
TERESA. A señá Pepa
se lo dijo el Escribano,
y a mí me lo ha dicho ella.
LUCAS. Yo estoy aturdido.
TERESA. Aún más
me han dicho.
LUCAS. Cuéntame.
TERESA. Apenas
lo supo el Alcalde, dijo
que mi madre estaba fresca;
que eran buenos sus bigotes;
y que, al punto que la viera
libre, se había de casar

con Su Merced.

LUCAS. Bueno fuera
que mientras yo, despeado,
trepase por esas sierras,
estuviese mi mujer
hartándose de finezas.
¡Vaya, yo me vuelvo loco!

TERESA. Mire usted que la tía Pepa
me dijo también que vió
pasar por la callejuela
al Alcalde, y que le habló
mi madre desde la reja
de tía Felipa.

LUCAS. ¿Y se sabe
lo que le dijo esa perra?

TERESA. No, señor; pero mi madre
le echó sobre la montera
una escupitina.

LUCAS. ¡Infame!

TERESA. Y el Alcalde... ¡Qué simpleza!
¿Sabe usted lo que le dijo?
Pues se plantó en la otra acera;
se puso la mano así;
y la tiró una docena
de besos... ¡Vaya, qué risa!

LUCAS. Estoy echando centellas.

TERESA. Conque, padre; según esto,
no necesito licencia
para casarme.

LUCAS. ¿Por qué?

TERESA. Porque, si usted me la niega,
pondré yo pleito también

para deshijarme.

LUCAS. ¡Necia!,
¿qué dices?

TERESA. Yo tomo ejemplo
de ustedes.

LUCAS. Mira, perversa...

TERESA. Que pongo pleito.

LUCAS. ¿Y la vara?

TERESA. Pleito, pleito. *(Vase corriendo.)*

LUCAS. Infame, espera...
¿Qué es esto que te sucede,
pobre Lucas? ¿Hay más penas
que me atormenten? Me miro
sin mi casa, sin mi hacienda,
sin mujer; y hasta mi hija
ni me teme ni respeta.
¡Juguetes, la picarona,
con el Alcalde! ¡Canela!,
que los endiablados celos
no respetan los sesenta.
Pero ella viene... ¡Qué hermosa
me parece!... ¿Y he de verla
en otro poder? Primero
me arrancarán una oreja.

ANDREA. *(Sale, pensativa.)* Yo no puedo sosegar;
todos culpan y motejan
mi resolución.

LUCAS. *(Con gravedad.)* Señora;
¡que no tenga usted vergüenza
de ponérseme delante!

ANDREA. *(Con blandura.)*
¿Y yo por qué he de tenerla?

LUCAS. (*Enternecido.*) ¿No lo sabes? Pues yo sí.

ANDREA. (*Enternecida.*) Tú sí; correrte debieras.
(*Llorando.*) Ya se ve; si me casara
con el Alcalde, era fuerza...

LUCAS. Y yo, si desamparase
a mi mujer, me escondiera
donde no me viera nadie.
Tu genio, tu genio, Andrea,
tiene la culpa; mas ya
bien sabe Dios que me pesa.
Así te pesase a ti
el querer ser Alcaldesa.

ANDREA. ¿Piensas tú que yo podría
olvidarte?

LUCAS. Deja, deja
que te pida mil perdones.

ANDREA. Álzate; no me enternezcas.

LUCAS. Pues dame, hijita, un abrazo.

ANDREA. Yo te lo doy muy contenta.

LUCAS. Ya estamos en paz. Mas dime:
¿qué haré sin viñas?

ANDREA. ¡Qué pena!
¿Pues a quién se las vendiste?

LUCAS. A mi compadre.

ANDREA. Paciencia.
Ambos nos ayudaremos.

LUCAS. Está bien; mas...

ANDREA. ¿Qué te inquieta?

LUCAS. ¿Dónde viviremos?

ANDREA. ¿Cómo?

LUCAS. Si ya la casa no es nuestra.

ANDREA. ¿Pues de quién es?

LUCAS. Del compadre;
pero, por fin, me consuela
que tú tendrás el dinero
que tomaste.

ANDREA. ¡Pobre Andrea!
Yo no lo tengo.

LUCAS. ¿Qué dices?
¿Qué has hecho de mi talega?

ANDREA. La di para descasarme.

LUCAS. Ya hemos quedado por puertas.
¿Y a quién la diste?

ANDREA. Al compadre.

LUCAS. ¿Qué dices? Maldito sea
mi compadre. ¡Picarón!
¡Que yo no lo conociera!

Salen: AMBROSIO, oyendo los últimos versos; y con él TERESA y BENITO.

AMBROSIO. Usted me conocerá,
compadre, cuando comprenda
que si cedí a sus instancias,
fué tan sólo con la idea
de escarmentar sus locuras
y prevenir sus miserias.
Rompa usted esa escritura;
y cuidado con la enmienda.

LUCAS. ¡Ah compadre de mi vida!
Yo no sé de qué manera
pagarle tantos favores.

AMBROSIO. No quiero más recompensa,
sino su consentimiento
para Benito y Teresa.

LUCAS. Yo lo doy. Usted disponga.
ANDREA. Yo siempre he sido contenta.
BENITO. ¿Pero cuándo es el casorio,
tío Lucas?
LUCAS. Pues no nos muelas.
BENITO. Es que ustedes esta noche
se tirarán de las greñas,
y la boda es quien lo paga.
AMBROSIO. Pues a gusto de Teresa
se ha de hacer todo. Di, niña,
¿cuándo resuelves que sea?
TERESA. Ahora mismo. ¿De qué sirven
todas estas frioleras
para apretarse las manos?
Tómala, Benito.
BENITO. Venga.
Tío Lucas, haga usté el cura.
AMBROSIO. Amigo mío; ya es fuerza
salir de esto cuanto antes.
LUCAS. Salgamos cuando usted quiera.
AMBROSIO. Pues yo me encargo de todo.
Y ya solamente resta
suplicar al auditorio
perdone las faltas nuestras.

FIN

LOS PALOS DESEADOS

SAINETE

PERSONAS

Don Anastasio.	Don Pedro.
Rosaura.	Perico.

LOS PALOS DESEADOS

Calle corta con puerta transitable. Salen: DON ANASTASIO, trayendo por fuerza a ROSAURA; y después DON PEDRO, acechándolos.

ANAST. Anda, sobrina, y no vayas
volviendo atrás la cabeza.
Las mujeres de tu clase
que en la calle se presentan,
han de ir con modo.

ROSAURA. ¡Jesús,
y qué tío tan postema!
Si voy de prisa, se enfada;
si ando despacio, patea;
si vuelvo la cara, gruñe;
y si me río, se emperra.

ANAST. Ven, muchacha.

ROSAURA. Poco a poco,
que este zapato me aprieta.

ANAST. No vuelvas atrás la cara.

ROSAURA. ¡Dale con la impertinencia!

ANAST. Vamos, anda.

ROSAURA. ¡Ay, mi abanico!

PEDRO. Señorita; pues mi estrella
me proporciona esta dicha,
vuelva usté a tomar su prenda
de la mano de un criado
que desea complacerla.

ROSAURA. Conózcame usted también
por su servidora, y crea
que estoy tan agradecida...

ANAST. Calla, y no digas simplezas.
Caballero, yo os estimo
la atención. No te detengas.

ROSAURA. Ésa es mi casa; y, así,
puede usted favorecerla
cuando guste.

ANAST. Anda, demonio.

ROSAURA. No quiero ser desatenta.
¡Ay, mi zapato!

ANAST. ¿Tú quieres
acabarme la paciencia?

PEDRO. Perdone usted, señorita,
que ose tomar mi fineza
este gracioso despojo
de un piececito que...

ANAST. Venga;
usted viva muchos años.

ROSAURA. Hay muy pocas escaleras;
suba usted.

ANAST. Ven, picarona,
o te rompo la cabeza.

ROSAURA. ¡Mi mantilla, mi mantilla!

PEDRO. Este criado la lleva.

ANAST. No, señor; démela usted.

ROSAURA. Deje usted que suba.

ANAST. ¡Perra;
yo te haré que tengas juicio!

ROSAURA. ¡Que se me caen las medias!
(Entran por la puerta; Rosaura como por fuerza.)

PEDRO. ¡Qué infeliz soy! No he podido
entender ninguna seña,
ni tampoco preguntarla
a cuál hora podré verla.
Si viniera mi Perico,
es dable que discurriera
alguna de sus marañas
para lograr lo que anhela
mi corazón. Mas él viene...
¡Perico, Perico!

PERICO. *(Saliendo.)* ¡Bestias,
zoquetes, zotes!...

PEDRO. ¡Perico!

PERICO. ¡Bolos, tarugos, badeas!
Todos sois unos borricos;
y si os pillara en la escuela
de Salamanca...

PEDRO. Perico,
¿qué viene a ser esa arenga?

PERICO. Yo iré a mi casa por armas...

PEDRO. ¿Y para qué son? Sosiega.
¿Estás, hombre, endemoniado?

PERICO. Señor; la barba me tiembla.

PEDRO. ¿Con quién dabas esas voces?

PEDRO. ¿Con quién? Con una caterva
de estudiantes más jumentos

que toda mi parentela.
PEDRO. ¿Y no podemos saber
sobre qué era la contienda?
PERICO. Sobre cierta contusión.
PEDRO. Conclusión dirás, gran bestia.
PERICO. Sí, señor; eso sería,
porque gritan y vocean
sin parar jamás.
PEDRO. ¿Y acaso
sabes tú de controversias?
PERICO. ¿No lo he de saber, si anduve
diez meses en esa gresca?
PEDRO. ¿Pero dónde has estudiado?
PERICO. En Salamanca; esa tierra
donde, con una sotana
y un manteo de bayeta,
sabe un hombre más Latín
que cualquier gata maltesa.
PEDRO. ¿Conque has cursado las aulas?
PERICO. Y las cursaba de perlas;
porque les llevaba el agua
con una mula gallega.
PEDRO. Acabaras, con mil santos.
PERICO. Pues no lo tome usté a fiesta.
¡Oh, si usted hubiera visto,
siempre que entraba en la escuela,
cuántos tomates en folio
llovían en mi cabeza!
Ya se ve; ¿no he de tener
los cascos llenos de ciencia,
si por más de cien chichones
me reventaban las letras?

PEDRO. Cada letra de las tuyas
es mayor que una carreta.

PERICO. Pues dígame usted: ¿primero
qué es; la forma o la materia?

PEDRO. La materia; bruto.

PERICO. Vaya;
usté es un niño de teta
para mí. ¿Y por cuántos años,
ya que usted tanto me aprieta,
ha estudiado?

PEDRO. Diez y ocho.

PERICO. ¡Qué lástima que no fueran
los diez y nueve cabales!

PEDRO. Bestia, ¿por qué?

PERICO. Porque fuera
usted el macho más bien
adoctrinado.

PEDRO. ¡Babieca!

PERICO. ¡Si dice usted que primero
y ante todo es la materia,
siendo primero la forma!
Y si no, voy a la prueba.
El otro día, corriendo
tras de una moza gallega
por la calle, con tal furia
tropecé con una piedra,
que al zapato, del dolor,
se le descosió la suela.

PEDRO. Hombre, ¿qué tiene que ver
el zapato con la Ciencia?

PERICO. Deje usted que yo concluya,
y verá la consecuencia.

Pues, señor, el remendón,
al punto que con la lezna
le dió en la herida seis puntos,
me pidió media peseta
por la cura; yo le dije
en castellano seis letras,
que es ladrón; pero irritado
llevó a mal la cuchufleta,
y enarbolando la forma,
sin andar en etiquetas
de recibe ni te pego,
me la tiró a la cabeza.
Ya se ve; yo quedé absorto
de contemplar su franqueza;
y haciendo dos cortesías,
fuí a casa de un sacamuelas
con la boca muy cerrada,
pero la mollera abierta.
Mire usted: después de hacer
de la triste calavera
un calvario, me sacó
entre la sangre una flema
que parecía agua blanca.

PEDRO. Eso sería materia.

PERICO. ¿Y por qué materia se hizo?

PEDRO. ¡Qué pregunta tan discreta!
Por el golpe de la forma.

PEDRO. Pues, siendo de esa manera,
pruebo: ¿Conque *zapaterus*
tirabit formam in testam
le cirujanis sacabit
cum ferro materiam meam?

Luego primero es la forma,
y después es la materia.

PEDRO. Tienes razón; mas dejando
disparates que molestan,
bien sabes que por Rosaura
padezco indecibles penas;
que la adoro, la idolatro.

PERICO. Pues cásese usted con ella.

PEDRO. Contigo yo...

PERICO. ¿Qué decís?

PEDRO. Digo que enviarla quisiera
un billete, por saber
a qué hora podré verla.

PERICO. ¿Y que, por darla el papel,
el viejo me dé sesenta
garrotazos? Yo no voy.

PEDRO. ¿No harás por mí esta fineza?

PERICO. Seguro está.

PEDRO. ¿Pues qué temes?

PERICO. Los palos que el tío me diera;
que es un diablo.

PEDRO. Te prometo,
como tal cosa suceda,
el darte por cada palo
un peso duro.

PERICO. Ya es ésa
otra cosa; deje usted
que antes ajuste la cuenta.
Yo valdré, puesto en Argel,
lo más, más, unos cuarenta
pesos; que a cada costilla
le tocan cuatro pesetas;

la más endeble podrá
resistir, si se ofreciera,
salvo sea el lugar, diez palos,
que entre catorce, es friolera
lo que les toca; demás,
el espinazo se lleva
la tercer parte; y si baja
la mano por la trasera,
hay otro sujeto más
con quien partir; vaya, venga
ese papel; que diez palos
es un quebrado a mi cuenta.

PEDRO. Pues ven, y te le daré. *(Vase.)*

PERICO. Hoy me harto. ¡Santa Teresa!
¡Un duro por cada palo!
Si a este precio se vendieran,
no digo yo, pero muchos
vestidos de grana y seda,
sobre el banco de sus lomos
giraran todas sus letras. *(Vase.)*

Salón. Sale DON ANASTASIO deteniendo a ROSAURA.

ROSAURA. Déjeme usted.

ANAST. Yo no quiero
que te asomes a la reja.

ROSAURA. Pero ¿por qué?

ANAST. Porque eres
tan descocada y tan bestia,
que a todos los que te miran
les haces al punto muecas.

ROSAURA. Pero si todos me dicen

que soy bonita, ¿no es fuerza
que me ría y que les dé
las gracias? ¡Pues está buena!

ANAST. Eso lo dicen por burla.

ROSAURA. Vaya, vaya; usted chochea.
Pues mire usté : aquel mocito
que cerca de nuestra puerta
llegó a darme el abanico,
me habló ayer en la Alameda;
¡y si viera usted qué cosas
me dijo!...

ANAST. Pero ¡gran bestia!,
¿qué te dijo? Vaya, dilo.

ROSAURA. Si fué un paso de comedia.
Mire usted : primeramente,
torciendo así la cabeza,
me miró con unos ojos
tan tiernos... ¡Si no me deja
la risa!

ANAST. Vaya; babosa,
¿qué te dijo? No me muelas.

ROSAURA. Me dijo : «Dulce bien mío;
mona mía; amada prenda;
yo expiro por esos ojos
de fuego; por esas cejas
de azabache, y esa boca
más pequeña que una almendra;
porque es usted tan bonita...»

ANAST. Vaya; déjate de necias
alabanzas, y sepamos
en qué concluyó la fiesta.

ROSAURA. En que nos casamos.

ANAST. ¡Cómo!
¿Qué desatinos intentas?
ROSAURA. ¡Toma! Me pidió la mano;
y yo, como no soy lerda
ni manca, ¿qué había de hacer
sino dársela?
ANAST. ¡Qué bestia!
¿Conque se la diste?
ROSAURA. Mucho;
¿y por eso usted se inquieta?
Muy buen provecho le haga.
ANAST. No te rompo la cabeza
porque eres simple. Es preciso
hacer hoy la diligencia
de buscar a ese sujeto
para lavar esa afrenta
con su sangre o con tu boda.
ROSAURA. No se hará el novio de pencas;
porque por casarse está
con tanta lengua de fuera;
y yo, si he de hablar verdad,
tengo unas ganas tremendas
de ser novia, por que usted
no me tenga tan sujeta.
ANAST. Calla esa lengua maldita.
¡Dios mío! Mejor quisiera
tener por sobrina un tigre
que no una tonta. ¿Quién entra?

Sale PERICO con un cartabón muy grande que no se vea.

PERICO. Dios sea en aquesta casa.
Don Anastasio Viruelas,

¿no vive aquí?

ANAST. Sí, señor.

Yo soy.

PERICO. Sea enhorabuena.

Yo vengo...

ANAST. ¿Quién es usted?

PERICO. Yo me llamo Juan de Aprieta,
para servirle.

ANAST. ¿Y qué quiere?

PERICO. El maestro Diego Lezna
está en la cama algo malo;
y, así, me ha dicho que venga
a tomarle la medida
de los zapatos. *(Aparte.)* Dios quiera
que me dé cincuenta palos.

ANAST. ¿Y es cosa de consecuencia
la enfermedad del maestro?

PERICO. No, señor; una friolera
viene a ser; por todo el cuerpo
le ha salido una gragea
perruna, que causa risa
verle tocar la vihuela.
Después, doce golondrinos
le han salido en las aletas;
y por el pescuezo tiene
más ventanas que troneras
tiene un palomar. Es cierto
que está hecho una blasfemia.
¡Si parece que los pobres
se corrompen más apriesa!

ANAST. Lo siento mucho. Un zapato
le traeré, para que vea

cómo los quiero.
PERICO. Muy bien;
y, de camino, usted vea
de sacar el mejor vino.
ANAST. ¿Pues qué, mi casa es taberna?
¡Estamos buenos! *(Vase.)*
PERICO. Señora;
este papel...
ROSAURA. Venga, venga;
que ya sé quién me lo escribe.
PERICO. Don Pedro espera a la puerta.
ROSAURA. Pues mira; voy a escribir
dos garabatos siquiera,
para decirle que yo...;
que él...; que mi tío...; que es fuerza...;
que es preciso; y concluiré
poniendo el *Requiem eternam.* *(Vase.)*
PERICO. Vaya, vaya; que mi amo
carga con gran damisela.
El viejo viene. Ojalá
se digne darme una felpa,
para ganar esta plata.
ANAST. *(Saliendo.)* Este zapato es la muestra.
Cuidado con que la punta
sea roma.
PERICO. Enhorabuena;
siéntese usté y tomaré
la medida.
ANAST. Maestro; cuenta...
¡Jesús, y qué cartabón!
PERICO. Con éste tomo a las bestias
la medida.

ANAST. Picarón,
¿tú tienes la desvergüenza
de tratarme a mí de bruto?
PERICO. (Ahora me carga de leña.)
De modo que, como veo
que tiene usté un par de tercias
de pezuña, me parece
que no es hacerle una ofensa
el llamarle a usté animal.
ANAST. Vete a la calle, y no quieras
impacientarme.
PERICO. (Este hombre
tiene muchísima flema.)
¿Sabe usted que me da gana
de pegarle en la mollera
un puñetazo?
ANAST. ¡A mí, perro!
¿En dónde hay un palo?
PERICO. (Ea;
ya va a molerme los huesos.)
ANAST. Agradece a mi prudencia;
que si no, con un garrote
te rompiera la cabeza.
PERICO. ¡Por vida de los demonios!
(¡Pues está buena la fiesta!
¡Vaya, que el hombre es de mármol!)
Pues, señor, haga usted cuenta
que, sin que me dé esos cuartos,
yo no salgo por la puerta.
ANAST. ¿Qué cuartos?
PERICO. Los que me debe.
ANAST. ¿Deberte yo?

PERICO. ¿Usted me niega
lo que le he dado? Si digo
que es usted la quinta esencia
de la indignidad.

ANAST. ¡Bellaco;
yo te pagaré la deuda
con una vara!

PERICO. (Por fin,
ya parece que se altera.
¡Qué gusto! Lo menos, menos,
sus veinte palos me pega.)

ANAST. Toma, tunante.

(Hace Anastasio, después de tomar la vara, acción de darle, aunque no le pega.)

PERICO. Uno, dos,
tres, cuatro.

ANAST. Tengo prudencia.
Vaya, vete; y excusemos
desazones y quimeras.

PERICO. ¡Miren con qué sale ahora!
¡Maldita sea mi estrella!
(Voy a ver por otro lado.)
Si usted me toca siquiera
con un dedo, diré a todos
que desciende de la nieta
de Zabulón.

ANAST. ¿Yo judío?
Toma por la desvergüenza.

PERICO. Dé usted, dé usted...

ANAST. Yo no quiero;
porque sería una mengua
que ponga en un vil las manos

un hombre de mi nobleza.
PERICO. (¿A que me vuelvo a la calle
sin ganar un real siquiera?)
¿Usted noble? Vaya, vaya;
sin duda que usted chochea.
¿Piensa usted que yo no sé
que fué cochero en su tierra;
después, pregonero en Soria,
y verdugo en Antequera?
ANAST. ¿A mí este ultraje? Atrevido;
recibe por la insolencia. *(Le da.)*
PERICO. Uno, dos.
ANAST. Pero te dejo
por loco; vete, y no vuelvas.
PERICO. ¿Y me he de ir con dos duros?
Seguro está que me mueva.
ROSAURA. *(Saliendo.)* Tío mío, ¿qué ruido es ése?
ANAST. Este picarón, que intenta
sofocarme.
PERICO. (Ahora le pico,
como no sea de piedra.)
Por ti es todo, dueño mío.
Dame un abrazo, morena,
pues sabes que te requiero.
ROSAURA. Tío, tío; que se acerca.
Toma el papel.
ANAST. ¡Insolente;
este agravio en mi presencia!
Toma, infame. *(Dale cinco.)*
PERICO. Dos, tres, cuatro,
cinco, seis, siete.
ANAST. Escarmienta

para otra vez. Vete al punto,
que ya mi enojo se templa.

PERICO. ¿Y me he de ir sin una onza?

ROSAURA. Váyase el grande tronera.

PERICO. Yo no me voy sin decirle
que es borracho de taberna.

ANAST. ¡Por vida!...

PERICO. Ladrón, cuatrero;
y por remate de cuentas,
un soplón.

ANAST. Si fuera cierto,
las espaldas te moliera.

PERICO. (¿Qué haré yo para irritar
a este cachazudo? Fuera.
Envidemos todo el resto.)
¿A que le mojo la oreja
con saliva?

ANAST. ¡Indigno, vete!

PERICO. Vaya este sopapo a cuenta. *(Le pega.)*

ANAST. ¡Ah perro! *(Pegándole.)*

PERICO. Ocho, nueve, diez,
once, doce, trece. (¡Apriesa!)
Catorce, quince. (¡Qué punto!)
Diez y seis; onza completa.

ANAST. Ya me canso de pegarte;
busca un diablo que te muela.

PERICO. Usted viva muchos años,
y mande usted cuanto quiera. *(Vase.)*

ANAST. Este es un loco. En mi vida
me sofoqué tan de veras.

ROSAURA. ¡Qué gracioso estuvo el hombre!
Le volvía la trasera;

y usted le estaba cascando
como a los niños de escuela.

ANAST. Vete allá dentro, bestiaza.

ROSAURA. ¿A mí me llama usted bestia?
Pues sepa usted que, en sus barbas,
le he dado ahora una esquela,
para mi novio, a ese hombre.
Conque así, si yo soy bestia,
usted no se queda en zaga. *(Vase.)*

ANAST. ¿Tú eres tonta o una culebra? *(Vase.)*

La calle del principio. Sale DON PEDRO.

PEDRO. Mucho tarda Periquillo.
Pero él viene. Y bien; ¿qué nuevas
me traes?

PERICO. *(Sale de la casa.)* Tome esta carta;
y, sobre la marcha, venga
una onza.

PEDRO. ¿De qué, bruto?

PERICO. Del resumen de una cuenta
de diez y seis garrotazos
qne me han destrozado media
quilla.

PEDRO. Vete noramala,
que yo no estoy para fiestas.
(Lee.) «Dulce y estimado novio...»

PERICO. No andemos en cuchufletas,
que me echa el cuerpo más humo
que si fuera chimenea.

PEDRO. Vete de aquí, embusterón;
que estoy echando centellas

por casarme...

PERICO. Yo las echo
de ver que usted se calmea.
Conque digo: ¿usted parece
que se retracta?

PEDRO. No seas
embrollón.

PERICO. ¡Cómo embrollón!
Carambola; qué, ¿usted piensa
que le engaño?

PEDRO. Ya se ve.

PERICO. ¡A Perico tal afrenta!
Eso no. Llámeme usted
ladrón, borracho, tronera;
pero jamás embustero.

PEDRO. Anda a un simple que te crea.

PERICO. Eso pasa ya de ultraje;
y, así, es preciso dar prueba
de mi verdad.

PEDRO. ¿Dónde vas?

PERICO. A vindicar mi inocencia;
que por usted he sufrido
dos carreras de baquetas.
¡Ah señor don Anastasio!
¡Don Anastasio!

PEDRO. No vuelvas
a gritar.

Salen DON ANASTASIO a la puerta, y ROSAURA a la ventana.

ANAST. ¿Qué buscas, perro!

PERICO. Declare usted en conciencia:

¿cuántos palos me ha pegado?

ANAST. Diez y seis, según tu cuenta;
pero, conforme a la mía,
te resto cuatro docenas.

PERICO. Si usted me los paga a duro
recibiré más de ochenta.
¿Lo ve usted, señor?

PEDRO. Canalla;
yo te cargaré de leña.

ROSAURA. Mi novio; mi novio, tío.

ANAST. Digo: ¿conque usted me inquieta
la muchacha?

ROSAURA. Mucho, mucho;
que me tiene casi ciega.

ANAST. Calla, demonio.

ROSAURA. Cabal;
y si por otra me deja...

ANAST. ¿A que te tiro un guijarro?

PEDRO. Señor; la gracia y belleza
de su sobrina han rendido
mi corazón; el que anhela
la dicha de ser su esposo...

ROSAURA. Le admito, aunque no lo quiera...

ANAST. Vamos; porque ese demonio
ha de juntar a la puerta
todo el barrio. *(Se entran.)*

PERICO. Señor mío;
¿quién satisface esta deuda?

PEDRO. Anda noramala.

PERICO. Bien.
¿Usted me paga?

PEDRO. No muelas.

PERICO. Pues, señor, será preciso
devolverle a usted la leña;
y, así, vaya usted contando. *(Dale.)*
PEDRO. ¡Ah bribón; que me revientas!
PERICO. Cinco, seis, siete, ocho, nueve.
PEDRO. ¡Socorro!
ANAST. ¿Qué bulla es ésta?
PERICO. Es que estoy restituyendo
de garrotazos la deuda;
y, pues ya no debo nada,
venga el que quiera a mi tienda;
le tomaré la medida
como la tomé a ese bestia. *(Vase.)*
LOS DOS. ¡Ah pícaro!
ANAST. Si lo cojo
lo haré zampar en la trena.
ROSAURA. Tío; que quiero casarme
esta tarde.
ANAST. Ya no hay fuerzas
para sufrirte. Entre usted,
para hablar de la materia.
TODOS. Y aquí se acaba el sainete;
perdonad las faltas nuestras.

FIN

EL RECLUTA POR FUERZA

SAINETE

PERSONAS

Isabel.
Don Antonio, Teniente.
Tizón, Sargento.
Un cabo de escuadra.
Lucas, payo.
Un tambor.
Soldados y reclutas de la bandera.

EL RECLUTA POR FUERZA

Plaza de lugar, con una puerta y ventanas a la derecha, y Bandera de reclutas. Salen LUCAS e ISABEL por la izquierda.

LUCAS. Escucha, Isabel. Ya sabes
que me ha dejado mi hermano
por su heredero.
ISABEL. Lo sé.
LUCAS. También sabes que, apiadado
de tu pobreza y queriendo
cumplir con el padrinazgo,
te dejó cinco mil pesos
de dote; mas con el cargo
y calidad de que fueses
mi mujer; pero, en el caso
de no casarte, mandó
que no se te diese un cuarto.
ISABEL. Es verdad, que mi padrino
se mostró en eso tirano.
LUCAS. Ya; si estás enamorada
de ese Oficial de los diablos
que ha venido de Bandera...

ISABEL. Eso dejémoslo a un lado,
y diga usted qué pretende.
LUCAS. ¿Qué pretendo? Que ya el año
de los lutos se ha cumplido,
y es fuerza regocijarnos.
Conque así, dime, Isabel,
clarito, si nos casamos.
ISABEL. ¿Quiere usted lo desengañe?
Pues sepa que yo no trato
de entregar mi libertad
a quien, como usted, mi amado,
tuviere ya en cada pata
sus veinte y cinco muy largos.
LUCAS. Vaya, vaya, que la niña
habla poco, pero malo.
ISABEL. Yo he decir lo que siento.
LUCAS. ¿Conque ya has determinado?
ISABEL. Sí, señor.
LUCAS. Pues no habrá dote.
ISABEL. Se me da poco cuidado.
LUCAS. Tu Oficial también es pobre.
ISABEL. Yo no he de vender mi mano.
Conque así, poco me importa.
LUCAS. Bien; ya verás los trabajos
que te esperan.
ISABEL. Todo es menos
que malograrme en los brazos
de semejante estantigua.
LUCAS. Dime, dime dicharachos;
que, al fin, algo han de costarme
los cinco mil que afianzo.

Sale el SARGENTO TIZÓN de la casa.

SARGENTO. Señor Lucas, buenos días.
Celebro ver ese garbo,
señá Isabelita.
ISABEL. Adiós,
señor Sargento.
SARGENTO. ¿Está malo
el señor Lucas, que hoy tiene
una cara de caballo...?
LUCAS. No estoy muy contento, no.
SARGENTO. Apuesto yo cuatro cuartos
a que han tenido jollín.
¡Ya! Cosas de enamorados.
ISABEL. ¿Enamorados? ¡Ja, ja!
LUCAS. Ved cómo se está burlando.
SARGENTO. Pues eso no es regular;
porque usted es un muchacho,
mejorando lo presente,
que, a la verdad, más de cuatro
señoras del moño tieso
que se ponen el tallazo
a la orilla del cogote,
lo tomaran para trasto.
LUCAS. ¿Lo oyes, Isabel? ¿Ves cómo
sin justicia me has tratado?
ISABEL. Si a mí no me gusta usted,
¿cómo puedo remediarlo?
LUCAS. No te gusto porque tienes
el Oficial en los cascos.
SARGENTO. ¿Mi Teniente?

LUCAS. Sí, señor.
SARGENTO. Ensanche usted ese cuajo.
Sobre que ustedes se ahogan
sin mojarse los zapatos.
Venga un abrazo, en albricias
de que mañana marchamos.
LUCAS. ¡Qué escucho! ¿Se van ustedes?
SARGENTO. Según orden que ha llegado
del Coronel, yo discurro
por la mañana temprano
se mudará la Bandera
e irá la tropa marchando.
LUCAS. ¡Qué gusto, señor Sargento!
SARGENTO. Vaya, déme usté un abrazo.
LUCAS. Tome usté aunque sean seis.
(Al darle los brazos le da un papel el Sargento a Isabel, y ella lo toma.)
ISABEL. De mi bien es; yo me aparto
para poderlo leer. *(Vase.)*
SARGENTO. Mañana no habrá más gallo
en todo el pueblo, que usted.
LUCAS. ¿Y adónde es la marcha?
SARGENTO. Al Campo
de Gibraltar, a mudar
el Peñón hacia otro lado.
LUCAS. ¿Lo escuchas?... Mas ¿dónde está?
SARGENTO. La pobre se fué llorando.
LUCAS. No importa. En quedando solos,
me buscará con halagos.
SARGENTO. Cabal.
LUCAS. Yo seré el coquito
de su amor.

SARGENTO. Eso está claro.
Bien que usted se lo merece.
LUCAS. Usted viva muchos años.
SARGENTO. Soy así con los amigos;
y yo lo quiero a usted tanto,
que en pensar que no he de ver
a usted más en luengos años,
lloro como un niño. Vaya,
déme usté otros tres abrazos.
LUCAS. Con grande gusto.
SARGENTO. Si es mucha
la voluntad que he tomado
a usted. Déme ahora un beso.
LUCAS. Hombre; eso es ya demasiado.
SARGENTO. Es que, aunque está un poco viejo,
tiene usté una gracia... Vamos,
no es pasión; pero si usted
no fuera, como es, un macho,
me casaba con usted...
LUCAS. Señor, ¿qué está usted hablando?
Pero ¿por qué Isabelita
me desprecia?
SARGENTO. Es necesario,
para arrastrar las mujeres,
tener cierto garabato,
ciertas palabritas.
LUCAS. ¿Cómo?
SARGENTO. ¡Oh! Para eso los soldados.
LUCAS. Mas decid: ¿cómo tan presto
caen las mozas en el lazo?
SARGENTO. Eso es muy fácil. Mirad:
cuando vemos un pedazo

de cielo que se nos viene
poquito a poco acercando,
lo primerito, al sombrero
le damos así un sopapo,
y queda en forma de ataque;
después este pie sacamos,
y ponemos la figura
como la sota de bastos.
Entonces, sobre este hueso
enganchamos una mano;
con la otra, un manoseo
a los bigotes les damos;
y, agachando con salero
tres partes del espinazo
y habiendo de boca a boca
distancia como de un palmo,
le decimos las horrendas
palabras del calendario
militar; conque las pobres
piden cuartel a dos manos.

LUCAS. ¿Pero en eso habrá también
o brujería o encanto?

SARGENTO. No, señor; todo consiste
en decir con desenfado
las palabras.

LUCAS. Vaya alguna.

SARGENTO. No tengo algún embarazo.
Oiga usted: cuando la moza
está atenta, comenzamos
a decirle: «Señorita;
desde que vi esos ojazos,
tocaron la generala

mis potencias; y si alcanzo
que *hagan brecha* mis finezas
en su pecho, *de un asalto*
me subiré a la muralla
de su casa, *tremolando*
la bandera de mi fe,
sin que puedan *cañonazos*
de inconvenientes rendir
mi nunca vencido brazo;
pues como queráis, señora,
ni obús, ni bala, ni taco,
ni foso, ni terraplén,
ni fortín, ni emballestado,
ni reducto, ni trinchera
me detendrán, pues me llamo
salchichón, cartucho, espeque,
y, sobre todo, *soldado.*

LUCAS. Maldito si entiendo jota.

SARGENTO. Y si queréis verlo claro,
decidle cuatro palabras
a Isabelita.

LUCAS. Es en vano,
porque ni aun quiere escucharme.

SARGENTO. También puede usted lograrlo
escribiéndole un papel.

LUCAS. ¡Pensamiento soberano!
Vaya; escribidlo.

SARGENTO. ¿Y usted
lo firmará?

LUCAS. Por sentado.

SARGENTO. Ea; manos a la obra.
Dejadme que tome el banco

de la Bandera.

LUCAS. ¡Qué hombre
tan hábil!

SARGENTO. *(Se sienta y saca papel y tintero.)*
Ya yo preparo
tintero y papel. Oid.
¿Os parece que pongamos :
«Señora : la ciudadela
de ese salero, que rabio
por conquistar...»

LUCAS. ¡Grandemente!
Eso está muy bien hablado.

SARGENTO. *(Escribe.)* «... me ha obligado a sentar plaza
por el tiempo de ocho años
en la milicia de amor...»

LUCAS. ¡Oh, qué gran pensamientazo!
Aunque sea por un siglo.

SARGENTO. *(Escribe.)* «... pues espero que ese garbo
se me entregue prisionero
a dos o tres fusilazos.»

LUCAS. Así va bien; cada letra
es lo mismo que un guijarro.

SARGENTO. Esto basta; firme usted.

LUCAS. Allá va mi garabato. *(Firma.)*

SARGENTO. *(Aparte.)* ¡Con qué gusto el lililó
firma su enganche! ¡Qué chasco!
(Alto.) Vaya; ¿queda usted contento?

LUCAS. Y mucho. Pero ¿quién diablos
se lo dará a Isabelita?

SARGENTO. De eso, amigo, yo me encargo.

LUCAS. Que no se le olvide a usted. *(Vase.)*

SARGENTO. Usted no tenga cuidado.

Ya este pájaro cayó
en la trampa. ¡Pobre diablo!
Se quedará sin la novia,
sin los cinco mil pesazos,
y hasta el sargento Tizón
le sacará un buen pedazo.

ISABEL. *(Saliendo.)* ¡Señor Sargento!

SARGENTO. Lucero;
¿leyó usted ya el cartapacio
de mi Oficial?

ISABEL. Mas no entiendo
qué significa este chasco.

ANTONIO. *(Saliendo.)* Isabelita, bien mío;
perdóname si he faltado
un instante de tus ojos.

ISABEL. ¡Ah don Antonio! No alcanzo
lo que intentáis.

ANTONIO. Tizón es
quien me obliga a ejecutarlo;
pero si Isabel...

SARGENTO. La niña
hará lo que la he mandado.
Vea usté el enganchamiento
de Lucas. Ya, ni los diablos
le arrancarán de mis uñas
sin que alargue de contado
los cinco mil, la muchacha
y un par de caramelazos
de oro para su Sargento.
¿Va bien, mi Teniente?

ANTONIO. Encargo
lo primero que, aunque es burla

y su corazón ganado
tengo, no gusto se diga
el que un Oficial mezclado
se halla por vil interés
en un asunto tan bajo,
y pierda mi estimación.
Supuesto aqueste reparo,
no padeciendo mi honor,
que es el que debo arrestado
sostener, dispón ahora
como quieras.

SARGENTO. ¡Bravo, bravo!
Pues, señor; ahora es tiempo
de Carnaval, y apropiado
viene el juguete. Él se acerca;
yo le he dicho que nos vamos;
y, así, cuenta con hacer
la despedida de pasmo. *(Sale Lucas.)*
Venga usted, compadre Lucas;
que ha rato que lo esperamos.

ANTONIO. Señor Lucas, buenos días.

LUCAS. Yo siempre soy su criado.

ANTONIO. Mañana me pongo en marcha;
y, así, vengo a ver si acaso
tenéis que mandarme.

LUCAS. Estimo
la buena memoria.

ANTONIO. Es tanto
lo que os debo, que jamás
ni de vos ni de este encanto
de hermosura he de olvidarme.
(Besa la mano a Isabel.)

LUCAS. Pero mire usted... *(Aparte.)* ¡Yo rabio!
SARGENTO. Compadre; si esa es la moda...
LUCAS. Es una moda del diablo.
ANTONIO. Permitid, señora... *(La abraza.)*
ISABEL. Yo
con toda el alma os abrazo.
LUCAS. ¿Y esto es moda?
SARGENTO. Mucho; ahora
me toca hacer otro tanto.
Adiós, Lucas... *(Abrázale.)*
LUCAS. ¡Arre allá!
ISABEL. Adiós, mi dueño adorado.
SARGENTO. Compadre, adiós. *(Abrázale.)*
LUCAS. Basta, basta.
ANTONIO. Adiós, mi bien.
SARGENTO. Otro abrazo. *(Se lo da.)*
LUCAS. Pasa fuera.
LOS TRES. Adiós, adiós;
hasta que a vernos volvamos.
(Vanse los dos.)
LUCAS. En fin, niña; ya se fueron.
ISABEL. Gracias a Dios.
LUCAS. Habla claro.
¿Para qué es fingir, si es fuerza
que estés por dentro rabiando?
ISABEL. ¿Yo rabiar? ¿Yo? Vaya, vaya;
¡qué simple, qué mentecato
será quien piense tal cosa!
LUCAS. Está bien; mas, sin embargo,
tú andabas siempre tras él.
ISABEL. ¡Válgame Dios y qué engaño!
LUCAS. ¿Has de ser mía?

ISABEL. Yo quiero
obedecer el mandato
de mi padrino, que Dios
tenga en su eterno descanso.

LUCAS. Haces bien; mas sea pronto,
que el pobre andará penando
hasta el día de la boda.

ISABEL. Yo estoy pronta a ejecutarlo.

(Salen el Cabo y el Tambor, que tocará llamada alrededor de Lucas; y éste se aturde.)

CABO. Quítese usté ese sombrero.

LUCAS. ¿Qué hay de nuevo, señor Cabo?

CABO. Escuche. *(Lee.)* «En nombre del Rey,
el recluta Lucas Caro
acudirá a la Bandera
para partir a las cuatro
de la mañana; y de no,
será al punto condenado,
por desertor, a la pena
que previene en tales casos
la Ordenanza.»

LUCAS. ¿Cómo es eso?
¿Qué lenguaje de los diablos
es ése?

CABO. ¿No lo ha entendido?

LUCAS. A mí nadie me ha enganchado.
Esta es burla muy pesada.

CABO. Advierta usted que está hablando
con el cabo Martín Porras,
que jamás en picos pardos
gasta el tiempo. Mi Teniente

ahora mismo me ha enseñado
su firma. Chitón, y tome
el hábito de soldado. *(Le tira la casaca.)*

ISABEL. Pero, señor, ¿quién ha visto
reclutar a un hombre honrado
con semejante violencia?

CABO. No me quiebre usted los cascos
con esas alicantinas.
Cuenta que, si le echo el gancho,
irá también con la gorra
hacia el batallón marchando.

LUCAS. Ya no puedo sufrir más.
Es un pícaro, un malvado
vuestro Teniente.

CABO. Chitito;
porque si le tiendo el palo... *(Va a darle.)*

ISABEL. ¡Ay Dios! Deténgase usted.

LUCAS. Tú me has jugado este chasco,
bribona, por más que finjas.

ISABEL. ¿Yo ser infiel a quien amo?
¿Yo infiel, y estoy que no puedo
respirar? ¿Ese es el pago
que merece mi cariño?
¡Soy desgraciada! ¿En qué astro
nací yo? Voy a llorar,
en un rincón, este agravio. *(Vase.)*

CABO. Tengamos la fiesta en paz.
Mire usted que si me enfado
no le arriendo la ganancia.

LUCAS. Pero yo, ¿cuándo he sentado
plaza?

CABO. *(Con cachaza.)* Ved el uniforme.

LUCAS. Yo no me pongo esos trapos,
aunque me maten.

CABO. Mirad
la gorra.

LUCAS. Me harán pedazos
primero que me la ponga.
Esto es violencia. ¡Yo rabio!

CABO. Aquí está el sable. A más ver.

LUCAS. Pero escuchad, señor Cabo,
lo que dije.

CABO. A la Bandera,
o morir a fusilazos.
Adiós, camarada. Toca
a ese recluta el fandango.
(Vanse tocando marcha.)

LUCAS. ¡Qué infamia; jugar conmigo
de esta suerte! Mas no acabo
de comprender este enredo.
¿Si vendré yo a ser soldado?
Pero aquí viene el Sargento;
veré si descubro algo.
(Sale el Sargento.)
¡Amigo!

SARGENTO. Déjeme usted;
que vengo arrojando rayos
por los ojos.

LUCAS. ¿Por qué causa?

SARGENTO. Pues qué, ¿ignora usted la mano
que le han jugado? Mas, ¡hola!,
¿ya está aquí el bendito sayo?
¡Voto al sol!

LUCAS. ¿Y esto es de veras?

SARGENTO. ¡Ojalá que fuera engaño!
La carta que yo llevaba...
¡Vaya; si echo espumarajos...
de Manzanilla! *(Aparte.)*
LUCAS. ¿Qué es de ella?
SARGENTO. La di a la niña en sus manos;
la abrió, la leyó, y me dijo:
«Yo juzgaba que era un asno
Lucas; pero ya conozco
que no es ningún mentecato.»
Estando en esto llegó
mi Teniente; quiso, ufano,
decirla cuatro requiebros,
como siempre; llevó, en cambio,
un torcimiento de hocico;
mi pobre Oficial, rabiando,
tocó un redoble de votos;
dió hacia el frente cuatro pasos;
desenvainó las diez uñas;
y, calando todo el brazo,
en menos que yo me tiro
al coleto un champurrado,
quedó el pobre papelón
prisionero entre sus manos.
LUCAS. ¿Mi carta? ¿Y después qué hizo?
SARGENTO. Leyóla el pobrete a tragos.
Después, jurando vengarse,
se fué de allí como un rayo.
Yo, por saber sus intentos,
a la retaguardia marcho;
llego a su casa; y entonces
vi...

LUCAS. ¿Qué vió usted, sin marcarlo?
SARGENTO. Vi que, cortando lo escrito,
en el poquitico blanco
que quedaba entre la firma,
escribió con cuatro rasgos
su enganchamiento de usted.
LUCAS. ¿Y eso es suficiente?
SARGENTO. Y harto.
Pero si yo fuera usted,
sólo por aguarle el chasco,
compraría mi licencia.
LUCAS. Dice usted bien; ¿pero cuánto
querrá por ella?
SARGENTO. De diez
hasta doce mil ducados.
LUCAS. ¿Diez mil ducados? ¡Zarazas!
¿Y sabe usted si los valgo?
SARGENTO. Ya se ve que no; mas suelen
los hombres en ciertos casos...
LUCAS. No hay casos que valgan. Antes
serviré al Rey cuatro años.
SARGENTO. ¡Viva el valor! Camarada;
encapíllese usté el sayo
de dos colores.
LUCAS. *(Se lo pone.)* A bien
que usted es mi amigo.
SARGENTO. Es claro.
Yo mismo le enseñaré
el ejercicio. ¡Qué guapo
va usted quedando! La gorra
se pone de medio lado.
LUCAS. ¿De este modo?

SARGENTO. Grandemente.
Está usted como un Bernardo.

Salen el CABO y el TAMBOR.

CABO. Señor Sargento; el Teniente,
que haga el ejercicio un rato
la tropa.
SARGENTO. Toca a llamada.
(Toca el Tambor llamada, y van saliendo los soldados de la Bandera con fusiles; y uno que traen para Lucas.)
LUCAS. Yo estoy como atolondrado.
SARGENTO. *Alón;* tome usté el fusil.
LUCAS. ¿Me dirá usted todo cuanto
debo hacer?
SARGENTO. Sí; mas, con todo,
es fuerza tener cuidado,
porque yo no tengo amigos
cuando desempeño el cargo.
LUCAS. A usted me encomiendo.
SARGENTO. Sí;
no tema usted. ¿Ese palo? *(Al Cabo.)*
Señores; fórmense ustedes.
Atención; señor soldado,
esa cabeza derecha.
(A Lucas con la vara le levanta la cara.)
LUCAS. Señor Tizón; por San Pablo...
SARGENTO. Usted no tenga recelo.
Armas al hombro. Ese brazo
en su lugar. *(Le da un palo.)*
LUCAS. ¡Ay Dios mío!,

que me ha deshecho el costado.

SARGENTO. Silencio. Marchen... Más corto
el paso, señor soldado. *(Le da.)*

LUCAS. ¡Ay, ay, ay!

SARGENTO. Fué sin querer.
Ya veo que sois un asno.
(A la tropa, que se aparta.)
Descansen ustedes mientras.
Ea pues; señor soldado,
usted solo: el cuerpo recto;
marche con desembarazo.
Uno, dos, tres... Deteneos.
Así no va bien. ¡Canario!
Haga el paso como debe.
Marche.
(Se pone Lucas solo a marchar, y da los primeros pasos mal; y, a los tres, le da de palos el Sargento.)

LUCAS. Uno, dos, tres, y cuatro,
cinco, diez, veinte, y cuarenta;
y no más, por San Hilario.

SARGENTO. Hombre, ¡qué blando es usted
de costillas! No; no trato
de dar disgusto a un amigo;
y si está usté incomodado,
dejaré para otro día
el ejercicio.

LUCAS. ¿Qué diablos
de oficio es éste? Oiga usted
dos palabras a este lado.

SARGENTO. ¿Qué se ofrece?

LUCAS. Yo me atrevo

a dar cinco mil ducados
por mi licencia.

SARGENTO. Es muy poco.
Si usted rebaja un ochavo
de los diez mil, marcharemos.

LUCAS. Eso ya es demasiado.
Adiós, adiós. Serviré.
(Se va, y lo detiene el Sargento.)

SARGENTO. Camarada; más despacio,
que hay que hacer más todavía.
(Empieza a obscurecer.)

LUCAS. ¿Aun no habremos despachado?

SARGENTO. Cabo escuadra; dé un fusil
a este recluta, volando.

CABO. Éste es el suyo.

SARGENTO. Ponedlo
de centinela.

LUCAS. ¿Y qué hago?

SARGENTO. Usted puede pasearse
o permanecer plantado;
y, supuesto que anochece,
en viendo un bulto a lo largo
debe usted gritar: ¿Quién vive?,
tres veces. Si el bulto, acaso,
no respondiese, apuntadle
y disparadle un balazo.

LUCAS. Sí, señor.

SARGENTO. Hágalo al punto.
Pero, compadre, cuidado;
que si usted deja su puesto,
así que le eche la mano
le levantarán la tapa

de los sesos.
LUCAS. ¡Guarda, Pablo!
SARGENTO. Adiós, amigo; hasta luego,
que venga a mudarle el Cabo. *(Vanse.)*
LUCAS. Vaya; yo estoy aturdido.
Aun me están hormigueando
las espaldas. Uno, dos;
uno, dos; maldito canto.
¡Qué obscuridad! No veo gota;
como la noche ha cerrado.
Mas ¡hola! Un bulto... ¿Quién anda
por detrás? ¡Jesús, qué alto!
Ánimo, Lucas... ¿Quién vive,
tres veces? Se va acercando...
Yo le tiro... ¡Ay, que el fusil
se me cayó de las manos!
¿Si lo hallaren? San Cirilo
de mi vida, dadme amparo.

Salen por el centro del teatro ISABEL y el SARGENTO, que finge ser Oficial.

SARGENTO. Allí ha de estar. Hablad recio
para que pueda escucharlo...
ISABEL. No imaginéis, don Antonio,
que ceda a vuestros villanos
intentos. Yo tengo honor,
y he prometido mi mano
a un hombre de bien, a un hombre
que con el alma idolatro.
LUCAS. Esa es la voz de Isabel,
que al Teniente le está hablando.

¡Rabio de celos!

ISABEL. Y, ahora,
pretendo desengañaros
de que nunca os he querido,
y que el haberos hablado
fué sólo por pasatiempo;
y, así, dejad de quejaros,
pues a todos vuestros ayes
me hallaréis siempre de mármol.

SARGENTO. Pues te he de llevar robada,
por que no logre tus brazos
Lucas, jamás.

ISABEL. ¡Santos cielos;
que me roban! ¿Quién da amparo
a una triste doncellita?
(Llévala el Sargento.)

LUCAS. Él se la lleva. Yo parto
a socorrerla.

ISABEL. ¡Favor!

LUCAS. Grita, mientras que te alcanzo.
(Vase corriendo, y salen el Sargento y soldados con sables; y aclara.)

SARGENTO. Ya este pájaro cayó.
Muchachos; pronto, a pillarlo.
(Vanse los soldados.)
El pobre tendrá que dar,
no digo diez mil ducados,
pero todo su caudal,
si se le pide... ¡Qué tragos
me he de echar a su salud!
Sobre que dos o tres cuartos
se ha de encarecer por mí

la Manzanilla.
(Salen Lucas y soldados.)
¡Menguado!
¿Qué has hecho?

LUCAS. A bien que tan sólo
habrá un minuto que falto.

SARGENTO. ¿Y qué, te parece poco?
¿No te dije, desgraciado,
lo que manda la Ordenanza?

LUCAS. ¿Qué es lo que me está pasando?
Señor Sargento Tizón...

SARGENTO. ¡Ay amigo! Nada valgo
para librarle. Lo más
que puedo hacer en tal caso
es pedir que apunten bien,
para que no pene tanto.

LUCAS. ¿Pero qué, no bastarán
por esta vez unos palos?

SARGENTO. Que se le venden los ojos.

LUCAS. Esperad un breve rato.
¿No hay quien me ampare?

ANTONIO. ¿Qué es esto?

LUCAS. Señor Teniente...

ANTONIO. Templaos,
y sabed, amigo Lucas,
que todo esto ha sido un chasco
que os ha jugado el Sargento,
de acuerdo con los soldados.
Sabed también que Isabel
me ha dado palabra y mano
de esposa, y ha de ser mía
aunque no queráis, avaro,

el entregarle su dote.

LUCAS. ¿Conque todo ha sido chasco?
¿Y qué dices tú, Isabel?

ISABEL. Que no tenéis que cansaros;
que don Antonio es mi esposo.
(Le da la mano.)

LUCAS. ¿No hay remedio?

ISABEL. No lo hallo.

LUCAS. Pues ya que salí del susto,
en hora buena casaos.
Mañana os entregaré
la dote; y escarmentado
quedo, en no querer por fuerza
violencias.

ANTONIO. Dadme los brazos.

SARGENTO. ¡Vivan los novios! Compadre;
¡qué tremendos latigazos,
a la salud de la boda,
hemos de echar!

LUCAS. ¡Condenado!
¿Y los palos que me diste?

SARGENTO. Camaráa; con cuatro tragos
se pasará la tormenta.
Todo fué chanza; y, postrado,
os pido me perdonéis.

LUCAS. Ya estáis todos perdonados.

TODOS. Pidiendo todos, rendidos,
perdón de defectos tantos.

FIN

EL ROBO DE LA PUPILA

EN LA FERIA DEL PUERTO

SAINETE

PERSONAS

Don Terencio, tutor de Clarita.
Clarita.
Don Narciso, amante de Clarita.
Don Antonio.
Don Líquido, petimetre.
Don Estirado, abate.
Doña Melisendra.
Benito, payo.
Blasa, paya.
Médico.
Buñoleras.
Mixteleros.
Rosqueteros.
Alcalde.
Ministros.

EL ROBO DE LA PUPILA

EN LA FERIA DEL PUERTO

Mutación de feria. Pasa una cuadrilla con guitarra, cantando las siguientes boleras, y después salen DON NARCISO por un lado y DON ANTONIO por otro.

(Boleràs.) Vivan las gaditanas,
que en cualquier parte
se llevan los aplausos
por su donaire.
Pues ellas solas
tienen en sí reunidas
las gracias todas.

ANTONIO. ¡Narciso!
NARCISO. ¡Antonio!
ANTONIO. ¿Qué es esto?
¿Tienes alguna entruchada
en la feria, o vienes sólo
a divertirte?
NARCISO. A mí nada
me divierte, porque tengo

objeto que me arrebata
la atención.

ANTONIO. Ya lo sabemos;
y por cierto que es muchacha
de mérito.

NARCISO. ¿La conoces?

ANTONIO. ¿No he de conocer a Clara,
si en Cádiz tan sólo yo
pone los pies en su casa?

NARCISO. ¿Pues cómo?

ANTONIO. No te alborotes,
que no quiero la medalla.
Su tutor es un avaro
que, si a tragar le dan plata
aunque sea derretida,
abrirá tanta garganta.
Él, codicioso del dote
de Clarita, hacerla trata
su mujer; y conociendo
que su ridícula estampa
en cualquier lid amorosa
ha de llevar calabazas,
tiene a la pobre pupila
tan sujeta y recatada,
que parece un monasterio
eternamente su casa.
Sólo yo soy la excepción
de sus celos. Tengo entrada
a todas horas; y, en fin,
ha hecho ya tal confianza,
que en mi amistad deposita
todas sus extravagancias.

NARCISO. ¡Ay Antonio de mi vida!
Tú puedes ser de mis ansias
el iris; ten compasión
de esa mísera muchacha
y de un infeliz amigo.
ANTONIO. Sepamos las circunstancias
de tu amor. ¿Tú la has hablado?
NARCISO. No he logrado dicha tanta;
pero las más de las siestas,
asomada a una ventana,
con sus gestos y ademanes
su fino amor me declara.
ANTONIO. Ella es una inocentona;
pero la mujer más pava,
en tocando a su negocio
desenvuelve tantas mañas
que, la que antes fué cordera,
se nos convierte en lagarta.
NARCISO. ¿Conque qué dices, Antonio?
¿Podré tener esperanza
de que estrechen tus oficios
este lazo?
ANTONIO. Tú me apiadas
de tal manera, que soy
capaz de poner a Clara
en el día en tu poder.
NARCISO. ¿Cómo, si la desdichada
está en Cádiz entre cuatro
paredes aprisionada?
ANTONIO. No es así, porque el tutor,
vencido de mis instancias,
la ha traído a ver la feria.

NARCISO. ¡Ay Antonio de mi alma!
¿Con qué podré yo pagarte
tanto favor? Pero, vaya,
¿qué arbitrio habrá para que
logre yo, en amor, hablarla?

ANTONIO. Muchos hay; pero el mejor
de todos...

NARCISO. Antonio, aguarda;
porque doña Melisendra
viene hacia aquí, y la acompaña
don Estirado, el Abate.

ANTONIO. Ese demonio me enfada.
Vámonos de aquí a tratar
nuestros asuntos.

NARCISO. Pues anda... *(Vanse.)*

Salen DOÑA MELISENDRA y el ABATE.

ABATE. ¡Oh, qué brava está la feria!

MELIS. ¡Ah, si tan desazonada
no me sintiera! ¡Ay de mí!

ABATE. Pues ¿qué siente usted, madama?

MELIS. El histérico.

ABATE. Ese mal
es el duende de las damas.

MELIS. Calle usted, don Estirado;
que hay veces que en la garganta
parece que tengo un lazo;
y luego, con mil pulsadas,
por la cavidad vital
la bilis se me derrama.

ABATE. ¡De oirlo sólo me estremezco!

Mas, si acaso no me engañan
mis talentos, no me fuera
muy difícil el curarla.

MELIS. ¿Sanar mi mal? ¡Y qué poco!

ABATE. Si don Narciso llegara,
consultáramos el caso.

MELIS. Calle usted. No sé qué rara
antipatía ese hombre
tiene en sí, que se me arranca
el tímpano del oído
al escucharlo. ¡Ay Dios! Basta.

ABATE. ¿Conque no lo estima usted?

MELIS. Sólo su nombre me alarma.

ABATE. Pues bien, doña Melisendra;
con don Estirado Gavia
son vanos los disimulos.
Siempre he vivido entre damas.
Tocadores, gabinetes
y estrados fueron mis aulas;
he tenido conclusiones
amorosas, veces varias;
y a fuerza de mis vigilias
y observativa constancia
en bailes, fiestas, teatros
y demás, tengo acabada
una obra de veinte tomos,
donde con razones claras,
y aun matemáticamente,
demuestro que las punzadas,
la jaqueca y otros males
y accidentes de las damas,
son efectos muchas veces

de alguna amorosa causa.
MELIS. Vaya, mi don Estirado;
tan solamente sus gracias
me hicieran reir. En fin;
si don Narciso llegara...
ABATE. Eso sí; confiese usted.
Ya sabe usted que a mí nada
me altera; mi profesión
es visitar dos mil casas;
ser en ellas confidente
general; andar en danza
sin pareja y, al instante
que el diablo tira la capa,
soy el primero que muda
temperamento.

Sale DON LÍQUIDO, petimetre, andando a brinquitos.

LÍQUIDO. Madama,
¡qué felicidad! Abate,
dame dos besos (1).
ABATE. ¡Hola, amigo de mi alma!
LÍQUIDO. ¡Hombre, hombre, que han chocado
los dos bucles!
(Saca el espejo y se los compone.)
¡Qué bestiaza!
¡Si no miras lo que haces!
ABATE. No te asustes, que no es nada.
Perfectamente han quedado.

(1) Este verso está incompleto y falta el siguiente en los ejemplares que hemos examinado.

LÍQUIDO. *Sanfasón. Adieu, Madama.*
Abatito; *servitor.*
(Vase dando saltos hacia la feria.)
MELIS. Yo me he quedado admirada.
¡Qué exótico es este hombre!
ABATE. Es calaverón de marca.
MELIS. Sentémonos un momento.
ABATE. Vaya un ratito de parla. *(Se sientan.)*

Salen DON TERENCIO y CLARITA.

TERENCIO. ¿Oyes, niña? A ningún hombre
debes mirar a la cara,
porque es pecado venial
y mete el diablo la pata.
CLARITA. Está bien. Ni a usted tampoco
miraré.
TERENCIO. Simplona, calla.
Yo soy tu esposo futuro,
y en verme no arriesgas nada;
antes puede ser que ganes
una indulgencia plenaria.
CLARITA. Yo quisiera llevar algo
de la feria.
TERENCIO. ¡Jesús, Clara!
¿Llevar? ¡Qué rara manía!
¿Qué quieres llevar a casa?
¿Un trozo del canapé,
un árbol o una pilastra
de la Victoria?
CLARITA. ¡Por cierto
que son preciosas alhajas!

¡Qué chinchoso que es usted!
Vaya, deje usted las chanzas
para los mocitos.

TERENCIO. Dime:
¿acaso mi edad es tanta?
¿Yo soy algún vejancón
inservible?

CLARITA. ¿Y esas canas?

TERENCIO. Éstas no salen por años.

CLARITA. ¿Qué dirá usted de la calva?

TERENCIO. Es efecto del manejo
del libro verde.

CLARITA. ¡Canastas;
qué bueno es usté!

TERENCIO. Oye, niña,
¿quién te enseñó esa palabra?

CLARITA. Pues ¿acaso es algo malo?

TERENCIO. Sí, señora, que es muy mala.

CLARITA. Si fuera lo que usted dice,
por cierto que no pasara
por casa todos los días
diciendo un hombre: ¡Canastas
de colar!

TERENCIO. ¡Qué inocentona!
Es un dije la muchacha.

CLARITA. Cómpreme usté un abanico.

TERENCIO. ¡Qué tentación tan malvada!
¡Un abanico, que cuesta,
aunque sea de calañas,
un real? No, hija; pero
quiero echar el pecho al agua.
Toma un buñuelo de a ochavo.

CLARITA. ¿Buñuelos?

TERENCIO. No es eso, Clara;
porque no he dicho buñuelos,
sino buñuelo. ¿Te agrada?

CLARITA. Yo no quiero poquedades.

TERENCIO. Has dicho como una santa.

ABATE. Señora; con su licencia
voy a dar una ojeada
a esos dos bultos.

MELIS. Abate;
regrese usted sin tardanza.

ABATE. Nada más que en cuanto aplique
el anteojo.

(Pasa el Abate por delante de Clarita, aplicándose el anteojo.)

¡Caramba,
qué fachada tan bonita!
Y el sayón que la acompaña
¡qué pendón!

TERENCIO. Ven a sentarte.

CLARITA. Ya voy.

(El Abate se arrima con el anteojo, y don Terencio lo aparta.)

ABATE. Le veré la cara.

TERENCIO. ¿Qué busca usted, caballero?
¿Pretende usted retratarla?

ABATE. ¿Ha visto usted a don Pedro?

TERENCIO. No se venga con chuladas,
sino diga lo que quiere.

ABATE. ¿Qué quiero? ¡Pregunta rara!
Bien pudiera conocer,
por el peinado y la capa,

que soy un observador
de Naturaleza.

TERENCIO. Vaya;
¿y tiene usté alguna cosa
que observar en la muchacha?

ABATE. Y mucho. Pues ¿le parece
que cualquier mujer no basta
a volver locos a cuantos
físicos hay en España?

CLARITA. Explique usted cómo es eso.

ABATE. Con mucho gusto, madama.
Es la mujer la criatura
de partes más complicadas;
sus ojos nos envenenan;
sus palabras nos encantan;
y el hombre más valeroso,
al conjuro de su magia,
suele quedar transformado
en una bestia muy mansa.

CLARITA. Yo quisiera aprender eso.

ABATE. Explicaré la substancia.

TERENCIO. Vaya con su explicación
al infierno.

ABATE. ¡So tarasca!,
ya me voy. Señora, siento
verla tan mal empleada.
(Vase adonde está Melisendra.)

TERENCIO. ¡Rabiando estoy de coraje!
¿Ves lo que por ti me pasa?

CLARITA. ¿Tengo culpa de que usted
a un hombre de circunstancias
haya tratado con modos

tan groseros?

TERENCIO. Mira, Clara,
que me quemas.

CLARITA. Pues aquí
dicen que se compra el agua.

(Baja del centro de la feria don Líquido con un abanico de caña.)

LÍQUIDO. ¡Bravo, bravo; buena chica!
Excelentes son las trazas;
mediano cuerpo, caderas
redonditas y abultadas,
mano pequeña, pie chico,
y, sobre todo, plantada
en primera posición.
Ahora nos falta la cara;
echemos la red. Señor;
concédame usted la gracia
de que ofrezca a esta señora
este abanico de caña,
obsequio propio del sitio.

TERENCIO. Yo estimo a usted su bizarra
atención. Vaya, Clarita,
tómalo sin repugnancia.

CLARITA. Yo no lo tomo. Si fuera
el que me lo regalara
otro señor que yo sé,
lo admitiera con el alma.

TERENCIO. ¡Hola! ¿Quién es?

CLARITA. Don Antonio.

LÍQUIDO. En este instante deseara
transformarme en ese quídam
para lograr dicha tanta.

TERENCIO. No, señor; lo tomará.
Vaya, muchacha, despacha.
CLARITA. Por obedecer lo hago. *(Tómalo.)*
TERENCIO. Es muy corta; está turbada.
LÍQUIDO. ¡Oh!, pues verá usté al instante
cómo deja el rubor. Clara,
con licencia de su padre,
déme usté el brazo.
TERENCIO. Don Jauja;
sepa que no soy su padre
y que es mucha confianza,
viniendo con todo un hombre,
pelar con ella la pava.
LÍQUIDO. Eso fuera, siendo cierto
que un hombre la acompañaba;
pero usted, que ya está a pique
de caer entre las garras
de practicantes, o rece
o dé cuatro cabezadas
mientras nosotros gozamos
de la edad.
TERENCIO. ¡Si no mirara
la publicidad, le diera
la respuesta con la espada!
LÍQUIDO. ¿Ha visto usted a don Pedro?
TERENCIO. Váyase muy noramala.
LÍQUIDO. ¡Qué vejete tan gracioso!
Servidor de usted, madama;
y no se arrime a ese anciano,
que le ha de pegar el asma.
Abate, agur. *(Se va hacia la feria.)*
ABATE. *Servo súo.*

TERENCIO. ¿Ves, por ti, cómo me tratan?
CLARITA. ¿Para qué usted me obligó
que el abanico tomara?
TERENCIO. Como tú me lo pedías...
CLARITA. Por ahorrarse un real de plata
se ha puesto usté a que le digan
cuatro verdades bien claras.
TERENCIO. ¿Verdades? Dime...
CLARITA. Insolencias,
iba a decir.
TERENCIO. Vamos, Clara;
sentémonos un ratito.
CLARITA. Si el demonio te llevara... *(Siéntanse.)*

Salen BENITO y BLASA, de payos.

BENITO. ¡Mujer, qué güeno está esto!
¡Cuánto altarito! ¡Canastas;
qué devota es esta gente!
BLASA. Hombre, mira lo que hablas.
Si fueran, éstos, altares,
no hubiera tanta algazara
ni llevaran los sombreros
en la cabeza.
BENITO. ¡Tontaza!
Será aquí moda rezar
con las cabezas tapadas.
No; pues lo he de preguntar
a ésta que fríe aquí masa.
(A una buñolera.)
Tía, ¿me quiée usted decir
cuál es la significanza

de estos nichos de madera?
BUÑOL. Estos son puestos.
BENITO. ¡Zarazas,
y qué bonitos! Y diga:
¿qué es lo que venden?
BUÑOL. Sonajas,
figuritas y otras cosas.
BENITO. No gastara yo mi plata
en friolerillas. Si fuesen
para llenar bien la panza,
tal cual.
BUÑOL. ¿Quiere usted buñuelos?
BENITO. ¿Si quiero buñuelos? Vaya;
pues usted se empeña en ello.
BUÑOL. ¿Quieren miel o azúcar blanca?
BENITO. De cualquier móo. Al caballo
regalao... ¿No es verdad, Blasa?
BLASA. Ansina es.
BENITO. Siéntate
en la tierra, que está blanda.
BUÑOL. Comedlos; que van calientes.
BENITO. ¡Y cómo nos agasajan!
Vaya; que es buena mujer.
MIXTEL. ¿Quieren aguardiente?
BENITO. Vaya;
yo no he esairar a nadie.
MIXTEL. Tomen; que es muy bueno.
BENITO. Blasa,
¿a qué tierra hemos venío?
Yo no me voy ni a patáas.
(Llega un rosquetero.)
ROSQ. Vayan, sobre los buñuelos,

unos rosquetitos.

BENITO. Vaya;
de esta jecha he de quear
jarto páa una semana.

CLARITA. ¡Señor tutor!

TERENCIO. Ya te he dicho
lo que ese nombre me cansa.

CLARITA. ¿Pues cómo le he de llamar?

TERENCIO. Terencito; hijito; mi alma;
y otras cosas halagüeñas.

CLARITA. Si tiene usté unas barbazas
que meten miedo.

TERENCIO. También
tengo agraciada la cara.

CLARITA. ¿Agraciada? ¡Ah, ah, ah, ah!...

TERENCIO. ¿De qué te ríes, muchacha?

CLARITA. De acordarme de una cosa
que es a usted pintiparada.

TERENCIO. ¿Qué es, en fin?

CLARITA. De una figura
que, con bata colorada
y un turbante, como moro
que sale en Semana Santa
de las Recogidas...

TERENCIO. ¡Hola!
¿Conque tú, di, me comparas
a Pilatos?

CLARITA. No; mas creo
que le da usté aire en la facha.

Sale DON ANTONIO trayendo del brazo a DON NARCISO, vestido de mujer.

NARCISO. No puedo tener la risa.
ANTONIO. Hombre, disimula y calla,
pues ve que te tiene cuenta
salir bien de esta maraña.
NARCISO. ¿Descubres a mi Clarita?
ANTONIO. Allí la miro, sentada
con don Terencio.
NARCISO. ¡Jesús;
qué malditísima cara
tiene el viejo! Me parece
mastín que, cortijo, guarda.
MELIS. No percibo a don Narciso
en la remota distancia
que alcanzan a ver mis ojos.
¡Ah, falso traidor!
ABATE. No tarda.
LÍQUIDO. *(Saliendo.)* Adiós, Antoñito. Hombre,
tú te diviertes. Madama,
estoy a los pies de usted.
¡No es mala ropa, caramba!
¿Es Antonia la pechona?
Dime la verdad.
ANTONIO. Te engañas.
(Llega el Abate aplicándose el anteojo; y también ambos hacen ademanes de observarle la cara a don Narciso.)
ABATE. ¡Bravo; me alegro, Antoñito!
Parece que no te hallas

mal empleado. Señora,
beso a usted los pies.

ANTONIO. Aparta,
que hace calor.

ABATE. Me parece
que te encelas.

ANTONIO. Pocas chanzas,
en viniendo acompañado...

LÍQUIDO. ¡Ah, ah! ¡Qué risa me causa!

ABATE. Vaya, vaya; que estos hombres
luego, al instante, se ensanchan.

LÍQUIDO. Y será una pelandusca
que no valdrá ni una blanca.

LOS DOS. ¡Ah, ah, ah, ah!

(Vanse riendo: el Abate, donde está doña Melisendra; y el otro, a la feria.)

NARCISO. ¡Qué pesados!

MELIS. ¿Sabéis quién es esa dama?

ABATE. ¿Qué dama? Si le vi el rostro,
y es una de las que andan
cazando mirlos.

MELIS. Ya entiendo;
mujercillas que difaman
el sexo, formando al hombre
engañosas asechanzas.

ABATE. Tenéis peregrinas luces.

ANTONIO. Comencemos la maraña.
¡Señor don Terencio!

TERENCIO. Amigo;
por cierto que imaginaba
no ver a usted en la feria.

ANTONIO. He venido a las instancias

de mi prima.

TERENCIO. Señorita,
yo le beso a usted las plantas.
(Corresponde Narciso con una cortesía.)

ANTONIO. Es cortísima de genio.
Mi señora doña Clara,
siempre suyo.

CLARITA. Viva usted
más de mil años.

ANTONIO. Lisarda;
dale la mano a esa niña.

CLARITA. Pues yo me adelanto a darla.

ANTONIO. Pronto admitirá el obsequio.
(Mientras hablan don Terencio y don Antonio, Benito y Blasa se levantan limpiándose la boca, el uno con la montera y la otra con las enaguas.)

BENITO. Vaya; me he puesto la panza
como un tinajón.

BLASA. Y yo
reviento con tanta masa.

BENITO. Dios se lo pague a usted, tía;
amigo, hasta otra Pascua;
y muchos años de vida.
A más ver.

BUÑOL. ¡Cómo! ¿No pagas?

MIXT. y ROSQ. Dame el dinero, so payo.

BENITO. ¿Qué dinero ni qué haca?
¿Pues ustés no me dijeron
que si quería? ¡Canastas!
¡Tras que les he hecho el favor

de tomarlos!...

BUÑOL. Si no pagas
te he de dar un sartenazo
que te caliente las barbas.

LOS OTROS. Páganos.

BLASA. Si no tenemos...

TODOS. Pues danos alguna alhaja.

BENITO. Con aquesta cachiporra
les daré cosa que valga.

TODOS. Ahora lo verás, patán.

BLASA. ¡Justicia de Dios, que matan
a mi marido!

(Embisten a Benito; éste defiéndese con la cachiporra, y a los gritos de Blasa acude gente, y entre ella don Líquido.)

LÍQUIDO. ¿Qué es esto?
Que hay gente de circunstancias
delante. Ténganse todos.
Payita, ¿cuál es la causa
de este alboroto?

BUÑOL. Señor;
que me debe un real de plata.

ROSQ. A mí, una peseta.

MIXT. A mí,
real y medio.

BLASA. ¡Si no hay blanca!

LÍQUIDO. Yo las tengo para ti. *(Les paga.)*
Ya está saldada la trampa.
Vayan con Dios.

BLASA. Dios le dé
la gloria.

BENITO. Señor; mil gracias.

LÍQUIDO. Oyes: ¿ésta es tu mujer?
BENITO. Sí, señor.
LÍQUIDO. Es real muchacha.
Sobre que he de protegeros.
Mira; pasado mañana
quiero plantarte en la feria
muy prendida y empolvada.
Dame esa mano preciosa,
y vamos a mi posada.
BENITO. Pasa fuera.
(Deja caer la porra entre los dos.)
Eso de mano,
tome usted la de una gata.
LÍQUIDO. Insolente; ¿así me pierdes
el respeto?
BENITO. Vamos, Blasa,
antes que de este lugar
salgamos con una maza. *(Vanse.)*
LÍQUIDO. Gente rústica, por fin.
Abatito; una palabra.
ABATE. ¿Qué quieres?
LÍQUIDO. Di: ¿te parece
que les soplemos las damas
al vejete y a Antoñuelo?
ABATE. Infinito me alegrara.
LÍQUIDO. Pues ¡al arma!
ABATE. Déjame,
que yo dispondré la trama.
¡Antoñito!
ANTONIO. ¿Qué se ofrece?
ABATE. ¡Hombre! Mira que te llama
doña Melisendra. Ve,

pues no es justo desairarla.
ANTONIO. Allá voy. Mi don Terencio;
pronto vuelvo. Doña Clara,
háblele usté a mi primita,
que es vuestra amiga estimada.
(Vase adonde está Melisendra.)
LÍQUIDO. Muy bien se va disponiendo.
ABATE. Hasta que Antonio se vaya
con Melisendra, no es bien
que lleguemos.
NARCISO. Bella Clara;
no hagas movimiento, y mira.
(Descúbrese.)
CLARITA. ¡Jesús!
TERENCIO. ¿Qué es esto, muchacha?
¿Qué tienes?
CLARITA. Respiraré;
no se asuste usté; no es nada.
TERENCIO. ¿Qué fué?
CLARITA. Me picó una pulga.
TERENCIO. ¿Para eso tanta algazara?
CLARITA. Como tengo el cutis fino,
y sería pulga macha,
me ha hecho dar este repullo.
NARCISO. Disimula, prenda amada.
CLARITA. ¿Por qué está usted disfrazado?
NARCISO. Para lograr nuestras ansias;
pues hoy mismo has de ser mía.
CLARITA. Pues al instante.
NARCISO. Ahora, aguarda;
porque aun no es ocasión; mas
¿es mucho lo que me amas?

CLARITA. Yo no sé; mas, cada vez
que veo a usted por la ventana,
me suben unos vapores
que, aunque me atraco de agua,
más de dos horas después
estoy como una borracha.
¿Pero por qué no nos vamos?

NARCISO. Pronto será, mi bien; calla.

LÍQUIDO. Antoñuelo aun no se va,
y yo no tengo cachaza;
quiero llegar.
(A hurto, a Narciso.)
¡Señorita!

NARCISO. Mirad, señor, que soy dama
de honor; y, así que me habláis,
peligra mucho mi fama.

LÍQUIDO. Será porque don Antonio
no lo sienta.

NARCISO. Hay muchas causas
que son para más despacio.

LÍQUIDO. Si yo saberlas lograra...

NARCISO. En Cádiz podréis.

LÍQUIDO. ¿El sitio?

NARCISO. En la calle de la Plata,
número cuarenta y dos,
cuerpo principal.

LÍQUIDO. Madama;
iré a ponerme a sus pies.
(Se retira.)

CLARITA. ¿Qué le ha dicho a usté ese maza?

NARCISO. Pensó ser lo que parezco.

CLARITA. No lo permita Santa Ana.

Hasta ver a usté en su traje,
estoy desasosegada.

ABATE. ¿Cómo te fué?

LÍQUIDO. Bravamente.
Ya sé la calle y la casa.
¡Pobre Antoñuelo; verás
y qué lindas calabazas!

ABATE. ¿Le viste la cara?

LÍQUIDO. Sí;
tiene unos ojos que encantan;
la nariz y la boquita
son como una filigrana.

ABATE. Yo voy a hablar con la otra.

LÍQUIDO. Pues llégate por la espalda.

MELIS. ¡Ay don Antonio! Ese hombre
es como una tigre hircana.
Bastara que una señora
de mi altitud y prosapia,
pues tiene catorce plumas
el morrïón de sus armas,
le manifestase fina
el incendio que la abrasa,
para que tan alta dicha
agradecido estimara.

ANTONIO. Ya se lo he dicho mil veces.
¿Queréis que à buscarlo vaya?

MELIS. Iremos juntos. Veré
si de esta suerte se aplacan
las pulsaciones del flato.
¡Si estoy cada vez más mala!
(Vanse a la feria.)

LÍQUIDO. Llega, no temas.

ABATE. Limpiemos
el lente; toso, y al arma.
CLARITA. ¿Conque será usted mi esposo?
NARCISO. Yo seré tu esclavo, mi alma.
CLARITA. ¿Mi esclavo? No puede ser,
porque dos que había en casa
eran negrotes y feos;
y usted tiene tanta gracia,
que más bien que ser pupila,
tomara ser su criada.
ABATE. *(Llega por detrás.)*
¡Bella niña!
CLARITA. ¿Quién me toca?
¡Señor, señor; que se vaya
este hombre!
TERENCIO. ¿Qué osadía
es ésta?
ABATE. Pocas palabras.
¿Ha visto usted a don Pedro?
TERENCIO. ¡Vive Dios, que si me enfada!...
ABATE. Hable mejor.
TERENCIO. Si no fuese
atrevido, no escuchara
lo que no quisiera oir.
ABATE. Si mi enojo no mirara
que sois un pobre vejete,
os rompería en la calva
el bastón.
TERENCIO. ¿A mí? ¡Por vida,
que os daré seis estocadas!
(Don Terencio saca la espada y se pone en una punta del teatro; el Abate con el

bastón se retira a la otra; desde esta distancia se amagan y tiran golpes al aire; don Terencio, a cada cuchillada que tira, se extraña gritando: Justicia; don Líquido da brincos de contento y anima al Abate. Al ruido acude gente; sale la Justicia y, entre ella, don Antonio y doña Melisendra; a su tiempo, entre el tumulto, se escapan Clara y don Narciso.)

ABATE. ¡El alma te he de sacar!
TERENCIO. ¡Ya lo verás; a la guardia!
CLARITA. ¡Que matan a mi tutor!
NARCISO. ¡Clara de mi vida, calla;
que ahora es tiempo de escaparnos!
TERENCIO. ¡Toma este tajo; a la guardia!
LÍQUIDO. ¡A él, Abatillo, con brío!
ABATE. Le he de señalar la cara.
TERENCIO. ¡Allá va un revés; justicia!

Salen el ALCALDE y MINISTROS.

ALCALDE. Aquí está; tengan las armas.
NARCISO. Vamos.
CLARITA. Verá usted si corro,
en cogiéndome la saya.
ALCALDE. ¿Qué ha sido esto?
TERENCIO. Señor;
este insolente, que trata
de seducir a dos niñas
de estimación.
ABATE. Él se engaña.

TERENCIO. ¿Cómo engañarme? ¡Clarita!
Ante el señor Juez declara...
Mas ¿dónde está? No parece...
¡Clara! ¡Clarita! ¡Mi Clara!
Señor Juez; a mi pupila
me la han robado. Aquí hay trampa.
Don Antonio, o don demonio,
decid: ¿quién es esa dama,
o esa prima, que se lleva
a Clarita?

ANTONIO. No sé nada.

ALCALDE. Esa no es respuesta.

TERENCIO. Usted
ha de entregarme a mi Clara.

ANTONIO. Pues, señor Juez, esa niña...

TERENCIO. No masque usted las palabras.

ANTONIO. Ahora está con su marido,
don Narciso de Peralta.

MELIS. ¡Qué escucho! ¡Crüel..., aleve!...
¡Ay triste!
(Cae en los brazos del Abate y de don Líquido.)

LÍQUIDO. ¡Que se desmaya!

ABATE. Aquí tengo yo el succino.

LÍQUIDO. Voy por un médico... *(Vase.)*

ABATE. Marcha,
mientras la conforto.

TERENCIO. ¡Cielos!,
¿cómo puede estar casada
si soy su esposo futuro?

ANTONIO. Ella estaba violentada
en vuestro poder; y, así,

da su mano al que idolatra.
TERENCIO. No puede ser. Señor Juez,
hacedme justicia.
ALCALDE. Basta.
Esa señora ha elegido
un hombre de circunstancias
por esposo, y ya serán
vuestras pretensiones vanas.
TERENCIO. ¡Esto escucho! ¡Ay mis talegas!
¡Qué golpes para mis arcas!
¡Yo me muero! El corazón
parece que se me arranca.
¡Confesión; que me han matado
y doy ya las boqueadas! *(Cae.)*
ALCALDE. ¡Un médico!

Salen DON LÍQUIDO y el MÉDICO.

LÍQUIDO. Ya lo traigo.
MÉDICO. Acudamos a esta dama
primeramente. Veamos
el pulso.
ABATE. ¿Cómo se halla?
MÉDICO. ¡Lance grave! El esternón
se le ha oblicuado y le amagan
unas pandiculaciones
que las fiebres le desgarran.
Veamos el otro enfermo (1).
ABATE. Conque dime: ¿aquella moza

(1) Falta un verso que no aparece en los ejemplares.

te citó para su casa?
LÍQUIDO. ¡Hombre! Déjame, que estoy
hecho un veneno.
ABATE. Y la cara,
¿qué tal era?
LÍQUIDO. No me pudras.
ALCALDE. ¿Qué os parece?
MÉDICO. Hay mucha causa.
La bilis va relajando
las linfas y las substancias
excreticias. Al momento
condúzcanle a su posada;
que allí, con quince ventosas
se socorrerá. Esta dama
exige un pronto remedio:
al momento, ochenta dracmas
de jalapa.
ABATE. Eso es purgante.
MÉDICO. ¿Qué sabe usted? La jalapa...
ABATE. Señora; vuelva usted pronto,
porque si no aquí la matan.
MELIS. ¡Ay de mí!
LÍQUIDO. Ya ha vuelto en sí.
ALCALDE. Pues condúzcanla a su casa.
MELIS. ¿Adónde está ese traidor?
Yo exhalo, sin duda, el alma.
Abatito; el epitafio
se lo encargo a usted.
ABATE. Madama;
ánimo, que aquí estoy yo.
TERENCIO. Socorredme, Santa Paula.
ALCALDE. Ya ha vuelto en sí.

Salen MINISTROS con DON NARCISO y DOÑA CLARA.

MINISTRO. Señor Juez;
aquí traigo estas dos damas
que se escapaban, huyendo.
CLARITA. Pero si ya estoy casada...
TERENCIO. Mira, pícara...
ALCALDE. Teneos;
que una vez que doña Clara
ha elegido estado, yo
la pondré depositada
hasta efectuar la boda.
NARCISO. Doy a usted rendidas gracias.
CLARITA. Pues, señor Juez, deposite
también en la misma casa
a don Narciso conmigo.
TERENCIO. ¡Ah, perra; si te agarrara!...
Señor Alcalde; por Dios,
que me la ahorquen.
ALCALDE. ¡Eh, basta
de voces! A divertirse,
y poniéndose a las plantas
de este auditorio...
TODOS. Pidamos
el perdón de nuestras faltas.

FIN

EL SOLDADO TRAGABALAS

SAINETE

PERSONAS

Granadero.	Forastera.
Juan Perejil.	Sacristán.
Basilia.	Ministro.
Contrabandista.	Payo.
Beata.	Teresa.

EL SOLDADO TRAGABALAS

Casa pobre, con sillas y un velador con un candil. Sale TÍO JUAN PEREJIL, de payo, con capa y muy alegre.

JUAN. Bendito el que te inventó,
lotería, de Dios sea.
¿Quién me lo dijera a mí;
quién, que por una friolera
de ciento y setenta cuartos
he de tomar, según cuenta,
setenta y seis mil reales,
que no hay en toda esta tierra
hombre que los haya visto?
¡Qué fortuna tan completa!
Vamos, chica, ¿no te acabas
de componer; di? ¡Teresa!

TERESA. *(Saliendo.)* ¿Qué manda usted?

JUAN. ¿Y la chica?

TERESA. ¿No dijo usted se pusiera
todo lo del arca?

JUAN. Sí.

TERESA. Pues qué, ¿es tan poca faena?
Vaya que usted...

JUAN. Oyes, oyes;
no me seas bachillera,
que ya es otro tiempo. ¡Digo!
Ea; cuenta con la cuenta.

TERESA. Pues si usted... yo...

JUAN. ¡Noramala!
Vaya a fregar la muy puerca,
y no me sea respondona.

TERESA. ¡Jesús!, ¿qué mudanza es ésta?
Usted perdone, tío mío... *(Vase.)*

JUAN. Miren la gatica muerta.
En siendo los hombres ricos,
hacen temblar a cualquiera.

Sale el GRANADERO con gorra, fusil, cartuchera, fornitura y una boleta.

GRANAD. Deo gracias. ¿Juan Perejil,
vive en la casita esta?

JUAN. Don Juan Perejil es quien
vive en ella. ¡Habrá friolera
de cortesía!

GRANAD. Ello, aquí
dice sólo la boleta:
Juan Perejil. Pegue usted
con quien me la dió.

JUAN. Eso era
en otro tiempo; que ahora
no sufro yo Juan a secas.

GRANAD. Pues, por mí, ya concedido
tenéis el Don. Excelencia
os llamaré, si me dais

buena cama y buena cena;
tomad la boleta, y donde
he de acomodarme vea;
que estoy cansado, tío Juan,
y quiero estirar las piernas.

JUAN. ¡Dale con Juan!

GRANAD. Don demonio,
don Juan o lo que usted quiera.

JUAN. Por ahora, en cualquier rincón
puede arrimar la escopeta
y por un rato sentarse;
que esta noche ha de haber gresca,
digo de baile, porque
les he dicho que viniera
a divertirse, en acción
de gracias, todo el que quiera,
tanto forastero como
del lugar.

GRANAD. ¿Conque habrá cena?

JUAN. No, señor; eso será
cuando los dineros vengan
que gané en la lotería.

GRANAD. ¿Conque le ha salido?

JUAN. ¡Buena
pregunta! ¿Pues por qué yo
he armado toda esta fiesta?
Usted estése quedito,
si no trae mucha priesa;
y, aunque unos días lo pase
con trabajo, cuando venga
el dinero yo le ofrezco
que una vida, amigo, tenga

de un Príncipe: comer bien,
buen trago, la cama buena,
pasearse, buen tabaco
y a todas las horas fiesta.

GRANAD. ¿Conque sacó terno?

JUAN. Amigo;
fijos, cayeron setenta
y seis mil reales vellón,
limpios como una espetera.

GRANAD. Señor don Juan de mi alma;
no me iré yo de esta tierra
en treinta o cuarenta meses.

JUAN. Pues qué, ¿es tanta la licencia
que trae?

GRANAD. No, amigo; pero
para todo se halla treta
en el mundo. Yo me haré
una llaga en una pierna,
con cantáridas; se saca
certificación, que prueba
mi forzosa detención,
y hago mi licencia eterna.

JUAN. Y qué, ¿por eso tan sólo
quiere aguantar tal molestia?
Eso es cuento.

GRANAD. Amigo mío;
los que estamos en la guerra
tenemos carne de perro.
Para mí éstas son frioleras,
porque estoy hecho a tragarme
las balas mejor que almendras.

JUAN. ¿Tragar balas? ¿Qué habla usted?

¿De verdad?
GRANAD. Y muy de veras.
JUAN. ¿Y de cañón?
GRANAD. De cañón.
JUAN. ¿Por dónde diablos le entran?
GRANAD. Por la boca.
JUAN. ¿Por la boca?
GRANAD. Sí, señor; que las calienta
la pólvora y vienen blandas
lo mismo que una manteca.
JUAN. ¡Válgame Dios! Vea usted
por qué es bueno el andar tierras.
Como uno no ha visto mundo,
todo se le hace de nuevas.
GRANAD. *Tragabalas* me llamaban
en el campo de la guerra.
JUAN. ¡Válgame Dios!
GRANAD. Oiga usted
mi valor adónde llega.
Estando yo en la avanzada
haciendo la centinela,
veo venir ocho enemigos,
uno tras otro, a la empresa
de llevarme prisionero.
Yo, al punto, con ligereza
di un cuarto de conversión,
media vuelta a la derecha;
apunto con mi fusil,
pero con tanta certeza,
que de los ocho enemigos
los siete dieron en tierra;
mas el uno que quedaba

sacó de la faltriquera
un cañón de veinte y cuatro,
montado con su cureña,
todo lleno de metralla;
me apunta; yo dije: «¡Ea,
Tragabalas; ahora es tiempo
de que tu valor se vea!»
Acércome cuatro pasos,
abro la boca, y por ella
me tragué cañón, metralla,
el enemigo y cureña.

JUAN. ¡Jesús; de oir tales cosas
hasta las piernas me tiemblan!
Mas ¿cómo dentro del cuerpo
(y perdone la imprudencia)
le cupo a usted tanto, y cómo
le sacaron la cureña,
cañón, el hombre y metralla?

GRANAD. ¿Eso? Con una friolera.
Me fuí a ver al cirujano;
me dió una purga compuesta
de balas de a diez y seis,
desleídas en salmuera
y en píldoras; y, a las tres
tomas, todo salió fuera.

JUAN. ¡Qué asombro! ¡Válgame Dios!
Si aquí algún tonto estuviera,
de los muchos que no saben
ni han estudiado en la escuela,
diría que eso es mentira.

GRANAD. ¡Cómo mentira! Le hiciera,
si alguno no me creyere

lo que digo, la cabeza
y cuello mil rebanadas.

JUAN. Pues por eso razón mesma
lo creo yo; por no exponerme
a que me quede sin ella.

GRANAD. Vamos ahora a otro asunto,
y dejemos el de guerra.
¿Qué números han salido?

JUAN. El diez y ocho, quince y treinta
son los que a mí me tocaron.

Sale BASILIA vestida de ridícula amelchorada, y encima una chupa de hombre antigua y un sombrero de tres picos. El Granadero se retira a arrimar el fusil, de forma que no la vea hasta su verso.

BASILIA. Padre; me ha dicho Teresa
que estaba usted enfadado.
¿Por qué ha sido?

JUAN. ¡Habrá perversa
muchacha, y con lo que sale!
¿Qué disfraz es ése?

BASILIA. ¡Buena!
¿Conque manda usted me ponga
todo lo del arca a cuestas
porque hay función, y ahora sale
con hacérseme de nuevas?
Yo he hecho lo que usted me dijo.

GRANAD. Vaya, que la casa esta
es una jaula de tontos.

JUAN. Te dije que te pusieras
toda la ropa mejor

tuya, no mía, mostrenca.
Quítatela en el instante,
no te rompa la cabeza.

BASILIA. Pues, otra vez, hable claro
para que todos lo entiendan.

JUAN. Agradece a que se halla
aquí, en nuestra casa mesma,
alojado hoy el *señor*
Tragabalas y Cureñas;
que si no, te acordarías,
bobona, de tu simpleza.

GRANAD. Vaya, eso no importa nada.
A bien que en casa se queda.
Señorita, sosegaos.

BASILIA. ¡Ay padre mío, qué horrenda
visión! ¡San Antonio; ay!
Padre; por Dios me defienda.

JUAN. Muchacha, muchacha, tente;
que no es fantasma; no temas,
que es un señor Granadero
del Rey Su Majestad.

BASILIA. Sea;
no quiero que a mí se me arrime.
¡Jesús, qué cosa tan fea!

JUAN. Sentarse todos.
(Se sienta el Granadero junto a Basilia.)

GRANAD. Yo voy
a enamorar a esta bestia
tonta, para tener parte
en el terno de setenta
mil reales y pico, si
logro casarme con ella. *(Se sientan todos.)*

MINISTRO. *(Saliendo.)* Señor don Juan Perejil,
buenas noches.

JUAN. Que las tenga
muy buenas, señor Ministro.
¿Venís también a la fiesta,
o qué asunto os trae?

MINISTRO. Sólo
a darle la enhorabuena
el Concejo me ha enviado;
que a mí este honor me franquea,
y de su parte os ofrece
todo cuanto se os ofrezca.

JUAN. A mi señora la Villa
le estimo tanta fineza;
y de mi parte diréis
todo aquello que... etcetera.

MINISTRO. Así lo diré.

JUAN. Sentaos,
y gozaréis de la fiesta. *(Se sienta.)*

MINISTRO. ¿Conque un terno os ha caído?

JUAN. El diez y ocho, quince y treinta.

MINISTRO. ¡Dichoso Juan, y dichosos
los que los ternos aciertan!

BASILIA. Oye usted: ¿qué pelo es ese
que trae en esa montera?

GRANAD. Esto es pelo de dïablo.

BASILIA. ¡Qué lisito está! Pues cuenta
que no creí que los diablos
tan liso el pelo tuvieran.
Oye usted: ¿y esto, qué es?

GRANAD. Estas son las cartucheras.

BASILIA. ¿Y para qué sirve eso?

GRANAD. Para llevar la merienda
al enemigo.

BASILIA. Pues qué,
¿usted ha estado en la guerra?

GRANAD. ¡Pues si vengo ahora de allí!

JUAN. Señor Ministro; usted sepa
tengo el honor de tener
en mi casa y a la fiesta,
esta noche, aquí al *señor*
Tragabalas y Cureñas.

MINISTRO. ¿Qué dice usted?

JUAN. Lo que escucha.

MINISTRO. Sea muy enhorabuena.

GRANAD. Mil gracias.

MINISTRO. ¿Y traga usted
balas, o eso es cuchufleta?

GRANAD. Sí, señor; y también trago
ministros, si se ofreciera.

MINISTRO. ¡Santa Bárbara bendita!

JUAN. Estando yo aquí no tema.

GRANAD. ¿Y cómo os llamáis, salada?

BASILIA. No, señor; ¿quién eso piensa?
Salada, yo no me llamo.

GRANAD. ¿Pues cómo es la gracia vuestra?

BASILIA. Basilisca.

GRANAD. ¿Basilisca?

JUAN. Yo le diré a usted por qué ella
se llama así: ella nació
el día que se celebra
San Basilio, y Basilisca
el llamarla ha sido fuerza.

SACRISTÁN. *(Saliendo.)* Cuanto se acabó el bautismo

de la hija de la Alcaldesa,
vengo, como me cogió,
también a hallarme en la fiesta.
Sea para bien la fortuna
que se ha entrado por sus puertas,
y cuente en mis facultades
el día que usted se muera,
porque el doble de campanas
y entierro corre a mi cuenta.

JUAN. Primero te mueras tú
y toda tu parentela.
Caballeros; muchas gracias.
Vayan tomando silletas.

BEATA. *(Saliendo.)* Dios sea en aquesta casa
y su santa providencia.

JUAN. Adiós, señora Beata;
¿qué buena venida es ésta?

BEATA. Señor mío; Dios nos manda
que de las suertes adversas
del prójimo nos dolamos;
y, al contrario, si se llega
a ver en prosperidad
lo celebremos; y es fuerza
a fuer de cristiana hacerlo,
aunque pecadora.

GRANAD. A éstas
les diera yo en un borrico
un refresco con la penca.

JUAN. Siéntese, buena mujer,
por aquí.

BEATA. ¡Ojalá lo fuera!
¿Buena yo? Soy la más mala

de las que pisan la tierra.
Soy malísima.
GRANAD. Jamás
has dicho verdad más cierta.
JUAN. Vaya, vaya; bien sabemos
su vida; siéntese, ea.
BEATA. Lo haré; pero algo apartada,
que no me gustan las mezclas.
No porque todos no son
unos santos; si dijera
otra cosa pecaría;
pero conozco que es yesca
la mujer; el hombre, fuego;
el enemigo, pajuela;
la ocasión, el pedernal;
el eslabón, la flaqueza;
la tentación da un chasquido,
y la resistencia vuela.
GRANAD. Si nos viene con tontunas,
hermana, váyase fuera;
que aquí no hay nada de malo,
sino diversión.
BEATA. Que sea
en paz y en gracia de Dios.
No penséis que no me alegra
un ratito de función;
que en siendo decente, honesta
y en términos regulares,
no se carga la conciencia.
SACRISTÁN. Vaya; siéntese usté aquí,
junto a mí.
BEATA. Sea norabuena;

me sentaré; que me basta
que dependa de la Iglesia.

GRANAD. Vamos, don Juan, ¿no se baila?

JUAN. ¿No han traído la vihuela
todavía? ¡Voto a mi abuelo!
¿Se dará mayor postema?

FORAST. *(Sale de maja.)* ¿Los dueños de la función
me permitirán licencia?

JUAN. Entre usted, Madama.

FORAST. A espacio.
¿Yo maáma? ¿Quién tal piensa?
Ni yo lo soy, ni lo he sido,
ni quiera Dios que lo sea.

JUAN. Sea lo que usted quisiere,
¿qué buena venida es ésta?

FORAST. Señor; yo he llegado hoy
a esta villa; y, en la mesa,
me dijeron al cenar
que en esta casa había fiesta.
Yo soy tan aficionada
que, en oyendo castañuelas,
aunque se pasen tres días
sin comer, estoy contenta;
y así me he entrado hasta aquí.
Si no hay cabida, najencia.

JUAN. ¡Como soy que me ha gustado!
Ea, siéntese donde quiera,
que poco pueden tardar
en traerme la vihuela.

FORAST. Con la licencia de ustedes. *(Se sienta.)*

JUAN. Ya está la gente completa.

BASILIA. Oiga usted: ¿y esto, qué es?

GRANAD. No tires con tanta fuerza,
que me arrancas el bigote.
BASILIA. Quítese esa pelandrera
y estará usted más bonito.
JUAN. Parece que ya te peta
el señor militar, chica.
BASILIA. ¡Es que unas cosas me cuenta
tan bonitas! Vaya, vaya.
JUAN. Pues yo nada, y estoy cerca,
he oído.
BASILIA. Es que me las dice
aquí juntito a la oreja.
SACRISTÁN. Esté usted, alma de Dios,
en que la quiero de veras;
y usted lo sabe.
BEATA. Hijo mío;
no me tenga por tan lerda
que no le haya comprendido,
y sé que todo es fachenda,
porque yo digo: ¡canasto!,
y sobre todo: ¡canela!
(Levántase el Granadero y dice al oído a la Beata):
GRANAD. Oiga usted, madre Beata;
mire que presente tenga
que es pedernal la ocasión;
que es el diablo la pajuela;
el fuego es el Sacristán;
usted, santita, la yesca;
la tentación da un chasquido,
y luego el beaterio vuela.
BEATA. Haga lo que yo le digo,

y en lo que hago no se meta.
GRANAD. ¡Quítese de ahí la gazmoña,
hipócrita y embustera!
BEATA. *(Se levanta enfadada.)*
Como usted, pícaro, infame...
¡Voto a San, que si tuviera...!
Pero ¿qué digo, Jesús!
Soy muy mala; soy perversa.
Vuestra voluntad se haga
en los cielos y en la tierra.
GRANAD. Ya esto se acabó. Don Juan,
¿qué hacemos? Vaya.
JUAN. Ya a ésta
le estaba diciendo que
una relación dijera
que su abuela le enseñó,
y dice que no se acuerda.
MINISTRO. Vaya, pues; cualquiera cosa.
BASILIA. Si tengo mucha vergüenza...
JUAN. Vaya, hija, hazlo por mí.
BASILIA. No quiero, padre. ¡Hay tal tema!
JUAN. ¡Bendita seas! ¡Qué humilde!
GRANAD. Pues hágalo usted siquiera
porque se lo ruego yo.
BASILIA. Si usted me lo manda, es fuerza.
¿Qué tendrán estas casacas
que así arrastran a las hembras?
Voy allá... Si no me acuerdo...
En fin, diré lo que sepa:
«Santo Cristo de la luz;
Señor del cielo y la tierra;
desatad mi torpe labio

y dadle voz a mi lengua,
mientras la segunda parte
canto de Francisco Esteban;
atención que...» Se me fué.
Ustedes perdonen... *(Cortesía, y se sienta.)*

TODOS. ¡Buena!

JUAN. ¡Bendita sea tu gracia!
Mira, mira; te comiera.
Y bien, señorita, diga:
¿qué tiene que está tan seria?

FORAST. ¿Qué quiere usted? Como soy,
ya lo ve usted, forastera,
estoy como en el corral
está la gallina ajena.

JUAN. ¡Por vida lo que mal gasto,
que en viniendo la vihuela
hemos de bailar los dos
ocho pares de boleras!
Ya me parece que estoy
con usted bailando. Ea. *(Baila.)*
¡Toma castañas, chiquilla!
¡Bien parao; anda Manuela!

TODOS. Señor don Juan, ¿estáis loco?

JUAN. En llegando a estas materias
de boleras y fandango,
me vuelvo todo jalea.
¡Sobre que ya estoy alegre!
Aunque sea sin vihuela
quiero bailar con usted,
Beata.

BEATA. ¡Jesús! ¿Quién tal piensa?
Pero, porque no se diga,

bailemos enhorabuena.
JUAN. Hagan ustedes el son
con las palmas y la lengua.
(Hacen el son del fandango con la boca y las palmas, y bailan los dos hasta que digan los versos.)
GRANAD. Madre Beata, ¿qué es esto?
BEATA. Es verdad; soy muy perversa.
Vuestra voluntad se haga
en los cielos y en la tierra. *(Se sientan.)*

Sale el CONTRABANDISTA con montera y capote a la andaluza, con gran charpa y trabuco terciado al brazo.

CONT. Alabado sea el que cría
toítas las cosas buenas.
JUAN. ¡Hola! ¿Qué busca usté, amigo?
¡Si éste es ladrón, Santa Tecla,
y vendrá a robarme el terno,
como si en casa estuviera?
TODOS. ¡Ay, qué susto! *(Se levantan.)*
CONT. Quietecitos;
nadie del puesto se mueva.
No hay que asustarse, que yo
soy hombre como cualquiera.
JUAN. Pues en mi casa a estas horas,
¿qué buscáis de esa manera?
El terno aun no lo he cobrado;
un ochavo no se encuentra
en toda la casa; conque...
CONT. ¿Qué dice? Calle esa lengua,
si no quiere que a un disparo

en harina lo convierta.
¡Por vida!...

JUAN. Seor *Tragabalas;*
usted que es tan guapo, venga
y tráguese usté ese hombre.

BASILIA. ¡Por Dios; que usted no se pierda!

JUAN. Levántese, amigo mío,
por la gloria de su abuela.

GRANAD. En mi vida hice yo caso
de medios días; mas ea;
pues usted lo quiere, voy
a que de verme se muera.
Sentarse todos, que yo
aquí haré lo que convenga.
(Saca el sable, y se va a la punta del teatro a hablar al Contrabandista.)
Mocito; míreme usted.

CONT. Ya le miro... ¡Qué friolera!

GRANAD. ¿Me ha visto usted bien?

CONT. Y mucho.

GRANAD. Pues se acabó la pendencia.
¿A qué ha entrado usted aquí?

CONT. A bailar en esta fiesta.

GRANAD. ¿Usted sabe que yo soy
conocido en esta guerra
por mal nombre *Tragabalas?*

CONT. No, señor.

GRANAD. Usted lo sepa;
y le digo que al instante
corriendo tome la puerta,
antes que con este niño
le eche al suelo la cabeza.

CONT. Le digo no me da gana,
y que todo eso es fachenda,
y usted es un baladrón
que no tiene más que lengua.

GRANAD. No le mato a usté aquí mismo
porque me causa vergüenza
emplearme en su persona;
que es usté un pobre trompeta.
¿Reñimos o no?

CONT. Riñamos.

GRANAD. ¿Y por una friolera
hemos aquí de matarnos?
Dígame usté : ¿y de qué tierra
es usted?

CONT. Soy andaluz.

GRANAD. Yo también, compadre; venga
esa mano; siempre amigos
y muérase el que se muera.
Don Juan; ya está usted servido.
Ese hombre ya es de manteca.

JUAN. Pero, señor, ¿no sabremos
a qué fué la entrada esta?

CONT. Ya he dicho que sólo vengo
a bailar en esta fiesta.

PAYO. *(Saliendo.)* Para usted, señor don Juan,
han traído la carta esa.

JUAN. Ea; ya vino el dinero.
Por favor, usted me lea
la carta.

GRANAD. Con mucho gusto.
Escuche usté.

JUAN. Estoy alerta.

GRANAD. *(Leyendo.)* «Juan y hermano mío: Tu familia estará buena. Acá lo mismo; y, en fin, por no cansarte más, te envío ésta a que sabrás que yo me engañé en la que hubiste de recibir antes que ésta; porque, por poner el treinta y cinco, puse el treinta, y no ha salido. Conque no has ganado nada; y, así, envíame dinero para echar, y no desconfíes, que si en ésta no ha salido, en otra puede ser que sea lo que Dios quiera. — Salamanca, a cuatro de este año. — Tu hermano el chico.»
¡Ay qué desdicha, señores!
Ya se remató esta fiesta.
¿Adónde está mi fusil?;
que voy a tomar la fresca,
que aquí hace calor.

JUAN. ¡Por vida!...
¡Que me suceda esta afrenta!

SACRISTÁN. Por si se mata y hay doble,
voy a esperar a la iglesia. *(Vase.)*

MINISTRO. Ya no hay nada, señó Juan,
de lo dicho; y que se queda
como antes: Juan Perejil,
sin el don ni el din. Paciencia. *(Vase.)*

BEATA. Hermano; voy a pedir
al Cielo que le dé fuerzas. *(Vase.)*

BASILIA. ¿Y usted se va?

GRANAD. Con las patas.

BASILIA. ¿Pues no me dijo le diera
palabra de casamiento?
¿Agora por qué me deja?

GRANAD. Porque estaba enamorado,
no de ti, de la moneda.
¿Había terno? Hay palabra.
¿No hay terno? Me llamo fuera.

CONT. No pego fuego a esta casa,
de lástima. Usted, majeza,
¿gusta se arme el jollín
en la posada?

FORAST. Me peta.

CONT. Pues venga usted, mi Catuja.

FORAST. Vamos, mi Francisco Esteban.
(Vanse los dos.)

JUAN. Si no mirara...

TERESA. *(Saliendo.)* Señor;
aquí está ya la vihuela.

JUAN. *(Desesperado.)*
Échala con mil demonios.
La carta maldita sea,
y maldita mi fortuna;
que si aquí tuviera cuerda,
me ahorcara. Me he de arañar
contra el suelo la cabeza;
me he de partir.
(Se araña y tira al suelo, dándose cabezadas; y se levanta.)

BASILIA. ¡Padre, padre!

TERESA. ¡Tío!

JUAN. ¡Que no me saliera
el número treinta y cinco!

GRANAD. No le dé cuidao; duerma,
y como si lo tuviere;
y tenga por cosa cierta

que, en siendo yo General,
le señalaré una renta.
JUAN. Hija, llévame a la cama;
que el haber salido el treinta,
en lugar del treinta y cinco,
me ha de costar el *Requiescam* (1).
GRANAD. Tío Juan, amigo; aquí
no hay más que tener paciencia.
TODOS. Y pedir al auditorio
perdón de las faltas nuestras.

---

(1) Textual.

FIN

EL SOLDADO FANFARRÓN

SAINETE

—

PRIMERA PARTE

PERSONAS

El soldado Poenco.
Diego, majo.
Currita, hija de
La tía Juana.
Tomasa.
Tío Peneque, casero.
Verruga.
Un cabo de barrio.
Dos disfrazados.
Pepa.
Micaela.
Estanislao.

EL SOLDADO FANFARRÓN

PRIMERA PARTE

Casa pobre con una estera arrollada en un rincón; mesa con vasos, botella y unos bizcochos; sillas de paja. Aparece TOMASA cosiendo, y canta la siguiente copla. Y sale CURRITA sobresaltada, trayendo de la mano a DIEGO.

TOMASA. *(Cantando.)*
Es mi majo soldado,
pero tan pobre
que vale veinte pesos
cada bigote.

CURRITA. *(Saliendo, a Diego.)*
Entra; no te vea mi madre.

TOMASA. Vaya, Currita, ¿qué es esto?

CURRITA. Que mi madre viene acá;
y, si me encuentra con Diego,
me ha de dar una tollina.

TOMASA. Pues al avío; ¿qué hacemos?
Escóndase usted detrás
de la tinaja.

DIEGO. Salero;
¿será cosa que yo salga
con humedad en los huesos?

CURRITA. Pues métete tras la estera.

TOMASA. Vamos; menee usté el cuerpo,
sangre de oro.
DIEGO. Despacito;
que no soy ningún muñeco,
que se mete en cualquier parte.
(Se esconde.)
TOMASA. Vaya; doble usté el pescuezo;
y, hasta que le avise yo,
se ha de tragar el resuello.
CURRITA. Sobre que no gana una
para sustos.
TOMASA. Chist; sosiego.
JUANA. *(Saliendo.)* ¿Qué haces tú aquí?
CURRITA. Le pedía
una hebra de hilo negro
a la señora Tomasa.
JUANA. Ya te he dicho que no quiero
que te metas en los cuartos
de las vecinas.
CURRITA. Si vengo...
JUANA. Marcha a tu sala. *(Le pega y ella huye.)*
CURRITA. Ya voy. *(Vase.)*
TOMASA. ¡Carambola, y qué buen genio
tiene usted, señá casera!
JUANA. Así es menester tenerlo
con estas mocosas.
TOMASA. Vaya;
siéntese usted.
JUANA. *(Se sienta.)* Tomaremos
un polvo. ¿Conque esta noche
tendrá usté en casa jaleo?
TOMASA. Como es día de mi santo...

JUANA. Ya me hago cargo. Me alegro.
¿Y su marido de usted,
cuándo viene?
TOMASA. Ha poco tiempo
que se embarcó para Lima.
JUANA. ¿Y tiene usted parentesco
con ese señor soldado
que está aquí siempre de asiento?
TOMASA. Ese hombre es un amigo
de mi marido.
JUANA. Yo vengo
a darle a usté un consejito.
TOMASA. Mejor fuera algún dinero,
que me hace falta.
JUANA. Conmigo
no valen soflamas, ¡cuerno!,
que soy la casera.
TOMASA. Bien;
la casera, ¿y qué tenemos?
¿Me pondrá usté en el Hospicio?
JUANA. No, señora; pero puedo
espantar zánganos, siempre
que me lo pida a mí el pecho.
TOMASA. ¿Y a qué santo pago yo
cada mes un par de pesos?
¿Es para que se hinche el amo
de gallinas el coleto,
o para que me visite
quien me dé la gana?
JUANA. Hablemos
más bajito, niña mía.
Ya ve usted que no es bien hecho

que la puerta esté entornada
cuando está el soldado dentro.

TOMASA. ¿Quién lo dice?

JUANA. Todas, todas
las vecinas.

TOMASA. Nunca vemos
nuestras faltas. Más valiera
que se dejasen de enredos
y hubiese menos tapujos
en la casa.

JUANA. ¿Cómo es eso
de tapujos?

TOMASA. Sí, señora;
yo lo digo y lo mantengo.
Hay doncellita que trae
tres monos al retortero;
de modo que, por las noches,
si yo tuviese pequeño
el corazón, me asombrara
con los fantasmas que veo.

JUANA. Yo jamás he visto nada.

TOMASA. Tendrá usted los ojos hueros;
porque yo, por las mañanas,
encuentro el patio cubierto
de virutas y caliza.

JUANA. ¿Sí? Pues yo pondré remedio.
¡Jesús mil veces! El amo
es un sujeto de aquellos
que cada día consultan
al confesor; y es tan recto
que no se pasa un instante
sin estarme repitiendo:

«Casera, los alquileres;
casera, recogimiento.»
SOLDADO. (*Saliendo.*) Felices, señá Tomasa.
TOMASA. Téngalos usted muy buenos.
JUANA. Yo me voy; que mi marido
está esperando el almuerzo.
TOMASA. Adiós, señora casera.
JUANA. Señora, tenga usté abierto;
que entre la gracia de Dios.
TOMASA. Es que corre mucho fresco.
JUANA. ¡Jesús! Yo tengo bochorno.
Hijita mía, hasta luego. (*Vase.*)
TOMASA. Quemadas sean tus palabras.
SOLDADO. Ya me estaba a mí jediendo
la visita.
TOMASA. Por usted
todos me roen los huesos.
SOLDADO. ¿Conque por mí?
TOMASA. Sí, señor;
y, así, busque su remedio
prontito, porque yo estoy
como cuando nada quiero.
SOLDADO. ¿Sabe usted que me ha dejado
lo mismísimo que un hielo?
¡Caracoles y qué móo!...
TOMASA. Es porque me están saliendo
ya las muelas del jüicio.
SOLDADO. Pero, diga usted, salero:
¿ha reflexionado usted
despacio quién es Poenco?
TOMASA. A menudo; ya se ve,
el nombre lo está diciendo:

un animal que anda siempre
dando carreras en pelo
tras las perdices. ¿Me engaño?

SOLDADO. No va usted del todo lejos.
¿Pero no le ha visto usted
los colmillos?

TOMASA. Como es viejo,
se le habrán caído ya.

SOLDADO. ¿De veritas?

TOMASA. Por supuesto.

SOLDADO. Crea usté; no lo sabía.

TOMASA. ¡Pobrecito! Pues lo siento.

SOLDADO. ¡Cachirulo; y qué calmita!
Sobre que tengo revueltos
los sentidos garrafales
de escucharla a usté.

TOMASA. Y yo tengo
antojo de que se naje,
porque ya me hiede a sebo.

SOLDADO. Mujer, ¿qué está usted charlando?
Vaya, ¿si estará corriendo
Levante? ¿No sabe usted
que a Mariquilla Espejuelos
le alargué cuatro pulgadas
la boca por eso mesmo?

TOMASA. ¿Qué significa esa historia?
¿Me quiere usted meter miedo?
¡Caramba con estos guapos,
que en diciéndoles: No quiero,
nos empiezan a cantar
los romances de Oliveros
y Francisco Esteban! Ea;

se acabaron los respetos.
No lo quiero a usted; clarito.

SOLDADO. Sobre que me estoy riendo.
Al poer me has de querer.

TOMASA. ¿Yo al poer?

SOLDADO. Cabal.

TOMASA. Primero
me estrellarán contra un canto.

SOLDADO. Pues míe usted lo que le advierto:
el día que con un mono
la encuentre tomando el fresco...
¿Ve usté esta mano?

TOMASA. Ya estoy.

SOLDADO. ¿La ve usted?

TOMASA. Sí, ya la veo.

SOLDADO. Pues hasta el cóo se la soplo
por la calle del garguero
al majo que a mí me dé
jachares; cuenta con ello;
que tengo mal alma.

TOMASA. ¿Sí?
Pues, por lo mesmo, le tengo
de pasar por los hocicos
dos charreteras.

SOLDADO. Callemos;
que esto se va engrimpolando;
y a mí me importan los sesos
dos blancas.

TOMASA. Vaya, señor;
apague usted tanto fuego
con un trago. Tome usted.
(Le presenta vaso y botella. Tose Diego.)

SOLDADO. ¡Canario! ¿Quién tosió dentro
de la sala?

TOMASA. Será el gato,
que menea algún trebejo.

SOLDADO. Cuenta con lo que se hace;
advierta usté que el Poenco
huele la carne a diez leguas;
y que, en pescándole un hueso,
se acabó al punto el fregao
para *requiem in eternum.*

TOMASA. Calle usté el jocico, y beba.

SOLDADO. Se conoce que hoy tenemos
visita. Ya; como es día
de su santo, habrá bureo.

TOMASA. Por supuesto.

SOLDADO. ¡Ah, y qué jeor
se ha de armar, como ande tuerto
el asunto!

TOMASA. Tome usted
un bizcochito, y silencio.

SOLDADO. ¿Es como el beso de Judas?

TOMASA. Yo no gasto esos manejos.

SOLDADO. Pues muérdalo usted.

TOMASA. Ya está.

SOLDADO. Ahora, mas que sea veneno.

Salen PEPA, MICAELA, VERRUGA y ESTANISLAO.

ESTAN. Bueno; que están celebrando
a Santo Tomás.

TOMASA. Me alegro
que lleguéis a buena hora.

Vaya, niñas, un refresco. *(Les da.)*
VERRUGA. Adiós, señor melitar.
SOLDADO. Camaráa, tome usté asiento.
Señá Tomasa; ese vaso,
que estoy escupiendo espeso.
TOMASA. Cuidado con atracarse.
SOLDADO. Nadita menos que eso;
que hoy es día de que un hombre
tenga espejao el celebro.
Camaráas; vamos nosotros
a suavizarnos el pecho. *(Beben.)*
JUANA. *(Saliendo.)* Vecinita, ¿tiene usted
un pedacito de lienzo
para hacer una torcida?
TOMASA. Señá casera; no tengo.
JUANA. Quédense con Dios. ¡Qué gentes!
Todas son del Mundo Nuevo.
El día quince las despido. *(Vase.)*
TOMASA. Pepita; estoy que me quemo
con esta mujer; no para
de estar entrando y saliendo
para oler cuanto se hace.
PEPA. Pues yo tengo muy mal genio
para tratar con fisgonas.
MICAELA. Yo al instantito les pego
con la puerta en los hocicos.
VERRUGA. Lo que me causa más eco
es que el melitar se calle.
SOLDADO. Camaráa, si yo no puedo;
¿no ve usted que esa mujer
tiene que perder?
ESTAN. Es cierto;

dice usted bien, melitar.
SOLDADO. Pues si no fuera por eso,
¿quién le dice a usted que ya
no le hubiera yo al casero
metido la mano?
ESTAN. Nada;
prudencia.
SOLDADO. Si me condeno...
Mire usted; cuando traté
con la Zamba...
VERRUGA. ¿La del Puerto?
SOLDADO. ¿La conoce usted?
VERRUGA. Si fué
mi novia un poco de tiempo...
SOLDADO. Hombre, ¿ha visto usted qué mandria
la trata ahora?
VERRUGA. Fulgencio
el de *Güelva.*
SOLDADO. Sí, señor;
lo menos su mes y medio
comió pan de munición.
VERRUGA. Camaráa, ¡cuánto me alegro!
SOLDADO. Yo también; venga esa mano.
Pues como iba diciendo:
el casero de la Zamba,
que era Juan el zapatero,
comenzó a torcer la jeta
porque entraba cáa momento,
hasta que un día en el patio
se me presentó el mozuelo
y me dijo: «Melitar;
mire usted que yo le advierto

que no es cuartel esta casa.»
Camaráa; ya tuve el dedo
levantado para darle
en las narices; mas viendo
que lo iba a lastimar,
le dije: «Señor casero,
¿habla usted conmigo?» Entonces
ya le estaba yo midiendo
un pescozón. «De manera...
me respondió, que no quiero...
porque pitos, porque flautas...»
No es vaniá, ni lo cuento
con vino; pero al instante
lo agarré con estos dedos
por la parte posterior,
como quien toma un muñeco,
y lo zampé en el aljibe,
donde estuvo zambullendo
hasta que al cabo de un rato
lo sacaron seis gallegos.

VERRUGA. Obró usted como quien es.

PEPA. Con un fachenda es bien hecho.

SOLDADO. Si yo muchas veces callo
porque conozco mi genio;
después, como Dios me ha dado
aquestas manos de fierro,
se necesita prudencia
por no matar cáa momento.
(Cáese la estera, y se descubre Diego.)

MICAELA. ¿Qué se cayó?

TOMASA. Ya hay camorra,
si Dios no pone remedio.

SOLDADO. ¿Qué hace usted aquí, señor majo?
Señá Tomasa, ¿qué es esto?
¿Tiene usted, para alegrarnos,
algún entremés dispuesto?
TOMASA. El señor no es nada mío.
SOLDADO. Sobre que estoy satisfecho.
Éste sin duda es el gato
de endenantes.
TOMASA. Señor Poenco,
¿usted quiere le regalen
los oídos con el cuento?
Pues sepa usted que es el majo
de una amiga.
SOLDADO. Ya lo entiendo;
y se lo han prestado a usted
sin duda para ponerlo
en la ventana por mono.
DIEGO. Camaráa, ¿conmigo es eso?
PEPA y MICAELA. Ea; que esto se acabó.
VERRUGA. Vaya; bueno está lo bueno.
TOMASA. Caracoles; que ya estoy
de amor hasta los cabellos.
¿Quién me paga a mí la casa?
¿Me ha traído usté el almuerzo
alguna vez? Pues si nunca
se ha metido en ese empeño,
¿a qué son los alborotos?
SOLDADO. Sonsoniche; y no gritemos,
porque si echo mano al chisme,
tendré que calar dos cuerpos.
DIEGO. Camaráa, ¿cuál es el otro?

SOLDADO. ¿Se le antojó a usted el saberlo?
DIEGO. Me ha hecho el dicho tanta gracia...
SOLDADO. Me parece usted, salero,
alentaíto y de bríos.
DIEGO. Tengo yo mucho resuello.
SOLDADO. ¿Me conoce usted?
DIEGO. Yo no.
SOLDADO. Pues sepa usted que Poenco
es del barrio de la Tripa
y estudió en el Matadero.
DIEGO. Sabrá usted manejar bueyes.
SOLDADO. Apártese usted dos dedos,
que hace calor.
DIEGO. Si me gusta
verle de cerca el pellejo.
SOLDADO. ¿Conque le he gustado a usted?
DIEGO. Remucho.
SOLDADO. Pues yo deseo
hacerle a usté un cariñito.
DIEGO. ¿A que se lo hago primero?
SOLDADO. ¿A que no, gaché?
DIEGO. ¿A que sí?
SOLDADO. Si no me lo píe el cuerpo.
DIEGO. Pero si a mí me lo píe...
SOLDADO. Si no ha de ser.
DIEGO. Ya está hecho.
(Le da una bofetada.)
MUJERES. ¡Por Dios, melitar!
HOMBRES. Ya basta;
no haya camorra.
SOLDADO. Sosiego;
esto ha e quear más delgao...

Camaráa; saber deseo
si esto ha sido torniscón
o bofetáa.

DIEGO. Usted mesmo,
que lo ha sentido en la cara,
podrá dar razón del hecho.

SOLDADO. Ya; pero como usté anduvo
tan súpito, yo no puedo
saber si fué a mano abierta.

DIEGO. Pero ¿para qué es saberlo?

SOLDADO. Porque tengo vaniá
de que naide me haya puesto
los cinco dedos tendidos
en la cara.

VERRUGA. Ya está bueno,
melitar.

SOLDADO. Me condenara
si no aclarara yo el cuento.
¿A mí bofetáa?... ¡Churrú!...
¡Ay qué gustito, Poenco!...
¡Caramba, que soy capaz
de agujerearle el cuerpo
a una hormiga!

JUANA. *(Saliendo, a Currita.)* ¿Quién da voces?
Parece, la casa, infierno.

TOMASA. Oiga usted, señá casera;
no venga con aspavientos
a marearme, que yo
en su casa no me meto.

JUANA. Pues yo me vengo a meter,
porque exponerme no quiero
a que se maten sus majos

en mi casa.

TOMASA. ¿Cómo es eso?
No piense usted que es concurso
de acreedores. Señor Diego
es la prenda de su hija.

JUANA. ¿De mi hija?

TOMASA. Por supuesto.

JUANA. *(A Currita.)* ¡Ah perra! ¿Tú tienes novio?
(Acomete a pegarla.)

CURRITA. Madrecita; por San Pedro.

JUANA. Te he de sacar los redaños.

CURRITA. ¡Que me matan!

DIEGO y VERRUGA. Cepos quedos,
tía Juana.

JUANA. La he de matar.

CASERO. *(Saliendo.)*
¿Qué escándalo hay aquí dentro?

JUANA. La señora, que a tu hija
me la pierde.

CASERO. ¿Cómo es eso?

TOMASA. Poco a poco, so señora,
y sepa usted que yo tengo
más honor que toa su casta.

CASERO. Ya todos nos conocemos;
y, así, lo mejor será
que se mude usté al momento.

SOLDADO. Compadre; en cuanto a mudarse,
ni ella quiere ni yo quiero.

CASERO. ¿Quién le mete a usté en la renta
de lo excusado?

SOLDADO. Mi pecho;

porque como soy bonito,
en todas partes me meto.

CASERO. Quítese de aquí. *(Lo empuja.)*

SOLDADO. Tomasa;
por ti sola aguanto esto.
¿Quieres que le meta el puño?

TOMASA. No, por Dios, señor Poenco;
no me pierda usted.

SOLDADO. Si estoy
de coraje que no veo.
Tío Peneque; sepa usted
que lo que conmigo ha hecho,
naide, naide en este mundo
lo ha pensao.

CASERO. ¿Y qué tenemos?

SOLDADO. Mire usted que, si no fuera
por guardarle los respetos
a esta mujer...

CASERO. Si es chanela.

SOLDADO. ¿A que no tiene usted aliento
para volverme a empujar?

CASERO. Mírelo usted. *(Lo empuja.)*

SOLDADO. Esto es hecho;
aquí lo remato a usted.

TODOS. Señor melitar, sosiego.

SOLDADO. ¡Caramba, que aquí no hay gente
pa mí! Salga usted, casero;
y usted, so montera, salga,
que está puesto un hombre en medio.

JUANA. ¡Que matan a mi marío!

TOMASA. No haga usté esos aspavientos,
que no habrá náa.

CURRITA. Aquí está
el Cabo de barrio.
JUANA. Presto;
señor don Blas, entre usted.
SOLDADO. Guarda ese chisme corriendo.
TOMASA. ¡Malhaya sea la mixtela!
CABO. *(Saliendo.)* Señores; ¿qué ha sido esto,
que un remolino de gente
por la ventana está oyendo?
JUANA. El melitar, que sacó,
para mi esposo, un flamenco.
SOLDADO. Ni un francés ni un italiano
he sacado yo.
CABO. Al momento
quítenle ustedes el arma.
SOLDADO. Ni hay arma en tóo mi cuerpo,
ni un alfiler. Esto ha sido
que al desenvainar los deos
me relucieron las uñas,
y pensaron que era fierro.
CABO. Mas sepamos quién ha sido
la causa de tanto estruendo.
CASERO. Por esta señora es todo.
TOMASA. Usted es un embustero.
JUANA. Mire usted, señor Rondín...
VERRUGA. Yo diré a usted todo el cuento...
ESTAN. La casera entró...
VERRUGA. Y estaba
escondido el señor Diego...
TOMASA. Porque mire usté...
TODOS. El soldado...
CABO. Señores; tengan silencio,

y hable uno.

SOLDADO. Ese soy yo,
que causaré más respeto,
señor Rondín. Esta moza
es casada; el señor Diego
estaba tras de la estera;
yo, como tengo este genio,
que en picándome un mosquito
lo desmondongo al momento,
le dije no sé qué cosa;
hubo aquello de «Te pego»,
«Dígalo usted», «Tome usted»,
y todo el cuchufleteo
de cualquier lance de honor;
en fin, nos vimos de medio
rabo; le escupí; escupió;
le hice gracia; me dió un pesco;
pero fué broma, y así
todo se volvió festejo.

JUANA. No fué así, señor Rondín.

CABO. Señora; ya considero
lo que habría. Melitar,
retírese usté al momento.

SOLDADO. Me voy ya; pero usted sepa
que ningunito a Poenco
le alza el gallo. Camaráa;
si hay quien tenga sentimiento
de lo dicho, yo me llamo
najencia. Cara de cielo;
aprenda usté en estos casos
de un hombre; tenga usted pecho;
y, si alguno la ofendiese,

escupir y hacerse fresco.
CABO. Usted buscará al instante
otra casa.
TOMASA. Mi casero;
por fin usté ha conseguido
se me condene a destierro.
Paciencia; la vida es larga
y todos somos arrieros.
Puée que algún día..., ¿quién sabe?...,
toítos nos encontremos
en donde no haya rondines...
ESTAN. Tomasita; sufrimiento.
CABO. Ustedes vengan conmigo;
no haya en la calle un encuentro.
Que haya paz, señora Juana.
JUANA. Descuide usted; nunca ceso
de celar la vecindad.
PEPA. Adiós, Tomasa; hasta luego.
TODOS. Y aquí da fin el sainete;
perdonad sus muchos yerros.

FIN

EL SOLDADO FANFARRÓN

SAINETE

—

SEGUNDA PARTE

PERSONAS

El soldado Poenco.
Berlanga, marinero.
Blas Perilla, Juan Pico... } Majos.
Don Juan.
Don Antonio.

Un oficial.
Tomasa, Teresa, Curra.., Lora... } Majas.
Un criado que no habla.

EL SOLDADO FANFARRÓN

SEGUNDA PARTE

La escena representa un punto de vista de Puerta de Tierra, con un ventorrillo al lado. Salen CURRA, TERESA y BLAS, tocando la guitarra; y otros, con pañuelos y castañuelas, tocando el zorongo.

(Cantan.)
¡Ay zorongo, zorongo!, etc.

CURRA. Hasta que venga Tomasa
se ha de bailar a la puerta
del ventorrillo.

TERESA. Blasillo;
dale sebo a la vihuela,
que quiero echar todo el resto.

BLAS. Vaya; largue usted las velas.

TODOS. ¡Que toma, que toma, toma!
(Bailan alguna cosa.)

Salen DON JUAN y DON ANTONIO de cazadores, y un CRIADO con unas alforjas.

JUAN. ¡Viva la gente morena!

TERESA. Don Juan, ¿adónde va usted
con ese equipaje?

JUAN. ¡Buena
pregunta! ¿No se está viendo
que voy a cazar?

TERESA. ¡Canela!
No es eso lo que quería
decir, sino ¿cuántas leguas
se retira usted de Cádiz?

JUAN. Yo no paso de la iglesia.
Todas las mañanas vamos
cuatro amigos a la huerta;
tiramos quinientos tiros;
y, luego que el sol calienta,
nos retiramos, trayendo
en la cinta una docena
de gorrioncitos y alguna
gallina que se deserta.

CURRA. ¡Jesús, señor! Yo pensé,
como llevan bayonetas,
coletos, botas y tantos
cachivaches, que se fueran
a cazar osos y lobos
dos meses por esas sierras.

JUAN. Nada de eso; pero todo
lo que llevamos a cuestas
es preciso para el campo;
porque, mil veces, es fuerza
atravesar un gran bosque
de coles y berenjenas,
y entonces con el cuchillo
se va un hombre abriendo senda.

TERESA. Dice usted bien; ¿y qué guardan
las alforjas?

JUAN. Las botellas
y jamón, para hacer boca.
TERESA. Vaya; descargue esa bestia,
que estará cansada.
JUAN. Mucho.
Tomemos una friolera.
(Saca botellas y vasos, y da de beber.)
TERESA. ¡Brindo por los cazadores
de la gran Puerta de Tierra!
JUAN y ANTONIO. ¡¡¡Que viva!!!
CURRA. Yo, por no errar,
digo lo mesmo.
ANTONIO. Morena,
usted sola me da golpe.
CURRA. ¡A lo que estaba yo hecha!
JUAN. Beba usted.
BLAS. Pues a que Dios
nos junte en Ingalaterra.
TODOS. ¡Arriba, arriba!
BLAS. Al muchacho
no es menester se lo adviertan.
JUAN. ¿Y hacia dónde se va hoy?
TERESA. Hoy es día de correrla,
porque esperamos a ciertos
sujetos; y habrá una gresca
en esta fonda, tóo el día,
que se junda Puerta e Tierra.
JUAN. Pues en tirando dos tiros
me he de venir a la fiesta.
ANTONIO. Echemos otro traguito.
TERESA. Ea, Blasillo; las playeras.

(*Canta Blas y todos jalean.*)

TODOS. ¡Viva, viva!
PICO. (*Saliendo.*) ¡Teresilla!
TERESA. Juan Pico, ¿por qué no llegas?
JUAN. Tome usté un trago.
PICO. Pues vaya,
una vez que usted se empeña.
Jesús y cruz. Se agradece.
JUAN. Usted mande cuanto quiera.
PICO. ¿No ha parecido Tomasa?
TERESA. No.
PICO. Estoy echando candela.
¿Qué demonio de fregao
estará haciendo esa jembra?
TERESA. Juan Pico, tenga usted pecho.
TODOS. A bailar, y fuera penas.
TERESA. Toca el ole. (*Baila.*)
JUAN. ¡Huy, qué cuerpo!
CURRA. Dale castigo.

Sale POENCO a tiempo que dejan de bailar.

TODOS. Otra vuelta.
TERESA. Ya no más.
POENCO. Oiga usted, mi alma;
perdone usted la llaneza.
TERESA. ¿Qué se ofrece?
POENCO. ¿Me quiée usted
hacer el gusto, siquiera
porque he llegado a los postres,
de menear la talega
de los pecaos?

TERESA. No, señor;
porque me duele esta pierna.
POENCO. ¿Usted no me ha conocido?
TERESA. No, señor; ni Dios tal quiera.
POENCO. ¡Huy, qué salero!
TERESA. Señó;
que se vuelve usted jalea.
POENCO. Otras veces no; porque
tan bonita y tan risueña
como pongo la carita
con las mujeres, tan fea
se la pongo yo a los hombres,
cuando por gusto me tientan.
PICO. Vaya, Poenco, por Dios,
que no se agüe la fiesta.
JUAN. Militar; a divertirse,
y vaya un trago.
POENCO. Pues venga;
lo mismo soy pa un fregao
que pa un barrío.
PICO. Si empiezas
a descomponerlo todo...
POENCO. Si me jurgan; yo quisiera
que Dios no me hubiera dado
tanta caliá.
JUAN. Pues beba,
y dejemos tonterías.
POENCO. ¡Jesús! Vaya por la buena
compañía, y a que Dios
no permita que se vea
entre estas manos ningún
amigo mío. *(Bebe.)*

JUAN. Pues ea;
en el ventorrillo entremos,
y allí armaremos la gresca.
TODOS. Adentro, sí; adentro.
(Éntranse, tocando, en el ventorrillo.)
PICO. Escucha
una palabra, aquí fuera.
POENCO. Vaya, ¿qué te píe el cuerpo?
PICO. Hombre; yo aguardo una jembra
que ando amasando, y recelo
que al gachón que la jalea
le dé el humo en la nariz
y se meta por las puertas.
POENCO. ¿Y qué quieres?
PICO. Yo quería...
POENCO. Ya te entiendo. Tú deseas
que yo le pegue a ese mozo.
PICO. De móo, que si él viniera
solo, entonces, de hombre a hombre
disputaremos la prenda;
pero si trae compañero,
ya ves tú...
POENCO. Que traiga treinta.
Yo arrempujo las cuadrillas
de hombres como si fueran
manáas de pavos.
PICO. Lo sé.
POENCO. ¿Supiste tú la quimera
que tuve por una moza
en la calle de la Higuera?
PICO. Estaba en Arcos entonces.
POENCO. La tal era una trigueña,

gordita, bien emperná,
con mucho aire en la trasera;
en fin, prenda de Poenco,
que sabe lo que se pesca.
Pues el caso fué que el día
de su santo, estando llena
de vesita toa la casa,
salió detrás de una estera
un majo muy estirao...
Hazte cargo de la fiema
con que yo le miraría;
largué entonces la botella
que tenía entre las manos,
le di a la gorra dos vueltas,
me la puse, y fuime a él
haciendo la mosca muerta.
Desde que yo me estiré
y le di sobre la jeta
con la barba, conoció
mi poer y se echó a tierra,
rogando que le dejase
salir vivo. ¡Si tú vieras
aquel hombre allí temblar!
Vaya; si fué una vergüenza.
Entonces le dije: «Marcha,
so mona; toma la puerta.»
Mira, Pico; no hice más
que tocarlo, y la mollera
la refregó en los ladrillos.
Vino entonces la casera
dando gritos; y el casero
entró con mucha fachenda;

yo lo agarré así, y rompió
seis platos con la cabeza.
Vaya; era tóo gritería;
no se oía en la azotea
más que «¡La Guardia, la Guardia!»
Cátate que el Rondín llega,
la patrulla, seis Ministros,
todos entran de prïesa,
y yo, en medio de la sala:
«Venga gente, venga, venga,
que aquí está un hombre»; cerré,
así que entraron, la puerta,
y sacando el alfiler,
les dije: «¡Bandera negra;
un acto de contrición,
porque ninguno lo cuenta!»
¡Ay Pico! ¡Qué terremoto
se armó allí! Mira; con estas
manazas, de tres en tres
por el balcón iban fuera;
de modo que, en un instante,
dejé limpia la vivienda,
y bajé pisando gente
como por una escalera.

PICO. Tú sabes quedar lucío
en cualquier lance.

POENCO. ¡Me pesa
mucho esta mano, Juan Pico!

PICO. Yo no te he visto en quimera,
pero me han dicho que sabes
tu obligación.

POENCO. Pué que veas,

si acaso viene ese hombre,
del móo que se maneja
Poenco.

PICO. Si yo lo dije.
Cátalo allí.

POENCO. No te muevas.
Así que pase me iré
a la ronza; y cuando quiera
volverse atrás, de un sopapo
lo meto bajo la arena.

PICO. Si se ofrece...

POENCO. ¡Sonsoniche!
Espera, Pico, a la hembra
sin cuidado.

Sale BERLANGA de marinero, mirando a todas partes y fumando. Poenco saca un cigarro hecho y se llega al marinero.

BERLANGA. No la veo.
Como la encuentre, ¡qué felpa
la he de dar!

POENCO. Camaraíta,
¿me quiée usté dar la candela?

BERLANGA. Tómela usted.

POENCO. Si no soplo,
se nos apaga la mecha.

BERLANGA. Despache usted, melitar.

POENCO. Si estos pitos son de yerba.
Se agradece, camará.

BERLANGA. Vaya usted con Dios.

PICO. Las telas
del corazón se me cansan

de aguardar. ¿Qué hará esta jembra,
que no viene?

POENCO. Camaráa;
hágame usted la fineza,
porque esta flauta no toca.

BERLANGA. En Matagorda hay candela.
Chúpese usted las quijadas
hasta llegar. ¡Eh! Najencia.

POENCO. ¡Si no habla usted de veritas!

BERLANGA. Yo jamás gasto chanela.
Vuélvase usted para atrás,
o le aplico a usted la tienta
por un ijar.

POENCO. Se acabó.
¿Usted, sin duda, desea
que yo le haga el favor
de najarme? Ya está hecha
la gracia. Mande otra cosa.

BERLANGA. Déjeme usté, y no me muela.
(Vase Berlanga, y Poenco se queda mirándolo, en jarras y menendndose.)

PICO. ¿Qué ha sido eso, Poenco?

POENCO. ¿Qué ha e ser? ¡Las cosas!...

PICO. ¿Lo dejas?
¿Por qué no lo sigues?

POENCO. Hombre;
si en un instante la oveja
conoce al lobo.

PICO. ¿Qué hubo?

POENCO. Sobre que algún santo ruega
por estas monas.

PICO. Despacha;

¿qué dijiste?
POENCO. Nueve letras:
«¡Que te pego!»
PICO. ¿Cómo fué?
POENCO. Naíta; me fuí a la oreja
y le dije: «Camará;
tire usted por la derecha,
que le quiero platicar.»
Al punto, como una cera
me respondió: «¿Tiene usted,
melitar, algo en que pueda
yo servirlo?» «No, señor;
lo que yo quiero es que sepa
que, en volviéndome a pasar
por aquí...» Crují las muelas
y me puse un poco feo;
pues mira, Pico, por éstas
que como una criatura
iba a llorar; dile suelta
de cariá, y me juró
irse de Puerta de Tierra.
PICO. Mejor; con eso cesaron
los tapujos; mas, espera,
ya viene allí la real moza
que me tiene muerto.
POENCO. Buena
ropa. Sobre que parece
que yo quiero conocerla.
TOMASA. *(Saliendo.)* ¡Señor Pico!
POENCO. ¡Tomasita!
TOMASA. ¡Jesús, señor! ¿Qué culebra
le ha picao? ¡Caracoles!,

que me ha deshecho la oreja
con ese grito.

POENCO. ¡Qué gusto,
si hubiera sido una piedra
de diez arrobas!

TOMASA. En ese
hocico de perro e presa.

PICO. Poenco, ¿qué ha sido esto?
¿Qué te ha dao?

POENCO. Si no fuera
porque eres, Pico, mi amigo,
abriera un hoyo en la tierra
y enterrara a esa mujer
pa que jamás pareciera.

PICO. Estando yo aquí, Poenco,
naide a esta mujer le llega.

POENCO. ¿Y tú te quieres medir
con Poenco?

PICO. Aunque tuvieras
más uñas que un gavilán,
sabría Pico defenderla.

TOMASA. Pero ¿a qué viene, señor,
este empeño? ¿Usted navega
en mi serení? ¿Juré
comer, mientras que viviera,
el pan de munis? Prontito;
diga usted, ¿por qué me cela?

POENCO. Porque basta que hayas sido
en otro tiempo mi prenda,
para que naide... No me hagas
hablar, porque me hormiguean
ya las manos... ¡Ay, Juan Pico,

que esto parará en tragedia!
TOMASA. ¿En tragedia? ¡Vaya, vaya;
que el hombre se vuelve lengua!
Sobre que tiene este guapo
cara de madera vieja,
porque todos la sacuden
y siempre está cenicienta.
POENCO. ¿A que lloras, Tomasita?
TOMASA. ¿A que no?
POENCO. ¿A que te pesa?
TOMASA. ¿De qué modo?
POENCO. ¿Quieres verlo?
TOMASA. Haga usted que me divierta.
POENCO. Ahora lo verás: camina
pa Cádiz, so retrechera.
TOMASA. No quiero.
PICO. ¡Mía, Poenco,
que se me tapan las venas
del mieo! ¡Cuenta conmigo!
POENCO. ¡Pico; mira que te lleva
la Cariá!
PICO. Náa me importa.
TOMASA. No temas; que es un fachenda.
POENCO. ¡Que te lastimo!
PICO. ¿A que no?
POENCO. No me hagas ir a la iglesia.
PICO. Yo quiero morir.
POENCO. ¡Pobre hombre!
¿Quién te ha engañao?
PICO. ¿Me pegas
o te pego? ¿Qué se hace?
POENCO. No quiero; me da vergüenza

de meterte a ti la mano.
PICO. ¡Voto a los diantres; que llega
mi mujer!
TOMASA. Bien dije yo,
que la función sería buena.
LORA. *(Saliendo.)* Hombre, ¿conque, en vez de ir
a trabajar a la tienda,
te vienes a pasear
con pelanduscas?
TOMASA. So puerca;
tenga usted mejores modos.
PICO. Mujer; valga la prudencia.
La señora no es náa mío.
LORA. ¿Pues qué haces tú aquí con ella?
TOMASA. ¿Conmigo? Nada; y así
puede cargar con la prenda
si se le antoja, que yo
no gusto de llevar cerca
contrabandos.
PICO. ¿Lo ves, Lora?
Yo vine a una diligencia,
y me puse a platicar
con el melitar.
LORA. ¿Tú piensas
que yo he bailao en Belén?
Melitar, ¿habla de veras?
POENCO. Yo no sé náa. Sólo digo
que si de aquí no se lleva
a su marío, puée que luego
vaya en unas *parigüelas*.
PICO. ¿Qué estás platicando?
LORA. ¿Cómo?

¿Por qué causa?

POENCO. Por frioleras,
ya se ve...; cuando hay mujeres
de por medio... ¡Y con quién pega!
Con Poenco. ¡Ay, ay, ay, ay!
¡Que tengo el alma más negra
que un alquitrán!

LORA. ¿Lo ves, hombre,
cómo es cierta mi sospecha?

PICO. Tú, endino, tienes la culpa.

(Pico saca una navaja; Lora se abraza a él, que forcejea para embestir a Poenco; y éste, con un cuchillo, se pone en la otra punta del tablado.)

POENCO. ¡Que te canto el *Requientérnam*,
pobre Pico!

TOMASA. Yo me río
de ver esto.

PICO. ¡Mujer, suelta!

LORA. ¡Por amor de Dios!

POENCO. ¡Tomasa;
déjeme usté una verea;
que ese hombre ha de morir
aunque el mundo lo defienda!

TOMASA. Hijo, el camino está limpio;
pase usted.

PICO. Mira, fachenda;
la cara te he de cortar. *(Forcejea.)*

LORA. ¡Hijo mío, no te pierdas!

POENCO. ¡Dios te perdone, Juan Pico!

LORA. ¡Que se matan!

TOMASA. ¡Linda fiesta!

TODOS. (*Saliendo del ventorrillo.*)
¿Qué es esto?

HOMBRES. Téngase usted,
militar.

POENCO. ¡Si no hay quien puea
con Poenco!

TERESA. Sosegarse.
¿Qué ha habido aquí?

POENCO. Náa; desea
comer tierra el señó Pico.

PICO. ¿Para qué es mover la lengua?
¡Ya nos veremos!

TERESA. Tomasa,
¿por qué ha sido la quimera?

TOMASA. ¿Qué quimera? Si éstas son
chulaítas de la feria.
Este señor melitar,
como se le va la fuerza
por la boca, comenzó
con hablaurías; la gresca
se enzarzó; los dos leones
sacaron las herramientas;
y Poenco lo auxilió,
lo oleó, cantó el *Requiescat;*
pero el otro no se quiso
morir, por no aguar la fiesta.

LORA. Vámonos a Cádiz, hijo.

PICO. Mira, mujer, no me muelas.

JUAN. Esto se acabó, señores;
dense las manos, y beban
a mi salud.

POENCO. Por mi parte

no se toca la materia.
LORA. Ni por la de mi marío.
TERESA. Pues saco las castañuelas.
JUAN. Militar; vaya esta uvita. *(Le da el vaso.)*
POENCO. Una vez que usted se empeña...
Hágame usté el corto equis,
señá Tomasa.
TOMASA. Se aprecia.
POENCO. No me haga usté una trastá.
TOMASA. Se me sube a la cabeza.
POENCO. Tóquelo usted con los labios.
TOMASA. ¡Ea, la gente ligera!
No me da gana; lo dije.
POENCO. ¿Conque de móo y manera
que me hace usté ese desaire?
(Sale Berlanga, le quita el vaso y bebe.)
BERLANGA. No, señor; que hay quien lo beba.
POENCO. ¡Buen provecho! Eso me gusta;
no dejar la gente fea.
BERLANGA. Señá Tomasa; me alegro
que usted también se divierta.
TOMASA. Hago muy bien, pues se muere
mucha gente de tristeza,
y yo al hoyo quiero irme
con panderos y vihuelas.
PICO. Señor Berlanga, ¿por qué
ha faltado a la promesa
que le hizo usté al melitar?
BERLANGA. Vaya, que usted se chancea.
¿Que le prometí al señor?
PICO. Apartarse cuatro leguas
de este sitio.

BERLANGA. Camará,
¿usted me ha impuesto esta pena?
POENCO. ¿No se acuerda usted?
BERLANGA. Yo no.
POENCO. Puede ser que no lo oyera.
Vaya; no hay náa perdío.
BERLANGA. No, señor; en la hora mesma
me largo yo. Déme usted
un traguito.
JUAN. Y cuantos quiera.
BERLANGA. Melitar; tóquelo usted.
POENCO. Con mucho gusto.
BERLANGA. A la leva.
(Le tira de la chupa y le dice al oído):
Nájese usted, que tenemos
que platicar.
POENCO. Si es quimera,
no me toque usté a la ropa,
que echo fuego.
BERLANGA. Se desea
verlo.
POENCO. Pues apure usted. *(Le da el vaso.)*
JUAN. Señores; que las almejas
aguardan. Vamos adentro.
TOMASA. A divertirnos, Teresa;
que la sangre que aquí corra
no ha de mancharnos las suelas
de los zapatos.
TERESA. Bien dices.
Blas; araña la vihuela.
(Se entran en el ventorrillo, y quedan Berlanga y Poenco.)

BERLANGA. ¡Melitar!
POENCO. ¿Qué quiere usté?
BERLANGA. Vamos ajustando cuentas.
¿Cuándo le he dado palabra
de no pasar por la vera
del ventorrillo? Hable usted
bajito; que no se sienta.
POENCO. Si ha sido todo una chanza...
Mire usted: Pico babea
con la Tomasa; mas, como
ese mono luego tiembla,
me pidió que lo amparase
cuando vió la chamarreta.
Ya se ve; yo, por reirme,
le pedí a usted la candela
y le dije tóo aquello...
La verdad, son cosas nuestras;
los que tenemos las manos
muy pesáas, usamos estas
humoráas.
BERLANGA. ¿Conque ese mueble
anda detrás de la jembra?
POENCO. ¿Pensaba usted que era yo?
¡Ay zorongo! Pues si fuera
la Tomasa mi compinche,
¿no probáramos las fuerzas
ahora mismo? Camará;
¡usté y yo para otros treinta!
BERLANGA. Pues hoy mismo le he de dar
a ese mozuelo en la jeta
con un zapato.
POENCO. Bien hecho.

(Sale Pico del ventorrillo.)
¿Sabe usted lo que hice en Ceuta?
PICO. ¿De qué se platica aquí?
BERLANGA. ¿De qué ha de ser? De la puerca
de Tomasa, y de su majo
el señor Pico.
PICO. La lengua
que lo dijo merecía
estar colgada en la puerta
del muelle. Y ya que ha charlado
el señor, ¿por qué no cuenta
que fué mueble de Tomasa,
y que ha querido pendencia
conmigo tan solamente
porque la traigo a la fiesta?
BERLANGA. Melitar, ¿eso tenemos?
Pues saque usted la herramienta,
que después que lo rebañe
entraré con lo que queda.
POENCO. ¿Conque quiere usted reñir?
BERLANGA. No me voy sin una oreja.
POENCO. Mire usté que soy muy duro,
y que he mandao a la tierra
mucha gente.
BERLANGA. Si yo quiero
que usted me mate.
POENCO. Pues ea;
no quiero que usted se quede
con la gana. ¡Ropa fuera!
(Se quita la chupa.)
PICO. ¿Conque yo me sigo luego?
BERLANGA. Usted, y más que vinieran.

POENCO. Camará; ya estoy de boda.
Pero, primero, usté advierta
lo que hace. ¡Mire usté
que yo juego esta lanceta
con mucho tino; cuidado,
que al que le tiro, resuella
por el mondongo.

BERLANGA. Ande usté,
y cuide de su zalea.

POENCO. Si ha de ser, Pico, hazte a un lado.
¿Está usted ya?
(Se ponen frente uno de otro, con las chupas en el brazo.)

BERLANGA. Cuando quiera.

POENCO. ¡Pues encomiéndate a Dios!

BERLANGA. ¡Ahora lo verás!

POENCO. Espera. *(Se detienen.)*

BERLANGA. ¿Qué se ofrece?

POENCO. Camará;
mire usted que mi primera
entrá no la ha resistío
ningún hombre, y que en la jeta
le he visto a usted la herraura
de la muerte.

BERLANGA. ¡Habrá fachenda!
¡Defiéndete, que te tiro! *(Se tiran.)*

POENCO. ¡Que te mato, si te acercas!

PICO. ¡Asegúralo, Poenco!

POENCO. ¡Que expiras como arpa vieja!
(Salen los del ventorrillo, y el Oficial por otro lado.)

TODOS. ¿Qué es esto?

OFICIAL. ¡Qué picardía!
Todo el mundo se detenga.
¿Qué ha sido esto?

TOMASA. Que el señor
anda buscando quimeras,
sólo por la vaniá
de que le den en la jeta.

OFICIAL. Militar; vaya usted preso
a la Prevención.

POENCO. No crea,
mi Teniente, a esa mujer,
que está quemá.

TOMASA. ¿Yo? ¡De veras!
Calle usted, boquita. Vaya,
que me da la pataleta...
¡Ay, que perdí los dos cuartos
de las sobras! Azucena;
maldita sea esa cara;
no me deje usted por puertas.

POENCO. ¡Si está usted quemáa, quemáa!

OFICIAL. Vaya usted preso, y no vuelva
a replicar.

POENCO. Mi Teniente,
¡válgame Dios, qué dureza!
Si hubiera usted camelao
un día, diez, veinte o treinta
(pongamos la comparanza)
a una señora Marquesa
muy salá, pero endinota,
y luego un Conde viniera
y le ijese: «Camará,
Su Señoría chorrea

por mi cuenta», ¿qué haría usté?

OFICIAL. ¿Y usted compararse intenta
conmigo?

POENCO. Yo creo que tóos,
en llegando a esta materia,
hacemos los mismos gestos
y muchos más, si se juega
con una buena baraja,
ya ve usted, como esta jembra...

TOMASA. Señor Teniente; ese hombre
no sabe lo que chanela.
Es verdad que, en otro tiempo,
entró y salió en mi vivienda;
¡cabal! Me gustaba entonces;
porque ya se ve, las jembras
muchas veces semos locas
y nos pagamos de bestias
como el señor (que Dios guarde).
Pero se cayó la venda:
lo miré con reflexión
a la cara, y dije: «Ea,
no quiero ya mascarones
a mi lao; pasa fuera.»
Dile con el pie, y se fué
a poner en almonea.
Conque así, no habiendo causa,
fué excusada la pendencia.

POENCO. Mire usted, doña Tomasa;
dice un refrán de mi tierra:
«Dos cuervos que se conocen,
desde lejos se hacen fiestas.»

OFICIAL. No quiero oir más dislates.

Váyase usted.

POENCO. ¿De manera
que no voy preso?

OFICIAL. Si vuelvo
a saber que anda en quimeras,
le he de podrir en el cepo.

POENCO. Señor Teniente, usted pierda
cuidado. Viva este mandria,
una vez que usted se empeña.
Señores, nadie me jurgue;
miren que el Teniente ordena
que no mate. Es menester
andar un hombre sin lezna,
porque esta mano..., ¡esta mano!...
Me voy de Puerta de Tierra.
¡Ay, qué caliá que tengo!
Conmigo naide campea;
naide, naide, nengunito,
que tengo el alma muy negra. *(Vase.)*

TERESA. ¡Gracias a Dios que se fué
ese arrastrao!

JUAN. El que quiera
seguirme, verá qué pronto
caen al suelo una docena
de gorriones.

TERESA. ¿Sí? Pues vamos.
Andaremos por las huertas.

JUAN. Señor Oficial; si quiere
divertirse, la escopeta,
la provisión, la persona,
todo estará a su obediencia.

OFICIAL. Acepto el ofrecimiento.

TERESA. ¿No vienes, Tomasa?
TOMASA. Es fuerza
acompañar al señor
hasta la lancha.
BERLANGA. A la leva.
TOMASA. Ven, salado. Mi mantilla
tiene que ser tu bandera.
PICO. Yo me najo.
LORA. ¿Adónde vas?
PICO. ¡Estoy echando centellas!
TERESA. Pico, deja pesadumbres.
TODOS. Vámonos, pues, a las huertas.
TERESA. Vámonos, pidiendo todos...
TODOS. Perdón de las faltas nuestras.

FIN

EL SOLDADO FANFARRÓN

SAINETE

TERCERA PARTE

PERSONAS

Poenco, soldado.
Panzacola, tambor.
Un oficial.
Un cabo.
Curro Frijones.
Tomasa, maja.
Lora, maja.
Un montañés.
Un criado.

EL SOLDADO FANFARRÓN

TERCERA PARTE

Una taberna con dos mesas; y mostrador, con embudo, vasos, etc.
Sale el TAMBOR.

TAMBOR. Mira, Montañés; ¿has visto
si ha estado aquí aquel soldado
de ayer tarde?
MONT. ¿Quién? ¿Podenco?
TAMBOR. Ese propio.
MONT. ¡Toma! Cuatro
o cinco veces no más.
TAMBOR. ¿Si volverá ese borracho?
MONT. No tardará; porque nunca
deja la esquina.
TAMBOR. Este barrio
le gusta mucho.
MONT. Yo creo
que tiene su contrabando
aquí a la vuelta.
TAMBOR. Me alegro.
Échame del abocado
lo que tú sabes. ¡Qué frío!

Si yo no bebo, me cuajo.
Tu, tu, tu, tu.
(Al pedir medio, el Montañés lo echa en el vaso, y el Tambor se restriega las manos, como que tiene frío.)

MONT. Tome usted.

TAMBOR. ¡Jesús, y no me haga daño!
(Estando bebiendo, sale Poenco y hace señas al Montañés de que él paga.)
Toma una peseta, y dame
poco cobre.

MONT. Está pagado.

TAMBOR. ¿Cómo? ¿Quién es el garboso?
(Le ve.) Señor Poenco, mil años;
y mande usté a la persona.

POENCO. Cachirulo, dame un trago.
Vaya; si quiés enjuagarte,
que te despachen.

TAMBOR. Canario;
que parece que has venío
en la flota.

POENCO. Yo no gasto
dolores, porque a mí siempre
me sobra un redondo.

TAMBOR. Vamos;
¿qué minilla has descubierto?

POENCO. Una moza que ahora ha dado
en regalarme.

TAMBOR. ¿De veras?
Hombre, dime: ¿con qué gancho
las agarras?

POENCO. ¿Yo? Tan sólo

con espantarles los majos.
Ya se ve; como al instante
que estornudo en cualquier cuarto,
hay hombre que sale a gatas
por la puerta, yo me ensancho
y lo ocupo tóo.

MONT. *(A Poenco.)* Ahí va medio.

POENCO. ¿Tú no quieres?

TAMBOR. Yo no hago
a los amigos desaires.
Tráeme a mí del abocado.
Hombre, la verdad, me gustas
por lo jaquetón.

POENCO. Soy malo,
Panzacola. Soy muy duro.
¿No me miras esta mano?
Al hombre que yo le tiro,
como si fuera jugando,
un pesco, muelas y dientes
tiene que pedir prestaos
para comer. Mira; el día
que, en casa de la que trato,
puse yo el pie...

MONT. Vaya medio.
(Le da el vaso.)

TAMBOR. ¿Es Teresilla Cenacho?

POENCO. Si tengo yo mejor gusto.

TAMBOR. No, que Teresa es buen paño.

MONT. El primero no moler.

POENCO. Si hablas más, te despampano
de un sosquín.

MONT. Poca fachenda.

POENCO. ¿Qué has dicho, tunante?
TAMBOR. Vamos;
esto se acabó, Poenco.
Cachirulo, dame el vaso
y nájate.
POENCO. Mira tú
con quién se metía.
TAMBOR. Al grano.
POENCO. Vaya; si tú no te pones
por delante, yo le aplasto
como una breva.
TAMBOR. Dejemos
eso y volvamos al caso.
POENCO. Pues, señor; cuando yo entré,
estaba un jaque sentao
con su pañuelo celeste
en la cabeza, un peazo
de montera en el pïojo,
y su cigarro en la mano.
Yo lo miré y me reí;
la verdad, soy muy pesao,
porque me gusta tentar
la gente guapa.
TAMBOR. Si el diablo
eres tú.
POENCO. Pues, como digo,
al punto que vió el descaro
con que me arrimé a la moza,
comenzó medio atufao
a cantar el ¡ole!
TAMBOR. Yo
le hubiera dao un sopapo

sobre la jeta.
POENCO. Verás.
Pues, señor; estaba el guapo
haciendo muchas monás,
cuando en esto que me alzo,
me tuerzo el bigote; y, mira,
se quedó al punto más blanco
que un papel; mas con chuláa
le dije: «Salero; bajo,
que me duele la cabeza
y se me ajuma el pescao.»
Entonces me respondió:
«De manera que yo canto
por divertirme; y, así,
a naide se le hace daño.»
Mía, Panzacola: yo
no supe cómo ni cuándo
voló aquel hombre; lo cierto
que le eché mano al zancajo,
y en un ¡Jesús! lo tiré
desde la puerta hasta el caño.
TAMBOR. Muy bien hecho.
POENCO. Si yo tengo
tan duro como un guijarro
el corazón.
TAMBOR. ¿No bebemos?
POENCO. Vaya un brindis; ten cuidao.
A la salud de una jembra
por quien mi cuerpo ha pasao
muchísimas las fatigas,
pena negra y sobresaltos.
TAMBOR. Pues vaya.

LORA. *(Sale de maja.)* Señó Poenco;
que pruebe yo de ese vaso.

POENCO. Salero; si sabe usté
que Poenco está expirando
por ese cuerpo.

LORA. Pues ea;
al momento venga un trago,
antes que venga Tomasa
y nos pegue.

POENCO. Si le he dao
yo la baja a esa mujer.
Es verdad que me ha gustao;
pero, ya se ve, las cosas
no pueden durar cien años.
Además, que los quereres
entre las jembras y machos
son como la treinta y una,
que a cada momento hay paso.
Ella se fué; y yo me alegro,
desde que encontré ese garbo...

TAMBOR. ¿Quién es ésta? (1)

POENCO. La del majo
que te conté.

TAMBOR. ¡Buen pellejo!

POENCO. Vamos, Lora; hagamos rancho;
que esto va despacio.

LORA. Yo,
la verdad, estoy temblando
no venga esa moza y haga

(1) Falta un verso en todos los ejemplares consultados, quizás por descuido del autor.

en la taberna un estrago.

POENCO. ¡Ay! ¿Qué queremos nosotros?
¡Montañés!

MONT. ¿Qué hay?

POENCO. Volando;
café a esta niña.

LORA. Si yo
quiero del que está en la mano.

POENCO. Salero, ¿tanta fineza
con mi cuerpo?

LORA. Me ha gustao.

POENCO. Mire usté que huelo a almizcle
cuando estoy celoso.

LORA. *(Tomándole el vaso.)* Vamos,
despache usté, que Tomasa
puée venir.

POENCO. ¿Piensa usté, acaso,
que yo me asuste? Si viene,
le limpia a usté los zapatos.

TAMBOR. ¡Calla; que viene!

POENCO. Que venga.
Yo, lo que digo lo hago.
¡Míe usté quién! ¡Ay Poenco,
que tienes muy malos cascos!

Salen TOMASA y CURRO.

TOMASA. ¡Puf; cómo jiede a cochambre!
¿Se ha freío aquí pescao,
Montañés?

MONT. En la otra esquina.

CURRO. Siéntate aquí en este banco.

TOMASA. Bebamos pronto, y najencia;
que mi genio no es parao.
LORA. ¡Qué amarillo que está usté
porque viene con su majo
la Tomasa!
POENCO. Es su marío,
que llegó antier en un barco
de Veracruz.
TAMBOR. ¿Lo conoces?
POENCO. Lo mesmito que a mis manos.
Si le llaman por mal nombre
Curro Frijones.
CURRO. *(Al Montañés.)* Un trago
de buen gusto pa los dos.
TOMASA. Sobre que apesta esto a rancio.
Algún demonio, sin duda,
ha reventado en el barrio.
TAMBOR. Eso lo dice por ti.
POENCO. ¡A que los pongo en el palo!
LORA. Calle usté.
POENCO. Si sólo quiero,
con dos chuláas, quemarlos.
Montañés; dame una libra
de frijones.
TAMBOR. ¡Si es el diablo!
CURRO. Melitar; le advierto a usté
que yo con nenguno gasto
chanzas pesaás.
POENCO. Camará;
diga usté quién le ha llamao.
TOMASA. Usté, que es un baladrón
provocativo.

POENCO. ¡Yo! ¿Cuándo?
Salero; si yo pedía
los frijones para el rancho.
CURRO. Melitar; le advierto a usté
que yo con nenguno gasto
chanzas pesáas.
POENCO. Me parece
que usté tiene algún empacho
de frijones.
TOMASA. ¡So petate!
¿Quiere ver cómo le planto
los dedos en el jocico
de mastín?
POENCO. ¡Huy, huy, qué garbo!
¡Viva el frijón!
CURRO. Melitar;
le advierto a usté que no gasto
chanzas pesáas.
TOMASA. Vaya usté
a jugar con esos trapos
con quien trata.
LORA. ¡So muñeca;
hable usted bien o le arranco
los grifos!
TOMASA. ¿A quién? ¿A mí?
Tiene usté los dedos blandos,
y tengo el alma muy dura.
LORA. Es que yo tiro por bajo.
TOMASA. Y yo lo repaso todo. *(Se arañan.)*
POENCO. ¡Soniche; que por un saco
de frijones no se pierde
la gente!

CURRO. Que yo no gasto
chanzas pesáas.
POENCO. ¿Usté quiere
que yo le siente la mano?
TOMASA. ¿A mi marío, so mueble!
POENCO. ¡Eh, fuera; que lo remato!
TAMBOR. Tente, Poenco.
TODOS. ¡A la Guardia!
CABO. *(Sale dando varazos.)*
¡Fuera de aquí!
TOMASA. ¡Señor Cabo;
téngase usté!
LORA. ¡So demonio;
que me ha roto usté los brazos!
CABO. ¡Fuera, o les tiendo la vara!
CURRO. Señor Cabo; yo no gasto
chanzas pesáas.
TOMASA. Ahora mismo
voy al Teniente, en un salto,
a ver si así se apalean
las mujeres.
LORA. A quejarnos
iremos las dos.
CABO. Yo voy
a decir que les he dado.
TOMASA. Vámonos, Curro.
CURRO. ¿No basta
el decir que yo no gasto
chanzas pesáas?
TOMASA. Corriendo;
ven conmigo.
POENCO. Señor Cabo;

sobre que la desazón
no compone ni un puñao
de frijones.

TOMASA. ¡Yo me quemo!
¡Anda con cuarenta diablos! *(Vanse.)*

LORA. *(Al Cabo.)* Mire usté, cara de rosa;
he de tener el gustazo
de que duerma usté en el cepo. *(Vase.)*

POENCO. Montañés; despacha al Cabo.
¡Vaya si ha tenío gracia
para repartir los palos!

CABO. De manera, que yo entré,
y como los vi agarrados...

POENCO. Hizo usted lo que debía.
Eso me gusta. En llegando
la ocasión, dar con salero.
Sobre que al primer varazo
que sentí, dije: «Este hombre
es de los míos.» ¡Canastos!
¡Si al segundo lapo estuve
por haberle a usté chillao!

MONT. Ya están aquí tres chiquitas.

POENCO. Y todas tres yo las pago.

TAMBOR. Señó Cabo, a su salud.

POENCO. ¡Por la de tóos!

CABO. Ahora vamos
a casa de mi Teniente;
no le metan en los cascos
un embuste.

TAMBOR. Si se ofrece,
yo diré cuanto ha pasao.

POENCO. Yo vivo en el calabozo

lo mismo que en un palacio.
Conque churrús, y marchemos.
CABO. Charlar poco y con cuidao. *(Vanse.)*

Salón corto. Salen el TENIENTE y un CRIADO, y llaman.

TENIENTE. ¿Qué ruido es éste, Benito?
CRIADO. Señor; están en el patio
dos mujeres que pretenden
hablar a usted.
TENIENTE. Bribonazo,
¿por qué las detienes? Marcha,
y llámalas.
CRIADO. Ya en el cuarto
se cuelan.
TENIENTE. Pues vete afuera,
y atiende por si te llamo.
(Vase el Criado y entran Lora, Curro y Tomasa.)
TOMASA. Tenga usté muy buenos días.
TENIENTE. ¿Qué se ofrece, niñas?
LORA. Vamos;
yo lo diré en dos palabras.
TOMASA. Yo canto como un canario;
conque así, cierre usté el pico
hasta que haya yo acabao.
Pues, señor; yo entré en la tienda
por darle gusto al borracho
de mi marío... ¡Maldito;
ya jamás contigo salgo!
En fin; la señora estaba
con Poenco, aquel soldado

quimerista que en el cepo
vive casi todo el año.
Así que nos vió el tunante,
le pidió con gran descaro
frijones al Montañés,
porque los pillos del barrio
han dao en llamar así
a mi marío.

CURRO. Y no gasto
chanzas pesáas.

TOMASA. Finalmente,
que nos fuimos agarrando
de palabras. La señora
levantó también el gallo;
yo me enardecí; Poenco
al instante metió mano
al chisme; en fin, ya se ve,
se alborotó todo el barrio;
y, estando metiendo paz,
entró el cabo Sacatrapos
repartiendo tanta leña,
que todos juntos bailamos
sin gana. ¡Vea usté qué hombre
tan infame! ¡Haber faltao
al respeto de las naguas!
¡Vaya; si el dichoso Cabo
me trató como a un recluta!
¡Endinote! ¡A mí varazos,
cuando en saliendo a la calle
no hay gallego ni soldao
que no me requiebre! ¡Vaya,
que el tal Cabo se ha portao!

Téngale usté, mi Teniente,
en el calabozo un año.

LORA. Yo con dos meses de cepo
me contento.

CURRO. Yo no gasto
chanzas pesáas, mi Teniente.

TENIENTE. Ahora mandaré a llamarlo.
¡Benito!

CRIADO. *(Saliendo.)* ¡Señor!

TENIENTE. Que venga
aquí el cabo Sacatrapos.

CRIADO. Con Poenco está a la puerta.

TENIENTE. Diles que entren. *(Vase el Criado.)*

LORA. El tal Cabo
me la ha de pagar.

TENIENTE. Ahora
se sacará en limpio el caso.

Salen el CABO y POENCO.

CABO. Mi Teniente, mande usté
cuanto guste a su criado.

TENIENTE. Dígame usted: ¿por qué causa
ha levantado usté el palo
a estas niñas?

CABO. Fué la suerte
que yo entré precipitao;
y, como vi un pelotón
de gente, fué necesario
apartarla para ver
lo que era.

TENIENTE. Ya sé yo el caso;

y sé que el señor Poenco
tiene la culpa.

POENCO. Mi Cabo,
¿qué le decía yo a usté?
Poco me falta pa santo;
y, ni por ésas. Paciencia;
más sufrió Poncio Pilatos,
y era mejor que no yo.

TENIENTE. No se haga usté el mojigato,
que bien le conozco. Diga:
¿por qué causa a este paisano
le ha llamado usté Frijones?

POENCO. Mi Teniente; que es un falso
testimonio. Yo pedí
frijones para un guisao,
y al instante se picó
ese mocito. Paisano;
¿podrá usté jurar que yo
jamás le he frijoneao?
¿Chanela usté, señor Curro?

CURRO. Si yo he dicho que no gasto
chanzas pesáas.

TENIENTE. Y después,
¿por qué quiso usté matarlo?

POENCO. ¿Yo matarlo? Mi Teniente,
ni siquiera le he tocao.
Es verdad que le di un soplo
y lo tiré contra un banco;
pero ¿qué se le ha de hacer?
Yo tengo, por mis pecaos,
la falta de resollar
un poco recio.

TOMASA. Es engaño;
que le dió usté un pechugón.

POENCO. Señá Tomasa; me espanto
de que usté me perjudique,
cuando yo y usté... Me callo,
porque basta que el señor
sea su marío...

CURRO. Y no gasto
chanzas pesáas.

TOMASA. ¿Cómo es eso?
¿Qué es lo que está usté charlando?
Mire usté lo que se raja,
porque yo tengo a mi lao
a mi marío, y nenguno
puede decir náa malo
de la Tomasa. ¡Caramba;
que eso es bueno pa los trapos
con quienes trata!

LORA. Señora;
mire que, aunque no tengamos
fantasmas que nos defiendan,
nos sale por los zancajos
la honra.

TENIENTE. Basta de riña.

POENCO. Si éstos son lances rodaos;
porque, como dice el moro:
Sangre jerve.

TENIENTE. ¡Buen descaro!
¿Cuándo ha de ser usté bueno,
señor Poenco?

POENCO. ¿Yo malo?
¡Válgame Dios, mi Teniente!

¿Es posible? Yo, aunque he estao
en el hespital, no ha sío
por nada más que un araño
de una gata; y, ya se ve,
al instante quedé sano
con cuatro cuartos de ungüento;
porque aunque algunos hablaron
sobre si estaba Poenco
de esta suerte, así o asao,
ello fué náa; y a Dios gracias,
como dijo el cerujano,
me quedé como un cristal;
porque yo...

TENIENTE. ¿Qué está usté hablando?
¿Qué tiene que ver ahora
su enfermedad con sus malos
procederes?

POENCO. De manera
que mi sargento Calaños
me tiene un poco de tirria
desde que un día en el campo
llegó una moza y me dió
una punta de cigarro
que fumaba; ya se ve;
esto no es ningún pecao
contra Ordenanza; y con tóo,
ese hombre me ha tomao
entre ojos ya, de manera
que estoy casi todo el año
de plantón. Y sobre tóo,
soy un hombre muy honrado.
Jamás he robado a naide.

Que digan tóos los soldados
si a mí me han dado baquetas
o me han arcabuceado;
porque yo...

TENIENTE. Pues yo prometo
pudrirle en el cepo.

POENCO. Vamos,
mi Teniente; advierta usté
que en siete años que cargo
con la santa beca, nunca
en el cuartel he faltao
a la lista; apuramente
estoy yo siempre pensando
en el servicio. Que diga
la Compañía si acaso
hay quien tenga más aseo.
Vea cuál tengo las manos
de refregar los botones
y el fusil. Pero Calaños,
mi sargento, ¡vaya!, el hombre
totalmente se ha empeñao
en perseguirme... Paciencia,
y que viva muchos años;
porque cero mata cero,
y cero mata al soldao.

TENIENTE. No hable usté mal del Sargento,
que es un hombre muy honrado.
Yo sé bien quién es usted,
y he de ponerlo más manso
que una oveja.

POENCO. Mi Teniente;
ya no despego los labios.

Vamos; usté es el cuchillo
y yo la carne; me callo.
Luego, como desde chico
he sío tan inclinado
a unas naguas... Ya se ve;
cuando yo veo un buen garbo...
¡vaya, me derrito! Sobre
que no puedo remediarlo.
No nací yo para monja.
¡Si por mí soy yo muy manso!
Pero ya se ve; me encelo,
y como tengo esta mano
tan pesáa... Vaya, soniche;
ya en adelante soy santo.

TENIENTE. Pues yo haré que desde ahora
purgue todo lo atrasado.
Ponga usté en el calabozo
a ese hombre.

CABO. Ea, vamos,
señor Podenco.

POENCO. Por fin,
señá Lora, no ha bastao
cuanto he dicho. ¡Que me vea
por un frijón encerrado!

CURRO. Melitar; basta de chanzas.

TENIENTE. Llévelo usté, Sacatrapos.

POENCO. Vamos allá. La prisión,
se ha dicho siempre, mi Cabo,
que se hizo para los hombres;
y sobre tóo, ¡canario!,
que aunque yo no sé escrebir,
alguien me hará un garabato

pa el Espetor, y veremos...
Pero vamos a palacio,
Cabo de escuadra... ¡Churrú!
Siempre lo paga el soldado.
(Vanse el Cabo y Poenco.)

LORA. Señor Teniente; ¿conque
se queda riendo el Cabo?

TENIENTE. Si todo fué sin querer,
¿cómo puedo castigarlo?

TOMASA. Yo me alegro de que vaya
el señor Poenco al cuarto
de los bichos. Vamos, Curro,
que ya le ha costao caro
el llamarte a ti Frijones.

CURRO. Mira, mujer, que no gasto
chanzas pesáas.

TOMASA. Mi Teniente;
agradecida.

TENIENTE. Cuidado
con no volverse a meter
con ese hombre.

TOMASA. Es muy largo
y muy feote. Ven, Curro.
¡Qué sangre de oro!

CURRO. Vamos.

TODOS. Pidiendo todos, rendidos,
perdón de defectos tantos.

FIN

EL SOLDADO FANFARRÓN

SAINETE

—

CUARTA PARTE

PERSONAS

Poenco.
Paco el Tonelero.
Berlanga, marinero.
Juan Pico.
Ramón, Sargento.
Perico.
Manolo.
Soldado Curro.
Colasa.
Tomasa.
Bastiana.
El Ayudante de Plaza.
Curro.
Bautista.
Tropa.
Majos.

EL SOLDADO FANFARRÓN

CUARTA PARTE

La escena es en el Puerto de Santa María, en la calle Real, con puerta a la izquierda. Salen, de majos, JUAN PICO, MANOLO y PERICO con una guitarra.

MANOLO. Vamos; el paso jarrea.
PICO. ¿Va templado ese embeleco?
PERICO. ¿Tan descuidado me jaces?
Templado está, y como un cielo.
Pero dinos, Manolillo:
¿a qué viene ese jaleo
que se ha armao tan de pronto?
MANOLO. ¡Toma; ahora preguntas eso!
Que la Tomasa ha venido
hoy desde Cádiz al Puerto;
y la Bastiana, su hermana,
el tener baile ha dispuesto
a fin, todo, de obsequiarla.
PERICO. Calla, Manolo, que has muerto
a mi compadre Juan Pico.
MANOLO. Vaya el semblante risueño,
pues que vino la compinche.
PICO. Soniche, que me mareo.

No jonjabes a ninguno.
Si sabes, cara de negro,
que a esa mujer la dejé
y ha tiempo no la camelo,
¿a qué viene sonsacarme?

MANOLO. Mira, Juan Pico, te creo;
pero, la verdad, si llega
y ves que trae escudero,
¿te sabrá bien?

PICO. No, Manolo;
lo que es verdad lo confieso.
Sólo puede sosegarme
que ella traiga un marinero,
con el cual salí allá en Cádiz
a beber un vaso...

MANOLO. Entiendo;
echasteis la generala,
y sucedió...

PERICO. Ea, llamemos;
porque estará la Bastiana
esperándonos; adentro
podéis hablar. *(Llama.)*

PICO. Dice bien.

PERICO. Entrad, chicos; que han abierto.

MANOLO. Cuidado con la guitarra,
que está obscuro.

PERICO. No haya mieo. *(Vanse.)*

Salen PACO el TONELERO, muy majo, y CURRO.

PACO. Currito, ¿cuántas barajas
has repartío? Yo creo

que habrán sío pocas. ¿Eh?
CURRO. Sí, señó; ya no hay dinero.
Luego, han andao tan listos
los rondines, que ni aun puestos
han dejao para el rancho.
PACO. Náa se me da a mí de esto.
CURRO. Tres he echao en la Vitoria,
y una en Guía.
PACO. Poco es eso.
CURRO. No se ha podido echar más.
PACO. ¿Y has jecho mucho inero?
CURRO. Unos cuarenta y seis cuartos.
PACO. Dame treinta; quédate eso.
Anda, Currito, otra vez,
y recorre bien los puestos;
si hay alguna novedá
me encontrarás aquí dentro (1).
(Señala la casa.)
¿Entiendes, Currito?
CURRO. Entiendo.
PACO. Si ves al Rondín, soniche,
y parar. Vaya; hasta luego.
(Se entra, y Currito se va.)

Ruido de tocar guitarra y castañuelas; y salen BERLANGA
y la TOMASA.

TOMASA. ¿No te dije yo, Berlanga,
estaría armao el jaleo?
¡Ah! ¡Cómo estará mi hermana!

(1) Falta un verso en todos los ejemplares consultados.

Me ha de arrancar los cabellos
así que me vea.

BERLANGA. Vamos;
que no es el león tan fiero.

TOMASA. Avive usté esa sonsera,
seo cara de remiendos.

BERLANGA. Tomasita; la verdad,
y no andemos con rodeos;
no has sentío tú la falta
por la Bastiana; te entiendo.

TOMASA. Acabe usted de parir;
no me sea majadero,
cabeza de estoperón (1);
¿pues por quién?

BERLANGA. Por el mozuelo.

TOMASA. ¿Qué mozuelo, sangre de oro?
Con tal pesadez me quemo.

BERLANGA. Vaya, no te hagas la lela;
porque si yo sé de cierto
que el seor Juan Pico... ¡Ay!
... te ha venío a ti siguiendo
dende Cádiz...

TOMASA. ¡Buen petate
para salir de un empeño!
Sepa usted que aquese mueble
ha días que está en el Puerto;
y a mí no me importa un pito.

BERLANGA. Pues, señó, quéese en eso;
me habré engañao; paciencia;
pero sentiría verlo,

(1) Quiso decir «estoperol», clavo corto de cabeza grande.

y que tocase esa ropa.
TOMASA. Calle usted; qué, ¿soy salterio
para que naide me toque?
Ea, vámonos adentro;
más vivito.
BERLANGA. Vamos, pues;
pero sentiría verlo.
(Llama la Tomasa, y sale a la ventana la Bastiana.)
BASTIANA. ¿Quién es quien llama?
TOMASA. Bastiana;
tu hermana.
BASTIANA. ¡Gracias al Cielo!
¡Era hora de que llegases!
TOMASA. Si me he estao en el paseo...
Por eso ha sío la falta.
BASTIANA. *(Baja.)* Hija mía; ya te entiendo.
TOMASA. ¡Entre usted, resalaote,
patrón de aqueste hemisferio!
Como timón, guíe usted
mi serení... ¡Ay, mi negro!
¿Te has enfadao?
BERLANGA. Jonjana.
TOMASA. ¿Qué dice usted? Sin molernos.
BERLANGA. ¡Qué me tengo de enfadar!
¡Ay, que viva ese salero!
(Se entran tocando.)

Salen COLASA, el sargento RAMÓN y un SOLDADO.

RAMÓN. ¡Ay, cómo se junde el mundo!
COLASA. Anda, y no seas pesao.

RAMÓN. Esta noche es la gloriosa.
SOLDADO. Mi Sargento, oiga usté a un lao.
RAMÓN. Juanito, ¿qué traes de nuevo?
(Aparte los dos.)
SOLDADO. Prontito, y sin más reparo,
vaya usté a casa el Teniente;
porque está desesperao
viendo que usted hoy no ha ido.
RAMÓN. Colasa; el teniente Carlos
me envía a llamar. Tú puedes
entrarte ahora al sarao.
COLASA. ¿Me quiere a mí jonjabar
ese cara de epitafio?
¿Te envía a llamar el Teniente
a estas horas?
RAMÓN. Lo he pensao;
querrá que yo le acompañe,
porque habrá algún contrabando.
COLASA. Y será de musolina (1),
con faralá por abajo.
RAMÓN. ¡Y qué indinota que eres!
COLASA. Si me la había mamao.
RAMÓN. Colasa, llama el Teniente;
éntrate pronto al sarao.
COLASA. Yo no entro en la madriguera
sin el compañero; ¿estamos?
RAMÓN. Pues bien; espera un instante,
que luego vuelvo.
COLASA. *(Después de una pausa, lo mira.)*
Taguardo.

(1) «Muselina».

RAMÓN. Que no te muevas.
COLASA. Adiós,
cara de piñón tostao.
(Vanse Ramón y el Soldado.)
No me quisiera engañar.
El Juan es un emisario
de los finos; ¿qué jaré?
Aquí no hay más que esperarnos
que avíen; si me la pega
no le saldrá muy barato.

Sale POENCO fumando, con fusil, como que acaba de llegar.

POENCO. Dende lejos conocí
que era precioso este paño.
¡Y huele mucho un Poenco!
¡Qué ensillaíta! *(Hace gestos a la Colasa.)*
COLASA. ¡Qué trasto!
POENCO. ¿Me quiere usté hacer favor
de chupar este cigarro?
COLASA. Yo lo fumo puro.
POENCO. Ya;
ya yo estoy en este cabo.
¡Ay, qué hocico e mi negra!
COLASA. Cara de negro pecao,
nájese usted, que si no...
POENCO. ¡Ay, qué ojillos tan salaos!
Si me ha muerto usted, gachona;
pero las chanzas dejando,
¿me quiere usted camelar?
Mire que, aunque soy soldao,
no me faltan tres moneas

que sostengan ese garbo.
COLASA. (*Enfadada.*) ¡Ea, señor; que me atufo!
POENCO. ¿Y qué le pide a usté el barco?
¡Ay churrini, y qué momento
para uno que esté expirando!
Niñita, ¿me chere usted?
COLASA. ¿Es a mí? ¡Ay, qué salao!
Si parece a las mandrígulas
de un viejo descamisao.
POENCO. Vaya; no darme jachares.
COLASA. Si un gachón me la ha pegao.
POENCO. Yo soy más caritativo.
COLASA. Ea; múdese a otro barrio.
POENCO. Mi cara...
COLASA. Puñasevé.
Véngase usted alabando,
y la tiene apisonáa
como lego franciscano.
POENCO. Usted no me ha conocío.
Vaya; pues si yo me enfao,
¡ay, qué caliá que tengo!
Si un hombre me hubiera hablao
de esa suerte, ya estuviera
abierto de arriba abajo.
Con los hombres soy muy duro;
mas con las jembras muy blando.
COLASA. Si viniera mi Ramón
veríamos ese garbo.
POENCO. ¿Qué ha chanelao usté ahora?
¿Quién es ese desdichao
que se ha de atrever a mí,
con los jumos que yo gasto?

Cántele usté una vigilia;
porque sólo verme, helao
sa de caer a mis pies.

COLASA. ¡Qué se ha de caer helao,
so pescuezo de gaviota!
¡Fuera; que jiede a pescao!

POENCO. ¿Conque sa empeñao usted
en darme jachares? ¡Vamos!...
Se está quieto el alfiler
porque me tiran los cuartos
tan sandungueros que veo,
y esos ojillos clavaos
me han jecho en el corazón...
¡Viva un cuerpo gaditano!

Sale RAMÓN; a la voz de éste se retira Poenco, y echa mano al cuchillo.

RAMÓN. Digo, Colasa, ¿qué es esto?

POENCO. Poenco, detén el brazo;
que te ha mandado el Tiniente
que esté el alfiler guardao,
para que vivan los mandrias.

RAMÓN. Respóndeme a lo que hablo.

COLASA. Este barbas de tomiza,
que me ha estao jaleando
y echando fanfarronáas.

RAMÓN. ¡Camaráa!
(Hace ademán Poenco de tirar del cuchillo, pero no lo ejecuta.)

POENCO. ¡Que te mato!

RAMÓN. ¿A mí, so endino?

POENCO. Que mueres
si te me acercas un paso. *(Retirándose.)*
¡Nadie puede con Poenco! *(Se conocen.)*
RAMÓN. ¡Poenco!
POENCO. ¡Cara de espanto!
RAMÓN. No te había conocío.
POENCO. Ramón; pero di, so trasto:
¿si tardas en conocerme
no estás ya en el otro barrio?
¡Si a estos mandrias los ayuda
el demonio en tales casos!
¡Ay, qué mano tan ligera
y qué caliá me ha dao
mi Dios para el alfiler!
Cortaré un pelo volando.
Digo, Ramón, ¿eres tú
el patrón de aquese barco?
RAMÓN. Sí; ¿pero qué la decías?
POENCO. Náa; la estaba camelando;
mas lo mismo fué poner
en planta dos dicharachos,
cuando me dió en el jocico
el olor. Este pescao,
me dije, es de algún amigo;
y, así, es preciso dejarlo.
RAMÓN. Poenco; que es cosa mía.
POENCO. Anda chico sin cuidao,
que aquí tienes tóo un hombre.
COLASA. Ea; ¿qué estáis chanelando?
Basta de conversación.
¿Se entra o no se entra al sarao?
POENCO. A ver, Ramón; dime antes

dónde está el cuartel.
COLASA. Salao,
qué, ¿no sabe usted las calles?
POENCO. Gachona; yo no he estudiao
sino en comerme a los hombres.
RAMÓN. Poenco; esa calle abajo
marcha, y verás el cuartel.
Allí vive ésta, a su lao.
POENCO. Malegro. ¡Huy, qué mimito!
COLASA. ¡Toma, toma, y qué petardo!
RAMÓN. Colasa; mira que Poenco
es amigo y...
POENCO. Quieto el paso.
Salero; a mí no me gusta
incomodar; y, así, claro,
me najaré ahora mismito
si a usted le sirve de enfao.
RAMÓN. Déjala que hable, Poenco.
POENCO. Jamás me ha gustao el lao
de una jembra, cuando he visto
que la he servío de espanto.
Usted sepa que Poenco,
con las mujeres hablando,
es de algodón; con los hombres
tiene el golpe muy pesao,
y que los abre en canal
y los come luego asados.
¡Ay, si es mucha caliá
la que Dios a mí me ha dao!
RAMÓN. Márchate adentro, Colasa,
que voy con Poenco un rato.
COLASA. No te tardes; que no quiero.

Oyes, Ramón; pon cuidao,
que esa equis mal formada
no te coma de un bocao.
¿Estás, chico? Adiós, so fuelle
de un órgano destemplao. (*Vase.*)

POENCO. ¡Qué endinota es tu compinche!

RAMÓN. Parece que te ha gustao.

POENCO. Mira; no vengas con pullas,
porque soy muy arrastrao.

RAMÓN. Y tú, ¿a qué has venío al Puerto?

POENCO. Venimos comisionaos
a perseguir los endinos
que diz que andan robando
e inquietando cuatro pueblos.
Mi Tiniente (vamos claros)
está malo, ya lo entiendes;
y viene, por su mandado,
el sobrino. Como tóos
saben el jumo que gasto,
me ijo : «Marcha, Poenco,
y cuídame del muchacho
cuando se meta en función.»
«Mi Tiniente, sin cuidao;
pues adonde está Poenco
toíto el mundo habla bajo.»
¡Pero, Ramón, si me impuso
un indinote mandato;
si me dijo : «Que no saques
el alfiler hasta tanto
que te vuelva a ver en Cáiz»! (1)

(1) Falta un verso.

Bien conoce mi Tiniente
lo que pesan estas manos.

RAMÓN. Vamos, Poenco, al cuartel,
y luego a tomar un trago.

POENCO. Escucha, Ramón : ¿hay juego
donde uno meta la mano?

RAMÓN. Hay cuatro o cinco corrillos.

POENCO. ¿Corren chulos?

RAMÓN. Demasiados.

POENCO. Pues llévame allá, Ramón.

RAMÓN. Poenco; juguemos claro.
¿Pretendes echar barajas?

POENCO. Si el lance viene rodao,
se jará lo que se pueda.

RAMÓN. Pues te advierto que es bizarro
el chico que lo maneja.

POENCO. ¡Ay, ya me pesa este brazo!...
Pues eso me gusta a mí.
Compadre, ¡si yo me mato
por dar con gente de fierro!

RAMÓN. Pues, Poenco, has encontrao
en Paquito el Tonelero
(que así se llama este guapo)
lo que apeteces.

POENCO. No hay duda;
la horma de su zapato
halló ya el señor Paquito.
No se escapará ese trasto
de las uñas de Poenco.
Ya el humor negro ma entrao,
y no hay hombres en el mundo
que puedan conmigo. Vamos

a buscar a ese gallina;
que el Empóreo Gaditano
ha enviao a este Poenco
a cazar *dindones.* Vamos,
a que se mueran de verme.
Vamos por ese estropajo;
que ya la sangre me jierve
por darle con un zapato
a ese niño tonelero
que todos tenéis por guapo.

RAMÓN. No te sofoques, Poenco;
y pues estás arrestao,
ven y te enseñaré el puesto.

POENCO. Vamos pronto; que a ese trasto,
con sólo ponerme feo,
verás, le dejo espantao.
¡Ay Ramón; como me ajume
dejo al Puerto *desvastao*
de hombres, aunque el Tiniente
luego me quite los cascos!
¡Huy; si es mucha caliá
aquesta que Dios me ha dao!

RAMÓN. *(Aparte.)*
Ya voy viendo que este mandria,
según ha fanfarroneado,
es de los muchos que chillan
cuando no hay un hombre al lao.
(Vanse.)

Sala de Bastiana. Aparecen PACO, PERICO, MANOLO, BERLANGA, COLASA, TOMASA, BAUTISTA y JUAN PICO; en los bastidores habrá velas encendidas.

PACO. Anda chiquilla con ella.
BERLANGA. ¡Que vivan los cuerpos buenos!
BAUTISTA. Digo, Colasa, ¿y Ramón?
COLASA. No tardará mucho, creo;
pues fué a enseñar el cuartel
a un soldao.
BAUTISTA. Macarenos,
¿qué se hace? Más vivito.
PACO. Rasque usted ese arrapiezo,
camaráa.
TODOS. Pues a ella.
PACO. Usted, compadre, aquí en medio.
Jaléeme a la señora.
Señá Tomasa, sin mieo.
Tocador, jaga usted son,
que yo avivaré el jaleo. *(Van a bailar.)*
(Sale Curro, llama aparte a Paco y todos se suspenden.)
CURRO. Seo Paco, escuche usted.
(Como asustado.)
PACO. ¡Pues qué tenemos de nuevo?
CURRO. Que se han entrao en los ranchos
un soldado y un sargento
y han quitao las barajas.
PACO. ¿Son rondines?
CURRO. Ni por pienso.
El sargento es de Marina
y el soldao es de otro Cuerpo;

y los que le han conocío
dicen que es un tal Poenco
que ahora ha venío de Cádiz.

BASTIANA. Digo, Paquito, ¿qué es eso?
¿Hay alguna novedá?

PACO. No, mujer; siga el jaleo,
que pronto estaré de vuelta.

PICO. Seo Curro, ¿hay algo bueno
en que un hombre se divierta?
(Se arrima a Paco.)
¿Podré servir de escudero?

BERLANGA. *(Lo mismo.)* Seo Paco, soy inútil;
pero a lo menos el cuerpo
le tengo ya bien curtido
del granizo y de los truenos.
¿Me honra usté en que le acompañe?

PACO. Camaráas, lo agradezco;
no es náa que cause pena.
Es un amigo, que entiendo
quiere ver esta función
y entrar solo le da mieo.

BERLANGA. Me alegraré que así sea.

PACO. Gobierne usted este hemisferio,
patrón, en tanto que falto.

BASTIANA. ¿Tardas mucho?

PACO. Cuatro creos.
(Toma el capote.)

TODOS. Ea; pues siga la broma.

PACO. Hasta luego, caballeros.
(Vanse él y Curro.)

BERLANGA. Señores; he maliciao
que hay en el campo algo bueno,

y no es razón vaya solo,
porque al fin es compañero.

PICO. Tiene usted razón, Berlanga;
mejor es irle siguiendo
nosotros; pues me malicio
que éste será tiro hecho
para birlarle; que hombre
a hombre, naide le da mieo.

BASTIANA. ¿Qué hace usted, seo Juan Pico?
¡Ay, Tomasa; si es perverso!
Id todos, y haced que vuelva.

HOMBRES. Camaráas, vamos presto (1).
(Se van los hombres.)

BASTIANA. Nosotras vamos adentro
a que se nos pase el susto,
mientras vuelven con el preso,
mojando unos bizcochitos
con vino rico.
(Va saliendo Poenco y se pone en medio, de forma que no vea a la Tomasa.)

TODAS. Ea, entremos.

POENCO. ¿Me dará usted una sopita,
reina por aquese garbo?

BASTIANA. ¿Quién le ha metío al culón
en rentas del excusao?

POENCO. ¿Cómo culón? ¡Ay churrús,
y las danzas que yo gasto!
Si fuera usté hombre, señora...

COLASA. ¿Se lo comiera usted asado?

POENCO. Usted tiene letra abierta.

(1) Falta un verso.

¡Qué ojillos tan resalaos
tiene usted; como me endiñe
de esas flechas, me ha matao!

COLASA. Bastiana, deja que hable;
no tengas ningún cuidao,
porque es perrito faldero,
que todo se va ladrando.

POENCO. Ya lo ha oído usted, señora;
soy perrito, y no perrazo.

TOMASA. Cabal; que es perro faldero,
que todo se va ladrando.

POENCO. ¿Qué es lo que dice? ¡Qué guapa!
(Ahora la ve.)
So endina, ¿aquí te he encontrao?
Pues me las has de pagar.

COLASA. Seo melitar, despacio;
¿adónde está mi Ramón?

POENCO. En la puerta me ha dejao,
que el Tiniente le llamó.

COLASA. Tomasa, Bastiana; vamos
nosotras a refrescar
y dejar solo a este trasto.
(Se van, y Poenco detiene a Tomasa.)

POENCO. No quiero que usted se vaya.

TOMASA. Ea; apártese del paso;
si no, le cruzo la cara
con la suela del zapato.

POENCO. Si soy perrito faldero.

TOMASA. Cara de forma; hacia un lao.

POENCO. ¿A que te pego en la jeta?

TOMASA. ¿A que le planto un sopapo?

POENCO. Desde que andas con Marina

me parece que has menguao;
bien que, como es gente chica,
no es mucho se haya pegao.

PACO. *(Saliendo.)* Aquesta vez el Poenco
ha corrío más que el galgo.
¡Que sa de jacer! Paciencia;
no es menester sofocarnos.

POENCO. ¡Y qué jocico tan mono!

TOMASA. Que ya me voy sofocando;
nájese usted.

POENCO. ¡Ay, li, li!...
¡Si fuera usté hombre!...

PACO. Salao;
no sofocarse por eso,
que muy pronto le ha encontrao.

TOMASA. Seo valiente; ahora es tiempo
que ese brío esté alentao.

PACO. ¿Qué hace usté aquí, melitar?
(Arrimándose a Poenco, y éste retirándose.)

POENCO. No me mire usté al soslayo,
porque yo con el resuello
dejo a los hombres helaos.

PACO. Fuera mieo, camaráa.
Vaya; alargue usté esa mano.

POENCO. Si la tengo muy pesáa.
¡Ay, que me voy ajumando!
Macareno; vaya usted,
y no venga jonjabando,
porque adonde está Poenco
nenguno levanta el gallo.

PACO. ¡Hola! ¿Conque usté es Poenco?
Najencia de aquí me llamo.

POENCO. Digo, ¿es cosa de reñir;
que es bien todos lo sepamos?
PACO. Seor melitar, ya le he dicho:
najencia de aquí me llamo.
POENCO. ¡Que me dijera el Tiniente
tuviera el chisme guardao!
¡Válgame Dios, camaráa!
Me parece usté alentao,
y yo no he de permitir
que caiga usté en estas manos.
PACO. Melitar; quiero saber
por qué barajas ha echao.
POENCO. Qué, ¿es usté el seor Paquito?
Me lo había maliciao.
¿Y por eso es la quimera?
Ea; venga acá esa mano.
PACO. *(Lo mira y después dice):*
Melitar, responda usted.
¿Por qué barajas ha echao?
POENCO. No ha sío con intención
de quitarle a usté el barato.
Créame usted, seo Paquito;
a poco de haber llegao
al Puerto, ice un amigo:
«Poenco, tú que eres guapo
(porque es mucha caliá
aquesta que Dios me ha dao),
¿a que no te atreves hoy
a echar naipes en los barcos?»
Y le ije: «¿Aunque lo haga,
dime, mandria, a quién agravio?
¿Pues qué tiene eso que hacer?

Ahora mismito me marcho;
y el gachón que lo gobierna,
si está de barajas falto,
aún me lo ha de agradecer,
que le ahorraré ese trabajo.»
Fuí, compré cuatro barajas,
y las eché. ¿Qué hay de malo?
Usté ha ganado los naipes
y yo he perdío los cuartos.

PACO. ¿Conque la intención de usted
sólo fué hacerme un regalo?

POENCO. No más. ¿Yo para qué quiero
un garito de tres cuartos,
cuando le tengo allá en Cáiz
que me deja veinticuatro?
Y después que, desde lejos,
los que tenemos la mano
pesáa, nos conocemos.

PACO. Melitar, hablemos claro:
¿Usted no pretende náa?

POENCO. Náa, naíta, seor Paco.

PACO. ¿Conque usté tiene allá en Cáiz...?
(Se arrima.)

POENCO. Quieto aquese pie, seo Paco,
porque me rasco el rabel.

PACO. ¿Conque sólo fué regalo?
¿No es esto así, melitar?

POENCO. Pues si no fuera... ¡canario!,
y la afición que le he puesto,
porque es usted bien plantao,
esa jeta que usted tiene,
¿no la hubiera ya marcao?

No conoce usté a Poenco,
cuando tanto se ha arrimao.
Sólo el tufo del vestío
deja a los hombres quemaos.

PACO. Melitar, yo se lo estimo;
pero de veras hablando,
usted sepa que las chanzas
jamás a mí me han gustao,
ni menos fanfarronáas,
cuando no vienen al caso;
y, así, por que no le vuelva
a suceder otro tanto,
ni chanele usté en su vida
que ha ofendío (en chanza) a Paco,
es preciso que aquí mismo
le diga que es usté un trasto
fanfarrón; y no le endiño
por no ensuciarme las manos
en cosa que es tan inútil;
mas, para que cuente el caso,
so endino, me basta a mí
el darle aqueste sopapo.
(Le pega y le echa la gorra al suelo.)

POENCO. Paquito, ¿qué ha jecho usted?
Poenco, ¿qué ta pasao?
¡Mira que tienes la fila
como pimiento encarnao,
y que te duele bastante!
¡Allá va un león, seo Paco!...
(Le embiste y se retira.)
¡Mas si me ha dicho el Tiniente
tenga el alfiler guardao!

No le espanzurro el mondongo,
porque es usted muy muchacho
para mí. ¡Ay infeliz! *(Al paño, Berlanga.)*
¡Con quién había pegao!
Ahora mismito yo hiciera
lo propio que con un trasto
que se llamaba Berlanga,
marinerito afamao,
que por un quítame allá
le jice que arrodillao
me pidiera más perdones
que hombres llevo ya mataos.
Y, si aquí ahora le viera,
le diera un beso, seo Paco.
(Sale Berlanga y se lo da.)

BERLANGA. Vea usté el gusto cumplío,
habiéndosele yo dao.
¡Que viva un cuerpo chiquito!
¿A quién pegó usted, salao?

POENCO. No hay remedio. ¡Ahora sí que hay
muertes de hombres! ¡Hacia un lao!...
¡Mas si me ha dicho el Tiniente
tenga el alfiler guardao!
Gachones; no hay que picarse
por ver que los dejo sanos.
(Va saliendo Pico.)
Dar las quejas al Tiniente,
que me impuso, el condenao,
que mientras esté en el Puerto
tenga el alfiler guardao;
que si no, ya con el dije
hubiera a los dos marcao,

lo mismito que a Juan Pico
en la Ventilla del Chato.

PICO. Seo embustero; así respondo
a los hombres mal hablaos. *(Le pega.)*

BERLANGA. Dale, Juan Pico.

TODOS. *(Saliendo.)* ¿Qué es esto?

POENCO. Señores; todos a un lao;
no se me acerque nenguno
si no quiere al otro barrio
ir ahora mismo; que estoy
lo propio que un condenao.
¡Ay, qué indina caliá
el Señor a mí me ha dao!

RAMÓN. ¡Qué te ha de dar, fanfarrón!

POENCO. ¡Ay, que va el cuello sacando
y que quebranto el precepto!

RAMÓN. Fanfarrón, mandria, pelao.

POENCO. Ea; no quiero aguantar.
¡Allá voy!
(Paco se va a tirar a él y Ramón le detiene.)

RAMÓN. Quieto, seo Paco.

MUJERES. ¡Ramón!

RAMÓN. Dejad que le corte
la cara. ¡Muere!

POENCO. ¡Te paso!

PACO. ¡Firme, Ramón!

AYUD. *(Saliendo.)* Buenas noches;
¿qué bulla es ésta? Sepamos.

COLASA. Usted sepa que al señor
todos éstos le han pegado
por ser muy largo de lengua

y un baladrón...

POENCO. Eso, paso.
Yo jamás fuí baladrón,
como lo he manifestao;
pero me ijo el Tiniente
tuviera el chisme guardao.

AYUD. ¡Hola! Prendedlo al instante,
que estoy muy bien informado,
por el nombre, de quién es.
Llévenlo bien amarrado;
que, pues faltó a la Ordenanza
(Al Sargento.)
levantando a usted la mano,
en un Consejo de guerra
quedará bien castigado.

POENCO. Advierta usted, mi Mayor,
de que a mí me han enviao
a prender contrabandistas;
y, si yo estoy encerrado,
no hay un mandria en todo el Puerto
que pueda echarles la mano.

AYUD. Conducidle.

POENCO. Pues, señor,
vamos a volvernos santos.
Camaráa; no gloriarse
de que queda libre el paso;
pues en poniéndome feo,
no hay uno en tóo el Juzgao
que se atreva a sentenciarme.
Seo Juan Pico; seo Paco;
aquí hay un hombre chiquito.
(Se rien todos.)

Si no estuviera amarrao,
¡ay qué jaleo que hubiera!
¡Qué habemos de hacer! Suframos
esta indina caliá
que el Señor a mí ma dao. *(Se lo llevan.)*

AYUD. Buenas noches, caballeros.
(Al Sargento.) En el principal aguardo
a usted.

RAMÓN. Muy bien, mi Ayudante.

TODOS. Besamos a usted la mano.

COLASA. No volverá el fanfarrón
otra vez a provocarnos.
Y aquí se acaba el sainete.

TODOS. Perdonad defectos tantos.

FIN

EL TRIUNFO DE LAS MUJERES

SAINETE

PERSONAS

El Alcalde.
Juan, tonelero.
Pedro, majo.
Don Blas, maestro de escuela.
Don Diego.
Ana, maja.
Pepa.
Doña Juana.
Doña Petra.
Alfonso, escribano.
Tomisa, alguacil.

EL TRIUNFO DE LAS MUJERES

Calle larga, con dos puertas a cada lado y una al foro. Salen por la derecha DON BLAS, DON DIEGO, JUAN y PEDRO; y, detrás, ANA, PEPA, DOÑA JUANA y DOÑA PETRA.

MUJERES. Escuchad, hombres crüeles.
HOMBRES. En vano son las querellas.
ANA. Mira mi llanto...
JUAN. Es cansarse.
PEPA. ¿No te ablandas?
PEDRO. Soy de piedra.
PETRA. ¿Así me dejas, ingrato?
BLAS. Hija mía, no me muelas.
PETRA. ¿En qué he podido ofenderte?
BLAS. En nada, hijita. No temas
que yo te culpe.
PETRA. Pues dime:
¿por qué motivo me dejas?
BLAS. Porque ya desengañados
estamos de lo maletas
que son ustedes; y, así,
hemos hecho nuestras cuentas
y vemos que, sin mujeres,

lo pasaremos de perlas.
MUJERES. ¿Eso habéis resuelto?
HOMBRES. Sí.
JUANA. ¡Pobre Juana!
PETRA. ¡Infeliz Petra!
BLAS. No hay que blandearse, amigos.
HOMBRES. Seguro está.
PETRA. Nuestras quejas
oirá el Alcalde.
BLAS. El Alcalde
verá bien lo que decreta;
porque, si no, las habrá
con el Maestro de Escuela;
pues, en semejantes casos,
cuando el decoro se arriesga,
si él tiene vara, yo tengo
los palotes a docenas.
MUJERES. Tened piedad.
HOMBRES. No la esperen.
BLAS. ¡Qué mujeres tan molestas!
Cuando un hombre las buscaba,
todas se hacían de pencas;
y ahora que ya no queremos
ni mirarlas, se nos pegan
como garrapatas. Vamos
a ver al Alcalde.
PETRA. Espera,
inhumano cocodrilo.
BLAS. Idos de aquí, mala pécora.
MUJERES. Escuchad.
HOMBRES. No; vagabundas.
(Las oxean con las capas.)

Salen el ALCALDE y TOMISA, alguacil.

ALCALDE. ¿Qué escándalo y bulla es ésta?
MUJERES. Señor Alcalde; justicia.
ALCALDE. ¿Qué tienen? ¿De qué se quejan?
MUJERES. De los hombres.
ALCALDE. ¿Qué os han hecho?
PETRA. Que, sin honor ni conciencia,
pretenden abandonarnos
para dejarnos expuestas
a mil tropiezos.
BLAS. Sin eso,
demasiado ellas tropiezan.
ALCALDE. Pero, vamos, ¿por qué causa?
PETRA. Porque ahora han dado en el tema
de que serán más felices
sin mujeres.
PEDRO. Cosa es cierta.
¿De qué sirven unos muebles
que tienen siempre revuelta
la sociedad?
BLAS. Ya se ve;
porque, como son las hembras
animales imperfectos,
tienen tantas tachas...
ALCALDE. Sea;
pero, para hacer justicia
en tamaño pleito, es fuerza
que cada cual relacione
las causas que le violentan
a tal determinación.

JUAN. Yo sólo digo que ès puerca.
¿La ve usted con tanto moño
y tanto jubón de seda?
Pues interiormente hiede
a cochambre; de manera
que en llegando el mes de julio
más que un muladar apesta.

ANA. Mientes, picarón. Tú sí
que vienes de la taberna
todas las noches, echando
un tufo que me mareas.

JUAN. Yo soy tonelero, y tengo
con el Montañés mis cuentas.

ALCALDE. Silencio; diga usté ahora.

DIEGO. Señor Alcalde; quisiera
no mover los labios; pero,
pues es preciso, usted sepa
que es mi dichosa mujer
la más solemne coqueta
de toda la Andalucía.
En mirándola siquiera
un mozo, pone los ojos
lo mismo que candilejas.
Entonces sigue la risa,
el arqueamiento de cejas,
los gesticos, las guiñadas
y otras doscientas mil muecas.
Luego que entra un Regimiento
en el pueblo, a la hora y media
saben mi casa el Tambor,
el Sargento y la caterva
de Oficiales, que me gastan

los umbrales de la puerta;
pero lo que siento es
que no salen los que entran;
pues, aunque yo al despedirse
paso lista, se me cuelan
por las rendijas, de modo
que una noche, entrando a tientas,
hallé a un señor Capitán
alojado en la despensa.

JUANA. Es un bribón malicioso.
Dime, infame: ¿tú me afrentas,
cuando todos los maridos
han presentado mil quejas
contra ti?

DIEGO. Ahora no se trata
de semejante materia.
Lo que digo es que no quiero
más mujer.

ALCALDE. Enhorabuena.
Exponga usted sus motivos.

PEDRO. ¿Conque he de soltar las velas
a la lengüecita? ¡Bueno!
¿No tiene esa mujer señas
de una tonta? Pues lo es;
pero, hablando con franqueza,
mire usted: no sentiría
nadita que no tuviera
lo de Salomón, pues yo
no estudié ninguna ciencia.
Lo que me da a mí coraje
solamente, es que no tenga
una pizca de sandunga.

¿Quiere usted creer que seis felpas
la he dado por que aprendiese
el zorongo, y no le entra?
Vaya; si a la tal mujer
el alma se le pasea
por el estómago. Yo,
la verdad, mejor quisiera
una mujer que al andar
alzara una polvareda
en las calles; porque siempre
puede un hombre contenerla
con un poco de acebuche;
pero a estas pánfilas, éstas
que al atravesar un caño
se les caen las caderas...
¡Dios me libre! Mejor quiero
aprender a anacoreta.

PEPA. Mire usted; me llama sosa
porque no soy como aquellas
con quien él trata. Este pago
recibo por ser modesta.

PEDRO. ¿Qué tiene que ver ahora
el garbo con la modestia?
Sobre que no me da gana
de aguantar más a las hembras.

ALCALDE. Cállese la boca, y hable
el Maestro de la Escuela.

BLAS. Yo, de lo que me querello
es de la naturaleza
de mi mujer. En seis años
que ha que nos unió la Iglesia,
ha dado al mundo diez niños,

que me comen por las piernas.
¡Vaya si estoy aburrido!
En entrando por las puertas,
salen como diez leones,
con tantas bocas abiertas,
pidiéndome pan; los unos
de la capa se me cuelgan,
otros me muerden las manos;
y aun los chicos que gatean,
se pusieron ayer tarde
a chuparme las orejas
de los zapatos. ¡Qué bocas!
Me han hecho vender las prendas
que tenía; y lo que siento
es que ya tiene sospechas
mi mujer de echar de un golpe
lo menos una docena;
conque, por tanto, he resuelto,
antes que cubra la tierra
esa peste de gazapos,
despedir a la coneja.

PETRA. No es esa la única causa,
hombre malvado, no es esa;
sino que a cada real
que se gasta, te atraviesan
el corazón. Di, tacaño:
¿no te produce la Escuela
para mantener tus hijos?

LAS. ¿Qué producir, si se llena
sólo con ellos? ¿Acaso
en todo el pueblo se encuentran
otros hijos que los míos?

PETRA. Pues, infame, ¿no confiesas
que son tuyos?
BLAS. Lo confieso
piadosamente.
PETRA. Pues piensa
en mantenerlos.
BLAS. Lo haré;
pero no quiero que crezca
la familia.
PETRA. ¡Bergantón!
ALCALDE. Silencio; que la cabeza
la tengo ya mareada
de escuchar tanta simpleza.
MUJERES. Señor Alcalde; justicia.
ALCALDE. Yo les prometo el hacerla.
Que se eche un bando, Escribano,
en que mando, bajo pena
de un año de calabozo,
que salgan al punto fuera
de este pueblo y su distrito
casadas, mozas y viejas;
y, a mayor abundamiento,
mando también que no puedan
los hombres salir del pueblo
hasta nueva providencia.
Esto proveo.
MUJERES. Señor,
¿tal injusticia...?
ALCALDE. No tengan
que replicar.
HOMBRES. ¡Viva, viva
el Alcalde!

BLAS. Vida nueva,
compañeros. Todo el mundo
haga al punto sus haciendas,
para hacer ver que nosotros
no necesitamos de ellas.
HOMBRES. Vámonos a nuestras casas.
BLAS. Alzad la mano derecha,
y echémosles para siempre
la bendición a las hembras.
HOMBRES. Que Dios os dé feliz viaje.
(Les echan la bendición y se entran en las casas.)
PETRA. ¿Es justo que se consienta
este desprecio?
PEPA. ¿Es posible
que diese usted tal sentencia?
MUJERES. ¡Infelices de nosotras!
ALCALDE. Señoras; cesen las quejas,
y no piensen que procedo
contra ustedes; pues mi idea
es tan sólo escarmentarlos
para que ellos mismos vuelvan
a suplicarles a ustedes.
MUJERES. ¿Mas de qué modo?
ALCALDE. Eso queda
para después; ahora vayan
y ocúltense en mi bodega,
y no salgan hasta que
las ordene yo que vengan.
PETRA. Cuidado, señor Alcalde;
no se frustren sus ideas
y quedemos ni casadas,

ni vïudas, ni solteras.
ALCALDE. Yo sé bien lo que me hago;
no desconfíen.
PETRA. Pues ea;
vamos a nuestro destierro.
MUJERES. Señor Juez; hasta la vuelta. *(Vanse.)*

Sale JUAN de su casa con una silla baja, su almohadilla y una media, y cose.

JUAN. Pues estamos (a Dios gracias)
libres de la impertinencia
de las mujeres, cojamos
unos puntos a estas medias;
que ya, de puro cogerlos,
se van largando a carreras.
¡Jesús! ¡Qué tranquila vida!
Es fuerza hacer una fiesta
a San Marcos, por habernos
librado de esta epidemia.

Sale de su casa DIEGO con un anafe, un puchero y un soplador, y se pone en el suelo a soplar.

DIEGO. Vecino; Dios guarde a usted.
Doy a usted la enhorabuena
de verlo tan descansado.
JUAN. No mucho; porque la seda
se me ha quebrado dos veces
y tengo poca paciencia.
DIEGO. Siempre, a los principios, es
penosa toda tarea;

a mí también cuatro veces
se me ha apagado la mecha,
y lo tolero gustoso
por verme libre de aquélla,
que para sierpe le faltan
sólo las uñas y aletas.

JUAN. Vecino; ¡qué buena vida
nos pasaremos!

DIEGO. Me pesa
no haber antes conocido
el descanso que me espera.

Sale, por su puerta, PEDRO con un lebrillo y alguna ropa sucia.

PEDRO. Dios guarde a ustedes, vecinos.
Parece que se menea
la gente.

DIEGO. Es preciso hacer
lo que hacían esas hembras
de los diablos.

PEDRO. La del humo;
que yo, por mí, ni a la Pepa
ni cosa que huela a enaguas
necesito.

JUAN. ¡Qué maletas!

PEDRO. Voy, en cuatro manotadas,
a lavarme la decencia.
Arremángome las mangas
de la camisa.

DIEGO. ¡Que tengan
valor algunos autores
para llamar a esas bestias

el consuelo de los hombres!
PEDRO. El que escribió esa tontera
estaría amartelado
con alguna mujerzuela,
y usó de esa jonjanilla
para ponerla más ciega.

Sale BLAS con un niño de mantillas en brazos, y una silla en que se sienta.

BLAS. ¡Gracias a Dios que está el pueblo
tranquilo! ¡Miren qué escena
tan agradable a los ojos
de Dios y del mundo! Apenas
se oye un resuello. Si fuesen
mujeres, habría una gresca
que, tres leguas en contorno,
la gritería se oyera.
PEDRO. ¿Cómo va, señor don Blas?
BLAS. Sin las mujeres es fuerza
que nos vaya bien. Ahora
procuremos que se duerma
esta criaturita. ¡Qué gloria
es vivir!... *(Se sienta.)*
DIEGO. ¡Malditos sean
el anafe, la torcida,
el puchero y la molesta
necesidad de comer!
BLAS. ¿Qué maldiciones son esas?
DIEGO. ¿No tengo de maldecir,
si no hay forma que se encienda
el carbón, y de soplar

ya la mano me hormiguea?
BLAS. ¡Qué se ha de hacer! Es preciso
lo llevemos con paciencia,
por no lidiar con mujeres.
¡Jesús! Desde hoy, sin ellas
reinará la paz.
JUAN. ¡Malhaya
una y mil veces la seda!
¡No sé cómo no me ahorco!
BLAS. Amigo; tenga usted flema,
que algo se ha de tolerar
por la fortuna estupenda
de haber salido de maulas.
PEDRO. ¡Caramba; que me bajea
el espinazo de tanto
meneo como me cuesta!
Sobre que, si no se limpia,
baila el lebrillo, en las piedras,
el cachirulo.
BLAS. ¡Hijo mío!,
¿te has vuelto perro de presa?
Ya se ha tragado un botón.
¡Maldito; duérmete apriesa,
porque, si me enfado, pones
en los chinos la mollera!
Voy a cantar un poquito
para lograr que se duerma.
(Canta.) «Un mancebo sevillano
en el prado de la Corte,
quiso arrimarse a una yegua
y le pegó un par de trómboli,
qui trómboli, qui trómboli,

que caigas,
y le pegó un par de trones,
y le pegó un par de trones
en las espaldas, de modo
que tuvo el pobre mancebo
mucho tiempo que andar trómboli.»
(Representando.)
¿Si se habrá dormido? Nada;
parecen un par de estrellas
los ojos. ¿A que me enfado
y se los tapo con brea
para que jamás los abra?
¡Mas qué veo? ¡Santa Tecla;
otro botón se ha mamado!
¡Pobre casaca! De ésta,
se chupa botonadura,
paño, forro y entretelas.

DIEGO. Señor don Blas; me parece
que usted también se impacienta.

BLAS. ¿No tengo de impacientarme
si el niño tiene una lengua
como un puñal de Albacete,
que destroza cuanto encuentra?
Vean ustés qué agujero
me ha hecho en la casaca nueva.
¡Duérmete, demonio! Creo
que hoy no podré abrir la Escuela.

JUAN. *(Tira la almohadilla.)*
¡Anda con cinco mil diablos;
que, aunque descalzo me vea,
no vuelvo a tomar la aguja!

DIEGO. *(Tira todo.)* Reniego de la candela,

del puchero y del carbón;
y reniego de mi abuela.

PEDRO. *(Ídem.)* Ea; se acabó el fregado.
¡Sobre que tengo deshechas
siete costillas, de hacer
cortesías a las piedras!

BLAS. *(Tira el niño.)* ¡Maldito! ¿Quieres sacarme
las entrañas? Anda fuera,
que yo no tengo que darte.

JUAN. ¿Qué haré, que no tengo medias?

DIEGO. ¡Triste de mí, que no como
y se me anda la cabeza
de necesidad!

BLAS. Mi hijo,
¿cómo ha de pasar sin teta?

PEDRO. ¿Saben ustés que no puedo
mudar de ropa, si Pepa
no maneja este fregado?

DIEGO. ¡Ay Juanita! Si me vieras,
¿qué dirías?

BLAS. ¡Hijo mío;
que se me muere! ¡Ay mi Petra!

TODOS. ¡Mujer de mi corazón!

PEDRO. ¿Qué hacemos?

DIEGO. Don Blas resuelva.

BLAS. Pidamos nuestras mujeres (1).

PEDRO. ¡Señor Alcalde!

TODOS. ¡Hijas mías!

(1) Falta un verso.

Salen el ALCALDE y ESCRIBANO.

ALCALDE. ¿Qué alboroto y bulla es ésta?
¿Qué quieren?
TODOS. Nuestras mujeres.
ALCALDE. Ya está dada la sentencia.
No hay remedio; no han de entrar
las mujeres, mientras tenga
yo la vara.
BLAS. ¡Por los santos
que el almanaque celebra!
(Lloran todos de rodillas.)
Vuélvame usted mi mujer.
PEDRO. Por Dios; que de mí se duela.
TODOS. Dénos usted las mujeres.
ALCALDE. Veremos si quieren ellas.
Salgan ustedes.
(Salen por la puerta del foro las mujeres.)
DIEGO. Mi bien...
BLAS. Dulce mona...
PEDRO. Mi morena...
MUJERES. Quitad, falsos.
HOMBRES. No podemos.
PETRA. ¿Adónde están las protestas
de no vivir con mujeres?
¿No decíais que las hembras
eran causa de discordias,
de ruinas y de tragedias?
(A Blas.) ¿Pues por qué me buscas, di?
¿Por qué tan humilde ruegas,
hombre vil?

BLAS. Porque soy débil.
Yo juzgué que eran de piedra
los hombres; pero ya veo
que es tanta nuestra flaqueza,
que somos, sin vuestro auxilio,
unos mamelucos.
DIEGO. Pepa.
PEDRO. Juanilla.
MUJERES. Sois unos falsos.
PEDRO. Yo te prometo la enmienda.
BLAS. Yo mantendré mi familia
aunque estés como una clueca.
ALCALDE. Perdonadlos.
PETRA. ¿Confesáis
que sin las caricias nuestras
fueran más vuestras desdichas?
TODOS. Sí confesamos.
PETRA. Pues ea.
Yo, por todas, os perdono.
Levantad del suelo; y sepan
que nacen todos los hombres
esclavos de las bellezas;
pues quien no cede a su imperio
será tronco o será piedra.
HOMBRES. ¡Vivan las mujeres; vivan!
ALCALDE. Y dando fin a la idea...
TODOS. Pidamos todos, rendidos,
perdón de las faltas nuestras.

FIN

LOS ZAPATOS

SAINETE

PERSONAS

Manolo.
Andrés, su compadre.
Tío Pedro.
Felipe.
Facorro, montañés.
Mariana.
Inés.
Tía María.
Juan el Pelao.
Majos y Majas.

LOS ZAPATOS

Calle corta. A la izquierda una tienda de montañés con su estrenque; y la TÍA MARÍA, buñolera, con su candil encendido. MANOLO y FELIPE, con los vasos en una mano y en la otra un buñuelo. MARIANA pasa del segundo bastidor de la izquierda hacia el de la derecha, y al verla Manolo y Felipe se adelantan a alcanzarla al medio del teatro.

MANOLO. ¡Tía María!
MARÍA. ¿Qué se ofrece?
MANOLO. Vaya por junto un ochavo,
y escójame usté al instante
un buñuelo del tamaño
de una rueda de molino.
MARÍA. Tome usted.
FELIPE. Que yo lo pago.
De nadie tome usted plata.
MANOLO. ¿Por qué te metes en gastos?
FELIPE. Si fundo mi vanidad
en ser yo siempre el pagano...
MANOLO. *(A Mariana.)* ¡Eh, salero! Escuche usted.
¡Que vivan los cuerpos majos!
Tírele usted, serafín,
a este buñuelo un bocado.

MARIANA. Ya está usted servido.
MANOLO. Ahora,
para excusarse un empacho,
enjuáguese usted la boca.
(Le alarga el vaso.)
FELIPE. Manolo, toma este vaso.
MANOLO. No es menester. ¡Facurrillo!
FACORRO. ¿Quién grita? ¿Se ofrece algo?
MANOLO. Que se me seca el gañote.
FACORRO. ¿Una chiquita?
MANOLO. Del blanco.
(Éntrase Facorro.)
Vaya, salero; el lebrillo
allí nos está esperando.
Tome usted cuanto quisiere.
MARIANA. Usted viva muchos años.
MANOLO. Sin cortedad, porque yo
traigo siempre cuatro cuartos
para gastar con las mozas
de rumbo.
FELIPE. Y, si no, yo traigo
otros cuatro en el bolsillo.
MARIANA. ¡Viva la gente de garbo!
FACORRO. *(Saliendo.)* La chiquita.
MANOLO. Pues, salero,
a que juntos nos veamos
esotro día en la gloria
del Ventorrillo del Chato.
(Bebe y alarga el vaso a Mariana, y ésta a Felipe.)
MARIANA. Y el que faltare, que baile
sobre un toro de seis años.

FELIPE. Yo digo tan sólo: Amén. *(Beben.)*
MANOLO. Toma, farruco. A tu amo,
que lo raye. Vaya; marcha,
o te doy un cogotazo.
FACORRO. El diablo de mata medios... *(Vase.)*
MANOLO. Sobre que estaba rabiando
por decirla a usted que estoy
muerto por esos pedazos.
MARIANA. ¡Y yo que me lo creyera!
Sepa usted que soy del barrio
donde aprendemos changüí
casi cuando gateamos.
MANOLO. Que lo diga Felipillo,
si no estoy muerto y penao
por usted.
MARIANA. ¡Qué jonjabero!
¿Piensa usted que me las trago?
A lo que estaba yo hecha.
Sobre que estoy reventando
en el pellejo, de oir
todos esos requebrazos.
MANOLO. Malditica sea mi alma
si hay en Cádiz otro garbo
que me dé golpe.
MARIANA. ¿Usted piensa
que soy Juana Saltacaños?
Vaya; míreme usted bien;
o pásese usted las manos
por las legañas, salero.
MANOLO. Si a esa mujer no le hablo
diez años ha. Desde el día
que la encontré en picos pardos

con un mono de futraque
más tieso que un campanario,
siempre que la llego a ver
la hago la cruz como al diablo.

MARIANA. Pero como yo no tengo
ni la majeza ni el garbo
de Juanilla...

MANOLO. Calle usted;
que más vale el aparato
de esa persona, que todas
las Juanas que hay en el barrio.

MARIANA. ¿De veritas?

MANOLO. Muy de veras;
porque yo nunca he gastado
saliva en balde.

MARIANA. Pues bien;
yo vivo aquí más abajo.
Ni gatito ni perrito
que me ladre. Agur, salao.

MANOLO. ¿Adónde camina usted?

MARIANA. ¿Adónde? A un baile.

MANOLO. Sepamos
en dónde es la fiesta.

MARIANA. En casa
del tío Perico el Canario.

MANOLO. ¿A que tengo todavía
esta noche el gran gustazo
de bailar unas boleras
con usted?

MARIANA. Pues bien; veamos
si se cumplen las palabras.

MANOLO. Sobre que lo que yo hablo

se puede escribir.
MARIANA. ¡Que escupe
un hombre fuera de vaso!
Hasta luego.
MANOLO. ¡Adiós, morena!
¡Vivan los cuerpos salaos!
FELIPE. ¿Conque piensas ir al baile?
MANOLO. Ahora estaba yo pensando
que, para bailar boleras,
tengo rotos los zapatos.
FELIPE. Ya el tío Pedro el remendón
habrá guardado los trastos;
que si no, con dos puntadas
todo estaba remediado.
MANOLO. ¿Tienes dinero, Felipe?
FELIPE. ¿Para qué lo quieres?
MANOLO. Dalo.
FELIPE. Dime para qué.
MANOLO. Verás
cómo vamos en un salto
a comprar unos.
FELIPE. ¿Adónde?
MANOLO. En casa del tío Pablo.
FELIPE. Tendrá cerrada la tienda.
MANOLO. Pues iremos a buscarlos
a otra parte.
FELIPE. ¿Y que se empiece
en el ínter el fandango?
MANOLO. ¿Qué importa? Dame la plata.
FELIPE. Pero si no tengo un cuarto...
MANOLO. ¿Ahora salimos con eso?
Estoy por darte un cantazo

en el nido de las liendres.
FELIPE. Hombre, no te apures tanto.
Mira; si yo fuera tú,
le pidiera unos prestados
a tu compadre.
MANOLO. Es verdad;
pero temo que es temprano
para que él esté en su casa.
FELIPE. ¿Temprano, y está quitando
los muebles la tía María?
MANOLO. Pues entremos en un salto.
FELIPE. A bien que, si no ha venido,
podemos allí esperarlo. *(Vanse.)*

Casa pobre. En la derecha dan golpes y por la izquierda sale ANDRÉS, de majo muy machucho.

ANDRÉS. ¿Quién llama? Aguarden un poco,
y no echen la puerta abajo.
(Abre; y salen Manolo y Felipe.)
Compadrito, ¿qué hay de nuevo
por acá? ¿Se ofrece algo?
MANOLO. Compadre, traigo un empeño
con usted. Venga un cigarro.
ANDRÉS. Yo iba a pedírselo a usted.
MANOLO. Paciencia; yo iba a comprarlo,
pero quise antes hablarle.
ANDRÉS. ¿Hay negocio en que podamos
servirle a usted?
MANOLO. Pues, señor,
el asunto que yo traigo
se reduce a dos palabras.

Ya sabe usted que el Canario
tiene baile.

ANDRÉS. Ya lo sé,
aunque no me ha convidado.

MANOLO. Pues, señor, la Marianita,
la que vive hacia esta mano,
como quien va hacia la Palma,
torciendo un poquito abajo...

ANDRÉS. ¿Aquella que a la Currilla
revolcó dentro del caño?

MANOLO. No, señor. Es una moza
que tiene el pelo castaño,
ojos negros, buena cara,
el cuerpo muy ensillado
y un lunar como un realillo
sobre una ceja.

ANDRÉS. Ya caigo.
Ésa estuvo en el Hospicio
porque le dió un arañazo
a un maltés que la vestía.
¡Qué culebra! ¿Y qué es el caso?

MANOLO. Pues, señor, esa mozuela,
la verdad, me ha regustado
y le he dicho que la quiero.
¿Hay en esto algo de malo?

ANDRÉS. Ya se ve que no. La chica
tiene muchísimo garbo.
¡Así tuviera mejores
partidas! Vamos al grano.

MANOLO. Pues, señor, ella me ha dicho
que me espera en el fandango,
para que bailemos juntos

el chandé.
ANDRÉS. Pues ¿a qué diablos
aguarda usted?
MANOLO. La verdad;
como tengo estos zapatos
tan rotos, que por las puntas
parecen bocas de sapos,
vengo a ver si usted me presta
unos suyos por un rato.
ANDRÉS. Compadrito; sin rodeos.
Estoy tan escarmentado
a prestar... El otro día
vino a pedirme el Pelao
unos calzones, y yo
le fuí a prestar los de paño...
Pues esta tarde el tunante,
porque le estaban mirando
dos mozas, se descolgó
por una azotea a un patio;
y al pasar junto al pescante,
con un jierro enturtijao
se enganchó por los fondillos,
de modo que me los trajo
a tiras por el envés,
como buque empavesao.
MANOLO. Pero, compadre, vea usted
que trata con hombres blancos
que saben cuidar lo ajeno.
ANDRÉS. Todos dicen otro tanto;
pero lo cierto es que uno
es quien paga luego el pato.
MANOLO. Vaya, compadre; ¿es posible

que quede yo por un trasto
sin palabra?

FELIPE. Seor Andrés;
advierta usted que es un caso
de honra.

MANOLO. Yo le prometo
que ni siquiera rozados
los volveré.

FELIPE. Por la Chata
ambos se lo suplicamos.

ANDRÉS. ¡Pues meten un buen empeño!
¿No sabe usted que ese trapo,
después de haberla vestido,
se enredó con un soldado
que vende por los cafées
cuchillitos y esos palos
con que se rascan los dientes
los Usías?

FELIPE. ¡Son el diablo
las mujeres!...

ANDRÉS. ¡Mire usted;
dejarme a mí por un trasto
tan indecente!

MANOLO. Compadre,
¿me presta usted los zapatos?

ANDRÉS. De manera que si usted
me los cuida...

FELIPE. Yo los pago,
si se rompen.

ANDRÉS. Calla, hombre;
si nunca tienes un cuarto.
Compadre, a usted se los presto;

déme usted palabra y mano
de no hacer escobeteos,
ni dar patadas ni saltos.

MANOLO. Yo se lo prometo a usted.

ANDRÉS. Pues, siendo así, se los traigo. *(Vase.)*

MANOLO. ¡Que indinote es mi compadre!

FELIPE. Es el más desconfïado
que yo he visto.

ANDRÉS. *(Sale con los zapatos, quitándoles el polvo.)*
Compadrito,
nadie me gana a aseado.
¿Sabe usted qué tiempo habrá
que los estrené? Tres años.
Por señas que me los puse
con aquel vestido pardo
de bayeta moteada
que dió golpe en todo el barrio.
Ya ve usted; ni una puntada
tienen rozada.

MANOLO. Me espanto
de ver cómo a usted le duran.

ANDRÉS. Mire usted si le están anchos.

MANOLO. Tiene usted el mismo pie.
(Se los pone y patea.)
Sobre que me están pintados.

ANDRÉS. Vaya; que no es menester
dar coces, como caballo,
para ver si vienen bien.

MANOLO. Compadrito, no hay cuidado.
Aquí le dejo los míos
hasta mañana temprano.

ANDRÉS. Mire usted: si se acabase

a media noche el fandango,
véngase usté acá derecho
y podrá usté descambiarlos.

MANOLO. Está bien. Abur, compadre.

ANDRÉS. Escuche usted. Yo he pensado
que será mucho mejor
que los lleve usté en la mano
hasta la puerta del baile,
pues como hay tantos guijarros
por las calles...

MANOLO. Para mí
lo mismo es hembra que macho.
Esto se hace en dos minutos.
(Se los quita.)

ANDRÉS. Compadrito; es un reparo
tan regular...

MANOLO. Usté es dueño,
y es menester contentarlo.
Ya está usted servido; abur.

ANDRÉS. Compadre; casi he pensao...
Mire usted : mejor será
que usted me lleve al fandango
para guardarle los suyos
mientras baila.

MANOLO. Pues volando;
más vivito.

ANDRÉS. En un instante
el castoreño me encajo. *(Vase.)*

MANOLO. Quemao estoy, Felipillo.

FELIPE. Aunque estuviera descalzo,
no los llevara.

ANDRÉS. *(Sale de capa y sombrero.)* Al avío.

Déme usté acá los zapatos. *(Los toma.)*
(Mirando adentro.)
Tía Pepa; cierre usté aquí,
que esta noche voy de gallo.

Casa del tío Pedro. Mesa con un velón y sillas. El TÍO PEDRO repartiendo mixtela a MARIANA, INÉS y otras MAJAS y MAJOS.

PEDRO. Silencio; no me atolondren.
Luego beberán los machos.
Vaya, linda Marianita,
apúrate todo el vaso.
MARIANA. Viva usted cuanto desea. *(Lo prueba.)*
PEDRO. Qué, ¿lo tocas a los labios?
¿A qué son esos embustes?
MARIANA. Tengo esta noche en los cascos
Consejo de Guerra, y quiero
saber lo que yo me hago.
PEDRO. Pues mira, cara de diosa,
nadie sino el tío Canario
ha de saber tus secretos.
Jesús y cruz. *(Bébelo todo.)*
INÉS. ¡Qué borracho
es usted, tío Pedro!
PEDRO. ¡Ya!
Tú, sin duda, estás rabiando
porque no te di primero.
Calla, y échate ese trago. *(Le da el vaso.)*
PELAO. *(Sale con la guitarra.)*
¡Alabado sea el Señor!
INÉS. Ya está aquí Juan el Pelao.

PEDRO. Hombre, ¿habías de venir?
PELAO. Si me detuvo ahí abajo
un posma...
PEDRO. Si tardas más,
iba a sacar el rosario.
¿Traes la vihuela?
PELAO. Aquí está.
PEDRO. Tan sólo de verla bailo.
Sitio para el tocador,
muchachas. Ven acá, guapo;
que, entre estos soles, verás
adónde pones las manos.
(Le sienta entre Mariana e Inés.)
Toca; tócame un zorongo.
PELAO. Deje usted que temple. *(Lo hace.)*

Salen ANDRÉS, MANOLO y FELIPE.

FELIPE. Vamos;
que está la sala lucida.
ANDRÉS. Compadrito, con cuidado;
no se desguince usté un pie
y me rompa usté un zapato.
MANOLO. Déjeme usted, compadrito;
que, con lo que estoy mirando,
me están llevando los mengues.
ANDRÉS. Hombre, ¿qué ve usté?
MANOLO. El Pelao,
que está junto a Marianita.
¿A que lo agarro de un brazo
y aljofifo en un instante
la sala con ese trasto?

ANDRÉS. En ese caso, compadre,
se peleará usted descalzo.
Cuenta con lo que se hace.
MANOLO. ¡Sobre que estoy sofocado!
(Pasa al lado de Mariana.)
PEDRO. ¿Cuándo acabas de templar
PELAO. Si tres cuerdas han saltado...
PEDRO. Así te saltara un ojo.
MARIANA. ¿Qué hace usté aquí, seor majo?
¿Por qué no se sienta usted?
MANOLO. Estoy desde aquí escuchando
las voces de la vihuela.
(A ella sólo.) ¿Estará usted reventando
de coraje por tener
ese tocador al lado?
MARIANA. Yo no gusto de la gente
pelada.
MANOLO. De cuando en cuando
se suele mudar de gusto.
MARIANA. No sea mono. Al despacho.
Fuera capa, y avivar
esta sonsera. ¡Canario;
que en sabiendo que los quieren
se ponen luego tan anchos!
MANOLO. ¿Conque quiere usted que avive
la gente?
MARIANA. Yo jamás hablo
las cosas dos veces.
MANOLO. ¿Sí?
Pues al avío, muchachos.
Fandango, fandango pronto.
Vamos; fandango, fandango.

ANDRÉS. ¡Compadrito!
MANOLO. ¿Qué se ofrece?
ANDRÉS. Hombre, que estoy sofocao
de verle dar tantas vueltas.
Cuando estreno yo zapatos
nuevos, estoy que no puedo
tan siquiera dar un paso.
MANOLO. Compadre; si es menester
avivar la gente...
ANDRÉS. Hablando
se aviva mucho mejor
que corriendo y pateando.
PEDRO. Vamos, señores, ¿quién baila?
MANOLO. Yo, yo, tío Pedro Canario.
(Da patadas como en ademán de bailar.)
ANDRÉS. ¡Sobre que mi compadrito
parece que está azogado!
PEDRO. Pues saque usté una mujer.
MANOLO. Usted, salero. *(A Mariana.)*
MARIANA. Volando. *(Se levanta.)*
MANOLO. Toque usted el fandanguito.
PELAO. Todavía no he templado.
MANOLO. Mira, Juan, que si te burlas,
me he de quitar un zapato
y te caliento la cara.
PELAO. ¿A quién? ¿A mí? ¡Voto a tantos!
(Manolo se quita un zapato, y le va a dar con él. Andrés le detiene.)
ANDRÉS. ¡Compadre!
MANOLO. ¿Que quiere usted?
ANDRÉS. Usted déle con un palo;
mas con el zapato no.

PEDRO. Vaya; siéntate, Pelao.
MARIANA. Señor Manolo, ¿es posible?
MANOLO. ¡Si se está de mí burlando!...
PEDRO. Ya se acabó; toca, Juan.
PELAO. Sólo por usted lo hago.
(Toca, y bailan. Andrés sigue a Manolo para hablarle con disimulo y con viveza. Los demás jalean el baile.)
PEDRO. ¡Que viva la gracia! ¡Zas!
ANDRÉS. Compadrito, más despacio.
TODOS. ¡Zas, que me jundo!
ANDRÉS. Compadre;
que no son de cal y canto.
TODOS. ¡Anda con ella!
ANDRÉS. ¡Manolo! *(Lo para de bailar.)*
Mira que ya estoy sudando
de mirarte dar patadas.
MANOLO. Compadre; no sea pesado,
que están reparando todos. *(Hablan bajo.)*
ANDRÉS. Ya me retiro a mi lado;
pero, compadre, por Dios,
que cuide usted los zapatos.
PEDRO. ¿A qué ha sido esta parada?
MARIANA. Pues está muy bueno el chasco.
ANDRÉS. Tengo con él cierto asunto.
Vaya; prosiga el fandango.
(Tocan y bailan.)
TODOS. ¡Vivan los cuerpos con gracia!
PEDRO. ¡Que te la llevas, salao!
ANDRÉS. ¡Compadre!... *(Salta Manolo.)*
TODOS. ¡Viva el que sabe!
ANDRÉS. ¡Compadre; de aquí no paso!

Ya eso es mucho patear.
Múdese usted de zapatos.
(Tira al suelo los zapatos de Manolo, y para el baile.)

TODOS. ¿Qué es esto?

MANOLO. Que mi compadre
esta noche se ha esmerado
conmigo. Pero yo tengo
la culpa.

ANDRÉS. Vaya; si acaso
ha de servir de disgusto,
diviértase usté otro rato.

PEDRO. Ya estoy impuesto, Manolo,
en el lance; y fué excusado
que molestases a otro,
siendo en mi casa el fandango.

ANDRÉS. De suerte que si no fuera
por el cordoncillo blanco
de las tapas, no le hacía
aunque bailara diez años.

PEDRO. Pues yo tengo cuatro pares
con cordón, y todos cuatro
los ha de romper ahora. *(Vase.)*

MARIANA. Si a mí me hubiera usté hablado,
tengo yo siempre un doblón
para comprarle zapatos.

PEDRO. *(Sale con unos zapatos.)*
Toma, Manolo. *(Tíralos al suelo.)*

MANOLO. Compadre;
aprenda usté a tener garbo.

ANDRÉS. Pero también cuando voy
a una fiesta, jamás ando

pidiendo para el desnudo.
¡Vaya; que mata de majos
tan pordioseros, tan sólo
se encontrará en este barrio!

MANOLO. Mire usted que se me va
a mí ajumando el pescao...

ANDRÉS. Descálcese usté, y después
hablaremos más despacio.

MANOLO. Pues ya está hecho.
(Lo hace, y ademán de sacar un cuchillo.)

TODOS. *(Lo detienen.)* ¡Manolo!

PEDRO. En mi casa no hay más guapo
que yo.

MANOLO. Calle usted, tío Pedro.
(A Andrés, como en desafío.)
Ya me tiene usted descalzo.

ANDRÉS. Pues mire usted, compadrito;
si tengo de hablarle claro,
sólo quería pillar
mi alhaja. Ya yo me najo.
Si quiere usted convidarme,
me pagará con tres vasos
de Manzanilla el haber
lucido con mis zapatos.

MANOLO. ¿Convidarle a usted? Primero
le daría un rejonazo.

ANDRÉS. ¿A quién? ¿A mí? En la taberna
hablaremos más despacio. *(Vase.)*

MARIANA. ¡Qué ridículo es el hombre!
Póngase usted los zapatos
y acompáñeme a mi casa,
que ya me jiede el fandango.

PEDRO. Pero si puede ponerse
unos míos...

MARIANA. Le están largos.
Tiene usted mucha pezuña.

PEDRO. Mujer; vivas muchos años.
Yo le ofrezco lo que tengo.

MANOLO. Se lo estimo, tío Canario.

MARIANA. Venga su capa.

PEDRO. Aquí está.

MARIANA. Y sepan todos que amparo
yo a Manolo, y que me sobra
una onza...

UNO. Qué, ¿de estaño?

MARIANA. ¿Quién fué el petate que habló?

MANOLO. ¡Si supiera quién fué el trapo!...

MARIANA. Vamos, Manolo; y no hagas
de aquesta gentuza caso.

PEDRO. Adiós, real moza.

MARIANA. Hasta nunca.

PEDRO. Ya la diversión se ha aguado.
Juanillo; ¿vámonos todos
a correrla?

PELAO. Por mí, vamos.

TODOS. Pidiendo todos, primero,
perdón de defectos tantos.

FIN

EL PAYO DE LA CARTA

SAINETE

PERSONAS

Don Pedro.
Don Antonio.
Bartolo.
Pascual.
Graciosa.
Cuarta.
Un hombre.
Acompañamiento.

EL PAYO DE LA CARTA

Decoración de calle corta. Salen DON ANTONIO y DON PEDRO.

PEDRO. Don Antonio, amigo mío,
esta noche que está fresca
y no hace mucho calor
hemos de ir a la comedia.
ANTONIO. ¿Pues qué función ejecutan?
PEDRO. Hacen una pieza nueva,
según dicen los carteles,
y yo, por media peseta,
no he de dejar de ir allá.
ANTONIO. Yo os esperaré a la puerta,
me contaréis la función
y me ahorraré la molestia.
PEDRO. ¿Por qué?
ANTONIO. Porque no me gustan,
señor mío, las comedias;
la ópera es la que me agrada,
me divierte y me deleita.
PEDRO. A mí también; mas por eso
no hemos de despreciar nuestras

comedias, que muchas hay
instructivas y muy buenas.

ANTONIO. Sobre todo, os daré gusto
esta noche.

PEDRO. Norabuena.
¿Qué hora es?

ANTONIO. Las seis han dado.

PEDRO. Pues hasta las siete y media
vamos en casa de una
amiguita, aquí muy cerca;
que ella nos informará
si es la función mala o buena;
pues tendrá en ella papel
y habrá ensayado por fuerza.

ANTONIO. Pues qué, ¿es del teatro?

PEDRO. Sí;
si es la graciosa...

ANTONIO. Pues deja;
nos llegaremos primero
al café por dos docenas
de cigarros de la Habana,
que encargué a un amigo.

PEDRO. Sea
como quieras.

Salen PASCUAL y BARTOLO de payos andaluces; Bartolo trae una carta en la mano; y, mirando las casas, tropieza con don Pedro.

PEDRO. *(Aparte.)* ¡Habrá bruto!

BARTOLO. Usted, si es ciego, debiera
llevar perro, o lazarillo,
por *alantre*, que le *ijera*

el camino de las calles
de la Corte.

PEDRO. Si no fuera...

ANTONIO. Hombre, cállate, por Dios;
y con cachaza tolera
el empujón, pues no es nuevo
dar tropezones con bestias.

BARTOLO. Ya se ve; y como que un hombre
cada instante las encuentra...

PEDRO. Los bestias los serán ellos.

ANTONIO. Bien claro lo manifiestan,
pues están cubiertos aún
de la lana de su tierra.

BARTOLO. No habrá pocos por acá
que lleven vellón a cuestas
por jartarse de vellones
a fuerza de su paciencia.

ANTONIO. Por fin, andaluces brutos.

BARTOLO. Tampoco, de esa cosecha
aquí abundan; ya se ve,
si no hay un bruto siquiera
en este *páis;* jasta los
mayorazgos saben cuentas.

PEDRO. Dejadlo para quien es.

ANTONIO. El demonio del postema (1).
(Vanse los dos.)

---

(1) Todo lo copiado hasta este verso constituye una especie de preparación para el sainete, imaginada sin duda por el empresario, que lo era G. y Lledó, según nota manuscrita en el ejemplar impreso, donde se advierte otra marginal que dice: «Aquí empieza.» El ejemplar manuscrito comienza en el siguiente verso.

BARTOLO. En esta calle sin duda
vivirá, según las señas
que me dieron en la villa.
¿Sabes leer?
PASCUAL. Algunas letras.
BARTOLO. Pues lee este sobrescrito
por si acertamos con ella.
PASCUAL. Dice..., dice...
BARTOLO. Acaba el dice;
mala víbora te muerda;
si así lees, yo discurro
que en diez semanas y media
no acabarás de leer
lo que las letras enseñan.
PASCUAL. Yo no sé leer más corriendo.
BARTOLO. Un tabardillo a cualquiera
puedes dar con tu lectura;
vamos, y no gastes flema.
Acaba con mil dïantres.
PASCUAL. Dice..., dice...
BARTOLO. Anda a la escuela,
y al bruto que te enseñó
que te vuelva las monedas.
¿Habrá bestia semejante?
Dice..., dice...; en mi conciencia
que yo soy muy mal *letor*,
y me atrevo a leer quinientas
veces aún mejor que tú.
PASCUAL. Ya que tanto vociferas,
léela tú.
BARTOLO. Pues ya se ve.
¿Es menester tanta ciencia?

PASCUAL. Pues vaya.
BARTOLO. Atiende, salvaje.
Aquí dice..., dice...
PASCUAL. ¡Buena!
¿Qué es lo que dice la carta?
BARTOLO. Si no conozco las letras...
Mas calla; aquí viene un hombre,
si no me mienten las señas.
HOMBRE. *(Saliendo.)*
Muy tarde es, y estoy muy lejos.
PASCUAL. Pues que se ha pasado, llega.
Dígame usté, señor mío,
y perdone la imprudencia :
¿sabe usted leer?
HOMBRE. ¡Qué pregunta!
¡No he de saber!
BARTOLO. De manera
que, como otros no saben,
no sería cosa nueva.
HOMBRE. ¿Qué hombre no sabe leer?
BARTOLO. Yo soy uno; y a la escuela
anduve más de seis años.
HOMBRE. Amigo; yo voy de priesa.
¿Qué se ofrece? Vaya...
BARTOLO. Sólo
que me diga: ¿la carta esta
a quién viene?
HOMBRE. Dice así.
(Lee.) «A la señora Manuela,
en la calle San Narciso,
Cómica de las comedias.»
BARTOLO. Aprende a leer, gran salvaje.

PASCUAL. Pues está buena la fiesta,
y lee peor que yo.
BARTOLO. Si se me embrolla la lengua...
HOMBRE. En aquella casa vive. *(Vase.)*
BARTOLO. Agradezco la fineza.
Allá voy con alma y cuerpo.
Dios nos la depare buena.
La puerta, abierta se mira.
Pascual, sube la escalera. *(Vanse.)*

Mutación de salón, con sillas, mesa y una comedia encima de ella; y salen por la izquierda la GRACIOSA y CUARTA.

GRACIOSA. Haz que todo esté dispuesto,
porque esta tarde hay tragedia
y me he de ir muy temprano.
CUARTA. Usted recelo no tenga;
que todo lo tendrá pronto. *(Llaman.)*
GRACIOSA. Llamando están a la puerta.
Mira quién es.
CUARTA. Voy corriendo. *(Vase.)*
GRACIOSA. El sastre me desespera.
Si el vestido no me trae
le he de romper la cabeza.
CUARTA. *(Saliendo.)* Señora; un payo andaluz,
con otro, dice que es fuerza
hablar con usted.
GRACIOSA. ¿No dicen
quién son?
CUARTA. No, señora; y se entran
sin aguardar que les digan
que lo hagan.

GRACIOSA. ¡Pues es buena
política! Di que aguarden.
CUARTA. Ya se han entrado en la pieza.

Salen BARTOLO y PASCUAL.

BARTOLO. ¿Se puede entrar, señorita,
si es que usted nos da licencia?
GRACIOSA. ¿Para qué la quiere usted,
si ya se ha entrado sin ella?
BARTOLO. No gaste usted cumplimientos.
GRACIOSA. Es una gran desvergüenza
entrarse sin avisar;
y si, por caso, estuviera
en camisa, ¿era decente
que ustedes así me vieran?
En la antesala se aguarda.
BARTOLO. Señorita; allá en mi tierra,
antesala ni altealcoba
hay; el que llama, se entra;
si los encuentra en camisa
vuelve la cara, y espera
a que se pongan las naguas;
y si no, de la manera
que los halla, da el recado,
y se vuelve puerta afuera.
GRACIOSA. Vaya; ¿qué es lo que usted quiere?
¿Qué se ofrece, o qué desea?
BARTOLO. Mire usted, estoy cansado;
tomaré yo la silleta
y me asentaré. ¿Oyes tú?
Siéntate con *convinencia.*

GRACIOSA. ¿Se podrán ver otros modos?
El hombre es bruto de veras.
La cortedad me da gusto.

BARTOLO. Siéntese usted sin molestia,
que yo vengo muy despacio.

PASCUAL. ¡Qué linda es la casa esta!

GRACIOSA. Vaya; despáchese y diga
quién es; y, con ligereza,
lo que buscan en mi casa.

BARTOLO. No se ofenda usted; paciencia.
¡Qué calor hace, Pascual!
Haga usted que la doncella
(si acaso lo es de esta casa
la niña que está en presencia)
nos saque de refrescar,
pues la calor nos marea;
y tome usté estos tres cuartos;
y, si hay cerca una taberna,
que me traigan un porrón
de vino, pues me refresca.

PASCUAL. Que vayan luego al instante.

GRACIOSA. ¿Se podrá ver tal llaneza?

BARTOLO. Como soy que es como un oro
la Cómica de comedias.

PASCUAL. Mejor que la Boticaria,
la Médica y la Alcaldesa.

GRACIOSA. ¿A que llamo quien a palos
los eche por esa puerta,
llenándolos de estacazos?

BARTOLO. En ese caso no fuera
yo el que menos pegaría,
porque tengo mucha fuerza.

GRACIOSA. ¿Quién son y qué es lo que quieren?
BARTOLO. Mire usted; allá en mi tierra...
GRACIOSA. ¿Y de qué tierra es usted?
BARTOLO. Qué, ¿no sabe usted cuál sea?
GRACIOSA. No, señor.
BARTOLO. Pues es un pueblo
como éste u otro cualquiera;
hay hombres, mujeres, niños;
hay viejos, también hay viejas;
hay bestias, como éste sabe,
que en todo el lugar se encierran.
GRACIOSA. Usted viene a sofocarme.
¿Se habrá visto tal postema?
BARTOLO. Si usted quiere que de pronto
le diga toda mi arenga...
Es fuerza irme poco a poco;
yo soy pesado, y es fuerza
(si no lo digo despacio
y a la moda de mi tierra)
que no sepa lo que digo,
ni usted lo que digo entienda.
GRACIOSA. Yo me apuro con este hombre.
Vaya, diga usted.
BARTOLO. Con flema.
GRACIOSA. Acabe, aunque sea despacio.
BARTOLO. Pascual, ¿si habrán ya las bestias
comídose el primer pienso?
PASCUAL. Es forzoso que así sea.
BARTOLO. Diga usted: *entre parentis;*
de cebada la fanega,
¿a cómo está por acá?
GRACIOSA. Hombre, no sea usted bestia;

que eso no es aquí del caso.
Váyase usté y no nos muela.

BARTOLO. Me espanto que en este pueblo
sean las gentes tan lerdas
que no sepan cómo vale
la comida de las bestias.
Pues, señora, a lo que vengo...
¿Qué hablábamos? Que en conciencia
no me acuerdo. ¿No trae el vino
la chica?

GRACIOSA. ¡Tómate esa!
Ya volvemos al principio.

PASCUAL. Hombre; despacha y no muelas.

BARTOLO. ¡Ay! Ya me acuerdo. Es el caso
que un señor que está en mi tierra
me ha dado con mucho empeño
esta carta, y que la diera
a usted; mas bien entendido
que me ha de dar la respuesta.

GRACIOSA. ¡Gracias a Dios que acabamos!
¿Y para una friolera
como traerme una carta
ha gastado tanta flema?
Vaya; déme usted la carta.

BARTOLO. Déme usté antes la respuesta.

GRACIOSA. ¡Si digo que usté es un bruto
de los pies a la cabeza!
Hombre; déme usted la carta.

BARTOLO. En dándome la respuesta.

GRACIOSA. ¡Jesús, qué sofocación!
Dame la basquiña, Pepa,
que me quiero ir al teatro

por no escuchar a este bestia.
PASCUAL. Dice bien; dale la carta.
BARTOLO. No quiero. Eres un tronera.
¿Quieres tú que lea la carta
y que no haga caso de ella,
como muchas otras lo hacen,
y me vaya sin respuesta?
No, señor; para no errarlo,
toma y daca : déme ella
la respuesta a mí primero,
y daré la carta. Piensan
que soy tonto.
GRACIOSA. Y muy salvaje.
Hombre; eso que dice y piensa,
¿no ve usted que es imposible?
Vaya, no sea tronera;
¿me da usted la carta o no?
BARTOLO. En dándome la respuesta.
GRACIOSA. Salgan luego de mi casa,
o les rompo la cabeza
con esta silla. ¡A la calle!
BARTOLO. ¿Conque ello ha de ser por fuerza?
GRACIOSA. O les partiré los cascos.
BARTOLO. Una vez que usted me ruega
y lo pide en cortesía,
se acabó la *dependencia*.
PASCUAL. Dale la carta.
BARTOLO. Verás
cómo me voy sin respuesta.
Tome usted la carta; pero
no tiene razón ni media
en querer leer la carta

sin darme antes la respuesta.
Allá va.

GRACIOSA. Gracias a Dios
que largó la carta.

BARTOLO. Lea.

GRACIOSA. *(Lee.)* «Señora: Usted me dispensará la molestia, por ser su más apasionado cuando la conocí en la Corte, que estuve a ciertas pretensiones; y hallándome en Andalucía al tiempo de hacerse unas fiestas en que han dispuesto los alcaldes hacer unas tragedias, se han valido de mí para que me empeñe con usted a fin de que instruya lo mejor que pueda al dador de ésta, que pasa a cierto negocio a esa Corte, y es uno de los que entran en la función y hace el papel principal; informándole lo que ha de hacer y la vestimenta que se requiere; favor que espera merecer su más apasionado,—Saturio Saturnino Morón, etc.»
(Representando.)
¿Se ha visto igual friolera?
Ni sé quién es don Saturio,
ni yo tengo, aunque quisiera,
lugar para entretenerme
en semejante pamema.

BARTOLO. ¿Ha leído usted la carta?

GRACIOSA. Sí, señor.

BARTOLO. ¿Y la respuesta?

GRACIOSA. Lo que le respondo es
que se vayan norabuena

de mi casa; que no estoy
para bromas. ¡Vayan fuera
al instante!

BARTOLO. ¿No te dije
que me iría sin respuesta?
¿Lo ves? Yo tengo la culpa
en dar la carta. Paciencia.
¿Conque nos vamos?

CUARTA. Señora;
mientras que la hora se llega
de que vamos al teatro,
tómelo usté esto por fiesta,
y divirtámonos en
oirles cuatro simplezas.

GRACIOSA. No dices mal. Y decidme (1).
¿Pero quién anda allá fuera?

Salen DON PEDRO y DON ANTONIO.

PEDRO. Madama; si usted permite
que mi amigo...

GRACIOSA. Se interesa
mi afecto en corresponder
a quien urbano se precia
así de favorecerme,
sin otro fin que la buena
política de mostrarse
mi apasionado de veras.

(1) Desde el verso siguiente hasta el que dice: «¿vos en aquesta tragedia», figuran todos acotados en el ejemplar impreso. En los manuscritos no aparecen.

LOS DOS. Favor con que nos honramos.
GRACIOSA. Ya, señores, que se encuentran
en esta ocasión, sentarse
y veréis cosa muy buena. *(Siéntanse.)*
BARTOLO. Oyes; estos son los dos...
PASCUAL. Ya los conozco.
GRACIOSA. Pues ea.
Como iba diciendo, amigo,
¿vos en aquesta tragedia
que se hace en vuestro lugar,
qué papel hacéis?
BARTOLO. ¡No es buena
la pregunta! Por mi cara
y por mi hermosa presencia,
¿no estaba diciendo yo
que haré la dama primera?
GRACIOSA. Si no suelto yo la risa
será un milagro. ¿En comedia
habéis entrado otra vez?
BARTOLO. Sí, señora; en las «Cautelas»
hice uno de los que salen
cuando prenden a la Reina.
Como no tenía versos,
no equivoqué ni una letra.
Yo no hablé ni una palabra;
pero se movió tal gresca
al verme salir, que todos
aplaudieron mi presencia.
GRACIOSA. Pues los principios son buenos.
BARTOLO. Por eso la diligencia
me encargaron, conociendo
que era propio para ella.

GRACIOSA. Ciertamente. Y el señor,
¿no hace papel?
BARTOLO. Deletrea
un poco; cónque es forzoso
que él apunte la tragedia.
GRACIOSA. Será la función famosa.
¿Cómo titula?
BARTOLO. De veras
que no me acuerdo... Se llama...
(Se me perturba la lengua.)
El Martes... Martes...; así,
una cosa como ésta.
GRACIOSA. «El Mitrídates», diréis.
BARTOLO. Esos términos que suenan
a *orates fatres*, señora,
no son para mi cabeza.
GRACIOSA. Cabalmente aquí tenía
por *casualidá* en la mesa (1)
la tragedia que decís.
Haremos un paso de ella.
Usted póngase de pies;
y, con la presencia recta,
haga lo que yo diré,
para ver cómo le pega.
(Pónese Bartolo en figura ridícula. La Graciosa representa con afectos; y el la quiere imitar.)
BARTOLO. Eche usted por esa boca.
GRACIOSA. Escuche y atención tenga.
BARTOLO. Escuche y atención tenga.

(1) Así dice en los tres ejemplares consultados.

GRACIOSA. ¡Que no he empezado, salvaje!
¡Habráse visto tal bestia!
BARTOLO. ¡Que no he empezado, salvaje!
¡Habráse visto tal bestia!
GRACIOSA. Aguarda, que ahora comienzo,
y seguirás.
BARTOLO. ¡Vaya de ésta!
GRACIOSA. «El hórrido furor que inexorable
fué momento infeliz de mi destino,
es hoy de mi desgracia el sanguinario
instrumento fatal que se previno.»
Ahora dígalos despacio,
estos versos que yo he dicho,
con seriedad.
BARTOLO. Allá voy.
No me acuerdo del principio.
GRACIOSA. ¿Ahora estamos ahí?
Pues vaya; diga conmigo:
El hórrido furor que inexorable...
BARTOLO. El jocico furor que perdurable...
GRACIOSA. Fué momento infeliz de mi destino...
BARTOLO. Fué comiendo con Félix el pepino...
GRACIOSA. Es hoy de mi desgracia el sanguinario...
BARTOLO. Es hoy con linda gracia el luminario...
GRACIOSA. Instrumento fatal que se previno...
BARTOLO. Según muerto está ya, que traigan vino.
GRACIOSA. Grandemente; grandemente.
BARTOLO. Yo tengo buena memoria,
y no se me olvidará:
«El jocico feroz que perdurable
fué comiendo con Félix el pepino,
es hoy con linda gracia el luminario

según muerto está ya, que traigan vino.»
Como soy, que de esta hecha
salgo el mejor *trageriante*
que hay en todas las *tragerias*.

GRACIOSA. Lo habéis hecho cual ninguno.

BARTOLO. ¿No haré una dama muy buena,
Pascual?

PASCUAL. Sí; y mejor tiraras
de un carro o una carreta.

PEDRO. Vaya que el chiste es gracioso.

GRACIOSA. ¿Qué hora es?

PEDRO. Las siete y media.

GRACIOSA. Ustedes perdonarán
me despida, pues me fuerza
a hacerlo la obligación
de asistir a la comedia.

PEDRO. A ella nos vamos nosotros;
perdone usted la molestia.

GRACIOSA. Dejemos para mañana,
que daréis acá la vuelta,
la lección. Dame tú, chica,
mantilla y basquiña.

BARTOLO. Ea;
pues agur, hasta mañana.

PASCUAL. Vamos; que estarán las bestias
sin comer, y pensarán
que nos olvidamos de ellas.

GRACIOSA. Cuidado; que no faltéis.

BARTOLO. Cuidado con la respuesta.

TODOS. Y aquí da fin el sainete;
perdonad las faltas nuestras.

FIN

EL RECIBO DEL PAJE

SAINETE

PERSONAS

Doña Ana.
Don Tadeo.
Una criada.
Don Luquete.
Un paje.

EL RECIBO DEL PAJE

Salón corto. Salen DON TADEO y DOÑA ANA.

ANA. Hermosa tarde hace, cierto,
para salir a pasear.
TADEO. Es verdad. Sentaos un poco,
que aun es muy temprano.
ANA. Ya;
pero dentro de un ratito
podemos ir a explayar
el ánimo.
TADEO. Bien, madama.
¿Habéis recibido ya
aquel paje que aguardabais?
ANA. Creo que luego vendrá;
pues, según dijo Faustina,
por la calle atravesar
le vió no ha mucho, y presumo
que ya no puede tardar.
TADEO. ¿Será asunto de reirnos?
ANA. Aqueso sucederá;
pero es gusto de mi esposo,
y no puedo replicar.
TADEO. Extraño que don Luquete
reciba a un salvaje tal

por paje, cuando hallaremos
otro más hábil.

ANA. Capaz
era mi esposo, si yo
me quisiera a ello negar,
de no hablarme en cuatro meses.

TADEO. Marido muy criminal
parece, señora, el vuestro.

ANA. Es testarudo sin par.
Aquí viene. Atended, pues,
y veréis.

TADEO. ¿Se enfadará
si acaso me viese aquí?

ANA. No por cierto; que él es tal
que, en apoyándole a todo,
queda contento. Callad.

LUQUETE. *(Saliendo.)* ¿Adónde está la criada?
¿No es cosa de Barrabás
que por más que yo la busque
nunca la pueda encontrar?

ANA. ¿No sabes fué por el paje?

LUQUETE. ¡Ah! Ya me acuerdo. Es verdad.
Mas, ¡oh, amigo don Tadeo!
¿Ahí estabais sin hablar?
Buenas tardes. ¿Qué tenéis?
¿Hay alguna novedad?
¿Cómo se encuentra mi hermana?

TADEO. Tan buena y tan gorda está
como siempre; deseando
el volverse por acá.

ANA. Mira que informan del paje
que no te ha de acomodar.

LUQUETE. Si ése no ocupa la plaza,
otro en casa no ha de entrar.
Voy a acabar el correo.
CRIADA. *(Saliendo.)* Aquí viene el paje ya.
LUQUETE. Pues me espero.
ANA. Di, Faustina;
¿qué facha tiene?
CRIADA. Bestial.
Si viera usted qué horroroso...
Figura más natural
de un tapiz, jamás he visto.
LUQUETE. Aquése, aquése ha de entrar;
porque si es el paje feo
sé que no le inquietarán
las criadas, y se logra
el tener la casa en paz;
porque en la que no se guarda
esto que quiero observar,
andan pajes y criadas...
¡Qué sé yo como andarán!
ANA. Malicioso y testarudo
eres, sin tener igual.
CRIADA. Señora; que no entre el paje,
porque nos ha de espantar.
TADEO. Aquí viene.
LUQUETE. Yo me siento;
que el correo esperará.
PAJE. *(Saliendo.)* Señoritas; buenos días
tengan ustedes y...
ANA. ¡Bravo!
Explicación excelente.
LUQUETE. Déjale hablar al muchacho.

¿Cómo te llamas, chiquillo?
Habla, pues. No estés callado.

PAJE. Yo me llamo don Pepito;
mi padre se llama Francho;
mi madre, doña María;
mi hermano se llama Braulio;
toda familia lucida,
descendiente de Pilatos.
Mi padre murió de risa;
mi madre se murió hablando.
(Aparte, por la criada.)
(¡Qué chica, qué ojos, qué cuerpo,
qué cara, qué garabato!)
Doña Anacleta, mi abuela,
murió de ciento veinte años;
y lo que fué de admirar,
que con palma la enterraron.
Y, con toda esta nobleza,
me veo muy desdichado,
porque mi tío murió,
a mi madre la enterraron,
mi padre dió el alma a Dios,
don Roque fué al otro barrio;
conque quedé huerfanito
de todos cuatro costados;
y como...

ANA. Ya basta, chico.

TADEO. ¡Qué labia tiene el muchacho!

CRIADA. ¡Qué compañero tan bruto!

PAJE. La chica me va gustando.

LUQUETE. Desde ahora mismo, Pepito,
quedas por paje ajustado.

Ropa limpia, de comer,
y tu corriente salario.

ANA. ¿Conque te empeñas, Luquete,
en que se quede?

LUQUETE. Es del caso.
(Lo agarra y se lo lleva a un lado.)
Pero te advierto que sólo,
en lo que tendrás cuidado,
que yo te quiero mandar,
y nadie más.

ANA. *(Hace lo mismo, pero al lado contrario.)*
Mentecato;
a mí sola has de servir.
Primero soy yo que tu amo.

LUQUETE. *(Lo mismo.)* A mí no más.

ANA. *(Ídem.)* Sólo a mí.
Eres terco.

LUQUETE. Eres pelmazo.

PAJE. Si me dejaran a mí,
yo diera un arbitrio guapo
que a mí me tuviera cuenta;
y, ustedes, contentos ambos.

LUQUETE. Dilo luego; no te pares,
que lo estamos aguardando.

PAJE. No obedeciendo a ninguno,
estaba el pleito acabado.
Si aqueste arbitrio no sirve,
mi estudio más no ha alcanzado;
pues aunque pude saber
Tología, Colopiano,
Sensulas, Tesolomía,
Morral y Catón cristiano,

me quedé en el chan, chin, chon,
y fuí a la escuela diez años;
porque mi tío murió,
a mi madre la enterraron,
mi padre dió el alma a Dios,
don Roque fué al otro barrio;
conque quedé huerfanito
por todos cuatro costados.

TADEO. Ya me falta la paciencia
para ver tal mentecato.
Señora; vamos de aquí.

ANA. Vámonos al otro estrado.

LUQUETE. Vayan ustedes con Dios,
que yo me vuelvo al despacho.
Faustina puede quedarse;
y que le vaya indicando
al paje lo que ha de hacer
en casa. Vuelvo volando.
Cuidado con lo que he dicho.

TADEO. Vámonos adentro; vamos. *(Vanse los tres.)*

CRIADA. ¿Conque he de enseñar a usted?

PAJE. El amo así lo ha mandado.
Con tales lecciones, creo
aprenderé de contado.
Vaya; ya estamos solitos.
Váyame usté alicionando.
¡Qué ojitos tiene tan chuscos!
Ya yo me voy sofocando.

CRIADA. Diga usted: ¿qué sabe hacer?

PAJE. Sé comer, bailar fandango;
soy garboso, pedigüeño,
dormilón de cuando en cuando;

sé enamorar las criadas;
sé aplanchar, peinar al amo;
sé fregar, barrer, guisar,
componer un estofado;
sé cuidar a las doncellas;
sé espumar de la olla el caldo;
sé comerme la comida
antes que la vea el amo;
y pudiera saber más
a no ser tan desgraciado;
pues como el tío murió,
a mi madre la enterraron,
mi padre dió su alma a Dios,
don Roque fué al otro barrio
y yo quedé huerfanito...

CRIADA. Calla, con treinta mil diablos.
¿Qué gracia has de tener tú
para cortejar?

PAJE. ¡Canario!
Para enamorar las mozas
a ninguno han enseñado.
Todos parecen maestros,
según lo que yo he notado.
Y, así, hagamos la experiencia;
lo verá usted.

CRIADA. Mentecato;
empieza y veremos cómo.

PAJE. *(Aparte.)* Ésta ya va madurando.
Ponte aquí enfrente.

CRIADA. Ya estoy.

PAJE. ¿Me quieres, ídolo amado?

CRIADA. No te quiero; que pareces,

por lo chico, escarabajo.
PAJE. Mira, niña; aunque soy chico,
te prometo buen salario.
CRIADA. ¿Cuánto me darás al mes?
PAJE. Diez y seis reales al año.
CRIADA. Por cierto, ¡linda prebenda
para salir de cuidados!
PAJE. Pues si te doy lo que tengo,
no quedo a más obligado.
Yo me casaré contigo.
CRIADA. ¿Tiene hacienda para el gasto?
PAJE. Tengo tierras (que son mías
cuando yo las voy pisando);
tengo cabras, medio buey
y también medio marrano;
ingeniatura bastante
y gran limpieza de manos;
tengo ropa suficiente:
dos casacas, un zapato,
una camisa sin mangas
y unos calzoncillos blancos;
y más pudiera tener,
pero soy muy desgraciado,
pues como el tío murió...
CRIADA. Calla; porque ya me enfado
de verte tan majadero.
PAJE. ¡Tú me quieres! Ea, vamos;
no seas tan desdeñosa;
nos casaremos este año,
y el que viene puede ser
que estemos libres entrambos.
CRIADA. ¿Pues le parece al figura

que una moza de mi garbo
habría de emplear su gusto
en un tonto mentecato?

PAJE. ¡Ay, hija! Un marido tonto
es un censo cotidiano.
Pero dejemos la paja
y recojamos el grano.
Yo te quiero de manera
que no sé cómo explicarlo,
porque aquí en el corazón
siento a modo de un gusano
que me carcome y me pica
cancia arriba y cancia abajo;
y pues... que yo... cuando... como...

CRIADA. ¡El diablo del mamarracho!
¿Por qué no se explica bien?

PAJE. ¿No me ves que estoy turbado?
¡Ay, zorrocloquito mío!
¡Ay, mi cariño adorado!
Dame un abrazo, ¡mi vida!

CRIADA. ¡Ay qué risa! ¿Quiere abrazo?
Abrace a la Torre Nueva,
que es una moza de garbo.

PAJE. No quiero; que esa madama
tiene duro el espinazo.
¡Que me vea de este modo
de esta niña despreciado,
habiendo dejado yo
a la hija del letrado,
a la de Pedro el herrero,
la de Juan el boticario,
la Farruca, la Tiñosa,

la Perucha, la del Calvo,
la de Tres Pelos, la Rubia,
la hija del cirujano,
la Tadea, la Marrana
y la hija de los Santos!...
Pero, pues las desprecié,
me está muy bien empleado.
Nadie hace caso de mí,
como estoy tan solitario;
pues si viviera mi tío
yo estuviera regalado.
Mas ¿qué se ha de hacer? Paciencia.
Tras de éste vendrá otro año;
pues como el tío murió,
a mi madre la enterraron,
mi padre dió el alma...

CRIADA. ¡Así
la dieras tú de contado!

PAJE. Quien porfía, raja saca,
he oído decir. Al caso.
¿Tú me quieres?

CRIADA. No, señor.

PAJE. Ya este pleito se ha acabado.
Dame un abrazo.

CRIADA. ¡Al demonio!

PAJE. Toma, dueño idolatrado. *(La abraza.)*

CRIADA. ¡Señora, señora mía!

Salen DOÑA ANA, DON TADEO y DON LUQUETE.

LOS TRES. ¿Qué ha sucedido?

CRIADA. Un agravio;
que el paje es un atrevido.

LUQUETE. ¿Qué ha hecho este mentecato?
CRIADA. Me ha empezado a galantear;
y porque no he contestado
a casarme yo con él,
me ha dado a mí...
ANA. ¿Qué?
PAJE. Un abrazo.
Como dice: No sé nada,
quise ver si sabía algo.
ANA. ¿Ves ahora, esposo mío,
cómo sale mi presagio
de que éste era un animal?
LUQUETE. Dices bien, mujer. Ya caigo
de mi tema. Prontamente
váyase a la calle el trasto.
CRIADA. Mire usted, señora mía,
por mi honor. ¡Ay cielos santos!
¿Qué se dirá por el mundo?
PAJE. Que un paje te dió un abrazo.
ANA. Vaya el pícaro bribón
a conocer otros amos;
que en mi casa no ha de estar.
Váyase, pues, de contado.
PAJE. Si mi tío lo supiera,
no sé qué hiciera en tal caso.
ANA. ¿Qué hace que no se va?
PAJE. Ya me iré. Vamos despacio,
y no me trate usté así,
porque, aunque soy su criado,
soy tan bien nacido como
fué la mujer de Pilatos;
y no hay que meterme bulla;

que si acaso yo me enfado,
echaré al ama y criada
con cuatrocientos mil diablos;
que, aunque soy un pobre paje,
es porque soy desgraciado,
pues como el tío murió,
a mi madre la enterraron,
mi padre dió el alma a Dios,
don Roque fué al otro barrio,
yo me quedé huerfanito
de todos cuatro costados;
mas tengo ilustres parientes
en una iglesia estampados;
que toda fué gente honrada,
aunque murieron quemados.

TADEO. Mude de conversación
o váyase de contado.

PAJE. Ya me voy, porque yo quiero;
no porque me lo han mandado.

CRIADA. Del mundo fuera mejor.

ANA. ¡Excelente ha estado el paso!

PAJE. ¡Adiós, cochina!

CRIADA. ¡Adiós, bruto!

PAJE. ¡Adiós, puerca!

CRIADA. ¡Adiós, marrano!

ANA. ¡Gracias a Dios que se fué!

LUQUETE. Ya me tenía enfadado.
Vaya; vámonos adentro
a celebrar este chasco.

TODOS. Mas antes pidamos todos
perdón de defectos tantos.

FIN

ÍNDICE